



Camino de Santa Teresa leído hoy – SAN PABLO -1993

CAMINO DE SANTA TERESA LEÍDO HOY JESÚS

MARTÍ BALLESTER

CAMINO DE SANTA TERESA LEÍDO HOY

Comentarios

Presentación
del Cardenal-Arzobispo de Sevilla

Presentación del Arzobispo de Sevilla

Como el deseo de conocer y de amar a Dios está metido en lo más íntimo del corazón del hombre, no es extraño que aflore en sentimientos de aspiración y de súplica: ¡Cuándo veré el rostro del Señor! No me escondas, Señor, tu rostro.

Y Dios, que atiende el deseo y escucha la oración, va mostrando caminos para que el hombre, al recorrerlos, se encienda en el amor de su Señor. Como Cristo es el camino, quien ve y escucha a Cristo está contemplando a Dios.

Es el Espíritu Santo quien da a la Iglesia hombres y mujeres enriquecidos con los dones de Dios e identificados con Jesucristo, para que puedan conocer los secretos del corazón de Cristo, la hondura y profundidad de su amor, y nos lo comuniquen a los demás con el testimonio de su vida santa y con la doctrina de sus escritos y palabras.

Una de esas personas, elegida y adornada con el favor de Dios, fue santa Teresa de Jesús. Alma encendida en el amor de Cristo, ardiendo en el deseo de comunicar ese amor. Fuego tan grande de caridad, no le conducía a la Santa a evadirse de la realidad de este mundo, que es jornada y camino de perfección. Todo lo que encuentra en el camino —posada, noches, morada, oteros, caminantes...— son andaduras y apoyos para el crecimiento en el amor. Nada detiene, todo empuja. Nada distrae, todo advierte de Alguien que espera más allá de todo. Es el Espíritu quien guía y abre camino.

Esta mujer privilegiada, que fue santa Teresa de Jesús, no sólo contemplaba a Dios, sino que el incendio del amor que vivía en ella lo transmitía en sus escritos. Páginas que son ahora, para nosotros, arroyos que llevan a la fuente del agua viva, caminos hacia la posada definitiva del gozo con Dios.

Don Jesús Martí Ballester, se ha acercado a los escritos de santa Teresa. Pero no ha comenzado leyendo, sino contemplando. Ha conocido antes el espíritu que la letra de la Santa de Ávila. Ha gustado primero y leído después. Antes fue la oración, luego la lectura y el discurso. Al decir el antes y después, no es referencia sólo de tiempo, sino de vivencia. El deseo de ver a Dios precede al camino que conduce al encuentro. Así, el querer se hace gozo y eficacia para recorrer el camino.

La obra de don Jesús Martí Ballester no es traducción ni comentario, no son glosas ni explicaciones. Es como una lectio, en el sentido espiritual y clásico de la palabra, en la que ayuda a conocer amando aquello que se lee. Por eso, esta lectura de los escritos de santa Teresa, no es simplemente exposición en lenguaje asequible al hombre de hoy, sino que es enseñanza de una actitud abierta a la lectura de lo visible para llegar al amor de lo que no se puede leer en las páginas de un libro.

Don Jesús Martí Ballester, fundador de la otra «Amor y Cruz», nos ayuda, contemplando y leyendo con los hombres de hoy, aquello que el Espíritu de Dios dejó en el alma y en la pluma de santa Teresa.

Con mi felicitación al autor de este libro, pido a Dios que conceda a cuantos se acerquen a estas páginas, la gracia de poder leerlo con la «inteligencia y el corazón de la Iglesia», que así es como lo ha meditado, leído y escrito don Jesús Martí Ballester.

Carlos Amigo Vallejo

Arzobispo de Sevilla

Sevilla, 26 de abril de 1993.

Introducción

¿Quién no conoce a Teresa de Jesús? ¿Y quién es el que ignora que Teresa de Jesús, de Cepeda y Ahumada, nació en Ávila? Fue el 28 de marzo de 1515. Su abuelo, don Juan Sánchez de Toledo, había apostatado de la religión católica. Suerte que los Reyes Católicos, a través del Tribunal de la Inquisición, habían anunciado un edicto de gracia por el que los apóstatas podían reconciliarse con la Iglesia católica, y a esta posibilidad se acogió don Juan, que debió cumplir la penitencia que le impusieron: asistir cada viernes, durante siete semanas, a la procesión de los reconciliados de iglesia en iglesia, en Toledo, con el sambenitillo y sus cruces a sus espaldas. Con don Juan se reconciliaron también sus hijos, Pedro, Álvaro, Rodrigo, Elvira, Lorenzo, Francisco y Alonso, el padre de Teresa.

Pensando el abuelo don Juan, mercader sagaz, intuitivo, certero y afortunado, que en Toledo siempre sería mal visto, tanto por católicos, como por judíos, antes de que llegara su prevista ruina económica, emigró con su familia a Ávila, donde se estableció como mercader de tejidos, y cambió su apellido de Toledo, judío, por el de Cepeda de su esposa, por lo que vino a llamarse don

Juan Sánchez de Cepeda, apellido que, naturalmente heredará Teresa junto con el dinamismo inquieto, la intuitiva sagacidad y la esplendidez hidalga y generosa del abuelo.

Don Alonso de Cepeda, segundo hijo de don Juan, casó con doña Catalina del Peso, que falleció dejando a su esposo con dos niños pequeños, María y Juan. Don Alonso, al quedar viudo a sus veintisiete años, casó en segundas nupcias, con doña Beatriz de Ahumada, y de este matrimonio, nació Teresa, que llenó de felicidad aquel hogar.

Siendo niña, se reúne con su hermano Rodrigo para leer vidas de santos y repetir muchas veces que gloria y pena son «¡para siempre, siempre, siempre!», y se escapará con él a tierra de moros a que los «descabezasen por Cristo», y cuando se frustró su plan, decidirán «ser ermitaños». Con sus amiguitas Teresa construirá pequeños monasterios «como que éramos monjas». A los trece años muere su madre, y acude a la Virgen de la Caridad a pedirle con muchas lágrimas, que sea ella ahora su madre. «Páreceme que, aunque se hizo con simpleza, me ha valido».

Retrato físico y psíquico de Teresa. Sus contemporáneos nos han dejado su retrato. Teresa era de estatura mediana, más bien grande que pequeña. Medía 1,68. Gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada. De color blanco y encarnado, especialmente en las mejillas. Cabello negro, limpio, reluciente y blandamente crespo. Frente ancha y muy hermosa. Cejas un poco gruesas, de color rubio oscuro. Los ojos negros, vivos y redondos, al reír mostraban alegría, y cuando mostraban gravedad eran muy graves. La nariz, más pequeña que grande. La boca, ni grande ni pequeña. Los dientes, iguales y muy blancos. La garganta ancha, blanca y no muy alta, sino un poco metida. Manos y pies, lindos y proporcionados. Y tenía tres lunares en la cara. Daba gran contento mirarla y oírla, porque era muy apacible y graciosa en todas sus palabras y ademanes. Tenía particular aire y gracia en el andar, en el hablar, en el mirar y en cualquier ademán que hiciese. Los vestidos, aunque fuesen viejos y remendados, todos le caían muy bien.

No ignoraba Teresa las cualidades que tenía. Anciana ya, manifestaba a un padre carmelita: «Sepa, padre, que me loaban de tres cosas temporales, que eran de discreta, de santa y de hermosa, y yo creía que era discreta y hermosa, que era harta vanidad, mas que era buena y santa, siempre entendía que se engañaban».

Su psicología está marcada por una gran sensibilidad, que se manifestaba en la expresión de su rostro; sus profundos sentimientos fácilmente le bañaban en lágrimas los ojos de pena, de ternura, de alegría o de compasión. Lloraba con mucha frecuencia, aunque con más parsimonia, en su madurez. Tenía una gracia natural que se llevaba a la gente de calle, y un deseo de agradar fuera de lo común. Juan Rof Carballo ha estudiado su grafismo y ha escrito: «Trazos llenos, vibrantes, contradicto-rios, muestran el juego activísimo de las fuerzas del inconscien-te. Pero todo ello aparece, y esto es lo asombroso, como enmarcado o dominado con suavidad infinita dentro de un yo de extraordinario poder y riqueza».

La lectora. Entre la piedad y la ilusión. Aprendió a leer de niña en el Flos sanctorum y en los Santos evangelios, pero en su adolescencia, iniciada por

su madre, doña Beatriz, se emborrachó con la lectura de los libros de caballerías, en cuyas historias atractivas y fascinantes de caballeros enamorados y damas hermosas, adoradas por los hombres que se rendían a sus pies y que eran capaces de desencadenar inauditas hazañas y escenas de amor apasionado, dilató su naciente imaginación y ensanchó su horizonte vital y cultural.

Resultado de la lectura de los libros de caballerías. Avivado por las novelas su natural instinto femenino en esos años adolescentes de ilusión, aprendió a utilizar todos los resortes femeninos para acicalarse y embellecerse, aunque con un cuerpo en capullo en plenitud de primavera, necesitaba poco para estar espléndida. Nos cuenta ella misma que usaba perfumes y joyas y dicen sus biógrafos que, a la par que cultivaba extraordinariamente la limpieza, tenía muy buen gusto para elegir vestidos y para combinar y armonizar los colores. «Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa». Decididamente, femenina.

Naturalmente, comenzó a conocer el amor adolescente y romántico. Y descubrió el amor humano. Gozaba con la compañía de sus primos, un poco mayores que ella, y con sus charlas y vanidades, «nonada buenas». Llegó a enamorarse. Pero con una gran limpieza. Tenía miedo de casarse, pero pensó en ello. Este es un cabo suelto que nos ha dejado la Providencia: La que iba a ser madre de tantas mujeres, no podía quedar en una inmadurez psicológica estéril, cuya causa, en gran parte, es el desconocimiento de la vida y del amor humano. Ella consideró esta situación un extravío, pero estaba muy dentro del plan providencial sobre su misión eclesial.

Todo fue muy bonito, pero a don Alonso, su padre, no le resultó tanto y, sin que ella se diera cuenta, pues él sabía que, de haber contado con ella, habría dialécticamente perdido la batalla, la encerró en el monasterio de las Agustinas de Gracia, donde vivirá en compañía de otras muchachas de su edad, y vigilada y acompañada por doña María de Briceño, que tuvo tino para desadormecer a Teresa, quien ya desde entonces comienza a reflexionar en serio en qué estado servirá a Dios, y pide a todas «que la encomendasen a Dios, para que le diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba que no fuese el de monja». «Comencé a hacer oración sin saber qué era». Comenzó a orar acompañando a Cristo, consolándole y deseando limpiarle el sudor en la Oración del Huerto. No era una oración racional, sino un diálogo vivo con Dios. Es verdad lo que dice, tras su estudio grafológico, Moretti: «Su espíritu se apoya menos en el raciocinio que en la intuición nutrida de un derroche de imaginación». Aquel corazón que había despertado al amor, después de haber experimentado ese sentimiento tan bello y tan grandioso y transformante, necesitaba depositar ese amor en otro corazón más grande, que no estuviera sujeto a la mutabilidad humana, y que durara siempre, eternamente, que será el de Cristo. Se cumple lo que diagnostica Moretti: «Sabe distinguir los sentimientos auténticos y los espurios y, por ende, pone en orden la vida psíquica y orienta el sentimiento, tanto en el trato como en sus relaciones con Dios». Comenzó a orar acompañando a Cristo en la Oración del Huerto, porque es ahí donde le ve más solo. Tiene el Señor una especial necesidad de consuelo en la Oración del Huerto. A otra mística contemporánea, Gabrielle Bossis, ha dicho el Salvador: «¡Os necesito tanto en el Huerto de los Olivos! ¡Me hallaba tan solo en mi extremada agonía!». Teresa permanece con El todo lo que le duran los pensamientos. Su corazón femenino, cariñoso y lleno de generosidad, sólo desde el amor y la generosidad podrá dar el salto a la vida religiosa, que es cambiar el objetivo de su amor.

Aquellos hombrecillos que le fascinaban van a dejar paso al Hombre Dios, de quien se va a apasionar ardientemente. Ella es así. No puede vivir a medias. Necesita entregarse por entero. Otra vez Moretti: «Se propone fines sólidos, que procura alcanzar, pese a quien pese». Y tercia la Santa: «Paréceme que andaba Su Majestad mirando y remirando por dónde me podía tornar a Él».

Una enfermedad la saca del monasterio de las Agustinas, donde se había hecho querer, como en todas partes siempre.

La visita en Hortigosa a su tío Don Pedro de Cepeda, virtuoso y amigo de buenos libros, enriquece el afán de la lectora y cambia el rumbo de sus temas. El tío quiere que le lea a él, y ella, por darle gusto, le lee, y la fuerza de la lectura y la conversación ablandan el barbecho, hacen que se vaya encontrando a sí misma y que recuerde la «verdad de cuando niña, de que todo era nada y la vanidad del mundo y cómo acababa en breve».

Las Epístolas de san Jerónimo la enardecen y decide irse al monasterio. A las Agustinas no, que eran excesivamente austeras; a la Encarnación, donde tiene una amiga: Juana Suárez, «que era mucho lo que quería».

Entra monja en el monasterio de la Encarnación. Arrumbados sus planes de matrimonio, lo que le costó una enfermedad por el empeño y la entereza que ponía en sus decisiones, y vencida la negativa paterna con tenacidad, el día de Animas de 1535, cuando acababa de cumplir sus veinte años, salió furtivamente de su casa, y se dirigió a la Encarnación para ser, al fin, monja. En el monasterio tuvo que seguir el método racional de oración que le imponía la regla y dejar el suyo vital y afectivo, que era una conversación personal. Como ha de prevalecer el ritmo calculado y casi mecánico del método que le enseña la maestra de novicias sobre su propio modo de orar desde su vida que la conectaba con la Vida y de ella sorbía vida, acusó el desajuste. Comenzó a debilitarse. Era todo muy complicado. No acertaba. Comienza a hacer penitencias. Y el resultado fue fatal. Poco después de la profesión la invadió una gran tristeza, síntoma de una grave enfermedad psicosomática, que la forzó a dejar, temporalmente, el monasterio. Hace un año que ha profesado y tiene veintitrés y medio. Cuando pasa por Hortigosa a curarse, camino de Becedas, su tío Pedro le regala el Tercer Abecedario de Osuna, que la introduce en las quintas moradas. Todo, enfermedad, penitencias, encuentro con su tío y lectura en la soledad de Becedas, son elementos providenciales para la forja de su alma, que están en la base de su Obra y de sus libros, sobre todo en Camino, por ser el más didáctico de todos.

Curada, deviene el milagro de san José, y se convierte en la monja fina, pálida y delicada, de palabra fácil, porte gentil y personalidad seductora, que atrae las simpatías, las visitas y las limosnas al monasterio pobre.

Retroceso y recuperación. Mal aconsejada, cede a su natural y, «de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión», pierde el fervor y casi su vocación de orante. Deja la oración porque tiene vergüenza de «tener tan particular amistad» con Dios, dada la disipación en que vive. «Ayúdome a esto que, como crecieron los pecados, comenzó a faltar el gusto y regalo en la virtud». Y tiene que intervenir Dios de nuevo con la enfermedad de su padre, a quien fue a cuidar «estando más enferma en el alma, que él en el cuerpo». Esto le da la oportunidad de encontrarse con el padre Vicente Barrón, quien le aconseja que vuelva a la oración, cosa que resultó más eficaz que la representación de Cristo «con mucho rigor» manifestándole el desagrado que le

producen aquellas amistades y sus charlas en el locutorio que la desangraban, la desinteriorizaban.

Siguen diez años de mediocridad, de chalaneo entre Dios y el mundo. «Pasaba una vida trabajosísima». Sufre en la oración, porque no es fiel: «me llamaba Dios pero yo seguía el mundo». Intentaba concertar estos dos contrarios tan enemigos uno de otro». Y no es que fuera mala, era considerada por muy buena, pero Dios la quería mejor, y ella estaba imposibilitando la realización de su llamamiento.

Dios tiene infinitos resortes. Ella reconoce que «con regalos grandes castigabais, Señor, mis delitos». A pesar de la desgana sigue acudiendo al oratorio, haciendo esfuerzos sobrehu-manos, más pendiente del reloj que de la oración, «cualquier penitencia acometiera de mejor gana que la oración». El Señor sostiene su perseverancia, y su fidelidad de permanecer apoyada «en la columna de la oración» pone a prueba su «determinada determinación» de orar. Ya no estaba en su mano dejar la oración, «porque me tenía en las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes».

Profesar como monja en un monasterio no es sinónimo de penetrar en el misterio de Dios, dejarse quemar en su fuego y permanecer pacientemente en su nube asomada al abismo. Lo primero se puede hacer desde una vida ramplona y vulgar, mediocre. Lo segundo exige una inmensa y dolorosa purificación, devoradora de la mujer vieja. Teresa vivió como monja mediocre casi veinte años. A punto de cumplir los cuarenta la va a tomar Dios por su cuenta, porque la tiene elegida para maestra de la Iglesia de su tiempo, sacudida por el vendaval de la polémica en torno a la oración, cuando además no se aprovecha la energía de la mujer. Corriente antioracionista y antifeminista que Teresa está llamada a corregir y a orientar, como maestra segura de oración y de vida cristiana, de su tiempo y de todos los tiempos.

Y, como el mejor médico suele ser el que padeció la enfermedad que ha de curar, la Providencia dispuso que Teresa aprendiera a orar sola, por no haber tenido maestros: «yo no hallé maestro, aunque lo busqué, en veinte años». Tropezando, abandonando, recomenzando, perseverando, saldrá maestra de oración. Veinte años de oración a secas, dura, difícil, árida y seca, ascética, «cuando sacaba una gota de agua se sentía feliz», para poder después, desde su experiencia, enseñar a sacar agua del pozo para regar «el huerto, para que crezcan las plantas y lleguen a echar flores que den de sí gran olor».

Dios seguía acosando, pero ¡alerta!, que Su Majestad le está preparando la emboscada.

En esta guerra interior de fluctuaciones y titubeos, en este caer y levantarse, a Dios ya le corre prisa, y dirige un ultimátum a Teresa: la vista de la imagen de un pequeño «Cristo muy llagado» la sobresaltó de forma tal que decide, «con grandísimo derramamiento de lágrimas, no levantarse de cabe sus plantas hasta que no hiciese lo que le suplicaba: la fortaleciese ya de una vez para no ofenderle». La lectura de las Confesiones de san Agustín hincarán más el arpón: «Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, parece que me la dio el Señor a mí. Estuve un gran rato que toda me deshacía en lágrimas, con aflicción y fatiga».

La conversión. El capítulo nueve de la Vida, en que narra su conversión definitiva, es considerado como el punto clave en la trayectoria vital de

Teresa. Ha rebasado ya el ecuador de su vida. Tiene treinta y nueve años. Le quedan veintisiete de vida y muchas cosas por hacer. Los planes de Dios sobre ella son de gran vuelo. Ya es hora de intervenir. Y va a intervenir.

Vida mística habitual. Los atisbos de quinta morada en la soledad de Castellanos de la Cañada, de hace quince años, al rescoldo de la lectura del Tercer Abecedario, que nos ofrecen el embrión de su carisma al convertir al sacerdote de Becedas, se van a hacer habituales y la van a instalar en creciente vida mística. Veamos por qué.

Ante el alud de las mercedes, Teresa acude a sus consejeros: Francisco de Salcedo y Gaspar Daza. Escuchan sin entender; escapaba a sus esquemas aquella monja tan desenvuelta y tan enriquecida de Dios, y diagnostican los dos que su espíritu es diabólico. Terrible tortura para Teresa: no hace más que llorar. «Fue grande mi aflicción y lágrimas». La incompetencia y terquedad de aquellos romos e intransigentes directores obligó a Teresa a someter su conciencia a unos y a otros y su caso pasó de mano en mano injustamente discutido; lo que le ocasionó un martirio atroz.

Desposorio místico. Un poco y llegarán Diego de Cetina, que, aunque joven, la apacigua y comprende, y Francisco de Borja y Juan de Prádanos, gloria a Dios, que aciertan. A este último le cabe el mérito de que, bajo su dirección, alcance Teresa el desposorio místico, que ella encuadra en su sexta morada: «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles».

La gracia que sana. En este momento ha comenzado una nueva vida para Teresa. El Señor ha estado grande con ella. No olvidemos que la grandeza es del Señor, que socorre la debilidad de Teresa.

Se puede mirar el privilegio como mérito del privilegiado, y es todo lo contrario; se privilegia la debilidad que necesita ser ayudada, restañada, curada, para poder cumplir los designios del autor de los regalos. Dios la quería más interior. Si su sicología y sus contradicciones interiores son un obstáculo, Él la sanará y las armonizará.

Es creada la mujer nueva. Paladinamente lo confiesa Teresa en el capítulo veintitrés: «De aquí en adelante es otro libro nuevo, quiero decir otra vida nueva. La de hasta aquí era mía, ésta es de Dios que vive en mí».

Teresa estrena vida nueva. Tras los forcejeos de ella, sus vacilaciones y mediocridad, e impotencia, Dios se enseñorea de su timón, porque la necesita transfigurada, transformada, recreada. Y en el crisol de la contemplación ha matado el gusano y ha nacido la mariposa, «la mariposita blanca». Lo que Teresa no ha podido conseguir en tantos años, lo ha logrado Dios con su gracia en un instante.

Catarata de carismas. Siguen las gracias místicas esplendo-rosamente, dolorosa-mente, eficazmente: visiones intelectuales de Cristo, «vi cabe mí o sentí a Cristo que me hablaba»; e imagina-rias como la transverberación: «veía un ángel cabe mí en forma corporal... veíale un dardo de oro con fuego que metía en el corazón y me llegaba a las entrañas...»; y los arrobamientos en público, que la llenaban de rubor y de bochorno. Estaba realmente humillada, acobardada, era tan excesivo el tormento, que hubiera preferido que la enterraran viva. Llegó a pensar irse a otro monasterio, quizá a Valencia, donde no la conocieran.

San Pedro de Alcántara. Sólo alguien que conociera por experiencia los fenómenos tan extraños en que venían envueltas las inmensas torrenteras de amor, podía intervenir con eficacia para serenarla, garantizarla, devolverle la paz. Este santo varón fue san Pedro de Alcántara. «Enseguida vi que me entendía por experiencia, que era lo que yo necesitaba». «Quedamos muy amigos». Es admirable la Providencia que acude en ayuda de Teresa. ¿Cuántos extáticos habría en España en aquellos tiempos? ¿Uno? Pues ese llega a consolar a Teresa en el momento necesario. Más adelante volverá para convencer al obispo de Ávila de que apruebe su fundación. Su intervención fue necesaria y decisiva, porque don Álvaro de Mendoza se había cerrado en banda: no quería admitir la fundación. A pesar de haberle escrito fray Pedro, su decisión se mantuvo inexpugnable. Pero el amor de fray Pedro era más fuerte que la terquedad del Obispo y enfermo como estaba, se levantó de la cama, y quiso que le llevaran cabalgando en un borriquillo a El Tiemblo, donde estaba el Obispo. Le acompañaron Gonzalo de Aranda y Francisco de Salcedo. «Los que de veras aman a Dios todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno alaban, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden». La sangre y la vida darán por ayudar las obras de Dios». Es la piedra de toque que patentiza si se busca a Dios o el prestigio propio y la imagen que por nada del mundo se quiere arriesgar.

La visión del infierno. Teresa ha experimentado el infierno. Nos lo relata en el capítulo treinta y dos de Vida. «Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado... Quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y amargura espiritual, como si los padeciera en mi carne». Es el golpe definitivo y fulminante de Dios. ¿Qué puede hacer Teresa por Dios, por los hombres, sus hermanos, por la Iglesia? «De aquí gané la grandísima pena que me da de las muchas almas que se condenan y los ímpetus grandes de ayudar a las almas, que, por librar una sola de gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana». Como mujer de su tiempo antifeminista se encuentra limitadísima. Por lo menos podrá convertirse ella, «guardar su regla con la mayor perfec-ción»; «hacer lo poquito que puede» para que, pues «el Señor tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos sean buenos». Y tras la conversación en su celda con sus amigas, cuando salta al desgaire en la conversación la idea de «si no podrían ser monjas como las Descalzas y hacer un monasterio», con el permiso del Provincial y el del Papa, será fundadora. Se reformará ella y reformará el Carmelo, que tendrá desde ahora un apellido: Teresiano. Tiene cuarenta y cinco años. Toda su alma va a poner en el empeño, pues «Su Majestad le ha mandado que lo procure con todas sus fuerzas», aunque le esperan «grandes desasosiegos y trabajos».

Teresa de Jesús fundadora. Se van a cruzar en su camino monjas y frailes, arrieros y alguaciles, albañiles y señoras principales, caballeros y mercaderes,

obispos y curas, mesoneros y corregidores, teólogos y confesores, arrieros y duquesas, príncipes, nuncios papales y hasta el mismo rey. Está bien preparada. Fogueada por Dios, puede ya «repartir la fruta»; dará la talla, cruzará Castilla cabalgando a lomos de mula o en carreta, atravesará la nevada sierra de Guadarrama en crueles invernadas, llegará hasta Andalucía y estará a punto de perecer ahogada en el paso difícil de una torrentera burgalesa. Camina ya dentro de la morada del Rey y su actividad es la de Dios.

Teresa, mujer en plenitud, superdotada de cualidades humanas. Teresa de Jesús ha ido desarrollando su inteligencia próspera y ha madurado en su estilo y en todas sus capacidades humanas y cristianas. Aquellas preceden a éstas, que han encontrado un buen soporte en las humanas. Largo sería el análisis de unas y de otras: Junto con la capacidad para vivir con las personas más dispares, incluso con su atrabiliario cuñado Martín Barrientos, posee veracidad y audacia y tiene un sentido profundo de la justicia, incluso en las menudencias domésticas. Una vecina prestaba a las monjas la sartén que no tenían. Cuando recibieron una limosna, cada una fue indicando en qué gastarían el dinero, y la Madre terció: «en la sartén, en la sartén», y mandó a sus monjas que la compraran, para no abusar de la generosidad de la vecina. Sabe dudar y sabe preguntar: se pregunta a sí misma y pregunta a quienes le pueden informar o dar seguridad. Dialogante por idiosincrasia, es realista y discreta para conseguir sumar voluntades y no le interesa para nada restar amistades ni desestimar o rechazar colaboraciones, conocedora de lo que hay de bueno y de positivo en cada interlocutor que tiene la suerte de cruzarse con ella en su camino. Me ha gustado oír a una artista italiana que, Juan Pablo II la felicitó un día por determinado programa realizado por ella en la Televisión italiana. El Papa, decía la artista, tiene unos ojos tan profundos, quiso decir clarividentes, que, aún entre mis pecados, supo leer si hay algo en mí de bueno. Y he pensado, ¡Juan Pablo como santa Teresa! Conoce el corazón humano y tiene tacto para conducirlo. «Era cosa de cielo ver con qué tiento examinaba el talento de las personas. Y a las dos vueltas que daba, calaba y tanteaba los quilates de valor que tenían las mujeres que le venían a hablar para tomar el hábito», dice el médico Antonio Aguiar. Teresa siente un gran respeto por los demás, y adquirirá fama de no hablar mal de nadie: con la madre Teresa «tienen todos las espaldas bien guardadas». Es fiel cumplidora de la palabra empeñada, posee entereza y es muy agradecida, «con una sardina me sobornarán» solía decir. Pero sobre todo lo dicho, es mujer de grandes ideales, lo que le daba un aire de gran señora que compaginado con su porte de pobreza y humildad, la hará más singularmente atractiva. Su dignidad y señorío la llevan a querer ocultar las necesidades que pasa, sin pedir a nadie. Lo mismo que a no querer viajar como una pordiosera «en unos borriquillos que las viera Dios y todo el mundo». Su capacidad creativa, que es asombrosa, tiene, en parte, su hontanar en la observación, pues desde niña ha sido como un esponja que ha asimilado todo lo que en su entorno ha visto, ha oído o ha observado, y ha hecho suyo todo lo positivo y ha conseguido irradiarlo a su alrededor. Sensibilísima e intuitiva, como un radar que es capaz de recoger incluso los imponderables que flotan en el ambiente, y que no tienen explicación racional. Como contrapartida lógica, consecuencia de la riqueza de información que capta su radar, posee un temperamento hipersensible que la hace inestable, «otras veces me parece que tengo mucho ánimo... y otro día viene que no me hallo con él para matar una hormiga». Pero ella ha podido y ha sabido equilibrar esta inestabilidad con su gran talento, dominio y sensatez. Si es difícil conjuntar voluntades para la acción, (juntos Doria y Gracián, ¡qué proeza!) ella ha vencido esa dificultad con la gracia de saber hacerse ayudar por todos, haciendo ver que necesitaba los servicios de todos, y así sus obras se convertirán en obras de todos. Hoy diríamos que sabía trabajar en equipo.

Siendo líder, arrolladora y convincente, no quiso ser, ni pasó por ser «vedette». Desde la oscuridad de sus monasterios influye y anima a media España, de palabra y con sus cartas, más de quince mil, según Efrén-Steggink, como una gran madre de familia numerosa, que es feliz haciendo felices a sus hijos, mientras aglutina a todos en el trabajo, sabiendo alentar a todos, estimular y conseguir que se sientan necesarios e importantes en la obra común. Cuando desaparezca de la escena del mundo lo que más se echará de menos será su poder aglutinante que ya no podía sortear las borrascas que amenazaban cuartear su Obra. Quiere que todos estén alegres, como ella es alegre y efusiva, excelente conversadora, y huye de santos encapotados, («cuanto más santas más conversables»). Junto al lecho de los enfermos es una excelente y cariñosa enfermera, (cuidó a su confesor el padre Prádanos en Aldea del Palo con doña Guiomar, y a su padre, en la enfermedad de que murió). Le gusta el trabajo bien hecho. Siempre amiga de la limpieza y de la gentileza, hacendosa ama de casa, y primorosa en sus labores, de las que aún se conservan reliquias. Y todo esto con una vida interior de gran calado y sublime.

Así pudo ser, y lo es aún, una excelente formadora. Fruto de nuestra cultura occidental, se ha dado una formación humana, religiosa y clerical, en la que ha predominado el cerebro y se ha dejado atrofiar el corazón, la sensibilidad, los sentimientos. Para no caer en el sentimentalismo, se ha pecado de racionalismo. Entre hombres, sobre todo, se ha huido de la manifestación de los sentimientos, como propia de mujeres, y se ha quedado la persona, mutilada, deformada, desequilibrada. Es como escribir a máquina con dos dedos, o escribir en ordenador con los diez a toda velocidad. Es como tocar el órgano con un solo registro, o sacar todos los registros, haciéndole rendir al instrumento todas sus posibilidades y todo su relieve, perspectiva, contraste y colorido, y toda su grandiosidad. En nuestras celebraciones eucarísticas, por ejemplo, con oraciones excesivamente racionales, sobran palabras y faltan sentimientos. Porque el hombre es algo más de lo que expresan las palabras de un discurso lógico. ¡Cuán enriquecedor nos resultaría un trasplante de la liturgia oriental con su color, perfume, luz, gestos y ornamentos! Es necesaria una integración de los sentimientos con las ideas, para que el ser humano pueda ser ofrecido a Dios «con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,5). Desde que Teresa de Jesús consiguió su armonía, forma así, y rectifica aquella dirección equivocada. Y lo logra porque es una mujer integrada y completa, toda corazón y toda cabeza. Al padre Gracián que le pide que cuando vaya su madre, doña Juana Dantisco, a visitarla, se descubra el rostro cubierto por el velo, le contesta: «Parece que no me conoce: quisiérais yo abrir las entrañas». En contraste, quiere que sus monjas tengan valor más que de hombres. Fray Juan de Salinas, Provincial de los Dominicos, preguntaba al padre Báñez: «¿Quién es una Teresa de Jesús, que me dicen es mucho vuestra? ¡No hay que confiar de virtud de mujeres! Herido Báñez, respondió: «Vuestra paternidad va a Toledo a predicar y la verá, y experimentará que es razón de tenerla en mucho». El padre Salinas la trató y la examinó en Toledo casi cada día. Más tarde se encontró con el padre Báñez, y éste inquirió: «¿Qué le parece a vuestra paternidad de Teresa de Jesús?». Y el padre Salinas respondió con donaire: «¡Oh, habíadesme engañado, que decíades que era mujer; y a fe que no es sino varón, y de los muy barbados». Esta armonía de los valores humanos, que ni son masculinos ni femeninos, porque pertenecen a la persona humana, se da en Teresa y la capacita para formar personas integrales, armónicas, completas, que desarrollan a tope todas sus capacidades, sin temor de caer en sentimentalismos ni en cerebralismos, y sin timideces ni complejos de ridículo. ¿Cómo consigue Teresa esta maravilla? En su tiempo con la gente con la que trató, por su ascendiente, no impositivo, sino endógeno, actuaba como por ósmosis. Después y hoy, con sus lectores, por ósmosis

también. Y por contagio. Gracias a Dios. Y ha podido ser así porque la habitó esplendorosamente la Santa Trinidad que hizo crecer armónicamente y brillantó toda la riqueza de sus cualidades y las solidificó desde la entraña. Y esto de tal manera que, mientras no fue poseída por Dios en plenitud, sus grandes valores permanecieron bloqueados y sin vida, ni propia ni comunicativa.

Teresa, la reformadora. Escribiré en Camino: «Miradle con tanto padecimiento... perseguido... escupido, negado por sus amigos y desamparado, sin nadie que le defienda, helado de frío, tan solo... cargado con la cruz, sin que le dejen respirar... y Él os mirará con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros...» Así enseña a orar en Camino, que es como ella en su oración trata a Cristo Hombre. Aunque pocas veces le apea el tratamiento de «Su Majestad», Cristo es «tratable», es humano, es su hermano, su esposo, su padre, su amigo «verdadero», «unas veces de una manera, otras de otra».

Pero este Hombre Dios tiene una esposa, que es su prolongación sacramental. Teresa ha visto, ese es su carisma, que entregarse a Cristo, es darse también a la Iglesia, trabajar para engrandecer el cuerpo místico, como María hizo crecer el cuerpo físico de Jesús. La misma compasión que siente por Cristo, la siente por la Iglesia, humillada, perseguida, «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (He 9,5), destruidos los templos, profanados los sagrarios, pero también agonizantes las almas, sobre todo, las de sus sacerdotes. Conoció las flaquezas de la Iglesia, pero no le tiró piedras. La compadeció. Cuando «Noé se emborrachó y medio desnudo se quedó dormido, su hijo Cam vio la desnudez de su padre y corrió a decírselo a sus hermanos» (Gén 9,20). No se mofará Teresa de la desnudez del cuerpo de Cristo. Llorará. Y como «Sem y Jafet que tomaron un manto, se lo echaron a la espalda y caminando hacia atrás, cubrieron, sin verla, la desnudez de su padre» (Ib 23), Teresa cubrirá la desnudez de ese cuerpo. Comprenderá todas las debilidades de los hombres que lo componen y que, aún así, lo construyen (Ef 4,12), y lo integran (1Cor 3,9), y se consagrará a su reconstrucción, se dedicará a restaurar y a hermosear a la esposa de su Esposo, que es también su esposa (Prov 14,1). En su tiempo, otros la escarnecieron, y la rompieron, ella le entregó su vida. Eso es el amor. Venían sonando desde el siglo XV voces de reforma «in capite et in membris». Teresa las escuchará pero comenzando por reformarse ella, que es también miembro, célula del cuerpo místico, sabedora de que la riqueza de salud de una célula, repercute en todo el torrente vital del cuerpo. Y al revés. La verdad real es que la esposa de Cristo siempre está necesitada de reforma pues, «al recibir en su propio seno a los pecadores, es santa y al mismo tiempo necesitada de purificación constante y por eso busca sin cesar la penitencia y la renovación» (LG 8). Por eso Teresa se «determinó a hacer eso poquito que podía hacer, que es seguir con toda la perfección que pudiera y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo».

La comunidad cristiana, esposa del Cordero inmaculado, Cristo (LG 6). La Iglesia no es una entelequia, una abstracción. La Iglesia son, somos, los cristianos, aquellos santos y estos pecadores; aquel cura de Becedas y el padre García de Toledo, «buen sujeto para nuestro amigo», los arrieros y los regidores, el obispo de Ávila, don Álvaro de Mendoza, y el gobernador eclesiástico de Toledo, don Gómez Tello. Y sus carmelitas, y sus frailes, sus hijos. Y su «Senequita». Y fray Pedro de Alcántara, y el padre Gracián. Sobre todo el padre Gracián. Aunque al final la defraudará. No estuvo a la altura.

Aciertos y errores. Antes, ahora y después. Así va peregrinando la esposa entre «las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» (Ib). Somos hijos y tributarios del pasado, que ha acarreado a nuestra vida y cultura el aire que respiramos y del que vivimos, el terreno de reporte de todos los factores humanos que constituyen el humus sobre el que es el ser que somos, la civilización que ha llegado hasta nosotros, y hasta el pecado que se enraíza en nuestros genes y cromosomas biológicos, llega también hasta las fibras de nuestro espíritu. En la genealogía de Jesucristo hay nombres santos e ilustres: Abrahán, Isaac, Jacob, David, José, María... Pero causa sorpresa encontrar también mujeres tan poco ejemplares como Tamar, tramposa e incestuosa; Rahab, prostituta; Ruth, pagana; Betsabé, adúltera con el rey David y madre de Salomón. Si queremos conocer la realidad de la historia, hemos de conocer con madurez la verdad del devenir de la humanidad, aceptando el bien y el mal que han hecho, que hemos hecho los hombres, y admirar la generosidad y el amor de Dios, que quiso que Jesús descendiera a nuestro nivel y participara totalmente de la condición humana, con sus límites y sus debilidades y pecados, y que su Hijo entrara en el torbellino de las conductas de los hombres y que se viera sacudido por el huracán de las humanas pasiones, siendo «uno de tantos» para salvar a la humanidad desde dentro. Así también el nuevo Israel, la Iglesia. Y así, Teresa. 18 de noviembre de 1572. «Díjome Su Majestad: "No tengas miedo, hija, de que nadie pueda apartarte de Mí". Entonces se me representó por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y me dio su mano derecha, y me dijo: "Mira este clavo, que es señal de que desde hoy serás mi esposa; de ahora en adelante, no sólo mirarás por mi honra como Creador y como Rey y tu Dios, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya y la tuya mía"» (Relaciones 35). Como verdadera esposa de Cristo Teresa ha sido introducida en el misterio de la Redención, y, con el Redentor, y como Él, abarca la entera historia de la salvación. A nosotros nos cumple conocer a qué pueblo teológico pertenece Teresa, igual que conocemos la ciudad de Toledo donde su abuelo judaizó, y la ciudad de Ávila donde ella nació. Nos enriquece y nos gusta saber qué generaciones espirituales han precedido a Teresa; qué cultura y qué vida religiosa y cristiana ha llegado hasta su cuna espiritual, y en qué ambiente se va a desenvolver su misión de compadecer, restaurar, embellecer y hacer crecer a la esposa de su Esposo. Es evidente que no puede escapar de la ley común de todas las comunidades humanas la historia del pueblo de Dios. Como toda la historia de todos los pueblos ha tenido sus luces y sus sombras. Cuando llega Teresa a la palestra han transcurrido quince siglos y medio de cristianismo, algunos de llameante evangelio, otros con vibración menor, y algunos, desgraciadamente, lejos del camino de las bienaventuranzas.

Hasta llegar al siglo XVI, el suyo, y el más fecundo para el evangelio, la Iglesia, y la evolución de su doctrina y espiritualidad, han pasado por muy diversas vicisitudes y alternancias. Tras los Hechos de los Apóstoles, con el recuerdo del Esposo vivo todavía, la comunidad paleocristiana vivió con intensidad enamorada la fe, y se valoró la oración por encima de todas las actividades y de todos los ministerios. Quedaba aún la Tradición de los Apóstoles, que habían decidido abandonar la administración temporal, para dedicarse en plenitud «a la oración y al ministerio de la palabra» (He 6,4); y la oración de la palabra, y la palabra orada, y el testimonio de los Padres Apostólicos, mantenía fiel a la esposa de Cristo y la fecundaba para preparar-la a enfrentarse a la lucha y al martirio. De los primeros cristianos decían los paganos que eran «hombres que oran». Y así vivió la Iglesia durante los tres primeros siglos, que quedaron, casi todos ellos, señalados con la sangre de los mártires. Primero Esteban, en Jerusalén. Después, Lorenzo, en Roma. Finalmente, Vicente en Valencia. Y con ellos ¡cuántos obispos y sacerdotes! Las hogueras vivas y las cruces sembraron el suelo del Imperio. A aquellos verdaderos soldados cristianos, incluso hombres laicos y mujeres, vírgenes adolescentes y,

hasta niños, no les aterrorizaron ni los tormentos, ni los suplicios, porque estaban arraigados en la raíz inmovible de los mandamientos divinos y fortificados con las enseñanzas y con la vida del evangelio. «La sangre de los mártires, semilla de cristianos» (Tertuliano).

Al fin, la paz, y con la paz constantiniana, se inician cuatro siglos maravillosos que se extienden hasta el final del período carolingio y de nuestra cultura isidoriana, en los que la Iglesia, respaldada por el Imperio, intentó salvar la cultura, especialmente el Derecho Romano, como medio de civilización de los pueblos bárbaros, a fin de convertirlos en factores nuevos de progreso humano y poder sembrar el evangelio en aquellos surcos nuevos de aquellos hombres nuevos. Comenzó entonces a extenderse el estudio de la Palabra, y la reflexión teológica de los santos Padres invadió las inmensas bibliotecas con su sabia producción. Fueron tiempos desbordados de estudio, oración y predicación. Las obras de los Padres fueron una prolongada reflexión sobre la Palabra, y una escuela evangélica de oración, de kerigma y de estudio. «La fe proviene de la predicación; y la predicación por la palabra de Cristo» (Rom 10,17). Consiguiente-men-te, cuando después de los Padres, falló la predicación, se sucedieron unos siglos de decadencia, que prepararon la invasión musulmana en Hispania. Pero la lucha contra el invasor ejercitó a los cristianos, y a los mozárabes, para enfrentarse al Islam. Brotó de nuevo el estudio y la plegaria, en los pequeños reductos, y en la clandestinidad, hasta que en el siglo XII, se retornó al cultivo de las ciencias sagradas y a la oración, que determinará el apogeo del siglo XIII, que otra vez llena bibliotecas, engendra santos, edifica templos, escribe poemas y hace teología y oración en piedra con las catedrales e imágenes; en colores, con las pinturas y los códices miniados; en verso, con Gonzalo de Berceo, las Cantigas y la Divina Comedia.

Y otra vez la noche. Tras este insigne esplendor, sobreviene de nuevo la decadencia de los siglos XIV y XV en los que se produce un eclipse largo del evangelio de Jesús, de teología, de oración, de verdad y, por tanto, de vida evangélica. Occidente es invadido por la corrupción y desolado por las guerras. Los hombres no han podido vivir nunca largos tiempos en paz.

El siglo de oro. Y después de esta larga noche y oscura, comienza, ¡oh dichosa ventura! a despuntar de nuevo la aurora en el glorioso siglo XVI, justamente llamado «Siglo de Oro», en el que florecen las artes y renace la cultura. En Castilla se crean veinte universidades y hay veintitrés facultades de teología, en las que se explica la palabra de Dios y se escriben libros de piedad, de ascética y de mística. El renacimiento espiritual alcanza todos los niveles, mientras en Europa se desarrolla el Humanismo. Ha germinado un semillero y ha brotado un deseo generalizado de volver a las fuentes y a la interiorización del evangelio, porque la tentación constante siempre, y lo sabían ya bien los profetas del Antiguo Testamento, es la de convertir la religión en fenómeno externo, en ritualizado «rabinismo» no comprometedor de la vida. Algunas órdenes Religiosas, como la Franciscana y la del Carmen, habían recogido el clamor de la Reforma. En España, los Reyes Católicos, apoyados por los obispos Hernando de Talavera y Cisneros, tratan de implantar la Gran Reforma entre el clero y los religiosos. Fruto de esta inquietud brotan numerosos escritores de oración y de virtudes cristianas, como García Jiménez de Cisneros, primo del Cardenal, y Abad de Montserrat, con su Exercitatorio de la vida espiri-tual, en el que Ignacio de Loyola incubó sus Ejercicios. Escriben también Francisco de Osuna, Bernardino de Laredo, Alonso de Orozco, Francisco de Evia,

fray Luis de Granada, san Pedro de Alcántara, Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, y muchos más. Todos ellos serán censurados por causa del erasmismo y alumbradismo y por el peligro de la herejía protestante. La herejía protestante, «Los luteranos de Francia». Teresa oyó hablar de sus desmanes cuando andaba en trance de fundación, y la van a espolear en su afán de mayor austeridad y santidad, que buscará para ella y para sus hijas, como medio de ayudar con mayor eficacia a la Iglesia, evitar que se extienda su rompimiento, extender el ejercicio de las virtudes cristianas y de la oración, según el modelo inflamado de aquellos hombres de Dios del Carmelo. Ella ha leído en la Institución de los primeros monjes, que su oración fue tan valiosa cual la de Elías, que en su lucha con los profetas de Baal, atrajo durante dos años la sequía, «Vive Yavé, Dios de Israel, que en estos dos años no habrá lluvia ni rocío, mientras yo no lo diga» y resucitó con su oración, al hijo de la viuda de Sarepta, y «postrado en tierra en la cima del Carmelo, hizo caer una lluvia abundante» (1Re 17). La Institución de los primeros monjes era considerada por los carmelitas del siglo XVI como la regla antigua, resultando así históricamente la fuente primitiva, aunque jurídicamente lo era y lo es la Regla albertina, como escribe Efrén en Tiempo y Vida. «Lo que leía santa Teresa era, sin embargo, una doctrina espiritual con estructuras de historia legendaria. Aquellas afirmaciones no resisten hoy a la crítica documental. Pero tienen valor de medio para inocular la vinculación a la Madre de Dios y al profeta Elías» (Ib). En la historia de la Iglesia era necesaria esta mujer. Si ella no hubiera sido fiel a su Dios, en la Iglesia habría un vacío enorme cuyas consecuencias y frutos, aunque en su mayor parte son y serán desconocidos, porque están en el misterio escondido con Cristo en Dios (Col 3,3), serían trascendentales. Pero fue fiel y está ahí, sirviendo a su Esposo y a la esposa de Cristo, enamorada de los dos hasta morir de amor por ambos: «Al fin, Señor, soy hija de la Iglesia».

La escritora. La formación de Teresa como escritora viene de lejos. Nadie podía pensar que cuando devoraba libro tras libro de caballerías gastando «muchas horas del día y de la noche, y se apasionaba y se embecía tanto, que si no tenía libro nuevo no estaba contenta», en aquellas lecturas estaba comenzando a germinar el rosal de la escritora, que se inició en el arte de escribir esbozando junto con su hermano Rodrigo, su confidente, su propio libro de aventuras. No cabe duda que estas lecturas le proporcionaban cultura y lenguaje, pero también la iban introduciendo en el conocimiento de las diversas reacciones del corazón humano, lo que contribuyó a dotarla de buenas dosis de psicología. Su enorme capacidad asimilativa depositó en el subconsciente el arte de escribir que, madurado por las lecturas de adulta, espirituales, densas y cerebrales, ha sabido después utilizar genialmente, sin seguir demasiadas reglas gramaticales, que desconocía, pero que han poblado sus escritos de narraciones ágiles y vivas, llenas de imágenes expresadas con brillantez y saturadas de profunda introspección. Del estilo novelesco de sus lecturas le ha quedado la técnica del relato, y de los diferentes caracteres y reacciones femeninas y masculinas en el tema del amor, su psicologismo. Esto en la forma, y en el fondo igualmente ha sabido coordinar la densidad del concepto de sus lecturas serias y trascendentes, con la agilidad y la frescura de las imaginativas y líricas que devoró, creando un estilo propio en el que se engarza la solidez del concepto con la galanura de la narrativa, como afirma Menéndez Pidal: «Aunque Teresa fue toda su vida voraz lectora de los doctos libros religiosos, no sigue el estilo de ninguno de ellos. La austera espontaneidad de la santa es hondamente artística. Aunque quiso evitar toda gala en el escribir, es una brillante escritora de imágenes».

Mujer escogida y trabajada exquisitamente por Dios, Quien quedó tan satisfecho de su obra que le dijo un día: «Si no hubiera criado el cielo, por ti sola lo criara». Afortunadamente hoy podemos conocer los caminos por donde anduvo su alma privilegiada, porque en los libros que escribió, nos la dejó esculpida. Donosa y clásica escritora. Teresa es un clásico. Puede mirarse la obra de santa Teresa como obra literaria, que lo es. Otro clásico, fray Luis de León escribió: «En la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con sus libros se iguale» (Carta prólogo en la edición príncipe, 1588). Pero lo principal de la obra de santa Teresa no es su calidad literaria, que la tiene, sino su contenido doctrinal. A la verdad ella no hubiera escrito una sola página por hacer literatura. Escribió para darse interiormente a conocer a sus confesores, para complacer a sus hijas que solicitaban su magisterio, y para obedecer a quienes se lo mandaban. Hubo siempre alguien que le mandó escribir: El padre García de Toledo, Francisco Soto y Salazar, Domingo Báñez, Ripalda, el «Vidriero», el padre Gracián y el doctor Velázquez.

Patrona de los escritores españoles y doctora de la Iglesia universal. Fue declarada en 1965 por Pablo VI Patrona de los escritores españoles. Ellos han reconocido su calidad y su mérito.

Azorín ha dejado escrito un testimonio sobresaliente de la Vida: del que dice que es el libro más hondo, más denso, más penetrante que existe en ninguna literatura europea. A su lado, los más agudos analistas del yo, son niños inexpertos. Y eso que no ha puesto en este libro sino un poquito de su espíritu. Pero todo en esas páginas, sin formas del mundo exterior, sin color, sin exterioridades, todo puro, todo denso, escueto, es de un dramatismo, de un interés, de una ansiedad trágicos.

Ha escrito Gerardo Diego que Teresa escribe como es; es ella escribiendo, y como la habita Dios es Él quien escribe por ella y es Él el que pone el brillo a todas las calidades humanas con que la había enriquecido.

También Marañón la ensalza: «Toda su vida está escrita en cada línea que escribió. Por extraño que le sea el tema tratado, deja girones de personalidad, como deja copos de lana el corderón entre las zarzas. Este arte inconsciente de transparentar la vida del autor en todo lo que escribe, es una de las notas más auténticas de la superioridad de un escritor».

«No se ha podido escribir mejor, porque tampoco se ha podido vivir existencia mejor, toda entendimiento y voluntad abierta» dice Emilia Pardo Bazán.

Gestación de su primer libro: su «Vida». Cuando empezó a ser invadida por las mercedes de Dios en la oración, se apresuró a pedir consejo y a desvelar su alma a sus consejeros —algunos ya citados—, y se encontró bloqueada al intentar manifestar lo que ocurría en su alma, el misterio. ¿Cómo podrá decir su vida, su alma henchida de Dios? Una cosa es vivir, experimentar; otra decir lo inefable. Y aún no se le ha dado este carisma. Forcejea. Ha leído la Subida del Monte Sión de Bernardino de Laredo y se ha visto reflejada allí, al pie de la letra.

Subrayó los pasajes con que él describe lo que a ella le ocurre y entregó el libro a sus consejeros. Esta narración tan original de su vida, la relación escrita dirigida al padre Pedro Ibáñez y las diversas Cuentas de conciencia, constituyen el embrión del libro de la Vida, que, por mandato del padre García de Toledo, terminó de escribir en junio de 1562, cuando ya gozaba del carisma de efabilidad. Teresa escribe «como quien tiene un dechado delante, del que está sacando aquella labor». Le dictan. «Es así que, cuando comencé esta última agua a escribir, me parecía más imposible saber tratar estas cosas que hablar en griego, así de difícil es. Así pues, lo dejé y me fui a comulgar. Bendito sea el Señor que así favorece a los ignorantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Iluminó Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras inspirándome cómo lo había de decir, que parece que Su Majestad quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y así lo bueno que diga es doctrina suya, lo malo, del piélago de los males que soy yo». Por eso fray Luis de León no duda que «hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares y que le regía la pluma y la mano».

Instrumento racional al servicio de Dios. A veces le inspiraban, pero ordinariamente ella ponía el instrumento adiestrado y afinado por sus copiosas lecturas, entre las que se incluyen las Confesiones de san Agustín, cuyo estilo de diálogo con Dios adopta muchas veces. Hemos visto antes que había leído mucho. Y lo había poderosamente asimilado. Había leído de todo, pero fundamentalmente libros buenos. «Diome la vida haber quedado amiga de buenos libros». Cuando termina de escribir el libro de su Vida tiene cuarenta años. Su personalidad está granada, en plenitud de madurez vital, biológica, humana con la riqueza de sus variadísimas vivencias, y siempre en búsqueda de que le garanticen sus experiencias, todavía reescribe su libro, su "alma", obedeciendo a Francisco de Soto y Salazar, que será después obispo de Salamanca, para enviarlo al padre Juan de Ávila, el más prestigiado criterio de Andalucía, quien «si aceptó leerlo fue, no por pensar que él fuera suficiente para juzgarlo, sino por aprovecharse de su doctrina con la que se ha consolado y podría edificarse con ella». Teresa, a su vez, descansó y se consoló con el dictamen de Ávila, seis años después de la primera redacción, y en vísperas de inaugurar la reforma de los frailes en Duruelo con san Juan de la Cruz y el padre Antonio de Jesús, el de Requena.

«Camino de perfección» su segundo libro. Creado ya el primer monasterio en Ávila vencidas enormes dificultades, escrito el Libro de la Vida, pero embargado por su confesor, el padre García de Toledo, habiendo recibido el consejo del padre Báñez de que escribiera otro libro, e importunada por sus hijas, que necesitaban tener a mano y por escrito su entrañable magisterio oral, y concedora del deseo de Báñez, toma de nuevo la pluma y, de una manera sencilla y familiar, escribe unos avisos, que con el tiempo llegarán a ser titulados Camino de perfección. Murió con el deseo de verlo editado. Un año tardó en editarlo don Teutonio de Braganza, obispo de Évora, pues lo consiguió en 1583, muerta ya la Santa. El padre Gracián lo editó en Salamanca en 1585, y san Juan de Ribera en Valencia en 1587. En 1588, fray Luis de León, después de desenmarañar la madeja del castigado códice de Toledo, lo editará en Salamanca. Aparte de su excelente doctrina, su trazado didáctico es una maravilla de construcción y de amenidad, de sabiduría y de inaudita pedagogía femenina, programático y práctico para enseñar deleitando cómo llegar a la perfección. Y por añadidura encontramos en él una fuente valiosa de información sobre la

situación del cristianismo, y de la vida religiosa y de determinadas actitudes sociales de su tiempo.

Queriendo con todas sus fuerzas ayudar a sus dos apasionados amores, a la esposa de Cristo, y «a este Señor mío que tan apretado le traen», por la limitación de los condicionamientos eclesiales y sociológicos de la época, que margina y subestima a la mujer, cuyos derechos Teresa subliminalmente reivindica, se entregará ella y dedicará a sus monjas a la oración, con lo que, sin ruido, alcanzaba la entraña del problema. Y ese es el tema nuclear de Camino de perfección: la oración como causa transformadora de los orantes, y el ejercicio de las virtudes evangélicas que los hagan capaces de poder llegar a la «fuente del agua viva», que, para ella, es la oración perfecta, la contemplación, para ser eficaces con sus plegarias. Pues, aunque Dios escucha toda oración, de oración a oración va mucho. Camino, además, a la vez que es un tratado de oración, es también una práctica de oración teresiana, pues en casi todos los puntos doctrinales intercala conversaciones con el Señor, efusiones afectuosas, peticiones ardientes, alabanzas, acciones de gracias, en comunión con el lector.

También podría llamarse el libro Camino de santidad, con mayor acento actual de iniciativa divina. Su experiencia propia de orante y de cristiana, las confidencias de sus hijas, la observación de sus años en la Encarnación, la asimilación de la lectio divina durante sus veintisiete años de monja y, sobre todo, la inspiración de Dios, que otorga sus luces a quienes Él confía una misión eclesial, son las fuentes de este libro, fundamental para vivir el hecho cristiano, y clásico en la literatura universal. Que se haya escrito a ratos, con muchas, y a veces largas interrupciones, y sin echar mano a libros de consulta, no le resta mérito, al contrario, lo hace más vivo y dinámico.

La palabra de Dios en sus obras. Como todas sus obras, también Camino está muy enraizado y respaldado en la palabra de Dios, pues aunque su lectura no fue directa, sino a través del Breviario, de devocionarios al uso y de las perícopas de epístolas y evangelios dominicales que pudo leer en la biblioteca de la Encarnación en la traducción de fray Ambrosio Montesino, está muy presente la Sagrada Escritura en la obra escrita de la autora. Pocas veces cita explícitamente, pero existe un río subterráneo en su espíritu que alimenta abundantemente sus imágenes y sus frases; lo que coincide con su experiencia mística que también es Palabra, aunque privada, que no desmiente la Palabra pública, y que es una manera frutiva profunda de conocer en vivo la Palabra. Ofrecen también un influjo notable de divina Escritura los Morales o Comentarios del Libro de Job, de san Gregorio Magno, que ella había leído y asimilado. Hasta su modo de concebir la oración y de dirigirse a Dios en el diálogo, trae reminiscencias de los diálogos de Job con Dios.

En la laboriosa elaboración de este Camino, he procurado localizar todos los datos revelados, explícitos unas veces, implícitos las más, y esto con intencionalidad doble, la de dejar más asegurada, aunque no lo necesita, la doctrina de la mística Doctora poniendo de relieve sus raíces, y la de hacerla más actual, porque destacando lo mucho que ella amó la Palabra, se aprecia cómo se anticipa a las orientaciones del concilio Vaticano II enaltecidas y estimulantes de la lectura de la Sagrada Escritura: Así dice la Dei verbum: «Es necesario que toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura y se rija por ella. Porque en los sagrados libros, el Padre que está en los cielos, se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que

es en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe de sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Pues la palabra de Dios es tan viva y eficaz (Heb 4,12), que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados» (He 20,32) (21).

Al fin, muero hija de la Iglesia. «Ya es tiempo de caminar. ¡Vamos muy enhorabuena!» Maltrecha y agotada, obediente a sus superiores, que eran sus hijos, hasta la muerte. Así tenía que ser. En Alba de Tormes a donde la conduce, medio muerta, la obediencia al padre Antonio de Jesús, provincial de Castilla, se paró aquel corazón consumido de amor a Cristo y a la Iglesia, los dos, el único amor de esta mujer excepcional. «Al fin, muero hija de la Iglesia». Fueron sus últimas palabras, y en ellas va encerrado todo el secreto de su vida: el deseo de servir a la Iglesia, «ayudar lo que pudiera a este Señor mío, que tan apretado le traen», y el temor de que la Iglesia no permitiera que ella la ayudara e impidiera el desarrollo de su carisma; que no la quisiera mantener en sus entrañas maternas, que pudo haber ocurrido, y no fue fácil que no ocurriera, pues los «tiempos eran recios».

Cuando Teresa moría, al pie de la ventana de su celda, las ramas secas de un arbolito, que nunca llevó fruto, se cubrieron de flores blancas ¡en octubre, y en la meseta castellana! Era un prodigio más entre los muchos que acaecieron: remolinos de luces, olores deliciosos, presencias misteriosas, blancas palomas, claridades... Pero el arbolito florecido tiene una connotación de doble signo: de la voz del Esposo de los Cantares: «Levántate, amada mía, ven a mí, porque ha pasado el invierno, y brotan las flores en la vega y la viña en flor difunde perfume», y de la primavera de gracia que, a su muerte, dejaba la Madre en la Iglesia, con sus hijas e hijos y sus libros: «Yo no conocí ni vi a la madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; mas ahora que vive en el Cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros» (fray Luis de León).

Influencia de sus obras. Por sus escritos ha podido Teresa extender su magisterio, incluso extramuros de la Iglesia Católica. Con sus páginas ha llegado hasta la judía, hoy, gracias a ella, Beata Edith Stein que, en 1921 leyó de un tirón su Vida y encontró la verdad. Ha alcanzado también al patriarca ortodoxo Atenágoras, al primado anglicano Ramsey, y a los también anglicanos Allison Peers, y Trueman Dicken, autor éste de Crisol del amor, un estudio profundo sobre los libros de Teresa y de su compañero san Juan de la Cruz. Y la que en Camino se lamentó del crecimiento de la desventurada secta de los «luteranos», con sus libros ha inspirado en algunos temas, al filósofo protestante Leibniz, y ha conseguido que el también luterano Ernst Schering haya escrito la obra Mística y realidad, basada en las experiencias místicas de ella. Otro luterano, Roger Schutz, ferviente admirador, ha escrito de ella: «Santa Teresa de Jesús compraba, discutía de negocios, escribía, y vivía al mismo tiempo, en su vida profunda, en la intimidad con Dios. Por algo esta mujer ha sido siempre un ejemplo clásico de contemplativo». Lo dice él, que ha fundado Taizé, según el ideal contemplativo.

Dispuestos a leer Camino de perfección de santa Teresa leído hoy, nos van a situar y ayudar mucho las «Prospecciones actuales» ante cada capítulo junto con los «comentarios» para penetrar en la sustancia del libro, que nos descubre la

entraña de una extraor-dinaria mujer, y de una madre universal, sublimemente divina y tiernamente humana. Leeremos con la garantía de leer doctrina de la Iglesia que por boca de Pablo VI ha proclamado a santa Teresa «doctora» el 27 de septiembre de 1970. La primera doctora de la Iglesia.

Jesús Martí Ballester

Valencia, 5 de abril de 1993

Entrada

Sabiendo las hermanas que tenía permiso del Padre Báñez para que les escriba de oración, tanto me han importunado, que me he decidido a obedecer-les.

Teresa de Jesús había reunido a un grupo de mujeres con el deseo inmenso de ayudar a la Iglesia con la inmólación de su vida por ella, su gran pasión. Les había enseñado oralmente a orar y a forjar sus almas para convertirlas en orantes calificados y eficaces. Sus hijas y discípulas quieren tener en sus manos aquellas normas, avisos y modos de orar, y hasta oraciones de su madre y maestra, así como las normas por las que debe regirse la carmelita descalza. Y, como no tenían acceso al libro de la Vida, que estaba en manos de sus confesores, que habían quedado deslumbra-dos por él, le piden, le suplican y le insisten que les de por escrito las pláticas con que las forma en la sala capitular. La Madre accede y redacta este libro de avisos y consejos, que más tarde recibirá el título de Camino de perfec-ción.

Dos veces redactó Teresa el libro dos veces. La primera redacción fue revisada por el padre García de Toledo, quien la castigó tanto, que hizo necesaria una segunda, que fue aprobada por el mismo padre. Esta segunda es la que aquí sigo, cuyo autógrafo conservan las carmelitas de Valladolid, de donde toma el título. Pero a veces, me serviré también de la de El Escorial, en cuya Bibliote-ca se guarda el autógrafo de la primera. Procederé así con el fin de rescatar algunas expresiones más familiares y matices que aclaran la segunda redacción que, lo que gana en elaboración pierde en intimidad y espontaneidad. Excepcionalmente en algún caso utilizaré la de Toledo.

Prólogo de santa Teresa

1. Sabiendo las hermanas de este monasterio de san José, que tenía permiso del padre maestro fray Domingo Báñez, dominico, que ahora es mi confesor, para escribir sobre la oración, en lo cual podré atinar por la mucha comunicación que he tenido con muchas personas espirituales y santas, tanto me han importunado que les escriba sobre oración, que me he decidido a obedecerles, pensando que el gran amor que me tienen, puede hacer aceptable el imperfecto y pobre estilo mío, comparado con los buenos libros que hay de autores que escribían bien, porque sabían lo que escribían.

En sus oraciones confío, pues quizá por ellas, el Señor querrá que acierte algo en lo que conviene al modo de vivir de esta casa.

Y si no acierto, el padre Maestro que lo leerá antes, lo corregirá o lo quemará, y yo no habré perdido nada obedeciendo a estas siervas de Dios, que verán lo que hay en mí cuando Su Majestad no me ayuda.

2. Pienso ofrecer remedios para algunas tentaciones menudas del demonio, que, por pequeñas, no se tienen en cuenta, y pienso decir otras cosas, tal como el Señor me inspire y me vengan a la memoria, pues como no sé lo que he de decir, no puedo decirlo con orden; y creo que es mejor no llevar orden, pues tan desordenado es que yo haga esto.

El Señor ponga sus manos en todo lo que diga, para que se haga según su voluntad, ya que éstos son siempre mis deseos, aunque las obras sean imperfectas como yo.

3. Sé que no me falta el amor y el deseo de ayudar todo lo que pueda a que las almas de mis hermanas crezcan mucho en santidad; y este amor, unido a los años y experiencia que tengo de algunos monasterios, puede que me sea útil para poder atinar más que los letrados en cosas menudas, pues ellos, por tener otras ocupaciones más importantes y ser varones fuertes, no dan tanta importancia a cosas que no parecen nada, pero que a personas tan débiles como somos las mujeres, todo nos puede dañar; porque son muchas las sutilezas que emplea el demonio con las personas que viven en clausura, con las que utiliza armas nuevas para poderlas engañar. Yo, como ruin, no he sabido defenderme bien, y por eso quisiera que mis hermanas escarmentasen en mí. Os garantizo que no diré nada que no me lo haya enseñado la experiencia de mi propia vida o de otras personas, o me la haya hecho entender el Señor en la oración[i].

4. Hace pocos días me mandaron escribir una relación de mi vida[1], donde también hablé sobre algunos puntos de oración. Puede ocurrir que mi confesor no quiera que lo leáis[2], y por eso diré en éste algo de lo que digo en aquél, así como otras cosas que me parezca que son necesarias. El Señor lo escriba con su mano, como le he suplicado, y lo ordene para su mayor gloria. Amén.

Prospección actual del capítulo 1

«Ya que tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fueran buenos»... «todas dedicadas a la oración por los que defienden a la Iglesia, y predicadores y letrados...».

Oración e inmolación por los sacerdotes, carisma específico de la carmelita. Un grupo de mujeres en marcha desde el monasterio de san José de Ávila, primera fundación de Teresa. Los luteranos de Francia la fuerzan a clamar al cielo. Los males modernos: materialismo, desertización espiritual, ateísmo y craso hedonismo, tolerancia y permisividad, falta de respeto al don de la vida, secularismo y mentalidad laicista, y secularización interna de lo cristiano, «que somete la doctrina cristiana y sus normas morales al juicio de la sensibilidad y de los sistemas de valores e intereses de la nueva cultura», deben movilizar a los «amigos fuertes de Dios» tras las huellas de Teresa. Así exhortan a la comunidad católica los obispos de España: «Lo importante en esta situación para nosotros, los cristianos, es que llevemos una vida digna del evangelio de Cristo, que nos mantengamos firmes en el mismo espíritu y luchemos sin temor juntos como un solo hombre por la fidelidad a Él, y que nos mantengamos en un mismo amor y un mismo sentir y valoremos, en fin, "todo cuanto hay de verdadero, noble, justo, puro, amable, honorable, todo cuanto sea virtud y digno de elogio", como exhorta Pablo a los cristianos de Filipos (1,27-30; 4,8). Con estas palabras el apóstol nos está invitando a la concordia, a la atención generosa al prójimo, a la integración en nuestra vida de virtud como único camino realista a la felicidad que es la suprema aspiración humana» (La verdad os hará libres, 20-11-1990).

Capítulo 1

El motivo que me movió a hacer este monasterio tan austero.

1. Cuando comencé a fundar este monasterio por las causas que he descrito en el libro mencionado[ii], en el que relato algunas manifestaciones extraordinarias del Señor sobre la fecundidad de esta casa, no era mi intención que tuviera tanta austeridad en lo exterior, ni que careciera de renta, todo lo contrario, quería que tuviera bienes raíces para que no faltara nada. En fin, como débil y ruin, aunque, más que mi bienestar, miraba otros fines buenos.

2. En este tiempo me llegaron noticias de los daños de Francia y el estrago que habían causado los luteranos y el crecimiento de esta desventurada secta[3].

Me causó mucha aflicción, y como si yo pudiera hacer algo o fuera alguien, lloraba con el Señor y le suplicaba que remediara tanto mal. Creo que estaría dispuesta a dar mil vidas por salvar una sola alma de las muchas que allí se perdían.

Y como me vi mujer y ruin y sin posibilidad de servir en lo que yo quisiera al Señor[4], toda mi ansia era y es, que ya que tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fueran buenos, me decidí a hacer lo poquito que yo podía, que es seguir los consejos evangélicos con toda fidelidad, y procurar que estas poquitas que viven aquí, hicieran lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que ayuda siempre al que se decide a dejarlo todo.

Pensaba que, si ellas eran tal cual yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes se desvanecerían mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor.

Y que todas dedicadas a la oración por los que defienden a la Iglesia y predicadores y letrados, ayudáramos todo lo que pudiéremos a este Señor mío, tan atribulado por quienes han recibido tanto bien de Él, que parece que estos traidores querrian llevarlo otra vez a la cruz y que no tuviera donde reclinar su cabeza.

3. ¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué ocurre ahora con estos cristianos? ¿Siempre han de ser los que más os deben los que más os torturen? ¿Os han de atormentar más los que habéis escogido por amigos, con quienes vivís y os comunicáis por los sacramentos? ¿No les bastan aún los tormentos que habéis sufrido por ellos?

4. En verdad, Señor mío, que no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues si a Vos os aman tan poco, ¿qué podemos esperar nosotros? ¿Es que merecemos más nosotros que nos amen? ¿Les hemos hecho nosotros más bien para que sean nuestros amigos?

¿Qué es esto?; ¿qué es lo que esperamos los que, por la bondad del Señor, nos hemos librado de aquella roña pestilencial del mundo? Aquellos están ya en manos del demonio. Buen castigo se han ganado con sus propias manos y bien se han merecido por sus deleites fuego eterno. ¡Allá se lo hayan!, aunque se me rompe el corazón viendo cómo se pierden tantas almas; mas, al menos que no se extienda tanto el mal; yo quisiera que no se perdieran más almas cada día.

5. ¡Oh, hermanas mías en Cristo!, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para esto os ha reunido aquí; ésta es vuestra vocación; éstos han de ser vuestros negocios; éstos vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones; no, hermanas mías, por negocios del mundo, que yo me río y aun me acongojo cuando veo que vienen a pedirnos oraciones por rentas y dinero y, a veces, algunas personas, que yo quisiera que pidieran a Dios ánimo para repisarlos todos.

Vienen con buena intención y cumplimos lo que nos piden porque vemos su devoción, aunque yo creo que en estas cosas nunca me oye el Señor.

Está ardiendo el mundo, quieren sentenciar otra vez a Cristo, pues le levantan mil testimonios falsos[5], quieren derribar por tierra a su Iglesia, ¿y hemos de perder el tiempo pidiendo cosas que, si Dios se las concediera, quizá tendríamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia.

6. Por cierto que, si no fuera por tener compasión de la fragilidad humana, que se consuela de que la ayuden en todo, y está bien que lo hagamos si podemos, me gustaría que todos supieran que no son éstas las cosas que hay que pedir a Dios con tanto empeño.

Prospección actual del capítulo 2

«La pobreza es un señorío grande».

Las órdenes mendicantes introdujeron una modalidad nueva en la Iglesia a partir del siglo XIII. A la vez que buscaban la propia santidad, trabajaban por conducir a ella a los demás miembros de la Iglesia. A diferencia de los monjes, que tenían muchas y grandes propiedades, aunque cada monje era pobre, los mendicantes renunciaban a la posesión de propiedades, excepto las imprescindibles. La Orden Carmelitana, contemplativa en Oriente, para poder arraigar en Occidente, hubo de ser transformada en orden mendicante. La virtud

indispensable para ella era, pues, la pobreza, característica de la vida apostólica. «Los ojos en vuestro Esposo; Él os ha de sustentar». La confianza en el Padre, que cuida y alimenta a los pájaros y viste a los lirios del campo (Mt 6,25), es mejor garantía para el futuro, que todas las seguridades humanas. Sólo desde la esperanza del «tesoro en el cielo» de la íntima amistad con el Señor, se puede «vender lo que se tiene y dar el dinero a los pobres» (Mt 19,21). Y entonces se consigue la verdadera libertad, el «señorío grande». Porque «la verdadera pobreza trae una honraza consigo que no hay quien la sufra».

No exime la pobreza del esfuerzo del trabajo, sino que lo exige. Exige la colaboración con el inmenso Dios creando como un torbellino inmóvil y amoroso, afanándose en su obra para su gloria en el hombre. Y cuando pasó revista a todo, estrellas, mares, calandrias, aves del paraíso y águilas reales, altísimas montañas, palomas raudas, palmeras y cipreses y cinamomos, y cedros altísimos, colibrís y elefantes... el hombre y la mujer..., dijo: Bien. Todo está bien. ¡Me ha quedado todo estupendo!... Y le dijo a Adán: Prolonga tu ahora mi obra creadora, toma mis fuerzas y sigue creando, yo estaré contigo y descansaré. Trabaja conmigo, que es tu oficio. Para Adán, trabajar era hermoso, era «coser y cantar», siempre con el corazón henchido de alegría, porque crear deleita. El sudor vino después; la amargura y el cansancio y la fatiga fueron posteriores al pecado. «Con el sudor de tu frente», la tierra se te resistirá, y las ideas se te escapan escurridizas, y se bloqueará el ordenador y los cardos y las espinas son, pueden ser, expiación y penitencia. Y así, trabajando, es como el hombre se convierte en dominador de la materia y creador del mundo, que le estará sometido en la medida de su trabajo; y pondrá a su servicio todas las criaturas inferiores a él. Y así se dignifica y crece. «Él que no quiera trabajar que no coma», dice san Pablo; quien ha de comer tiene que trabajar. Él deber de trabajar arranca de la misma naturaleza. «Mira, perezoso, mira la hormiga...», y mira la abeja, y aprende de ellas a trabajar, a ejercitar tus cualidades desarrollando y haciendo crecer y perfeccionando la misma creación. Que por eso naciste desnudo y con dos manos para que cubras tu desnudez con el trabajo de tus manos y te procures la comida con tu inventiva eficaz. El trabajo será también tu baluarte, será tu defensa contra el mundo porque te humilla, cuando la materia o el pensamiento se resisten a ser dominados y sientes que no avanzas. Te defenderá del demonio que no ataca al hombre trabajador y ocupado en su tarea con laboriosidad. Absorbido y tenaz. Te defenderá del ataque de la carne, porque el trabajo sojuzga y amortigua las pasiones, y con él expias tu pecado y los pecados del mundo con Cristo trabajador, creando gracia con Él y siendo redentor uniendo tu esfuerzo al suyo, de carpintero y de predicador entregado a las multitudes y comido vorazmente por ellas. El trabajo cristiano se convierte en fuente de gracia y manantial de santidad. Pero si el hombre debe continuar creando con Dios, su trabajo debe ser entregado a la Iglesia y a la comunidad humana, llamada toda al Reino. El que trabaja cumple un deber social. Ahora bien, si el trabajo es un deber, si el hombre debe trabajar, el hombre tiene el derecho ineludible de poder trabajar, de tener posibilidad de ejercer el deber que le viene impuesto por la propia naturaleza, por el mismo Dios creador, trabajador, redentor y santificador. El derecho social al trabajo es consecuencia del deber del trabajo. Pío XII en la *Sponsa christi* recuerda a las monjas de clausura el deber de trabajar con eficacia. Pero la realidad es que así como hay en el mundo una injusticia social en el reparto de la riqueza, la hay también en el reparto del trabajo. Mientras haya parados, no puede haber hombres pluriempleados; por dos razones: primera, porque sus varios empleos quitan, roban, puestos de trabajo a los que de él carecen; segunda, porque los que tienen varios empleos difícilmente los cumplirán bien y a tope. El "enchufismo" no es sinónimo de perfección, sino todo lo contrario. Se habla de estructuras injustas en órdenes diversos; pero la estructura injusta, y habrá que revisarla si es injusta, se da también en la distribución del trabajo. Que

un sacerdote, y son muchos, no tenga nada que hacer en todo el día, salvo celebrar la misa, cuando hay también muchos que no pueden abarcar todas las misiones que se les encomiendan, puede ser consecuencia de unas estructuras, o de una interpretación de las mismas, que en todo caso, deberán ser, en justicia, revisadas y corregidas. La sociedad no puede desperdiciar energías, pero la Iglesia tiene que aprovechar todas las piedras vivas, aunque estén jubiladas, para edificar el cuerpo de Cristo. Además tengo la impresión de que vivimos en una sociedad que se siente esclava del trabajo, y se escapa de él todo lo que puede, y trabaja todo lo menos que puede. Del trabajo artesanal bien hecho, se ha pasado a «la chapuza». Los cristianos hemos de considerar el trabajo instrumento de santificación, colaboración con el Creador, reparador penitencial, agente de humildad, freno de los instintos, imitación de nuestro señor Jesucristo, trabajador en Nazaret, y predicador y acogedor de las multitudes en un trabajo apostólico agotador. La pobreza se ejercita, pues, sobre todo, en el trabajo. Pero también en la capacitación para trabajar mejor y con mayor rendimiento para la Iglesia y para la sociedad de la que formamos parte activa. Por eso el *Ora et labora*, ha de ser el santo y seña del cristiano, como lo fue de san Benito. Es la más realista concepción de la pobreza.

Capítulo 2

No hay que preocuparse por las necesidades corporales. Pondera el bien de la pobreza.

1. No penséis, hermanas mías, que os ha de faltar la comida por no ir buscando agradar a los del mundo. Yo os aseguro que si pretendéis sustentaros por astucias humanas, os moriréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro Esposo[iiii]; Él os ha de sustentar. Contento Él, aunque no lo quieran, os darán de comer los que menos os quieran, como lo habéis visto por experiencia. Si obrando vosotras así os morís de hambre, ¡dichosas las monjas de san José!

No olvidéis esto, por amor del Señor; ya que dejáis la renta, dejad también el cuidado de la comida; si no, todo está perdido. Que tengan esa preocupación los que el Señor quiere que posean renta, es muy justo, pues esa es su vocación; mas, que nos preocupemos nosotras, es un disparate.

2. Tener preocupación por las rentas ajenas me parece que sería estar pensando en lo que los otros gozan. Sí, porque vuestra preocupación no cambia el pensamiento del otro, ni le pone deseo de dar limosna. Dejad ese cuidado a Quien

los puede mover a todos, porque es el Señor de las rentas y de los renteros. Por su mandato hemos venido aquí; verdaderas son sus palabras; no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra[6].

No le faltemos nosotras, y no tengáis miedo de que os falte lo necesario; y si alguna vez os faltare, será para mayor bien, como quitaban las vidas a los santos cuando los mataban por el Señor, que era para aumentarles la gloria por el martirio[7]. Buen cambio sería terminar rápidamente con todo y gozar de la hartura eterna.

3. Mirad, hermanas, que esto tiene mucha importancia, recordadlo cuando yo haya muerto, que para esto os lo dejo escrito. Mientras yo viva os lo recordaré yo, pues veo por experiencia la gran ganancia: cuando menos hay, más despreocupada estoy, y sabe el Señor que tengo más pena cuando nos sobra que cuando nos falta. No sé si lo hace el haber visto ya que en seguida nos lo da el Señor. Engañaríamos al mundo si nos hiciéramos las pobres en lo exterior, sin serlo en el espíritu.

La conciencia me remordería, por decirlo de alguna manera, y me parecería que pedíamos limosna las ricas, y el Señor haga que no sea así, pues, cuando hay excesiva preocupación de que nos den limosna, adquirirán alguna vez la costumbre de hacerlo, y pedirán, quizá, a quien lo necesita más; y, aunque ellos no pueden perder nada, sino ganar, perderíamos nosotras. No lo quiera el Señor, mis hijas. Si hubiera de suceder esto, preferiría que tuvierais renta.

4. Os pido, por amor de Dios, que no perdáis el tiempo pensando en la limosna; y si alguna vez ocurre esto, la más pequeña clame a Su Majestad y se lo recuerde a la mayor. Dígale con humildad que está en un error; tan grande, que poco a poco hace perder la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor que no ocurrirá esto, ni abandonará a sus siervas; y, aunque esto que me mandáis escribir no sirva para otra cosa, aproveche al menos como despertador.

5. Y crean, mis hijas, que para vuestro bien me ha dado el Señor a entender un poquito los bienes que hay en la santa pobreza, y las que lo prueben lo verán, aunque quizá no tanto como yo; porque no sólo no había sido pobre de espíritu, sino loca de espíritu. La pobreza es un bien que contiene en sí todos los bienes del mundo y los de todas las virtudes[8]; es un señorío grande. Repito que quien no hace caso de los bienes de este mundo los señorea todos.

¿Qué me importan a mí los reyes y señores, si no quiero su dinero, ni quiero tenerlos contentos a costa de desagradar un poquito a Dios? ¿Ni qué me importan sus honores si yo sé muy bien que la honra de un pobre es ser verdaderamente pobre?

6. Tengo para mí que honores y dinero casi siempre van juntos, y que quien quiere honores, no aborrece el dinero, y a quien lo aborrece, poco le importan los honores.

Entiéndase bien esto, porque me parece que los honores siempre llevan consigo algún interés de rentas o de dinero; porque es muy raro ver algún hombre cubierto de honores, si es pobre, al contrario, al que es pobre, aunque tenga valores personales, lo tienen en poco.

La verdadera pobreza trae una honraza consigo que no hay quien la sufra; la pobreza vivida por solo Dios, digo, no necesita tener contento a nadie, más que a Él; y es mucha verdad que cuando no se necesita a nadie, se tienen muchos amigos. Yo lo sé por experiencia.

7. Sobre esta virtud se ha escrito tanto, que yo no lo puedo ni leer ni saber todo, y mucho menos escribir; por eso, y para no ofender a la pobreza si la alabo yo, no quiero decir nada más sobre ella; sólo he dicho lo que he visto por experiencia, y ahora confieso que estaba tan centrada en mis pensamientos, que hasta este momento no me había dado cuenta de la necesidad que cometía hablando lo que he hablado. Ahora que lo he advertido, callaré[9]; mas ya que está dicho, lo dejo escrito. Y pues son nuestras armas la pobreza, que tanto estimaban y observaban nuestros santos padres al principio de la fundación de nuestra Orden, (que me ha dicho quien lo sabe que no guardaban nada de un día para otro), ya que no la observemos exteriormente con tanta perfección, por amor del Señor procuremos guardarla interiormente. Dos horas son de vida, grandísimo el premio; y aunque no hubiera ninguno si no cumplir lo que nos aconsejó el Señor, será grande la paga poder imitar en algo a Su Majestad.

8. Estas armas han de tener nuestras banderas[10] y debemos querer observar lo que ellas significan, en todo: en casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en el pensamiento. Y mientras obremos así, no tengáis miedo de que decaiga el fervor de esta casa, con el favor de Dios; que, como decía santa Clara, grandes muros son los de la pobreza. De éstos, decía ella, y de humildad, quería cercar sus monasterios; y es bien seguro que, si se observan estas dos virtudes de veras, estará la honestidad y todas las otras virtudes mucho mejor defendidas que viviendo en edificios muy suntuosos. Guárdense de esto, por amor de Dios y por su sangre se lo pido yo; y si puedo decir con la conciencia tranquila, que el día que quieran edificios suntuosos se les caigan derrumbados, y las maten a todas, lo digo y lo suplicaré a Dios[11].

9. Muy mal parece, hijas mías, que de la hacienda de los pobrecitos, se construyan grandes casas. No lo permita Dios, sino que sea pobre en todo, y pequeña. Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que tuvo por casa el portal de Belén donde nació, y la cruz donde murió. Casas eran éstas donde se podía tener poco recreo. Los que las hacen grandes, ellos sabrán por qué; tienen otras intenciones santas; mas a trece pobrecitas, cualquier rincón les basta. Sí, porque para vivir en clausura estricta, es necesario que tengan campo, que incluso ayuda a la oración y a la devoción, pueden tenerlo, con algunas ermitas donde puedan retirarse a orar[12]; mas edificios o casas grandes o lujosas, de ninguna manera. ¡Dios nos libre! Tened siempre presente que el día del juicio se ha de caer todo; ¿qué sabemos si será pronto?

10. Y no está bien que haga mucho ruido al caerse la casa de trece pobrecillas; han de ser gente que no haga ruido para que les tengan lástima.[13] Y ;cómo se alegrarán cuando vean que alguien se ha librado del infierno por la limosna que os han dado!; que todo es posible, pues tenéis mucha obligación de rogar continuamente por sus almas, porque os dan de comer; que también quiere el Señor, que aunque es Él quien os provee, lo agradezca-mos a las personas por cuyo medio nos lo da; y no os descuidéis en esto.

11. No me acuerdo de lo que había comenzado a escribir, porque me he distraído; creo que lo ha querido el Señor, porque nunca pensé escribir lo que aquí he dicho. Su Majestad nos tenga de su mano, para que siempre lo cumplamos, amén.

Prospección actual del capítulo 3

«Y si tenemos influencia con Dios para conseguir esto, estando encerrados peleamos por Él...».

Teresa nos va a centrar en el fin principal de la oración e inmolación de sus hijas por los sacerdotes: predicadores y teólogos. Los necesita para la formación de sus hijas. Le hacen falta a la Iglesia, que lleva clavada en su corazón de madre y de esposa de Cristo. Ella ha conseguido la transformación de algunos sacerdotes, desde el cura de Becedas hasta el padre García de Toledo, «buen sujeto para ser amigo nuestro» que, «aunque era bueno, no me contentaba, porque lo quería muy bueno». Sabe que si gana la partida de los sacerdotes, su santidad, su sabiduría, su predicación y pastoreo, correspondientes a su calidad de sacramentos de Jesucristo cabeza y pastor, la santidad y hermosura del cuerpo místico está asegurada. Como todos los místicos va a la raíz, o a la cabeza, según se mire. Por la oración y el sacrificio hará descender sobre los sacerdotes y sobre todo el cuerpo místico torrentes de gracias y de bendiciones del Cielo. El insustituible medio de la oración contemplativa eclesial, avizorado por el carisma místico de la «madre de los espirituales».

Continúa narrando la causa de la fundación de San José y persuade a las hermanas a que se dediquen siempre a pedir a Dios que ayude a quienes trabajan por la iglesia.

1. El fin principal por el cual el Señor nos ha reunido en esta casa y para lo que yo ardientemente deseo que seamos almas que tengan contento a Su Majestad, es atajar este fuego de estos herejes.

En vista de que no bastan fuerzas humanas para poder remediar tanto mal que, pese a los intentos de reclutar gente para sofocarlo, tanto se está extendiendo, me ha parecido que es necesario reunir las fuerzas en una ciudad[iv].

En tiempo de guerra, cuando los enemigos han conquistado todo el territorio, al verse acorralado el señor del mismo, hace fortificar muy bien una ciudad y concentra allí su gente más valerosa y desde allí atacan el campo enemigo, y pueden más ellos solos, que muchos soldados cobardes pudieron, y muchas veces, es así como se consigue la victoria. Al menos, aunque no se gane, no son vencidos; porque, si no hay ningún traidor, no los pueden vencer, si no es por hambre. Aquí no hay hambre capaz de rendirlos; podrán morir, pero no quedarán derrotados[14].

2. Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es que, de los buenos cristianos que están en este castillo o ciudad, no se pase ninguno al enemigo[15], y que a los capitanes, que son los predi-ca-dores y teólogos, los haga muy santos. Y ya que la mayor parte de ellos son religiosos, es muy necesario que vivan su vocación con perfección. Pues no es la fuerza militar la que nos ha de salvar, sino la Iglesia.

Y ya que en el servicio de nuestro Rey no servimos para una cosa ni para otra[16], procuremos ser tales que nuestras oraciones sean eficaces para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo y tanto esfuerzo y sufrimiento, se han preparado con letras y virtudes, para poder ayudar ahora al Señor[17].

3. Puede ser que me digáis que por qué encarezco tanto esto y digo que hemos de ayudar a los que son mejores que nosotras.

Yo os lo diré, porque creo que aún no os dais cuenta de lo mucho que debéis al Señor por haberos reunido donde estáis tan libres de negocios y tentaciones y conversaciones mundanas. Es ésta una grandísima merced; en cambio los predicadores y teólogos no están libres de todo eso, ni deben estarlo[18], y menos en este tiempo que en anteriores[19]; porque son ellos los que deben fortalecer y animar a la gente débil y a los pequeños: ¡buenos quedarían los soldados sin capitanes!

Ellos han de vivir entre los hombres y hablar con los hombres y, a veces, vivir en los palacios, e incluso han de parecerse exteriormente a los hombres[20].

¿Pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo y vivir en el mundo y tratar de solucionar los problemas del mundo y habituarse a la conversación y lenguaje del mundo, y ser interiormente extraños del mundo y enemigos del mundo y vivir en él como quien está en el destierro y, en fin, no ser hombres, sino ángeles?

Porque, si no es así, ni merecen nombre de capitanes, ni el Señor permita que salgan de sus celdas, pues harán más daño que provecho; porque no estamos en tiempos de ver imperfecciones en los que han de enseñar.

4. Y si no están fortalecidos en su vida interior y convencidos de la importancia que tiene tenerlo todo debajo de los pies y estar desasidos de las cosas que se acaban y bien asidos a las eternas, por mucho que lo quieran disimular, se les notará. Pues ¿no se enfrentan con el mundo? Pues no tengan miedo, que no se lo perdonará, ni les tolerará una sola imperfección. Pasarán por alto muchas cosas buenas, y tal vez creerán que no son virtud; mas malas e imperfectas, no tengan miedo que las callen.

Yo misma me asombro y pienso quién les enseña la perfección, no para cumplirla, porque creen que no tienen obligación, pues ya les parece que hacen bastante con guardar razonablemente los mandamientos, sino para condenar, y a veces considerar comodidad lo que es virtud. Así que no creáis que necesitan poca ayuda de Dios para meterse en esta gran batalla, sino grandísima.

5. Para estas dos cosas os pido yo que procuréis ser tales, que merezcamos alcanzarlas de Dios: primera, que, entre los muchísimos letrados y religiosos que hay, sean muchos los que tengan las capacidades necesarias, y a los que no están prepara-dos los prepare el Señor; pues uno perfecto hará más que muchos que no lo sean. Segunda, que una vez puestos en la lucha, que no es pequeña, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de los innumerables peligros del mundo y les tape los oídos para que no oigan en este peligroso mar, el canto de las sirenas.

Y, si tenemos influencia con Dios para conseguir esto, estando encerradas peleamos por Él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado para hacer este rincón, donde también pretendí que se observara la Regla de nuestra Señora y Emperadora, con la perfección con que la guardaron cuando comenzó.

6. Y no creáis que es inútil esta petición reiterada; porque hay algunas personas a quienes les parece muy duro no rezar mucho por su propia alma; ¿y qué mejor oración que ésta? Si tenéis pena porque no se os descontará la pena del purgatorio, también se os restará por esta oración, y si algo falta, que falte[21].

¿Qué importa que yo esté hasta el día del juicio final en el purgatorio, si con mi oración salvo aunque no sea más que un alma? ¿Cuánto más si de ella se deriva el provecho de muchas y la gloria del Señor! No hagáis caso de penas que se acaban, cuando está por medio algún servicio mayor, al que tanto pasó por nosotros; informaos siempre de lo que es más perfecto, pues como os rogaré mucho, y os he explicado y os explicaré las causas, siempre habéis de tratar con letrados[22]. Así que, os pido por amor del Señor, que pidáis a Su Majestad que nos oiga en esto. Yo, aunque miserable, también se lo pido, pues es para gloria suya y bien de su Iglesia, que es el centro de mis deseos.

7. Parece atrevimiento que yo piense alcanzar esto. Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que están aquí, y sé que no quieren ni pretenden otra cosa más que teneros contento. Por Vos han dejado lo poco que tenían, y más quisieran tener para ponerlo a vuestro servicio. Pues no sois Vos, Creador mío, desagradecido, para que piense yo que no haréis lo que os suplican.

Cuando vivíais en el mundo, Señor, no despreciasteis a las mujeres, sino que las favorecisteis con mucha piedad[23]. Cuando pidamos honores, o rentas, o dinero, o cosa que tenga sabor a mundo, no nos oigáis; mas ¿por qué no nos habéis de oír, Padre eterno, cuando os pedimos la extensión del Reino de vuestro Hijo, a quienes perderíamos mil honores y mil vidas por Vos? No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo y por sus méritos.

8. ¡Oh, Padre eterno!, mirad que no se pueden olvidar tantos azotes e injurias y tan gravísimos tormentos. Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que vuestro Hijo hizo con tan ardiente amor por cumplir vuestra voluntad, pues que le mandasteis que nos amase, sea despreciado por estos herejes, que profanan el Santísimo Sacramento y le quitan sus posadas, destruyendo iglesias? ¿Si le hubiera faltado algo por hacer para teneros contento! Mas todo lo hizo cumplido[24].

¿No bastaba, Padre eterno, que no hubiera tenido donde reclinar la cabeza[25] mientras vivió en este mundo, siempre sumergido en tantos sufrimientos, sino que ahora, aún le quitan las casas que tiene para convidar a sus amigos a comer, porque nos ve frágiles y sabe que necesitamos alimentarnos de la eucaristía, para poder trabajar?

¿No había pagado ya abundantísimamente por el pecado de Adán? ¿Siempre que volvemos a pecar lo ha de pagar este amantísimo Cordero? ¿No lo permitáis, Emperador mío!

¡Apláquese ya Vuestra Majestad! ¡No miréis nuestros pecados, sino que nos redimió vuestro sacratísimo Hijo, y sus méritos y los de su Madre gloriosa, y de tantos santos y mártires que han muerto por Vos!

9. ¡Ay dolor, Señor, y quién se ha atrevido a hacer esta petición en nombre de todas! ¡Qué mala intercesora, hijas mías, para que seáis escuchadas, y para hacer la petición en nombre vuestro! ¡Si se ha de indignar más este soberano Juez de verme tan atrevida, y con justicia y razón!

Mas mirad, Señor, ya que sois Dios de misericordia; tenedla de esta pecadorcilla, gusanillo[26] que se atreve a hablaros así. Mirad, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico, y olvidad mis obras, por ser Vos quien sois, y tened lástima de tantas almas que se pierden, y ayudad a vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor. Dad ya luz a estas tinieblas.

10. Os pido yo, hermanas mías, por amor del Señor, que encomendéis a Su Majestad a esta pobrecilla y le supliquéis que le dé humildad, como cosa de lo que tenéis obligación.

No os encargo que pidáis particularmente por los reyes y prelados de la Iglesia, especialmente por nuestro obispo[27], porque os veo tan cuidadosas de ello, que me parece que no es necesario que os lo recomiende.

Comprendan las que vinieren que, si tienen santo prelado, lo serán las súbditas, y como es asunto tan importante, presentadlo siempre ante el Señor; y cuando vuestras oraciones y deseos y disciplinas y ayunos no se emplearen en esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin por el cual os reunió aquí el Señor.

Prospección actual del capítulo 4

Condiciones que necesariamente deben tener los que pretenden seguir el camino de la oración.

Con este capítulo comienza la segunda parte de Camino, que se extenderá hasta el quince inclusive. Son doce capítulos importan-tísimos. Si en los tres primeros precisa Teresa el fin que pretende alcanzar, a partir de ahora define y analiza con qué medios hay que conseguirlo. El lector que ha abierto Camino con ánimo de iniciarse en la oración, puede sentirse defraudado a estas alturas, porque iba buscando un método práctico y rápido que le enseñara a orar y se encuentra con una, al parecer, digresión. Y no lo es. Inmersos en un mundo pragmático que se nos impone en todos los ángulos de la vida, se siente la tentación de buscar el utilitarismo, no sólo en la acción apostólica, sino también en la oración apostólica. Queremos ver efectos rápidos. Nos puede la ambición de resultados inmediatos, útiles, lucrati-vos, gratificantes. El «¿esto para qué sirve?», o el «aprenda inglés o informática en quince días o en veinte horas», es el reclamo del momento. ¿Esperar? ¿Paciencia? Verbo y virtud pasados de moda. Hoy enviamos un fax a Estados Unidos, y a los dos minutos recibimos la respuesta. Pues, no. Aquí no valen las prisas. Comenzar el camino de la oración es comenzar una amistad: «Orar es tratar de amistad con quien sabemos nos ama». Y la amistad requiere igualdad de condiciones entre el hombre y Dios. La del Amigo es la santidad y la limpieza, la del hombre es el pecado y la suciedad, es «un gusano de mal olor». Para nivelar ese desfase hay que ir a la raíz dañada y maligna. El hombre soberbio, egocéntrico y posesivo, ha de ser suplantado por el hombre humilde, desprendido, libre y lleno de amor. Se impone la muerte del hombre viejo, y el renacer del hombre nuevo. La muerte del «gusano» y el nacimiento de la «mariposica muy graciosa». Ser orantes es ser amigos. Y para ser buenos orantes, hay que ser buenos amigos, hay que practicar virtudes que afloran al hombre nuevo. Esto es lo que pretende enseñarnos Teresa en Camino. Esto es lo que nos inculca: practicar virtudes sin las cuales os «quedaréis enanos». Y de éstas, las tres principales: caridad, desprendimiento, humildad. Abnegación, abneget, como premisa. «Regalo y oración no se compadece». Si no queremos quedarnos enanos, hemos de practicar virtudes, virtudes sólidas, no barniz de virtudes, y la primera el amor. En este capítulo comienza a analizar el amor: el espiritual y virtuoso, que es creador y que ayuda a crecer, y el amor sensual que esclaviza, origina bandos, grupos de presión, cantones. No es católico, en el sentido de universal, sino reduccionista y apasionado. Dios es el máximo libre y nos quiere libres, por eso su mandamiento principal es el amor, porque el amor es liberador de todas las esclavitudes, especialmente de la del yo avasallante. El amor, el desasimiento y la humildad son, para quienes aspiren a ser buenos orantes, tales cuales hoy la Iglesia los necesita, fundamentales, esenciales, imprescindibles. Da un relieve especial a la humildad y es que, en el infierno habrá vírgenes, pero no humildes. Por eso dice la mística Doctora que, aunque la pone al final, es la condición principal y las contiene a todas.

Persuade a la observancia de la regla y a practicar tres cosas importantes para la vida espiritual. La primera es el amor al prójimo. Daño que causan las amistades particula-res.

1. Ya, hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos llevar adelante; ¿qué tal habremos de ser para que Dios y el mundo no nos tengan por muy atrevidas?

Está claro que hemos menester trabajar mucho, para lo que ayuda mucho tener pensamientos elevados a fin de que nos esforcemos para que las obras correspondan al ideal.

Pues, si procuramos observar cumplidamente nuestra Regla y Constituciones con gran fidelidad, espero que el Señor aceptará nuestros ruegos; que no os pido nada nuevo, hijas mías, sino que cumplamos lo que hemos prometido, pues esa es nuestra vocación, y esa es nuestra obligación, aunque de cumplir a cumplir hay mucha diferencia.

2. Dice nuestra primera Regla que oremos sin cesar. Si se hace esto con todo el cuidado que podamos, no se dejarán de cumplir los ayunos y disciplinas y silencio que manda la Orden; porque ya sabéis que para que la oración sea verdadera, se ha de fortalecer con esto, pues regalo y oración no se compadece.

3. Me habéis pedido que diga algo sobre la oración, y yo os pido que cumpláis y leáis de buena gana muchas veces, lo que os he dicho hasta ahora, en pago de lo que os diré.

Y, antes de hablaros de lo interior, que es la oración, os señalaré algunas condiciones que deben tener, necesariamente, los que pretenden seguir el camino de la oración y, que son tan necesarias que, aunque no sean muy contemplativas, podrán estar, si las guardan, muy avanzadas en el servicio del Señor; y si no reúnen estas condiciones, es imposible que sean muy contemplativas y, si piensan que lo son, están muy equivocadas.

4. No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque será suficiente que cumplamos las que ordenaron nuestros santos Padres, quienes por este camino merecieron el nombre de Padres. Sería un error buscar otro camino, y querer aprender otro.

Sólo me extenderé en explicar tres cosas, que son de la misma Constitución, porque es muy importante que entendamos lo mucho que nos va en guardarlas, para gozar de la paz, que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente: la primera es amor de unas con otras; la segunda, desprendimiento de todo lo criado; la tercera, es verdadera humildad que, aunque la digo la última, es la principal y las contiene todas.

5. Cuanto a la primera, que es amarnos mucho unas a otras, va muy mucho; porque entre los que se aman, no hay dificultad que no se pase con facilidad, y ha ser muy recia, para que no se pueda superar. Y, si este mandamiento se guardara en el mundo,

como se debe guardar, ayudaría mucho a cumplir los demás; mas, más o menos, nunca acabamos de cumplirlo con perfección.

Parece que el exceso entre nosotras no puede ser malo, pero trae tanto mal y tantas imperfecciones consigo, que creo que no lo creará más que quien haya sido testigo de vista.

Aquí hace el demonio muchos enredos, que las conciencias relajadas no perciben, pero las que buscan la perfección lo notan mucho, porque poco a poco va quitando la fuerza a la voluntad impidiéndole entregarse totalmente a Dios.

6. Y creo que es mayor el peligro entre las mujeres que entre los hombres, y produce estragos muy notorios en la comunidad; porque de aquí nace el no amarse tanto todas, el sentir el agravio que se hace a la amiga, el desear tener cosas para regalarle, el buscar tiempo para hablar con ella y muchas veces, más para manifestarle lo que la quiere y otras cosas impertinentes, que para hablar de Dios y de que le ama y desea amarle.

Porque estas grandes e íntimas amistades pocas veces van ordenadas a ayudarse a amar más a Dios, sino que parece que las engendra el demonio para comenzar a dividir a la comunidad para que haya varios partidos en las ordenes religiosas.

Cuando las grandes amistades sirven para mejor entregarse a Dios pronto se ve, porque no va la voluntad guiada por la pasión, sino que va buscando ayuda para vencer otras pasiones.

7. Y de estas amistades yo querría muchas, cuando la comunidad es grande, pero en esta casa donde sólo hay trece monjas, y no han de ser más, todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar; y guárdense de esas amistades particulares, por amor del Señor, por santas que sean, que entre hermanas suele ser veneno, y no veo en ellas nada positivo; y, si son parientes, mucho peor: ¡es pestilencia!

Y créanme, hermanas, que, aunque esto os parezca exagerado, es principio de gran perfección y gran paz, y con ello se evitan muchas ocasiones a las hermanas que no están muy fuertes en la virtud; por tanto, si nuestra voluntad se inclina más a una que a otra, lo cual es completamente natural, y muchas veces sentimos mayor inclinación a amar lo más ruin si tiene atractivos naturales, frenemos la inclinación para no dejarnos dominar por aquella afición. Amemos las virtudes y la bondad interior, y llevemos siempre examen cuidadoso para no hacer caso de lo exterior[v].

8. No consintamos, oh hermanas, que nuestra voluntad sea esclava de nadie, más que del que la compró con su sangre[28]; miren que, sin que se den cuenta, se encontrarán tan apegadas, que no se podrán dominar.

¡Oh, válgame Dios!, las niñerías que nacen de aquí, no se pueden contar. Y porque son menudas, que sólo los que las ven lo entenderán y creerán, no hay por qué decirlas: sólo sé que en cualquiera será malo, y en la priora, pestilencia.

9. Hay que poner gran cuidado en atajar desde el principio estas parcialidades, apenas se vea que comienza la amistad peligrosa; pero más con tacto y amor, que con rigor.

Gran remedio para esto es no estar juntas más que las horas señaladas, ni hablar unas con otras, como ahora acostumbramos hacer, no estando juntas, sino cada una apartada en su celda, como manda la Regla.

Líbrense en san José de tener taller de labor; porque, aunque es una costumbre laudable, se guarda el silencio con mayor facilidad estando cada una sola, y es gran cosa para la oración acostumbrarse a la soledad; y como éste ha de ser el cimiento de esta casa, es menester acostumbrarnos a lo que nos ayude más a orar.

10. Volviendo al tema de amarnos unas a otras, parece impertinente recomendarlo, porque ¿puede haber personas tan insolidarias que, tratándose continuamente, y viviendo siempre en la misma compañía, y no habiendo de tener otras conversaciones ni otras comunicaciones ni recreos con personas de fuera de casa, y creyendo que nos ama Dios y ellas a Él, pues lo han dejado todo por Su Majestad, no cobren amor a sus hermanas?

Además, hay que tener en cuenta que la virtud siempre es amable; y ésta, con el favor de Dios, las hermanas de esta casa, espero en el Señor que siempre la tendrán. Por eso no hay que recomendar mucho, a mi parecer, que se amen.

11. Cómo nos hemos de amar y cuál es el amor virtuoso, que es el que yo deseo que haya aquí, y cómo veremos que tenemos esta virtud, que es muy grande, pues nuestro Señor la recomendó tan encarecidamente a los apóstoles[29], es lo que yo ahora intento un poquito decir con la rudeza de mi estilo. Y, si en otros libros lo encontráis detallado tan menudamente, no toméis nada de mí, que tal vez no sé lo que digo.

12. Distingo dos clases de amor: espiritual purísimo sin mezcla de afectividad y ternura natural; y espiritual mezclado con nuestra afectividad y fragilidad con amor noble, que es lícito tenerlo con los parientes y amigos. De este amor ya he escrito algo.

13. Pero ahora pienso hablar del amor espiritual, en el que no interviene la pasión, porque si hay pasión todo se complica. Si con este amor espiritual

amamos a personas espirituales, especialmente al confesor, con templanza y discreción, es provechoso. Mas, si se advierte en el confesor algún fin de vanidad, sospechen de todo, y de ninguna manera tengan conversación con él, aunque sean conversaciones espirituales, sino confiésense con brevedad y concluyan. Y lo mejor será decirle a la priora que no se encuentra a gusto con él y cambiarlo. Esto es lo más acertado, si se puede hacer sin difamar al confesor.

14. En caso semejante y en otros difíciles que el demonio puede enredar y no se sabe qué consejo seguir, lo más acertado será consultar con una persona bien formada en estudios, y hay que dar libertad para hacerlo cuando sea necesario, y confesarse con él, y obedecer lo que le diga; porque como hay que tomar una grave determinación, se podría errar mucho; y ¡cuántos errores se cometen por no hacer las cosas con consejo, sobre todo cuando se puede perjudicar a alguna persona!

Pero debe ponerse remedio; porque cuando el demonio comienza por aquí, no es por poco, si no se ataja con rapidez; y así, lo que he dicho de procurar hablar con otro confesor, es lo más acertado, si hay oportunidad, y espero en el Señor que la habrá.

15. Miren que esto es muy importante, pues es cosa muy peligrosa, y un infierno y daño para todas. Y les digo que no esperen a que se vea mucho mal, sino que lo corten desde el principio por todos los medios que puedan y entiendan. Y lo pueden hacer con la conciencia bien tranquila. Mas yo espero que el Señor no permitirá que, personas que han de estar siempre en oración, puedan cobrar afecto a quien no sea persona de oración y que busque la santidad. Esto es clarísimo, y también está muy claro, que las que obren de otra manera, no hacen oración, ni buscan la santidad, como aquí se pretende. Si no ven que entiende su lenguaje, y no es aficionado a hablar de Dios, no le podrán amar, porque no es su semejante. Si lo es, con las poquísimas ocasiones que aquí encontrará, o será muy simple, o no querrá desasosegarse, y desasosegar a las siervas de Dios[30].

16. Ya que he comenzado a hablar de esto[31], voy a continuar, porque, como he dicho, es muy grande el daño que el demonio puede hacer, y tarda mucho en conocerse, y así puede ir arruinando la perfección, sin que se den cuenta; porque, si el confesor quiere dar lugar a vanidad por tenerla él, a nada da importancia, y hace que las almas tampoco se la den. Dios nos libre, por quien Su Majestad es, de cosas semejantes. Turbaría a todas las monjas porque a ellas su conciencia les dice lo contrario de lo que les dice su confesor, y si las obliga a que no busquen otro, no saben cómo han de actuar, ni cómo tener paz; porque quien las había de apaciguar y poner remedio, es el que hace el daño. Hartas aficiones de éstas debe de haber en algunos lugares, que me dan mucha lástima, y por eso no os extrañéis de que ponga mucho empeño en daros a entender este peligro[32].

Prospección actual del capítulo 5

Son gran cosa letras para dar en todo luz.

En el capítulo quinto Teresa amplía el tema que ha comenzado al final del capítulo cuarto: relación de sus monjas con los confesores. Tenía ella desagradables experiencias en esta área. De una parte, las que se refieren al campo de la moral. De otra, al de la ascética y mística. Confiesa, en cuanto a lo primero, que le aconsejaban mal, diciéndole que no era pecado lo que sí lo era (Vida 5,10). Respecto a lo segundo, deja entender sus experiencias con respecto a su oración y gracias místicas, cuando tuvo que sufrir un verdadero calvario por causa de sus confesores, que no tenían formación suficiente para hacerse cargo de su caso, y por falta de horizonte, consecuencia de sus pocos estudios, se aferraban a su propio juicio y consideraban seguras sus luces cortas. A esto hay que añadir que en el monasterio de la Encarnación donde vivía, consideraban desdoro la presencia de confesor que no fuera de la Orden. También esta angustiada situación se ve reflejada en el capítulo siguiente. Esta penosa experiencia está en la base de sus criterios y legislación para su Orden, que defiende la libertad de sus monjas para consultar con confesor de fuera, o con maestros teólogos bien formados, en lo que el magisterio posterior de la Iglesia le ha dado la razón.

Ha escrito Juan Pablo II que el mundo actual ha perdido el sentido del pecado, porque también ha perdido el sentido de Dios. ¿No vive el hombre contemporáneo bajo la amenaza de un eclipse de la conciencia, de una deformación de la conciencia, de un entorpecimiento o de una anestesia de la conciencia? Y cita la casi proverbial frase de Pío XII, tan conocida. El secularismo y el humanismo, concentrado exclusivamente en el culto del hacer y del producir, y dominado por el consumo y el placer, minan el sentido del pecado, que, a lo sumo, se reduce a lo que ofende al hombre. Es toda una pérdida de valores lo que está en juego. Incluso en el terreno del pensamiento de la vida eclesial, algunas tendencias favorecen la decadencia del sentido del pecado. Algunos sustituyen actitudes exageradas del pasado, por otras exageraciones; pasan de ver pecado en todo a no verlo en nada; de acentuar demasiado el temor de las penas eternas, a predicar un amor de Dios que excluiría toda pena merecida por el pecado; de la severidad en el esfuerzo por corregir las conciencias erróneas, a un supuesto respeto de la conciencia, que suprime el deber de decir la verdad para formar esa conciencia. A esto hay que añadir la confusión creada en los fieles por la divergencia de opiniones y enseñanzas en la teología, en la predicación, en la catequesis, en la dirección espiritual, si es que queda alguna, sobre cuestiones graves y delicadas de la moral cristiana. Restablecer el sentido justo del pecado es la primera manera de afrontar la grave crisis espiritual que afecta al hombre de nuestro tiempo. Urge una buena catequesis, iluminada por la teología bíblica de la Alianza, una escucha atenta y una acogida fiel al magisterio de la Iglesia, que no cesa de iluminar las

conciencias, y una praxis cada vez más cuidada del sacramento de la penitencia. Estas son, resumidas, las ideas de la Reconciliatio et poenitentia de Juan Pablo II, del 2 de diciembre de 1984. Me parecen la mejor actualización del mensaje de Teresa en el siguiente capítulo.

Capítulo 5

Prosigue hablando de los confesores. Es muy necesario que sean letrados.

1. No dé el Señor a probar a nadie en esta casa, la angustia que se sufre viéndose el alma y el cuerpo aprisionados, porque si la superiora es amiga del confesor, no se atreverán las monjas a hablarle de él, ni a él de la superiora. Entonces caerán en la tentación de no confesar pecados muy graves, por miedo de perder el sosiego.

¡Oh, válgame Dios!, ¡cuánto daño puede hacer en esto el demonio, y qué caro se paga el no dejar libertad para no perder la buena imagen! Pues creen que granjean fama de piedad y honor para el monasterio si sólo tienen un confesor, y por este camino, ya que no puede por otro, coge el demonio las almas.

Si alguna pide otro confesor, les parece que se pierde el orden del monasterio, y si, además, no es de la Orden, aunque sea un santo, creen que les afrenta comunicar con él[vi].

2. Esta santa libertad pido yo por amor de Dios a la superiora; consiga siempre licencia del Obispo o del Provincial, para que ella y todas las monjas, puedan comunicarse con personas competentes, sobre todo si los confesores ordinarios, aunque sean buenos sacerdotes, no tienen estudios[33].

Son gran cosa letras para poder dar luz en todo. Es posible encontrar virtud y letras en algunas personas; y cuantas más mercedes os haga el Señor en la oración, más necesario será que vuestras obras y vuestra oración tengan buenos cimientos. Dios os libre de ser dirigidas exclusivamente por un sacerdote que parezca muy espiritual, si no es letrado[34].

3. Ya sabéis que la primera piedra del edificio de la santidad es la limpia conciencia, luchando con todas vuestras fuerzas incluso contra los pecados veniales[35], siguiendo siempre lo más perfecto.

Podéis creer que esto cualquier confesor lo sabe, pero no es así; a mí me acaeció tratar cosas de conciencia con uno que había estudiado todo el curso de teología, y me hizo mucho daño, en cosas que me decía que no eran nada; y lo mismo me ocurrió con dos o tres.

4. Este tener luz para guardar la ley de Dios con perfección es todo nuestro bien; sobre esto asienta bien la oración; sin este cimiento fuerte, todo el edificio se construye en falso[36].

Si no les dieran libertad para poder confesarse, dénsela para comunicar los asuntos de su alma con los hombres de letras que he dicho que, además, tengan espíritu.

Y aún me atrevo a decir más, que, aunque el confesor lo tenga todo, algunas veces se haga lo que digo; porque puede ser que él se engañe, y no se vayan a engañar todas por su causa; procurando siempre que esto no se haga desobedeciendo, pues hay medios para todo, y es bueno que se dé esta facilidad del modo que se pueda[37].

5. Todo esto que he dicho es deber de la priora; y por eso le vuelvo a pedir que, ya que aquí no se busca otro consuelo que el del alma, procure en esto su consolación, pues los caminos por donde Dios conduce a las almas son diferentes, y puede ser que el confesor no los conozca todos[38]; que yo le aseguro que no les faltarán personas santas que quieran tratarlas y consolar sus almas, si ellas son lo que deben ser, aunque seáis pobres; que, quien les alimenta los cuerpos, despertará y pondrá voluntad a quien gustosamente dé luz a sus almas; por tanto, póngase remedio a este mal, que es el que yo temo; y así, cuando el demonio pueda tentar al confesor, seduciéndole con alguna falsa doctrina, sabiendo que las monjas tratan con otros, irá con cuidado, y mirará mejor todo lo que hace[39].

Quitada esta entrada al demonio, yo espero en Dios que no la tendrá en esta casa; y así pido por amor del Señor, al obispo que fuere, que deje a las hermanas esta libertad, y que no se la quite, mientras los confesores tengan letras y bondad, lo cual pronto se conoce en ciudad tan pequeña como ésta[40].

6. Esto que he dicho lo tengo visto y sabido y consultado con personas doctas y santas, que han examinado lo que conviene más a esta casa para que las hermanas crezcan en santidad.

Y entre los peligros, que en todo lo hay mientras vivimos, hemos visto que éste es el menor. También hemos decidido que no haya nunca vicario que pueda entrar y salir, ni confesor que tenga esta libertad; sino que éstos sólo se preocupen de velar por el recogimiento y el decoro de esta casa, y del provecho interior y exterior, y, si ven algún fallo, lo manifiesten al prelado. Pero el confesor no sea superior.

7. Y así se cumple ahora, y no por solo mi parecer; porque el obispo actual, don Álvaro de Mendoza, de gran nobleza de linaje y muy inclinado a favorecer esta casa de muchas maneras, (pues por muchas causas no se prometió la obediencia a la Orden), mandó reunir personas de estudio, espíritu y experiencia para tratar este asunto, y se decidió determinarlo así.

Es de razón que los prelados que vengan, se guíen por el mismo criterio, pues ha sido decisión de personas tan buenas, y es fruto de muchas oraciones dirigidas al Señor para que inspirase lo mejor, y por lo que se ve, esto lo es. El Señor quiera que siga siempre así en adelante, pues es para su gloria, amén.

Prospección actual del capítulo 6

«Cuando una persona ha sido elevada por Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo y de que hay otro mundo... su amor es muy diferente del que tenemos los que no hemos llegado aquí».

Psicología y misterio del amor

La fuente del amor es el conocimiento. En el hombre distinguimos varias fuentes de conocimiento. El conocimiento sensitivo, el intelectual y el teologal. A estos tres conocimientos corresponden tres variantes del amor. Al conocimiento sensitivo el amor sensible o afectivo, al conocimiento intelectual, el amor de voluntad; al conocimiento que nace de la fe, el amor teologal, o caridad.

El amor que nace de los sentidos, engendra las pulsiones instintivas, los apetitos. El mundo no ha estado nunca tan lleno de apetitos como en la actualidad. A este amor «le han usurpado el nombre». No es amor verdadero.

Merece más el nombre de amor el intelectual, que nace de la voluntad, pero permanece en el plano humano que, por muy noble que sea, se queda muy corto.

El hombre cristiano ha recibido un injerto de Dios. En el sacramento del bautismo se le ha regalado una semilla divina de amor. Su desarrollo y plenitud constituye la santidad. El crecimiento de ese amor es lo que consigue la oración, a la vez que el camino de la oración va siendo facilitado por el ejercicio del amor, que tendrá que ir venciendo resistencias causadas por las raíces del árbol silvestre, en el que ha sido injertado el esqueje divino, que nunca serán extinguidas por completo.

Cuando la persona va recibiendo mayor conocimiento de fe, por él ve realidades que están ocultas a quienes carecen de ella, o la guardan enfermiza y enclenque. Aquellas ven otro mundo, otras dimensiones en la vida, panoramas nuevos e inexplorados, y, como se ama lo que se ve, lo que se conoce, y ello es tan hermoso y tan bueno, eso es lo que aman. Ya no buscan ver correspondido su amor, ni sacar provecho del mismo. No utilizan a las personas. Aman, se entregan, sin pizca de interés, aman porque aman, aman para amar. ¡Precioso amor, hoy tan escaso y tan necesario, amor que está dispuesto a trabajar, a cavar en los hombres, hasta encontrar la mina, como el del «capitán del amor, Jesús, nuestro bien!».

Capítulo 6

Reanuda la doctrina que comenzó a tratar sobre el amor perfecto[vii].

1. Harto me he divertido; mas es tan importante lo que he dicho, que quien lo entienda, no me censurará.

Volvamos ahora a tratar del amor que nos debemos tener, al que califico de amor puramente espiritual. No sé si sé lo que digo, aunque tengo la impresión de que, como son pocos los que lo tienen, no es menester estudiarlo muy a fondo. A quien el Señor se lo haya dado, alábele mucho, porque debe de ser de grandísimo valor; pero, por lo menos quiero tratar algo de él; y quizá sirva para algo, porque cuando nos ponen ante los ojos la virtud, quien la desea y pretende conseguirla, se siente estimulado a amarla.

2. Quiera el Señor que yo sepa entenderlo y explicarlo, aunque me parece que ni sé cuándo el amor es espiritual, ni cuándo se mezcla con él el sensible o afectivo, ni sé cómo me atrevo a hablar de esto. Soy como quien oye hablar de lejos, que no entiende lo que le dicen; así soy yo, que algunas veces ni debo de entender lo que digo, y quiere el Señor que esté bien dicho; no os extrañe que diga algún disparate, pues es lógico que yo no acierte en nada.

3. A mí me parece que, cuando una persona ha sido elevada por Dios a tener claro conocimiento de lo que es el mundo, y de que hay otro mundo, y le ha hecho conocer la diferencia que hay de un mundo a otro, y que el uno es eterno y el otro soñado; y cuando le ha hecho experimentar[41] que es muy diferente amar al Creador de amar a la criatura; y le ha hecho ver lo que se gana con lo uno y lo que se pierde con lo otro; y le ha dado experiencia de lo que es el Creador y de lo que es la criatura, y otras muchas verdades que el Señor enseña a quien se deja enseñar por Él en la oración, o a quien Su Majestad quiere enseñarlo, su amor es muy diferente del que tenemos los que no hemos llegado aquí.

4. Puede ser, hermanas, que os parezca impertinente hablar de estas cosas que digo, y que digáis que ya las sabéis. El Señor quiera que sea así, que lo sepáis como debéis, y que lo tengáis grabado en las entrañas. Y si lo sabéis, veréis que no miento cuando digo que, a quien Dios se lo concede, tiene este amor tan diferente.

Estas personas a quienes Dios conduce y eleva a estas alturas son almas generosas, almas reales; no se conforman con amar cosa tan pobre como son estos cuerpos, por hermosos que sean, y por muchas gracias que tengan, aunque da gusto verlos, y alaban por ellos al Creador, mas no para detenerse en ellos. Digo detenerse en ellos, queriendo decir que no los aman por estas cualidades, pues les parecería que amaban lo accidental, y como la sombra; se avergonzarían de ello, y no tendrían cara para decirle a Dios que le aman sin afrentarse[42].

5. Me diréis que esas personas no sabrán querer ni corresponder al amor. A ellas les importa poco que las amen y, si alguna vez su naturaleza les lleva a gozarse de ser amadas, cuando reflexionan, comprenden que es un disparate, a menos que las personas que las aman, las puedan ayudar con doctrina o con oración. Todos los otros quererles las cansan, pues se dan cuenta de que no les sirven para nada, y de que les podrían hacer daño; aunque no dejan de agradecerlos y los pagan con oraciones.

Atribuyen al Señor el amor que les tienen, pues saben que de Él procede, ya que no encuentran en sí mismas nada que merezca amor, y por eso les parece que las quieren porque las quiere Dios, y dejan que les pague Su Majestad y se lo suplican, con lo cual quedan libres, pues no es a ella a quien corresponde pagar.

Y, bien mirado, yo pienso algunas veces lo ciegos que estamos cuando queremos que nos quieran, de no ser las personas que ya he dicho, que nos pueden hacer el bien de hacernos ganar bienes eternos.

6. Daos cuenta de que siempre que queremos el amor de alguna persona, pretendemos algún interés[43], provecho, o gusto nuestro. Pues estas personas perfectas, no; tienen debajo de los pies todos los bienes que les pueden hacer en el mundo, y los regalos y los gustos que les pueden proporcionar; pues están tales, que no pueden tener bienes, ni gozar regalos ni gustos, aunque lo intenten, más que en Dios o hablando de Dios. Por tanto, ¿de qué les sirve ser amados?

7. Como tienen presente esta verdad, se ríen de sí mismos, porque antes les causaba pena ver que su amor no era correspondido. Por muy buena voluntad que se tenga, es muy natural desear ser correspondidos. Pero cuando recibimos esta paga, es en pajas, pues todo es aire y sin consistencia, que el viento se lleva; porque, cuando mucho nos hayan querido, ¿qué es lo que nos queda?

Por eso, estas almas dichas, si no es para provecho de su alma, y porque ven que nuestra naturaleza es tal, que si no ven algo de amor, pronto se cansa, no se les da más ser queridas que no.

Os parecerá que estas personas no quieren a nadie, ni saben querer más que a Dios. Yo os digo que sí saben amar, y aman, mucho más, y con amor más verdadero, y con más pasión, y con amor más provechoso: en fin, es amor[44].

Estas personas son mucho más aficionadas a dar que a recibir; aún con el mismo Creador les acaece esto. Os digo que éste sí merece el nombre de amor, que esas otras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre.

8. También os preguntaréis, que si no aman por las cualidades que ven, ¿qué es lo que aman? La verdad es que aman lo que ven, y se aficionan a lo que oyen; mas las cosas que ven son permanentes[45].

Cuando aman, atraviesan los cuerpos y ponen los ojos en las almas, y miran si hay algo que merezca ser amado; y si no lo hay, y ven algún destello o promesa, e intuyen que si cavan y le aman, encontrarán oro en esta mina, no les duele el trabajo. Muy gustosamente harán todo lo que puedan por el bien de aquella alma, porque desean amarla siempre, y saben muy bien que, si no tiene bienes y ama mucho a Dios, esto no es posible[46].

También es imposible que la voluntad de estas personas pueda amar con fuerza a quien no está en camino de amar mucho a Dios, por más que la obligue, aunque se maten queriéndola, aunque le hagan todos los regalos que quieran, y hagan todo cuanto puedan por ella, y aunque tengan todas las gracias de naturaleza juntas.

Ya sabe y tiene experiencia de lo que es todo; no la engañarán; comprende que no están hechos para compartir la vida, y que no es posible que se puedan querer el uno al otro, porque su amor es amor que se acabará con la vida, si la otra persona no guarda la ley de Dios, y ella ve que no le ama y que han de terminar separados[47].

9. El alma a quien el Señor ha infundido verdadera sabiduría, no estima el amor que sólo acá dura más de lo que vale, ni lo que vale, porque todo esto es válido para los que gustan de gozar las cosas del mundo, y los deleites y honores y riquezas, si la persona es rica, o si tiene cualidades y atractivo para pasarlo bien y divertirse; pero a quien aborrece todo esto, aquello poco o nada le interesa.

En esta situación, si esta alma santa tiene amor a esa persona, es amor apasionado para conseguir que se haga digna de ser amada del Señor, pues sabe que si no es así, su amor no puede ser eterno.

Este amor le cuesta mucho; le mueve a hacer todo lo que puede para conquistar a esa alma; mil vidas perdería por hacerle un pequeño bien. ¡Oh precioso amor, que va imitando al del capitán del amor, Jesús, nuestro bien!

Prospección actual del capítulo 7

Esta manera de amar es la que yo querría que tuviéramos nosotras.

Comenzó a tratar del amor en el capítulo 4. En él escribió sobre el amor sensual, enervante de la fuerza de la voluntad, y sobre el amor exclusivista y de grupo, que pierde de vista el panorama comunitario, y que esclaviza, e hizo una llamada al amor de lo interior.

Interrumpió su discurso para hablar sobre las relaciones con los confesores, en el capítulo 5. En el 6 reanuda el tema del amor espiritual, que inició en el número 13 del capítulo 4, y va a terminar la materia del amor teologal en este capítulo 7.

Ha iniciado el camino de la oración en el corazón del evangelio, el amor. Ha propuesto la caridad de unas con otras como condición indispensable para que funcione la amistad con Dios. Y cuando pinta a las personas que viven el amor sin pizca de interés, dice de ellas que van imitando al «buen amador Jesús».

Ungir de ternura la manifestación del amor será muy eficaz para todo, para crear una atmósfera más celestial y a la vez humana, y para urgir en todas la práctica de la virtud. Crear familia de Dios en el mundo, como testimonio visible de la vida del cariño trinitario, en medio de una sociedad movida por el odio y azuzada por afanes y ambiciones inconfesables.

Señala una diferencia entre el amor espiritual puro y el meramente humano: éste no tiene paciencia para ver sufrir a los que amamos. Aquél, si ve que la purificación los está santificando porque la sufren con amor, no padecen tanto, porque piensan que los males terrenos no son absolutos, y aspiran a que aquellos a quienes aman, consigan los bienes eternos.

Capítulo 7

Sigue tratando del amor espiritual con algunas advertencias para conseguirlo.

1. Es cosa extraña qué apasionado amor es éste, qué de lágrimas cuesta, qué de penitencias y oración, qué interés pone en que rueguen por esa alma todos los que cree que le pueden ayudar ante Dios, qué deseo constante de su santidad, qué tristeza si ve que no adelanta.

Pues si le parece que había mejorado y ve que vuelve un poco atrás, ya cree que no va a tener placer en su vida; ni come ni duerme, sino que siempre vive con esa preocupación, aunque sin inquietud interior.

Vive siempre con el miedo de que alma que tanto quiere se pueda perder, y de que se hayan de separar para siempre. No le importa la muerte de acá; lo que no quiere es asirse a algo que en un soplo se le puede escapar de las manos, sin poderlo retener. Es éste, como he dicho, amor sin ningún interés propio; todo lo que desea y quiere es ver rica aquella alma de bienes del cielo. En fin es amor que se va asemejando al que nos tuvo Cristo. Este merece nombre de amor; no estos amorcitos desordenados y falsos del mundo, de los cuales Dios nos libre[viii].

2. Del amor sensual, que es un infierno, no quiero cansarme hablando mal de él, pues no se puede encarecer el menor de los males que causa. Este no hay ni que nombrarlo, hermanas, ni pensar siquiera que existe en el mundo; ni de broma ni de veras hay que oír hablar de él, ni consentir que delante de vosotras se traten ni se comenten semejantes amoríos. Para nada es bueno y podría dañarnos sólo oírlo.

Yo tan sólo hablo de estos amores lícitos que nos tenemos unas a otras, o entre familiares y amigos. Lo que queremos es que no se nos mueran: si les duele

la cabeza, parece que nos duele el alma; no podemos verles sufrir; y así en todo.

3. El amor espiritual no es así. Aunque, por la fragilidad natural espontáneamente se sienta ver sufrir a los amados, cuando la razón comprende que aquel sufrimiento es bueno para aquella alma, porque, si lo soporta bien, la enriquece más en la virtud, ruega a Dios que le dé paciencia para que merezca en los trabajos. Si ve que la tiene, ninguna pena siente; aunque de mejor gana lo pasaría ella, si pudiera darle el mérito y la ganancia, que tener que vérselo pasar a quien ama, pero sin inquietud ni desasosiego.

4. Repito otra vez que este amor se asemeja y va imitando al que nos tuvo el buen amador Jesús; y por eso hacen tanto bien los que así aman, porque quisieran cargar con todos los trabajos, para que los demás se aprovechen de los mismos sin trabajar. Así es como ganan mucho los que gozan de su amistad; siempre quisieran estar trabajando y ganando para los que aman, pues les quieren enseñar más con obras que con palabras[48]; y crean que, o dejarán de ser amigos íntimos, o conseguirán del Señor que sigan su mismo camino, ya que caminan hacia la misma patria, que es lo que hizo santa Mónica con su hijo san Agustín.

No les permite el corazón ser falsos con ellos; si les ven alguna falta, o ven que se desvían, enseguida se lo dicen. Con el deseo que tienen de verlos ricos, no pueden conseguir obrar de otra manera[49]. Y como no pueden dejar de proceder así, ni intentan halagarles ni disimularles nada, o los amigos se corregirán, o romperán la amistad; porque no podrán soportar este trato, ni es fácil tolerarlo. Es una guerra constante para el uno y para el otro, porque no ven las faltas de los demás, pero las de sus amigos no se les pasa ni una; hasta las motitas ven. Os aseguro que traen pesada cruz.

¡Oh dichosas almas que son amadas por ellos! ¡Dichoso el día en que los conocieron! ¡Oh Señor mío! ¿no me concederíais a mí la gracia de que hubiera muchas personas que me amaran así? Por cierto, Señor, que yo lo procuraría de mejor gana, que el ser amada de todos los reyes y señores del mundo, y con razón; pues estas almas nos conducen, por todos los caminos que pueden, a que lleguemos a ser tales que señoreemos el mismo mundo y que nos estén sometidas todas las cosas de él.

Cuando conozcáis a alguna persona así, hermanas, que la madre busque por todos los medios que trate con vosotras. Queréd cuanto quisieréis a estas personas. Pocas hay, pero el Señor hace que sean conocidas. Cuando hay algún santo, os dirán que no es necesario tratar con ellos, que basta con tener a Dios. Buen medio es para conseguir tener a Dios tratar con sus amigos. Siempre se saca de su conversación gran ganancia; yo lo sé por experiencia, que, después del Señor, si no estoy en el infierno, es por estas personas, pues siempre puse mucho interés en que me encomendasen a Dios[50].

5. Esta manera de amar es la que yo quisiera que tuviéramos nosotras; y, aunque al principio no sea tan perfecta, la irá perfeccionando el Señor, pues, aunque pongamos en el amor un poco de ternura, no nos dañará, si se hace lo mismo con todas.

Aparte de que algunas veces es bueno y necesario sentir ternura y manifestarla, y compadecerse de los sufrimientos y enfermedades de las hermanas, aunque sean de poca importancia; pues a veces sucede, que algunas personas se afligen de unas naderías, de las que otras se reirían. Y de esto no se extrañen, pues tal vez el demonio ha usado su poder con más fuerza en aquel caso que en el vuestro[51].

Si tú tienes otro temperamento, no dejes por eso de compadecerte; pues a lo mejor el Señor no nos ha hecho sensibles a esas penas y quiere que sintamos mucho otras, que serán insignificantes para la otra persona.

Así que en estas cosas, no juzguemos por lo que a nosotros nos ocurre, ni consideremos como normal la disposición nuestra cuando el Señor, sin esfuerzo nuestro, nos ha hecho fuertes, sino acordémonos de cuando éramos más débiles.

6. Mirad que es muy importante este aviso, para sabernos compadecer de los trabajos de los prójimos, por pequeños que sean, sobre todo las personas fuertes de que he hablado[52] pues, a éstas, como desean los trabajos, todo les parece poco, y es muy necesario tener cuidado de mirarse a sí misma pensando cómo reaccionaba cuando era débil, para comprender que, si ahora no lo es, no viene de ella; porque el demonio podría por aquí ir enfriando la caridad con los prójimos, haciéndonos creer que es caridad lo que es falta.

Hay que estar atentas en todo[53] y es necesario andar despiertas, porque el demonio no duerme, y a los que aspiran a la santidad los tienta más y con tentaciones más solapadas, porque no se atreve a más; y el daño que causan sólo se descubre cuando ya está hecho.

En fin, que siempre es necesario velar y orar[54], pues no hay mejor remedio para descubrir las estrategias ocultas del demonio y para obligarle a que dé señal suya, que la oración.

7. Procurad también estar alegres con las hermanas cuando por necesidad tienen recreación en el tiempo establecido, aunque no tengáis ganas, que, si vais con atención, todo se convierte en amor perfecto. Así que es muy bueno que las unas se apiaden de las necesidades de las otras; pero tengan cuidado de que no falte la discreción en cosas que vayan contra la obediencia. Y aunque le parezca áspero lo que mande lapriora, no lo manifieste ni lo dé a entender a nadie, excepto a la misma priora, con humildad; pues en esto se puede hacer mucho daño.

Sabed discernir cuáles son los problemas de las hermanas que necesitan comprensión y piedad; sepan sufrir siempre las faltas que vean en las hermanas. Y en esto se demuestra y se ejercita el amor, en saberlas soportar y en no escandalizarse de ellas, pues lo mismo tendrán que hacer con las vuestras, que deben de ser más de las que vosotras conocéis.

Y debéis encomendarlas mucho a Dios, y procurar practicar con perfección la virtud contraria de la falta que habéis visto cometer a la hermana. Hay que esforzarse en esto para enseñar a la otra con las obras, lo que no entendería ni aprovecharía con palabras y castigos; porque cuando resplandece la práctica de las virtudes, se contagia el ejemplo. Este es un buen consejo; no lo olvidéis.

8. ¡Oh, qué bueno y verdadero amor será el de la hermana que puede servir a todas, olvidando su provecho por el de las otras, y cómo progresará mucho en todas las virtudes, y observará con gran perfección su Regla!

Mejor amistad será ésta, que todas las expresiones de ternura que se pueden decir, tales como «vida mía», «mi alma», «mi bien», y otras frases semejantes, que a unas dicen unas y a otras, otras, y que en esta casa no se usan, ni se han de usar.

Estas palabras regaladas guárdenlas para su Esposo, pues han de estar tanto tiempo con Él y tan a solas, que las van a necesitar todas, ya que Su Majestad las tolera, y si se usan mucho en el trato humano, no enternecen tanto con el Señor[55].

Aparte de que no veo la razón de usar esas frases, pues esto es muy de mujeres, y no quisiera yo, hijas mías, que lo fuerais en nada, ni que lo parecierais, sino varones fuertes; que si vosotras lo ponéis todo de vuestra parte, el Señor os hará tan varoniles, que asombréis a los hombres. ¡Y que fácil le es hacerlo a Su Majestad, pues nos creó de la nada![56]

9. Es también muy buena prueba de amor procurar quitarles trabajo y cargar con él en las tareas de la casa, y también alegrarse y alabar mucho al Señor por verlas crecidas en las virtudes. Todas estas cosas, además del gran bien que traen consigo, ayudan mucho a la paz y unidad de unas con otras, como ahora lo experimentamos, por la bondad de Dios. Quiera Su Majestad que las cosas sigan siempre así en adelante, porque sería terrible lo contrario, y muy duro de sufrir, pocas y mal avenidas; no lo permita Dios.

10. Si por casualidad, espontáneamente se dice alguna palabra mortificante, pongan remedio en seguida, y hagan mucha oración; y si alguna guarda el resentimiento, o se hacen partidos, o se tiene deseo de ser más, o se mete el orgullo por medio, (y parece que se me hiela la sangre sólo de escribirlo, pensando que en el futuro todo esto puede ocurrir, porque veo que

éste es el principal mal de los monasterios), dense por perdidas. Piensen y crean que han echado a su Esposo de casa, y que le obligan a buscar otra posada, pues le echan de su propia casa. Clamen a Su Majestad. Busquen remedio; porque si no lo pone confesar y comulgar tan frecuentemente, teman si hay algún Judas.

11. Tenga mucho cuidado la priora, por amor de Dios, de no permitir este desorden, atajando mucho el mal a los principios, que de eso depende que se extienda el mal, o su curación; y cuando sepa quién es la que causa el alboroto, procure que se vaya a otro monasterio, que Dios les dará medios para que la puedan dotar.

Echen fuera esta epidemia, corten las ramas como puedan; y si esto no fuera suficiente, extirpen la raíz. Y si esto no lo pueden conseguir, no permitan que salga de la celda la que hubiera sembrado esta cizaña: pues es preferible esto, a que contagie a todas su incurable pestilencia. ¡Oh, que es gran mal! ¡Dios nos

libre de vivir en monasterio donde entra!; más prefiero yo que entre en éste un fuego que nos abrase a todas. Como en otro lugar creo que escribiré algo más sobre este tema, por ser tan importante, no me extiendo más aquí, sólo digo que deseo más que se quieran y que se amen tiernamente y con afecto, aunque el amor no sea perfecto, siempre que sea con todas, antes que haya un punto de discordia. No lo permita el Señor, por quien Su Majestad es, amén[57].

Prospección actual del capítulo 8

Vengamos a tratar del desasimiento que hemos de tener, porque en eso está el todo. El desasimiento, el desprendimiento, la abnegación, la mortificación, que todo es equivalente.

Señaló tres grandes virtudes como fundamento del orante: amor, desasimiento y humildad. Tratado ya el amor, comienza a escribir sobre el desasimiento, y a continuación de la humildad, pero no con clara separación entre las dos, por la misma naturaleza de ambas virtudes, ya que el mayor desprendimiento se ha de ejercitar en la negación de la propia voluntad, y esto es propiamente la humildad, que debe renunciar a los propios criterios, valoraciones, prejuicios y caprichos, cuando se interfiere la voluntad de Dios, que es la verdad.

A medida que vayamos avanzando en la lectura de los capítulos siguientes podremos comprobar el paralelismo de la doctrina de la Doctora mística con la de san Juan de la Cruz, que pide, como Teresa, el máximo desprendimiento, para la máxima unión con Dios.

Pero ninguno de los dos considera el desprendimiento como meta y fin, sino como camino y medio. Y tampoco dicen que no se consigue unión si no se da desasimiento total, pues se va uniendo la persona con Dios a medida que se va desligando de las criaturas. La unión no es plena desde el principio del camino, pero se va logrando gradualmente, de acuerdo con el desasimiento y el vacío creciente. «No pienses que yo espere a que las almas sean perfectas para estrecharlas sobre mi corazón», dice Jesús a Gabrielle Bossis. A nuestros esfuerzos por negarnos corresponde Dios infundiendo las virtudes, pues si el hombre busca a Dios, más busca Dios al hombre.

Explica el gran bien del desasimiento de todo lo creado.

1. Ahora vengamos a tratar del desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si se hace con perfección. Digo que en esto está el todo porque, si nos abrazamos con solo el Creador y no nos interesa nada de lo creado, Su Majestad infunde tan copiosamente las virtudes, que practicando nosotros poco a poco lo que está en nuestra mano, no tendremos necesidad de luchar mucho, porque el Señor carga su mano contra los demonios y contra todo el mundo[ix].

¿Pensáis, hermanas, que es pequeño bien procurar este bien de darnos todas al Todo sin reservarnos nada?[58] Y ya que en Él están todos los bienes, como digo, alabémosle mucho, hermanas, porque nos reunió aquí donde no se busca otra cosa.

Y no sé por qué digo yo esto, pues todas las que vivís aquí me podéis enseñar a mí; que confieso que en esto tan importante no tengo la perfección que deseo y que conviene que tenga, ni tengo las virtudes que aquí os enseño, pues es más fácil escribir que obrar; y aun ni en eso quizá acertaré, porque lo que no se ha experimentado no se sabe decir[59], y debo de atinar justamente por lo contrario, pues mi vida ha carecido de estas virtudes.

2. En cuanto a lo exterior, ya se ve cuán apartadas de todo nos quiere el Señor a las que aquí nos ha llamado, para acercarnos más a Él sin estorbos.

¡Oh Criador y Señor mío! ¿Cuándo merecí yo tan gran dignidad, que parece que habéis ido dando vueltas buscándonos para acercaros a nosotras?[60] Quiera Su Majestad que no perdamos esta gracia por nuestra culpa[61].

¡Oh hermanas, entended, por amor de Dios, la gran merced que el Señor ha hecho a las que trajo aquí, y que cada una lo piense bien, pues de solas doce quiso Su Majestad que fuerais una. ¡Y cuántas mejores que yo sé que vendrían aquí de buena gana, y me trajo el Señor a mí, habiéndolo merecido tan mal. ¡Bendito seáis Vos, mi Dios, y que os alabe todo lo creado! Y como yo he sido tan ruin no os fiasteis, Señor, de mí; porque, si me hubierais dejado donde había muchas monjas buenas juntas[62], no se hubiera notado mi ruindad, porque yo la habría encubierto, como lo hice muchos años[63], hasta el fin de mi vida. Y por eso me condujisteis a donde, por ser tan pocas, no podía quedar oculta mi maldad; para que ande con más cautela, me habéis quitado todas las ocasiones.

Ya no hay disculpa para mí, Señor, yo lo confieso, y por eso necesito más vuestra misericordia, para que perdonéis la culpa que tuviere. Mirad, hermanas, que es mucho mayor nuestra culpa, si no somos buenas[64].

3. Lo que os encarezco mucho es que, la que viere que no puede cumplir lo que aquí se acostumbra, que lo diga; otros monasterios hay donde también se sirve al Señor; no turben a estas poquitas, que Su Majestad aquí ha reunido. En otros lugares hay libertad para consolarse con los familiares; aquí, si se admiten algunos, es para consuelo de los mismos.

Mas, la monja que quiera ver a sus familiares para consuelo suyo, si no son personas espirituales, considérese imperfecta; crea que no está desasida, no está sana, no tendrá libertad de espíritu, no tendrá entera paz, necesita médico; y digo que, si no le desaparece el deseo y se cura, no es apta para esta casa.

4. El mejor remedio que veo para ella es que no vea a sus familiares, hasta que alcance del Señor con mucha oración, verse libre. Cuando se vea de manera que lo tome como una cruz, véalos enhorabuena, que entonces les hará bien a ellos y no se perjudicará a sí misma.

Prospección actual del capítulo 9

En quien menos pensáis hallaréis padres y hermanos.

La doctrina de este capítulo es una resonancia de las palabras de Jesús: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo: Aquí están mi madre y mis hermanos». «El que no pospone a sus padres y hermanos, no puede ser mi discípulo».

Jesús ha iniciado la creación de una familia nueva, a imagen de la Trinidad, enraizada en unos lazos especiales, nacidos del Espíritu y no de la carne. Él lo había ido anunciando paso a paso durante su peregrinación con los hombres: En el Templo, a su madre angustiada; en sus correrías de predicador, a la mujer que bendijo a su Madre; ante los discípulos, en el texto citado y, finalmente, a Juan y a la Mujer, en la cruz. Con esta actitud no desprecia los vínculos de la sangre, los eleva, los sublima. Y, de paso, nos advierte que

éstos pueden encerrarnos en un círculo excesivamente limitado, cuando hemos recibido una vocación de universalidad.

Los consagrados, especialmente, han sido llamados y tienen la misión de vivir esa comunión universal, fundamentada en el espíritu. Esa es la razón de la exigencia de la virginidad y del celibato. Si con esta inmolación no se logra la comunión de eclesialidad, se frustra el fin de tan gran sacrificio impuesto a la humana naturaleza.

Por lo demás, santa Teresa había vivido experiencias muy negativas en su anterior monasterio. Ellas, en parte, le hacen escribir lo que va a escribir. Y en esa perspectiva hay que leerla, pues, aunque el ser humano en todas las épocas es el mismo en su raíz, encontraremos expresiones que no se entenderán bien en nuestro hoy. Por eso, si la familia carnal se integra en la comunidad cristiana, cumple aquélla su finalidad, y entonces nada hay que objetar a la vida religiosa comunitaria, todo lo contrario, constituirá una gran bendición divina sobre la familia cristiana. Un caso paradigmático atrae nuestra atención en los tiempos modernos, sin necesidad de tener que remontarnos a siglos pretéritos: el de la familia de santa Teresa del Niño Jesús, con cuatro hermanas de sangre en el mismo monasterio de Lisieux. Pero allí mismo «la pequeña Teresa» encontró un campo de lucha difícil, donde tuvo que combatir para no dejarse arrastrar por las inclinaciones naturales, que tantas y tantas veces reclamaban satisfacciones y efusiones que ella no se permitía porque, decía, «ya no estamos en casa». «Madrecita mí —escribe a su hermana Paulina en el ocaso de su vida—, ¡cuanto sufrí entonces! ¡No podía yo abrirte mi alma y pensé que no me conocías ya! (Historia de un Alma, XII,225).

Capítulo 9

Trata del gran bien que resulta de que los que han dejado el mundo huyan de sus parientes. A cambio de ellos encuen-tran amigos más verdaderos.

1. ¡Oh, si entendiésemos las religiosas el daño que procede de tratar mucho con los parientes, cómo huiríamos de ellos! Yo no comprendo cuál es el consuelo que nos dan, pues no podemos, ni nos es lícito, gozar de sus recreaciones, y sufrir sus trabajos sí; ninguno dejan de llorar y algunas veces más que ellos mismos.

En verdad que, si algún regalo hacen al cuerpo, lo paga bien el espíritu. De eso estáis aquí libres pues, como todo es de la comunidad, y ninguna puede conservar ningún regalo particular, la limosna que les dan es para todas, y cada una queda libre de tenerla que agradecer, pues ya sabe que el Señor las ha de proveer en la comunidad.

2. Espantada estoy del daño que hace el trato con los parientes; creo que no lo creará quien no lo sepa por experiencia. ¡Y qué olvidada parece que está hoy la verdad del valor del desprendimiento de este trato en las congregaciones religiosas!

No sé yo qué es lo que abandonamos del mundo, las que decimos que lo hemos dejado todo por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que son los parientes. Hemos llegado al extremo de que se considera falta de virtud el no querer y amar mucho los religiosos a sus parientes, y ellos mismos lo dicen, alegando sus propias razones.

3. En esta casa, hijas, hay que tener mucho cuidado de encomendarlos a Dios, que es muy justo; pero en lo demás, apartarlos de la memoria todo lo que podamos, porque es cosa natural que se apegue nuestra voluntad a ellos más que a otras personas.

Yo he sido muy querida por mis familiares, según decían, y los quería tanto, que no dejaba que me olvidaran; y sé por experiencia mía y de otras personas, que, excepto los padres y los hermanos, que difícilmente dejan de ayudar a sus hijos, y con ellos no hemos de ser extraños cuando tengan necesidad de consuelo, siempre que no nos dañe y lo hagamos con desasimiento, los otros parientes son los que menos me han ayudado, cuando me he visto en trabajos. Quienes siempre me han ayudado han sido los siervos de Dios.

4. Creed, hermanas que, si le servís vosotras como debéis, no encontraréis mejores hermanos que los que Su Majestad os envíe; yo sé bien que es así y, convencidas y dispuestas a cumplir esto, como lo estáis, y sabiendo que si no lo cumplís, faltáis al verdadero Amigo y Esposo vuestro, creed que muy pronto conseguiréis esta libertad.

Creed también que podéis confiar más en los que os quieran por el Señor, que en todos vuestros parientes, y que no os fallarán, y que en quien menos pensáis, encontraréis padres y hermanos. Porque como éstos buscan la recompensa de Dios, hacen por vosotras; los que buscan nuestra paga, como nos ven pobres y que no les podemos aprovechar, se cansan pronto. Y aunque esto no sea siempre así, es lo más corriente ahora en el mundo; porque en fin, es mundo.

Si alguien os dice lo contrario, y que es virtud hacerlo, no lo creáis, pues si yo os dijera todo el daño que esto trae consigo, tendría que extenderme mucho; y porque otros que saben lo que dicen mejor que yo, han escrito sobre esto, baste lo dicho. A mí me parece que, si siendo tan imperfecta lo he entendido tanto, ¿cuánto no habrán entendido los que son perfectos?

5. Todo esto que nos aconsejan los santos que huyamos del mundo, claro está que es bueno. Pues creedme, que los parientes son el mundo que más se apega[x], y desprenderse de ellos es lo más difícil.

Por eso hacen bien los que huyen de sus tierras, digo, si es que les vale, porque no creo que se trata de que huya el cuerpo, sino de que se abrace el alma con el buen Jesús, Señor nuestro, decididamente que, como en Él lo encuentra todo, lo olvida todo; aunque es una gran ayuda la separación hasta que hayamos asimilado esta verdad porque, después, puede ser que quiera el Señor, para darnos cruz en lo que solíamos tener gusto, que tratemos con los parientes.

Prospección actual del capítulo 10

No os confiéis ni os echéis a dormir, que sería como el que se acuesta muy tranquilo, habiendo cerrado muy bien las puertas por miedo de los ladrones, y dejarse-los dentro de casa.

Si el fin es llegar y conseguir el Todo, habremos de vaciarnos para dejarle sitio. Esta es la filosofía del desasimiento. Mientras el inquilino actual no desaloja la casa, no puede instalarse el huésped nuevo. El mundo era un obstáculo. Se ha roto con él. Lo eran los parientes. Ya estamos desasidos de ellos. ¿No basta? Pues no. Queda aún el enemigo número uno, el ladrón mas ladino, el gusano del yo, aún no transformado, es decir, con la malicia original dentro. El gusano de mal olor. La voluntad propia y dominante, los deseos de bienestar y comodidad, perezosos e inconstantes, etc. etc. Esta separación, desasimien-to, es más costoso que los anteriores, porque supone un constante triturarse, abnegarse, contradecirse, anonadarse, y esto es muy duro, porque afecta a la médula de la propia persona con sus deseos, anhelos, prevenciones y complejos, costumbres inveteradas y endurecidas, prejuicios y aspiraciones, más o menos ambiciosas. Pero, si se quiere avanzar por el camino hasta llegar a la fuente de agua viva, todo esto es imprescindible.

Hay que contar, necesariamente, con la gracia, pues es Dios quien nos ha de ayudar. Y trabajando con constancia, sin desalentarse por las caídas, lo que es muy amargo y difícil de digerir, se nos hará dulce.

Dos trucos a tener en consideración para la lucha: pensar que todo lo que dejamos es muy pobre, y que se acaba muy pronto; y controlar los afectos, aunque vayan dirigidos a cosas pequeñas, apartando el pensamiento de ellas. Dios recompensa. Es Él quien suaviza lo áspero. Estos pequeños vencimientos inundan el alma de paz y, una vez que se ha experimentado la dulzura de la cruz, ya es más fácil seguir por el camino de la abnegación. Santa Teresa del Niño Jesús nos diría: «he llegado a encontrar mi gozo en el padecer».

Un apunte final: en el tema del desasimiento santa Teresa hace entrar ya como protagonista la virtud de la humildad. Porque en el fondo de la abnegación está el cercenar el amor propio, pues nos amamos mucho. Por eso desasimiento y humildad han de ir unidos.

Capítulo 10

No basta desasirse de los deudos, si no nos desasimos de nosotras mismas. El desasimiento y la humildad van unidos.

1. Desasiéndonos del mundo y de los parientes, y encerradas aquí en estas condiciones, parece que ya lo tenemos todo hecho y que ya no hay que pelear con nada más. ¡Oh, hermanas mías!, no os confiéis ni os echéis a dormir, que sería como acostarse muy tranquilo habiendo cerrado muy bien las puertas por miedo de los ladrones y dejárselos dentro de casa; y ya sabéis que no hay peor ladrón que nosotras mismas, que nos quedamos dentro; y si no se va con gran cuidado, y cada una no se dedica a ir contrariando su voluntad[xi], como si este fuera el negocio más importante de todos, tiene todavía muchas cosas que le pueden quitar la santa libertad de espíritu, que la hace volar a su Hacedor, libre de la carga de tierra y de plomo.

2. Gran remedio es para esto, pensar con frecuencia cuánta vanidad es todo y cuán presto se acaba todo[65], para desprenderse de las cosas que son tan baladíes y poner el empeño en lo que nunca se ha de acabar.

Y aunque éste parece flaco medio, viene a fortalecer mucho al alma, y a tener gran cuidado en las cosas pequeñas; tener cuidado de, apenas nos aficionemos a alguna, procurar apartar el pensamiento de ella y dirigirlo a Dios, y Su Majestad ayuda.

Y a nosotras Él nos ha hecho un gran regalo, ya que, en esta casa, lo más está hecho, mas todavía nos falta desasirnos de nosotras mismas, este desprendernos de nosotras y luchar contra nosotras, es recia cosa, porque estamos muy aferradas a nuestro yo y nos amamos mucho.

3. Aquí puede entrar la verdadera humildad, porque ésta virtud y la del desasimiento, creo que siempre van juntas; son dos hermanas que no debemos separar. No son éstos los parientes que yo aviso que se separen, sino que los abracen y nunca se vean sin ellas.

¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo creado, emperado-ras del mundo, liberadoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro maestro Cristo, que nunca, ni por un instante se vio sin ellas!

Quien las tuviere, bien puede salir y pelear contra todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus peligros; no tenga miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene que temer a nadie, porque nada le importa perderlo todo, ni lo considera pérdida perderlo; sólo descontentar a su Dios teme, y le suplica que les fortalezca estas virtudes, para no perderlas por su culpa.

4. Pero es verdad que estas virtudes tienen la propiedad de esconderse de la vista de quien las posee, de manera que nunca las ve, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque le digan que las tiene; mas tanto las estima, que anda siempre procurando tenerlas, y las va perfeccionando cada vez más en su alma, y bien se distinguen en los que las tienen; sin ellos pretenderlo, pronto las ven quienes se comunican con ellos[66].

Mas ¡qué desatino es que yo me haya puesto a alabar la humildad y la mortificación, habiendo sido tan alabadas por el Rey de la gloria, y tan confirmadas con tantos sufrimientos suyos!

Pues, hijas mías, aquí es el trabajar por salir de la tierra de Egipto[67], y cuando las hayáis encontrado, hallaréis el maná[68]; todas las cosas os sabrán bien[69]; por más mal sabor que tengan al gusto de los mundanos, se os harán dulces.

5. Ahora pues, lo primero que hemos de vencer en nosotras es el amor de este cuerpo, porque algunas somos tan regaladas por naturaleza, que no tenemos poco que hacer en esta materia, y somos tan amigas de nuestra salud, que es motivo para alabar a Dios ver la guerra que dan los cuerpos, especialmente a las monjas, y también a los que no lo son. Mas algunas monjas parece que vinimos al monasterio a procurar no morirnos; cada una lo procura como puede. Aquí, a la verdad, poca ocasión hay para ponerlo por obra, mas yo quisiera que no existiera el deseo.

Convenceos y determinaos, hermanas, de que habéis venido a morir por Cristo, y no a regalaros por Cristo; porque el demonio os mete en la cabeza que os habéis de cuidar para poder soportar y observar la Regla de la Orden, y tanto enhorabuena se quiere guardar, procurando la salud para guardarla y observarla, que se muere sin haberla cumplido un mes, ni quizá siquiera un día.

Pues no sé yo a qué hemos venido.

6. No tengan miedo de que, por maravilla, nos falte la discreción en este punto, pues en seguida tienen miedo los confesores de que nos matemos con penitencias. Y tenemos tanto miedo de no tener discreción para esto, que ya quisiera yo que lo cumpliéramos todo con tanta fidelidad. A las que no obran con esta discreción yo sé que no les importará que diga esto, como tampoco a mí me importa que digan que en esto juzgo por mí, pues dicen la verdad.

Tengo para mí que obrando así, quiere el Señor que estemos más enfermas; al menos a mí me hizo una gran misericordia dándome enfermedades, porque como de todas maneras me había de cuidar y regalar, quiso que lo hiciera con causa.

Es cosa donosa lo que les ocurre a las que andan con este tormento que ellas mismas se dan, de temer las enfermedades; algunas veces les entra un deseo de hacer penitencias sin camino ni concierto, que les dura dos días, por decirlo así; después les sugiere el demonio en la imaginación que les hizo daño; con lo cual les hace que tengan miedo de la penitencia, para que no cumplan la que manda la Orden, porque ya lo probaron y les fue mal.

No guardamos unas cosas muy sencillas de la Regla, como el silencio, que no nos ha de hacer mal, y apenas nos duele la cabeza, ya no vamos al coro, que tampoco nos mata, y queremos inventar penitencias sacadas de nuestra cabeza, para que no podamos hacer ni lo uno ni lo otro[70]. Y a veces, por tener una enfermedad leve, creemos que estamos dispensadas de todo, y que con pedir permiso estamos cumplidas.

7. Me diréis que ¿por qué lo da la priora? Si conociera el interior, tal vez no lo daría; mas como le informáis de la necesidad que tenéis y no falta un médico que avale el informe que le dais y una amiga o familiar que llore a vuestro lado, ¿qué ha de hacer? No quiere tener escrúpulo de si falta a la caridad; prefiere más que faltéis vosotras que faltar ella.

8. Puede ser que pasen estas cosas alguna vez, y para que os guardéis de ellas las pongo aquí; porque si el demonio comienza a amedrentarnos con que perderemos la salud, nunca haremos nada. El Señor nos de luz para acertar en todo, amén.

Este cuerpo nuestro tiene una falta, que cuanto más lo regalan, más necesidades descubre.

La mortificación del cuerpo en las enfermedades la comenzó a estudiar desde el número 5 del capítulo anterior y al mismo tema dedica el presente. La doctrina es clara y no necesita hermenéutica especial, pero sí hemos de destacar la oportunidad que nos ofrecen las dificultades físicas y las limitaciones biológicas de practicar el desasimiento y la mortificación.

La Carta Apostólica de Juan Pablo II, *Salvifici doloris*, del 11 de febrero de 1984, escrita poco tiempo después de que sufriera el atentado en la plaza de san Pedro y las consiguientes operaciones quirúrgicas, es la mejor actualización del mensaje de este capítulo: «A través de los siglos y generaciones se ha constatado que en el sufrimiento se esconde una particular fuerza que acerca el hombre a Cristo, una gracia especial. Al sufrimiento de las enfermedades se deben conversiones de santos como Ignacio de Loyola y Francisco de Asís». Quien sufre la enfermedad puede repetir con Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col, 1,24). Santa Teresa enseña y legisla cómo deben sufrirse las enfermedades, y cómo han de ser de valerosas las personas ante el dolor, y aconseja no hacer problema para la comunidad de las flaquezas y debilidades no graves. Ellas ofrecen la oportunidad de ejercitar la mortificación y el olvido de los dolores leves, cuando tantas personas sufren tantos males graves en el mundo sin tener a quien quejarse.

Escribe ella desde su experiencia de enferma permanente que no dejó de trabajar, viajar, madrugar, gobernar y preocuparse de todo y de todos, por sus muchas enfermedades, y que así la sorprendió la muerte, en medio de sus trajines y caminatas, que con toda seguridad, se la adelantaron. Desde su valentía y abnegación heroica tienen supremo valor estas breves páginas.

Capítulo 11

De la mortificación que se ha de practicar en las enfermedades.

1. Cosa imperfecta me parece, hermanas mías, este quejarnos siempre con livianos males. Cuando el mal es grave, él mismo se queja; es quejido distinto y pronto se ve. Mirad que sois pocas, y si una tiene la costumbre de quejarse, es suficiente para traer fatigadas a todas, si os tenéis amor y caridad; la que esté enferma de verdad, dígallo y tome lo necesario; que si dejáis el amor propio, sentiréis tanto que os cuiden que, no tengáis miedo, que no lo aceptaréis sin necesidad, ni os quejaréis sin motivo. Pero si hay causa, es peor no manifestarla, que tomar el cuidado sin ella, y si habiendo motivo no os trataren con piedad, sería muy malo.

2. Mas esto es bien seguro, que donde hay caridad y sois tan pocas, nunca faltará la atención de cuidaros. Mas olvidaos de quejaros de las flaquezas y malecillos de mujeres, pues algunas veces pone el demonio en la imaginación esos dolores; se quitan y se ponen. Si no perdéis la costumbre de decirlo y de quejaros de todo, excepto a Dios, nunca acabaréis. Porque este cuerpo tiene una falta que, cuanto más lo regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado; y como en esto tiene algún pretexto, por pequeña que sea la necesidad, engaña a la pobre alma para que no medre.

3. Acordaos de cuántos pobres enfermos habrá que no tengan a quién quejarse; pues pobres y regaladas, no lleva buen camino. Acordaos también de muchas mujeres casadas; yo conozco personas que, teniendo graves enfermedades y sufrimientos, no se atreven a quejarse, para no disgustar a sus maridos.

Pues, ¡pecadora de mí!, sí, que no hemos venido aquí a estar más regaladas que ellas. ¡Oh, ya que estáis libres de grandes trabajos del mundo, sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que se enteren todos!

Pues, si una mujer es muy desgraciada en su matrimonio y, para que no sepa su marido que lo dice y que se queja, pasa su desgracia sin comunicarlo a nadie, ¿no pasaremos entre Dios y nosotras solas, algo de los males que nos da por nuestros pecados? ¡Tanto más cuánto es poco lo que se aplaca el mal con decirlo!

4. No me estoy refiriendo a enfermedades graves, cuando hay mucha fiebre, aunque siempre pido moderación y paciencia, sino a unos malecillos que se pueden pasar de pie.

¿Qué ocurriría si esta pequeña enfermedad se hubiera de ver fuera de esta casa?, ¿qué dirían todas las monjas de mí? ¡De buena gana lo sufriría yo para que alguna se enmendara! Porque con una sola que haya quejumbrosa, se divulga tanto, que ya no creen a ninguna, aunque padezca enfermedad grave.

Acordémonos de nuestros santos Padres pasados, ermitaños, cuya vida intentamos imitar, ¡cuántos dolores pasarían, y qué a solas, y cuánto frío y hambre y sol y calor, sin poder quejarse a nadie, más que a Dios!

¿Creéis que eran de hierro? Pues, tan delicados eran como nosotras. Y creed, hijas, que apenas hemos comenzado a vencer estos corpezuelos, ya no nos agobian tanto.

Demasiadas personas habrá que se ocupen en mirar lo que necesitamos; descuidaos de vosotras, de no ser por una necesidad muy manifiesta. Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada.

5. Procurad no tener miedo a la muerte y a la enfermedad, y abandonaos totalmente en las manos de Dios, venga lo que viniere. ¿Qué va en que muramos? ¿No nos burlaremos alguna vez del cuerpo, a cambio de las veces que se ha burlado él de nosotras?

Y creed que esta determinación es más importante de lo que podemos entender, porque, si lo vamos haciendo poco a poco muchas veces, con el favor del Señor, quedaremos señoras del cuerpo. Y vencer un tal enemigo es algo muy importante para ganar la batalla de esta vida. Hágalo el Señor, como puede. Mas creo que sólo se da cuenta de la ganancia, quien goza ya de la victoria, que es tan grande, a lo que creo, que nadie sentiría tener que sufrir, para llegar a este sosiego y señorío.

Prospección actual del capítulo 12

Dediquémonos a contradecir nuestra voluntad en todo; que, si tenéis cuidado, sin saber cómo os hallaréis en la cumbre.

Aunque ya en el capítulo 10 comenzó a tratar de la humildad como hermana del desasimiento, porque estas dos virtudes siempre van unidas, es desde este capítulo 12 hasta el 15, cuando va a estudiarlas con intensidad. No hay orante verdadero sin humildad, y, estoy por decir, que ni cristiano. Jesús deja bien claro en el evangelio que los últimos serán los primeros, que no busquéis los primeros puestos, que el que se humilla será ensalzado, que el que quiera ser el primero sea vuestro servidor, que hay que hacerse como niños, que ensalza a los humildes y abate a los soberbios.

En la sociedad en que vivimos no es entendido este lenguaje y, sobre todo, no es practicado. Se da ansia frenética de poder en todos los niveles, y la misma comunidad eclesial puede estar muy tentada de seguir por estos derroteros. Todo se contagia. Y los comportamientos mundanos pueden llegar, por mimetismo, a alimentar los mismos sueños de poder, a forjar castillos en el aire sobre puestos más brillantes, o prebendas más suculentas, y a utilizar los mismos métodos mundanos reprobables, para hacer realidad los sueños y los castillos.

En tiempos pasados existía un aliciente para la selección y el ascenso; era noble y era provechoso, porque aseguraba el estudio. El camino de las mayorías, en lenguaje de santa Teresa, está ahora todo supeditado a la elección y decisión del superior, y esto, bien ejercido, es una garantía de acierto, pero también un peligro de adulación en busca de un neonepotismo, amiguismo, o de simonía menor a base de incienso y de regalos, que puede engendrar un gran daño para las personas y para la comunidad, incluso con faltas de justicia y de acepción de personas. En todo caso, este afán es un seguro fracaso de la vida de oración. Personalmente creo que la vida de oración se descuida, más por su exigencia previa y concomitante que por la falta de tiempo, y por otras razones más o menos verosímiles que se suelen aducir. La exigencia de la humildad, como la de la caridad (nuestro Dios es el Dios de nuestros hermanos) y el desprendimiento, bloquean a muchos cristianos en el momento de comenzar el camino de la oración, y más todavía, paralizan en su crecimiento a muchos que ya van por el camino.

Si en este camino se quieren progresos auténticos, el secreto está en la humildad, que es el diario martirio de los deseos y la disposición de una abnegación constante de los impulsos del corazón, que fructifica en oración infusa, o contemplación, y en una paz inmensa que paga al ciento por uno los sacrificios y la lucha por la limpieza de corazón.

Sólo desde la fe tiene sentido la humildad verdadera, porque sólo la fe nos asoma a la verdad y al misterio de la kenosis de Cristo, y a lo que le debemos por nuestros pecados; esas son verdades que se aprenden en la oración y, sin ella, la vanidad y el orgullo crecen como la espuma.

Por otra parte, si quienes están al servicio de Dios, utilizan éste como trampolín para adquirir fama y prestigio, callarán muchas verdades para poder ser populares y modernos, y harán estéril su servicio. En este sentido ha dicho Juan Pablo II a André Frosard, refiriéndose a los teólogos modernistas: «Ellos buscan agradar al mundo, yo tengo que preocuparme de agradar a Dios».

Saber con sabiduría sufrir la humillación engendra la humildad, pues de nada aprovecha la humillación si no se la digiere y acepta humildemente. Mal aconsejan los que persuaden a lo que llaman, «ponerse en su sitio». El sitio del cristiano es el de Cristo, y el de Cristo fue el de no hacer alarde de su categoría de Dios, el de aniquilarse y hacerse uno de tantos, como un esclavo cualquiera, hasta morir en la cruz. Escribe Gabrielle Bossis: «Sentía repugnancia de tener que aceptar una humillación. Cuando se celebraba una procesión en Lourdes con el Santísimo en la custodia, entre cardenales y obispos, le dice Jesús: "Yo soy el más pequeño"».

El verdadero amador de Dios ha de amar poco su vida y su prestigio.

1. Vamos a hablar de otros temas muy importantes, aunque parezcan menudos. Todo esto parece un gran sacrificio, y con razón, porque exige una guerra contra nosotros mismos; mas, apenas se comienza a luchar, actúa Dios tanto en el alma y le hace tantas mercedes, que todo lo que se puede hacer en esta vida le parece poco. Y ya que las monjas hacemos lo más, que es renunciar a la propia libertad por amor de Dios, dejándola en las manos del superior, y pasamos tantos trabajos, ayunos, silencio, clausura, asistir al coro, que, por mucho que nos queramos regalar, sólo alguna vez podremos, y tal vez en muchos monasterios que he visto he sido yo sola la que me he regalado ¿por qué no nos decidimos a mortificarnos interiormente, pues ahí está el secreto de que todo lo demás sea más meritorio y más perfecto, y de que lo podamos hacer con más suavidad y descanso?

Todo esto se consigue acostumbrándonos, como he dicho, poco a poco, a no hacer nuestra voluntad y nuestro gusto, aun en cosas menudas, hasta que el cuerpo esté sometido al espíritu.

2. Repito que todo consiste en despreocuparnos de nosotros mismos y de nuestro regalo, pues, quien comienza a servir a Dios de veras, lo menos que le puede ofrecer es la vida; y, pues ya le dio la voluntad, ¿qué teme?

Es evidente que si es verdadero religioso o verdadero orante, y desea gozar regalos de Dios, no puede negarse a desear morir por Él y a sufrir el martirio[xii]. ¿No sabéis, hermanas, que la vida del buen religioso, que quiere ser amigo íntimo de Dios, es un largo martirio? Largo, pues comparado con el de los que eran rápidamente degollados, puede llamarse largo; aunque toda vida humana es corta, y algunas cortísimas.

¿Y qué sabemos si la nuestra será tan corta que se acabe al momento siguiente de habernos determinado a entregarnos del todo a Dios? Posible es; y en fin, no hay que hacer ningún caso de todo lo que tiene fin; y si pensamos que cada hora de nuestra vida es la última, ¿quién no trabajará en esa hora? Pues, creedme que pensar esto, es lo que da mayor seguridad.

3. Por eso, dediquémonos a contradecir nuestra voluntad en todo; que, si tenéis cuidado, como he dicho, sin saber cómo, os hallaréis en la cumbre.

Mas ¿qué riguroso nos parece escuchar que no nos concedamos ningún gusto!, sin haber saboreado los gustos y deleites que trae consigo esta contradicción y lo que con ella se gana, aún en esta vida, ¿qué seguridad! Aquí, como todas practicáis la abnegación, lo más importante está hecho; unas a otras os despertáis y os ayudáis; en esto cada una debe procurar adelantar a las otras.

4. Tened mucho cuidado con los impulsos interiores, sobre todo en lo referente a privilegios. Dios nos libre, por su pasión, de decir o protestar, ni

pensar detenidamente en «si soy mayor», «si tengo más años», «si he trabajado más», o «si a la otra la tratan mejor». Si se os ocurren estos pensamientos, hay que atajarlos rápidamente; pues si se consienten y se entretienen en ellos, o si los comentan con las otras, son pestilenciales, y engendran grandes males.

Si la priora permite estas cosas, aunque sólo sea un poco, crean que, por sus pecados, ha permitido Dios que la tengan, para comenzarse a perder, y hagan mucha oración para que el Señor envíe el remedio, porque están en gran peligro.

5. Puede ser que digan que «por qué poco tanto énfasis en esto» y «que esta doctrina es muy exigente»; y «que Dios también hace regalos a quien no está desasido». Y yo lo creo, pues con su sabiduría infinita, ve que es conveniente para conseguir atraerlos a que lo dejen todo por Él. Y dejarlo todo no quiere decir que entren en religión, pues pueden tener impedimentos, y en todas partes puede el alma perfecta estar desasida y ser humilde, aunque con mayor esfuerzo suyo, pues el ambiente ayuda mucho.

Mas créanme una cosa, que si hay vana estima o ambición de dinero (y esto igual puede darse en el monasterio que fuera, aunque allí las ocasiones son más remotas y también la culpa será mayor), aunque esté muchos años haciendo oración (o, mejor dicho, meditación, porque la oración perfecta[71] desprende esos resabios), nunca medrarán mucho ni llegarán a gozar del verdadero fruto de la oración.

6. Ya veis, hermanas, si estas cosas son importantes, ya que no estáis aquí para otra cosa. No quedáis más prestigiadas por buscar el honor, sino que perdéis gran parte del mérito que podríais haber ganado; así que desprestigio y pérdida pueden ir unidos.

Examínese cada una la humildad que tiene y verá lo que ha avanzado. Me da la impresión de que, al que es verdaderamente humilde, no osará el demonio tentarle, ni siquiera en primer movimiento, en asunto de privilegios; porque, como es tan sagaz, teme el golpe que recibirá.

Si uno es humilde, es imposible que, si el demonio le tienta por ahí, no gane más fortaleza en la virtud y en mayor aprovechamiento; porque, al ser tentado, hará balance de su vida y comparará lo que ha hecho por el Señor con lo que le debe[72], y el misterio de su humillación para darnos ejemplo de humildad, mirando sus pecados y a dónde merecía estar por ellos.[73] Sale el alma tan gananciosa, que el demonio no osa volver otro día para no salir con la cabeza quebrada.

7. Aceptad este consejo mío y no se os olvide, para que no sólo vosotras interiormente salgáis ganando, y sería un gran mal no quedar con ganancia, sino para que también salgan ganando las hermanas, de vuestra tentación; si queréis vengaros del demonio y veros libres más pronto de la tentación, apenas os acometa, pedid a la priora que os mande hacer algún servicio humilde, o hacedlo vosotras, como podáis, e id pensando cómo doblegaréis vuestra voluntad en cosas que la contraríen, que el Señor os manifestará en qué, y con este remedio durará poco la tentación.

Dios nos libre de que las personas que le quieren servir traten de buscar su prestigio. Mirad que es mala ganancia y, como he dicho, el mismo prestigio se pierde deseándolo, sobre todo en los privilegios que, no hay tóxico en el mundo que mate tanto la perfección, como estas cosas.

8. Diréis «que son cosillas naturales de las que no hay que hacer caso». No os burléis con eso, que crece como la espuma, y en tan notable peligro como son estas vanidades, y en este tener en cuenta los agravios que nos han hecho para guardar resentimiento, no hay cosa pequeña. ¿Sabéis, entre otras razones, por qué? Quizá en una comienzo por poco y no es casi nada, pero en seguida mueve el demonio a que a otro le parezca mucho, e incluso creará que es un acto de caridad decirle que cómo puede consentir ese agravio, y que Dios le de paciencia, y que se lo ofrezca a Él, y que ni un santo soportaría tanto. En la lengua de la otra pone un caramillo[74], que le hace creer que, por lo que apenas ha podido sufrir bien, sienta tentación de vanagloria de lo que no sufrió con la perfección que debía.

9. Y es esta naturaleza nuestra tan frágil que, aún diciéndonos que no hay que sufrir por eso, creemos que hemos hecho algo importante y así lo sentimos, cuánto más nos dolerá el agravio si vemos que las otras nos compadecen por ello; y así va perdiendo el alma las oportunidades de poder merecer, que se le ofrecen, y queda debilitada y con la puerta abierta para que entre el demonio con otra tentación peor[75]. Incluso podrá acaecer que os vengan a decir «que si sois una bestia», y «que es natural que se sientan las cosas».

¡Oh, por amor de Dios, hermanas mías!; que ninguna se deje llevar de indiscreta caridad manifestando tener lástima de la otra en estos fingidos agravios, que sería como la que tuvieron los amigos del santo Job y su mujer, con él[76].

Prospección actual del capítulo 13

¿Os parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias y tantas injusticias?

Sigue este capítulo profundizando en la humildad y la propone para toda persona que quiera seguir a Jesucristo. Los puntos de honra, que tanto menciona,

equivalen a pundonor, o punto de honor, al afán desmesurado de quedar bien, de tener buena consideración social, del lustre de la familia. Viendo un fraile encumbra-do, suficiente e insolente, a san Juan de la Cruz, trabajando con ilusión en la huerta, le dijo: «Vuestra Reverencia debe de ser hijo de algún labrador». «No tanto como eso, respondió el Santo, que soy hijo de un pobre tejedor». Hijos de la soberbia, el deseo de la aprobación y de las alabanzas que, por otra parte, se escatiman con los otros, el afán de la estima, causa de tantos otros pecados como la envidia y los celos, que siempre necesitan destruir lo que sea, sin reparar en medios, con tal de alcanzar el poder, que dicen es una corona de espinas, que cuando más duele es cuando se la quitan, o el afecto. El complejo de inferioridad en virtud del cual, el que estuvo sometido, cuando se le ofrece la oportunidad, se hiergue con virulencia. El espíritu de contradicción a priori y a todo. La intemperancia y la ordinarietà y grosería, la carencia de sensibilidad y delicadeza en lo que afecta a los hermanos, pareja con la susceptibilidad de su yo, que los hace intolerantes, duros, agresivos y mal sufridos, defecto éste, en frase de fray Luis de León, propio de los soberbios, a quienes todo les hiere. Creen siempre tener razón y nunca ven necesidad de ofrecer disculpas o de pedir perdón.

En las relaciones humanas la humildad se resume en la buena educación; o si se prefiere, la cortesía y la buena educación, y lo que antes se llamaba urbanidad y buenas maneras, son equivalentes a la virtud de la humildad laica, también hoy, asignatura pendiente.

No resulta más exigente santa Teresa que el "abneget" del evangelio. Jesús pide la renuncia a todo lo contrario al Reino, e incluso a lo que no esté en la orientación del Reino. Y el esquema de Camino es el mismísimo que el del evangelio: primero la renuncia de los vínculos biológicos de la familia, o del clan, del partido o del grupo, en cuanto cerrados y bloqueados en sí mismos y, por tanto, no abiertos a la catolicidad universal, después la renuncia de sí mismo, «Niéguese a sí mismo». Este «negar" está en la misma línea de significado que la negación de Cristo, hecha por Pedro, «no conozco a ese hombre». Esa ha de ser la negación del yo, para poder ser convertido en piedra viva del edificio de la Iglesia y de la comunidad humana, camino de la Iglesia.

Junto a la imitación de Cristo humilde y humillado, sitúa también como dechado a María, cuya humillación fue mirada por Dios para ensalzarla.

Capítulo 13

Sigue hablando de la mortificación y de cómo se han de evitar los criterios del mundo para acercarse a la verdadera razón.

1. Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora quiero dejarlo escrito aquí para que no se os olvide, que en esta casa, y aun toda persona que quiera ser perfecta, ha de huir mil leguas de decir «yo tenía razón», «hicieron una injusticia conmigo», «no tenía razón quien hizo esto conmigo»... De razones injustas nos libre Dios.

¿Os parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias y para que se las hiciesen, y tantas injusticias?

La que sólo quiera llevar cruz muy puesta en razón, no sé yo para que está en el monasterio; vuelva al mundo, donde aún no le guardarán esas razones. ¿Acaso podéis sufrir tanto que no debáis más? ¿Qué razón es ésta? Por cierto, que yo no la entiendo.

2. Cuando nos hagan algún halago, o algún regalo, o cuando nos traten bien, saquemos esas razones de que no lo merecemos, que cierto es contra la razón que nos traten bien en esta vida.

Mas cuando nos hacen agravios, que así los llaman sin que nos hagan agravio, yo no sé de qué hay que quejarse. O somos esposas de tan gran Rey, o no lo somos. Si lo somos, ¿qué mujer honrada hay, que no participe de las deshonras que hacen a su esposo, aunque su voluntad no las quiera? Pues al fin, de honor o de infamia participan ambos. Pues tener parte en su Reino y gozarlo, y no querer participar de las deshonras y sufrimientos, es disparate.

3. No nos deje Dios que queramos tal disparate, sino al contrario, la que le parezca que es tenuta entre todas en menos, téngase por más dichosa; y así lo es, si lo lleva como lo debe llevar, que no le faltará honor en esta vida ni en la otra. Créanme esto a mí. Mas, qué disparate he dicho que me crean a mí, si lo dice la verdadera Sabiduría[xiii].

Parezcámonos, hijas mías, en algo, a la gran humildad de la Virgen santísima, cuyo hábito llevamos, que es confusión llamarnos monjas suyas; que por mucho que nos parezca que nos humillamos, nos quedamos muy cortas para ser hijas de tal Madre y esposas de tal Esposo.

Así que si las quejas dichas no se cortan con rapidez, lo que hoy nos parece nada, mañana tal vez sea pecado venial; y es tan pernicioso, que si os dejáis llevar, no quedará solo; es cosa muy mala para las comunidades.

4. Esto lo habíamos de tener muy presente quienes integramos ésta, para no hacer daño a las que trabajan por hacernos bien y darnos buen ejemplo. Y si nos diéramos cuenta del gran daño que se hace cuando se comienza a introducir una mala costumbre, querríamos antes morir que ser causa de ello; porque esta muerte es temporal y física, y las pérdidas en las almas son gran pérdida, que parece que no se acaba de perder[77]; porque muertas unas, vienen otras, y todas participan más en la mala costumbre que hemos iniciado, que en la costumbre de la práctica de muchas virtudes; porque el demonio no deja que se acabe la mala

costumbre, y las virtudes, por desgracia, la misma fragilidad humana las va dejando olvidadas.

5. ¡Oh, qué grandísima caridad haría, y qué gran servicio a Dios prestaría marchándose, la monja que se da cuenta de que no puede observar las costumbres de esta casa! Y mire que le conviene, si no quiere tener un infierno acá, y quiera Dios que no tenga otro allá, porque hay muchas razones para temer esto, y tal vez ni ella ni las demás lo entenderán como yo[78].

6. Créanme en esto, y si no, el tiempo será testigo; porque queremos vivir, no sólo como monjas, sino también como ermitañas, viviendo desprendidas de todo lo criado, y yo he comprobado que el Señor ha concedido esta merced a las que ha elegido para vivir en esta casa. Y, aunque al principio no estén desasidas con tal perfección, se nota que caminan hacia ella, por el gran contento y alegría que les causa el saber que en adelante no se han de preocupar de las cosas de esta vida, y por el gran gusto que tienen por las cosas de Dios.

Repito que si alguna siente inclinación hacia las cosas del mundo y ve que no adelanta en desprendimiento, que se vaya, y si sigue queriendo ser monja, que busque otro monasterio, y si no lo hace así, ya verá lo que le pasa. No se queje de mí, que comencé éste, porque no la he avisado.

7. Esta casa es un cielo, si lo puede haber en la tierra. Quien se contenta sólo con agradar a Dios sin hacer caso de contento suyo, vive una vida felicísima; si desea algo más, lo perderá todo, porque no lo puede tener; y un alma triste es como quien tiene gran inapetencia, que por muy bueno que sea el manjar, le produce náuseas, y lo que quienes están sanos comen con mucho gusto, a él le repugna.

En otro sitio se salvará mejor, y podrá llegar poco a poco a la santidad, que aquí no pudo conseguir por la totalidad de la exigencia. Pues, aunque en lo interior puede esperarse el tiempo necesario para desprenderse y mortificarse del todo, en lo exterior ha de ser enseguida; y la que viendo que todas cumplen lo establecido y con tan buena compañía, no adelanta en un año, me temo que tampoco adelantará más en muchos, sino menos. Aunque no quiero que avance como todas, sino que se note que va creciendo en salud, pues pronto se ve cuándo la enfermedad es mortal.

Hay que discernir la intención que tiene la que entra en el monasterio, que no sea sólo por buscar refugio, ya que, si es persona sensata, el Señor puede purifi-car la intención.

El «buen entendimiento», el sentido común, la sensatez, la discreción parecen sinónimos en el lenguaje teresiano. Si yo dijera que el buen entendimiento equivale a talento, hoy quizá me excedería, por la interpretación que podría darse a la palabra «talento», porque hoy tiene más connotación de capacidad intelectual, en lo que santa Teresa no estaría tan de acuerdo. Sensatez, discreción, discernimiento y sentido común creo que se aproximan a las cualidades del buen entendi-miento. Es decir, capacidad de comprender con realismo y sin ilusiones ni fanta-sías, los hechos con sus circunstancias; flexibilidad para adaptarse; saber discernir lo principal de lo secundario y lo substancial de lo accidental; madurez suficiente para no escandalizarse de cosas nimias y para saber callar y guardar los se-cretos, y no lanzarse con infantilismo a lanzar sus opiniones.

Quedan al margen de estas cualidades las capacidades intelectuales y la preparación cultural, que Teresa a veces calificó mal, hasta el punto de no aceptar a la que estaba dispuesta a entrar con su Biblia, pues no quería bachilleras, y confesaba de sí misma que ignoraba quiénes eran los «asirios», por alguien que los nombró en alguna de sus cartas.

Es preciso exigir una cierta madurez humana y alguna preparación espiritual a la candidata, y probarla, para compro-barla y poderla completar con una formación permanente, que debe durar toda la vida, pero sobre todo, en el tiempo del noviciado.

Hoy es incomprensible que una persona entre en el convento en busca de refugio, compañía, seguridad, y si hay algún caso, será excepcional. Pero Teresa había vivido muchos años en un monasterio, y había visto personas desvocacionadas, víctimas de los criterios y costumbres de una sociedad tocada de antifeminis-mo en la que la mujer sólo tenía la oportunidad del matrimonio y, si esta no se presentaba, la más socorrida solución era el retiro en un convento. Teresa no desea ni busca este talante de personas, pero no desespera de su realización, si se trata de personas sensatas.

La mujer hoy puede vivir una vida independiente, y no abunda el espíritu de sacrificio, como estamos comprobando en Europa, en la crisis alarmante de vocaciones. Sin embargo, esa crisis tiene alguna solución cuando se predica insistentemente e integralmente el evangelio y se propone a la juventud claramente el ideal de la entrega y de la santidad. Pero la predicación ha de ser regada con oración y con sacrificio intenso, no basta con unos momentos, y una oración de los fieles el día de las vocaciones. Bien tan excelso ha de ser comprado con sangre. Puedo presentar testimonios elocuentes e irrefutables. El Espíritu santo sigue vivo y operante. Es Señor y vivificante.

No se debe aceptar la profesión religiosa de nadie que tenga espíritu contrario al proclamado en los capítulos anteriores.

1. Estoy convencida de que el Señor favorece mucho a quien bien se determina, y por eso hay que discernir la intención de la que ingresa en el monasterio, que no entre sólo por buscar refugio, (como acaecerá a muchas), aunque el Señor puede purificar esta intención, si es una persona sensata, y si no lo es, de ninguna manera sea aceptada; porque en este caso, ni ella entenderá las razones que la mueven a entrar, ni comprenderá después la actitud de las que quieran corregirla para mejorarla.

Porque, por regla general, quien tiene falta de sensatez, cree siempre que atina más en decidir lo que le conviene que los más sabios; y éste es un mal que considero incurable, porque difícilmente va libre de malicia. Y una persona así puede ser tolerada donde hay muchas, pero entre tan pocas, no se podrá soportar.

2. Un buen entendimiento, si comienza a aficionarse al bien, se adhiere a él con fortaleza, porque ve que es lo más acertado; y si no sirve para tener mucho espíritu, servirá para dar buenos consejos y para otras muchas cosas, sin cansar a nadie. Cuando falta el entendimiento, no se yo para qué puede aprovechar en la comunidad, aparte de que podría hacer mucho daño.

Pero esta falta no se descubre enseguida, porque muchas hablan bien y entienden mal, y otras hablan poco y con poco orden y tienen entendimiento para mucho bien. Porque hay unas simplicidades santas que entienden poco de los negocios y del estilo del mundo, y mucho para hablar con Dios.

Por eso es menester informarse bien para aceptarlas y probarlas largamente antes de la profesión. Que el mundo entienda de una vez que tenéis libertad para despedirlas, pues en un monasterio donde hay austeridad, se ofrecen muchas oportunidades para ello, y si ven que hay despidos, no verán en ello un agravio.

3. Digo esto, porque estos tiempos son tan calamitosos[xiv] y tanta nuestra debilidad, que, para no hacer caso de lo que los parientes consideran un agravio a su honor, no basta que nuestros antepasados hayan mandado la selección. Dios quiera que no lo tengamos que pagar en la otra vida, las que las hemos admitido; pues nunca falta un pretexto para convencernos de que lo podemos hacer.

4. Y este es un asunto que cada una, bajo su responsabilidad, había de examinar y encomendar a Dios, y animar a la priora a obrar con justicia, pues es asunto tan importante.

Y por eso suplico a Dios que os dé luz en ello, y es muy bueno no recibir dote, pues en los monasterios que la aceptan puede ocurrir que, por no devolver el dinero, que ya no lo tienen, dejen al ladrón en casa para que les robe el tesoro, que no es pequeña lástima. Vosotras en este caso, no la tengáis de nadie, porque sería perjudicar a quien pretendéis favorecer.

Prospección actual del capítulo 15

Se necesita mucha humildad para verse condenar sin culpa y callar.

Con este capítulo se va a cerrar el tratadito de las «grandes virtudes», necesarias al orante, y preparatorias para la contemplación. Lo que aquí aconseja es no disculparse, ni siquiera cuando la persona aspirante a orante, compruebe que es acusada, criticada, amonestada, sin motivo. Hace falta humildad para ello, y se trata de practicarla.

En el teatro de la vida pública en que vemos representar a quienes deben educar a los pueblos, estamos acostumbrados a contemplar la ausencia de las virtudes evangélicas, singularmente la de la humildad que acepta las acusaciones injustas. Todos tienen siempre la razón. Todos siempre lo han hecho todo bien. Son los otros quienes lo hacen todo mal. La luz de la humildad ha de brillar en los actos de los cristianos, salvo en aquellos casos en que se derivaran perjuicios a terceros, escándalo, o verdaderas injusticias derivadas de no rechazar la acusación, la difamación o la calumnia.

San Gerardo María Mayela, calumniado gravemente por una mujer, como José por la de Putifar, fue castigado y desterrado por el mismo san Alfonso María de Ligorio, su fundador, sin que Gerardo, jovencito, se defendiera.

Santa Teresa del Niño Jesús nos ha dejado dos gestos de esta virtud en su autobiografía: cuando la acusaron de haber roto un cantarito y de haber despertado a la Priora, que estaba enferma, al ir a entregarle las llaves de la reja de la comunión y aceptó la acusación y la reprensión de algo de lo que no era culpable. Jesús en la pasión calló y no se defendió ante las acusaciones injustas. El verdaderamente humilde goza de santa paz después de estos actos,

que al yo egoísta siempre le resultan ingratos. Pero son los que mejor preparan al orante para ser contemplativo.

Santa Teresa, aunque enseguida nos va a decir que ha practicado poco esta virtud, comenzó ejerciéndola ante el Provincial y la comunidad de la Encarnación en pleno, acusándose de haber comenzado la Reforma, aunque era legítima pues tenía el permiso de Roma.

Capítulo 15

El gran bien de no disculparse aunque se vean condenar sin culpa.

1. Me causa gran confusión lo que os voy a decir, porque para poderlo aconsejar debía haberlo yo practicado antes; y en esta virtud de no disculparme, yo confieso que he aprovechado muy poco.

Siempre me parece que encuentro razones que me hacen ver que es mayor virtud disculparme; esto, algunas veces es lícito, pero a mí me falta discreción o, mejor dicho, humildad, para disculparme sólo cuando es conveniente.

Verdaderamente se necesita mucha humildad para verse condenar sin culpa y callar, y es gran imitación del Señor, que nos quitó todas las culpas. Por eso os ruego encarecidamente que tengáis mucho cuidado en esto, porque trae consigo grandes ganancias; y ninguna ganancia veo en disculparnos nosotras, excepto en algunos casos en que no decir la verdad, podría ser causa de enojo o de escándalo; esto lo entenderá quien tenga más discreción que yo.

2. Creo que es muy importante acostumbrarse a practicar esta virtud y procurar alcanzar del Señor verdadera humildad, que es de donde procede no disculparse. Porque el verdaderamente humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco y perseguido y condenado sin culpa, aún en cosas graves. Porque, si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede imitarle que en esto? Y para esto no se necesitan fuerzas corporales ni ayuda de nadie, sino de Dios.

3. Estas virtudes grandes, hermanas mías, querría yo que estudiáramos mucho, y que su ejercicio fuera nuestra penitencia, pues ya sabéis que os voy a

la mano en practicar excesivas penitencias, porque pueden causar daño a la salud, si se hacen sin discreción.

Pero en las grandes virtudes no hay que temer, porque por muy grandes que sean las virtudes interiores, no quitan las fuerzas del cuerpo para cumplir con el deber, sino que fortalecen el alma; y se pueden ir acostumbrando a practicarlas, comenzando a vencerse en cosas muy pequeñas para salir victoriosas en las grandes tentaciones.

Os confieso que yo no he podido hacer la prueba en estas virtudes, porque siempre que oí que decían alguna cosa mala de mí, veía que se quedaban cortos; porque, aunque yo no había ofendido a Dios en las mismas cosas que decían, le había ofendido en otras muchas, y demasiado hacían callando éstas; y siempre me alegro yo más de que digan de mí lo que no es, que las verdades.

4. Para poder aceptar las acusaciones injustas sin disculparse ayuda mucho reflexionar lo mucho que se gana con ello, por muchas razones, pensando que, si lo miramos bien, nunca nos culpan sin culpas, pues siempre estamos llenas de ellas, pues siete veces al día cae el justo[xv], y sería mentira decir que no tenemos pecado[79]. Así que, aunque no sea en lo mismo que nos culpan, nunca estamos exentos de culpa, como el buen Jesús[80].

5. ¡Oh, Señor mío! Cuando pienso de cuántas maneras padecisteis sin merecerlo, no sé qué decir de mí, ni dónde tenía la cabeza cuando no deseaba padecer, ni dónde estoy cuando me disculpo. Ya sabéis Vos, Bien mío, que, si tengo algún bien, de vuestras manos lo he recibido; pues, ¿qué más os da, Señor, dar mucho que poco? Si no me dais estas virtudes porque no las merezco, tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. ¿Será posible que yo quiera que alguien piense bien de cosa tan mala, después de haber dicho yo tantos males de Vos, que sois el Bien sobre todos los bienes? No se puede tolerar, no se puede tolerar, Dios mío, ni yo querría que lo toleraseis Vos, que haya algo en vuestra sierva que no contente a vuestros ojos. Pues, mirad, que los míos están ciegos y se contentan con muy poco. Dadme Vos luz, y haced que desee de verdad que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado a Vos, que me amáis con tanta fidelidad.

6. ¡Qué es esto, Dios mío? ¿Qué pensamos sacar de contentar a las criaturas? ¿Qué nos importa ser culpadas por todas ellas, si ante el Señor estamos libres de culpa?

¡Oh hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y así nunca acabaremos de ser plenamente de Dios, si no consideramos y pensamos mucho qué es lo que es y qué es lo que no es!

Pues, aunque no hubiera más ganancia que la confusión que le quedará a la persona que os culpe, viendo que os habéis dejado condenar sin culpa, esta es grandísima; hace más bien un gesto de estos a un alma, que diez sermones. Pues todas hemos de ser predicadoras de obras, ya que el Apóstol[81] y nuestra incapacidad, nos impiden que lo seamos de palabras.

7. Nunca penséis que ha de permanecer oculto siempre el bien o el mal que hagáis, por muy encerradas que estéis. ¿Y piensas, hija, que, aunque tú no te disculpes, no habrá quien te defienda? Mira cómo respondió el Señor por la Magdalena en casa del Fariseo, y cuando su hermana la acusaba de que la dejaba sola con el servicio[82]. No os tratará el Señor con el rigor con que quiso ser tratado Él, que cuando hubo un ladrón que le defendía, ya estaba en la cruz[83]; así que Su Majestad moverá el corazón de alguien que os defienda, y si no lo hace, será porque no es necesario.

Esto es lo que he visto yo, y es así, aunque yo no quisiera que lo recordéis, sino que os alegréis de quedar culpadas, y del provecho que veréis de ello en vuestra alma, el tiempo será testigo; porque comienza a ganarse libertad de espíritu, y a darnos lo mismo que hablen mal que bien, como si se tratara de un asunto ajeno. Algo así, como cuando dos personas están hablando de sus asuntos, que no nos preocupamos de la respuesta, porque no nos incumbe a nosotras. Así, cuando hablan de nosotras, mal o bien, como hemos adquirido la costumbre de que no hemos de responder, nos parece que no hablan de nosotras, ni con nosotras.

A los que somos muy sensibles y poco mortificados nos parece esto imposible, y es cierto que al principio es difícil; mas yo sé que se puede conseguir esta libertad y esta abnegación y desasimiento de nosotros mismos, con el favor del Señor.

Prospección actual del capítulo 16

Si queréis que os enseñe el camino para llegar a la contem-pla-ción, tened paciencia si me extiendo un poco en cosas que, aunque no os parezcan ahora tan impor-tantes, a mi parecer no dejan de serlo; y si no las queréis oír ni practicar, quedaos en vuestra oración mental toda vuestra vida, que yo os aseguro a vosotras y a todas las personas que pretendieren este bien, que no llegaréis a verdadera contemplación.

Es su Tesis. Le han pedido que les enseñe a orar y se está demorando y como rezagando, como rehuyendo el tema, tratando de cosas que parece que no responden al deseo de sus hijas y discípulas. Y ¡vaya si responden! Su experiencia le ha enseñado que, practicando la oración durante veinte años, no ha llegado a contemplación, o sea, a oración sobrenatural o infusa; ella lo atribuye a no haber ejercitado las virtudes grandes, de que viene tratando en todos estos capítulos. Consecuencia: Sin humildad, desprendimiento y caridad, no hay

contemplación. Puede haber oración mental, y es bueno que se haga, porque por ella nacen y crecen las virtudes en el alma. Es importantísimo hacer oración mental para conseguir virtudes; pero también estas son necesarias para avanzar en la meditación; nos va la vida en ello. Este es el mensaje que Teresa aportó a la Iglesia de su tiempo: la imperiosa necesidad de orar como camino para amar, y para ser humildes y desprendidos. En su tiempo, la oración mental, fruto de la Devotio moderna, había degenerado en un puro ejercicio de silogismos. Los teólogos escolásticos oficiales, carecían del conocimiento de este don, más, lo consideraban peligroso. El arzobispo Carranza, en sus Comentarios sobre el catecismo cristiano, había escrito: «De ninguna escuela salen los hombres tan sabios, tan discretos, tan prudentes en todas las cosas, así del suelo como del cielo, como de la oración». Y llegó la censura de Melchor Cano: «Esta proposición tiene manifiesto de alumbra-miento, porque significa que, a quien se da a la oración, Dios le da noticia del cielo y de la tierra, e aun prudencia para obrar, más que por ninguna escuela ni trabajo ni ejercicio de letras, ni consejo de hombres se puede aprender; e, si esto es verdad..., cerremos los libros, mueran los estudios e démonos todos a la oración». Censuró también a fray Luis de Granada porque divulgaba la oración mental entre todos los cristianos, pues veía en la oración mental, un peligro para el desarrollo normal de la sociedad. Lo cita F. Caballero en Conquenses ilustres: Vida de Melchor Cano. Otro teólogo famoso, Domingo Soto, confesaba que «si no era con el evangelio delante, no sabía pensar en Dios, que, como era invisible, no sabía qué pensaban algunos, hincados de rodillas dos horas delante del altar, que él no podía hacerlo». En este ambiente hostil Teresa afirma con contundencia que la oración mental ayuda a practicar virtudes; pero con la misma firmeza afirma también, desde su experiencia de orante durante veinte años frustrada, que sin la práctica de las virtudes grandes no se puede llegar a la contemplación.

En torno a la oración hemos vivido unos años de verdadera algarabía. Y no sólo en la Iglesia Católica, sino también en las separadas. Primero fue el silencio. Después la calumnia. Luego la omisión. Y ahora que se habla más de ella, creo que se habla más que se ejerce. De la oración lo sabemos todo, menos hacerla. Mientras, avanza el desierto.

Con la teología radical de la «muerte de Dios», no había posibilidad de diálogo con un Dios muerto. Con la crisis y falta de fe, Dios no interesaba al hombre. La «autonomía del hombre» descartaba el trato con el Ser trascendente. Con la «seculariza-ción» y la «desacralización», el trato con Dios era una forma «alienante de la personalidad». La «escasa coherencia de los orantes profesionales», daba origen a acusar a la oración de evasión y desencarnación de la vida. Para corregir esa evasión y desencarnación se ha difundido una visión «funcional» de la oración, que compromete su carácter trascendente. Dicen que el encuentro verdadero con Dios se materializa en la apertura al prójimo. Por ello la oración no sería abandonar por un tiempo la disipación del mundo para recogerse en diálogo con Dios, sino que se expresaría en el compromiso de amor a los demás. La oración auténtica serían las obras de caridad y nada más. Pero, ¿de dónde sacar energías para perseverar, aun en la Noche, en ese compromi-so de caridad?

En esta situación, como en la suya, no más fácil, ni menos difícil. Santa Teresa nos dice que «nadie tomó a Dios por amigo que no se lo pagase». Y se pregunta en el capítulo 8, 8 de Vida: «¿Por qué han de dejar la oración? Por cierto, si no es para pasar con más trabajo los trabajos de esta vida, y para cerrar a Dios la puerta para que no les de alegría en la oración, yo no lo puedo entender. Cierto, les tengo lástima, porque a su costa sirven a Dios; porque, a los que hacen oración, el mismo Señor corre con el gasto de los trabajos, pues por un poco de trabajo les da gusto para que con él pasen los trabajos».

Bien es verdad que la oración es importantísima, pero no lo es todo. El primado es del amor; pero sin oración, el huerto no produce flores, es decir, ni amor ni virtudes evangélicas, y las bienaventuranzas sin ella, yacen marchitas, heladas: «Que para esto es la oración, para que nazcan siempre obras, obras, obras», que, en el pensamiento de la Maestra, equivalen a virtudes. «No pongáis vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar, porque si no procuráis virtudes y no hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas», es decir, no seréis contemplativas, no creceréis hasta la infusión del carisma de la oración infusa, donde recibiréis los mismos sentimientos de Cristo.

Vemos, pues la importancia de la oración. Sin ella no hay cristianos. Y sin cristianos no puede haber «nueva evangeliza-ción», al menos en profundidad. Por eso Juan Pablo II, promotor de la misma, ha dicho que «el mensaje de santa Teresa conserva hoy toda su verdad y fuerza» y pide «que el pueblo cristiano se ponga a la escucha del mensaje teresiano»[xvi].

Capítulo 16

Diferencia entre la perfección de la vida de los contempla-ti-vos y de los que se conforman con la oración mental. Es posible que Dios eleve algunas veces a un alma distraída a contemplación perfecta. Causa de ello.

1. Y no os parezca mucho todo esto, pues voy entablando el juego, como dicen. Me pedisteis que os enseñara cómo comenzar a hacer oración; yo, hijas, aunque a mí no me llevó Dios por este comienzo, porque aún no debo de tener estas virtudes, de humildad y de silencio ante las acusaciones, no sé otro.

Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, no sabrá jugar bien, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. También me habéis de reprender por saber jugar, ya que en esta casa ni se juega ni se ha de jugar. En esto veréis la madre que os dio Dios, que hasta esa vanidad sabía; mas dicen que, algunas veces, es lícito hacerlo.

Y cuán lícita será para nosotras esta manera de jugar, y qué pronto, si mucho jugamos, daremos mate a este Rey divino, que no se nos escapará de las manos, ni lo querrá.

2. La que más guerra le puede hacer en este juego es la dama, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que tanto haga rendir a Dios, como la humildad[xviii]; ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con la humildad le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas[84].

Y creed que quien más humildad tuviere, más le tendrá, y quien menos, menos; porque yo no puedo entender cómo haya, ni pueda haber, humildad sin amor, ni amor sin humildad, ni es posible que puedan existir estas virtudes sin gran desasimiento de todo lo creado.

3. Diréis, mis hijas, «que para qué os hablo de virtudes, que tenéis demasiados libros que os las enseñan, que sólo queréis que os hable de contemplación».

Y yo os respondo que si me pidierais que os hablase de meditación, de ella os podría hablar y podría aconsejar a todos que la hicieran, aunque no tengan virtudes; porque la meditación es principio para alcanzar todas las virtudes, y asunto en el que nos jugamos la vida todos los cristianos, y nadie, por perdido que esté, si Dios le despierta a conseguir tan gran bien, la había de dejar de comenzar, como ya tengo escrito en otro libro[85], y no sólo yo, sino otros muchos que saben lo que escriben, que yo por cierto no lo sé; Dios lo sabe.

4. Mas contemplación es otra cosa, hijas, que este es el engaño que todas traemos, que apenas uno se dedica un rato cada día a pensar sus pecados (a lo que, si es cristiano no sólo de nombre, está obligado), en seguida dicen que es muy contemplati-vo, y le exigen que tenga tan grandes virtudes como está obligado a tener el que es muy contemplativo, e incluso él las quiere tener, y se equivoca.

No supo entablar el juego desde el principio; pensó que le bastaba conocer las piezas del ajedrez para dar mate, y eso es imposible, porque este Rey no se da más que a quien se le da del todo.

5. Así que, hijas, si queréis que os enseñe el camino para llegar a la contemplación, tened paciencia si me extiendo un poco en cosas que, aunque no os parezcan ahora tan importantes, a mi parecer no dejan de serlo; y si no las queréis oír ni practicar, quedaos en vuestra oración mental toda vuestra vida[86], que yo os aseguro a vosotras, y a todas las personas que busquen este bien, que no llegaréis a verdadera contemplación. Puede ser que yo me engañe, porque juzgo por mí, que la busqué y la procuré durante veinte años.

6. Ahora quiero aclarar —porque algunas no lo entenderéis— qué es oración mental, y quiera Dios que ésta tengamos como se ha de tener; mas también tengo miedo de que no la tengamos, porque es difícil de conseguir, si no se procura practicar virtudes, aunque no en tan alto grado como son necesarias para la contemplación.

Afirmo que el Rey de la gloria no vendrá a unirse a nuestra alma si no nos esforzamos en ganar las virtudes grandes. Quiero decirlo con mucha claridad,

porque si me cogéis en alguna afirmación que no sea verdad, no os fiaréis de mí, y tendríais razón si yo lo hiciera intencionadamente, mas no permita Dios que me engañe en algo tan importante; si me equivoco será por no saber más, o por no entenderlo.

Quiero pues decir, que algunas veces Dios querrá conceder este gran favor de la contemplación, a personas que estén en su desgracia, para sacarlas por este medio de las manos del demonio[87].

7. ¡Oh, Señor mío, cuántas veces os hacemos pelear a brazo partido con el demonio! ¿No bastaba que os dejaseis llevar en sus brazos cuando os llevó al pináculo[88] para enseñarnos a vencerle? Mas, ¿qué sería, hijas, ver aquel Sol al lado de las tinieblas, y qué miedo tendría aquel desventurado, sin saber por qué! pues no permitió Dios que conociese el misterio, y cómo merecía por tal atrevimiento que creara Dios un infierno nuevo para él[89]. Bendita sea tanta piedad y misericordia.

Qué vergüenza habíamos de tener los cristianos de hacer luchar a Jesús cada día, como he dicho, a brazo partido con tan sucia bestia. Fue muy necesario, Señor, que tuvieseis los brazos tan fuertes; mas ¿cómo no se os quedaron desfallecidos de tantos tormentos como sufristeis en la cruz? ¡Oh, que todo lo que se pasa con amor vuelve a restablecerse! Y así creo, que si hubierais seguido viviendo, el mismo amor que nos tenéis hubiera vuelto a cerrar vuestras llagas, sin necesidad de otra medicina. Parece que desatino; pues no, que mayores cosas que éstas hace el amor divino, y por no parecer curiosa, aunque lo soy, y no daros mal ejemplo, no refiero ahora algunas[90].

¡Oh Dios mío, y quién pudiera poner tal medicina de amor en todo lo que me causara pena y dolor![91] ¡Qué de buena gana los desearía, si tuviera la certeza de ser curada con tan saludable unguento!

8. Volviendo a lo que decía, Dios sabe que hay almas a las que puede ganar por este medio de darles un atisbo de contempla-ción; cuando las ve ya perdidas del todo, quiere su Majestad que no quede por Él; y aunque estén en su desgracia y sin virtudes, les da gustos y regalos y les hace sentir su ternura, a fin de que les entren deseos de su amistad, e incluso las pone en contemplación algunas veces, aunque pocas y por breve tiempo. Y esto, como digo, porque prueba el Señor a ver si con aquel favor, querrán disponerse a gozarlo muchas veces; mas si no se disponen, que perdonen pues no le gozarán, o mejor dicho, perdonadnos Vos, Señor, porque es muy doloroso que os entreguéis Vos a un alma de esta manera, y que ella se ate después a alguna cosa de la tierra.

9. Tengo para mí que son muchos los que reciben esta prueba de misericordia de Dios, y son pocos los que se disponen para gozar de esta merced; que cuando el Señor la hace, si correspon-demos a ella, tengo por cierto que nunca cesa de dar más, hasta llegar a muy alto.

Pero cuando no nos damos a Su Majestad con la determinación con que Él se da a nosotros, harto hace con dejarnos en oración mental, y con visitarnos de cuando en cuando, como a criados que trabajan en su viña[92]; mas los que se le entregan, son hijos regalados, a quienes no querría apartar nunca de su lado,

porque tampoco ellos se quieren apartar; los sienta a su mesa, les da de lo que Él come[93] hasta el punto de quitarse Él el bocado de la boca para dárselo a ellos.

10. ¡Oh dichoso cuidado, hijas mías! ¡Oh bienaventurado abandono de cosas tan pequeñas y tan bajas, que conduce a tan alto estado! Mirad lo poco que os importará, estando en los brazos de Dios, que os condene todo el mundo. Poderoso es Dios para libraros de todo, que una vez que mandó hacer el mundo, fue hecho[94]; su querer es obrar.

Pues no tengáis miedo, que si no es para mayor bien de vuestra alma, no consentirá que hablen contra vosotras; no quiere tan poco a quien le quiere. Pues ¿por qué, mis hermanas, no le hemos de demostrar nosotras, en lo que podemos, el amor? Mirad que es un cambio hermoso dar nuestro amor por el suyo; mirad que lo puede todo y en este mundo no podemos nada[95] sino lo que Él nos hace poder.

Pues, ¿qué es esto que hacemos por Vos, Señor, hacedor nuestro? Una determinacioncilla que es tanto como nada. Pues si Su Majestad quiere que, con lo que es nada, merezcamos el Todo, no seamos desatinadas[96].

11. ¡Oh Señor!, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos, que si no miráramos otra cosa sino al camino, pronto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino. Parece que nunca lo anduvimos, según lo nuevo que se nos hace. Es una verdadera pena, de verdad, lo que algunas veces pasa. No se puede soportar una pequeña humillación, ni parece que se haya de poder tolerar; en seguida dicen: «¡no somos santos!».

12. Dios nos libre, hermanas, de decir, para excusarnos cuando hemos cometido alguna imperfección: «no somos ángeles», «no somos santas». Mirad que, aunque no lo somos, es muy bueno pensar que, si nos esforzamos, lo podremos ser, dándonos Dios la mano; y no tengáis miedo, que no quedará por Él, si no queda por nosotras.

Y pues no hemos venido aquí a otra cosa, manos a la labor, como dicen; cuando se nos presente algo para la mayor gloria de Dios, confiemos en poderlo realizar con su favor.

Esta presunción querría yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad: tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes y no es aceptador de personas[97].

13. Mucho me he distraído; quiero volver a lo que estaba diciendo, que es poner en claro lo que es oración mental y lo que es contemplación. Impertinente parece, mas con vosotras todo pasa; puede ser que lo entendáis mejor por mi estilo sencillo que por otros elegantes. El Señor me de favor para ello, amén.

Prospección actual del capítulo 17

Creo poder precisar que en este capítulo santa Teresa pretende consolar y animar a las personas dedicadas a la oración que no han recibido el carisma de la contemplación, o de la oración infusa, o de la oración sobrenatural, que todo es lo mismo. Y se comprende. En un ambiente como el que ella había creado, debía de ser muy ordinaria la oración mística. Pero si alguna no la gozaba sería también normal que se sintiera extraña en un ambiente tan sobrenatural. Dicho esto, es verdad que la oración infusa es carisma gratuito; pero también es verdad que todo cristiano debe aspirar a él, pues es el desarrollo pleno de la semilla sacramental del bautismo, en el que todos hemos recibido con la gracia, virtudes y dones. Por las virtudes somos capacitados para responder a las luces de la razón. En cambio las virtudes no son suficientes para responder a las luces y exigencias de los dones del Espíritu santo. La respuesta a las luces de la razón con la fuerza de las virtudes, constituye la vida ascética. La respuesta a las luces de la fe con el carisma de los dones, marca la vida mística, a la cual estamos llamados todos los bautizados, y podemos alcanzar por misericordia de Dios, si vamos siendo fieles al soplo del Espíritu, practicando las virtudes grandes. Otra cosa es que se confunda la vida mística con los epifenómenos externos, que muy poco tienen que ver con la vida cristiana, que está escondida con Cristo en Dios.

Sólo pues en la perspectiva de las comunidades de Teresa, como he anotado al principio, se puede comprender que, la que está preparando la sementera y encomiando las virtudes evangélicas para que sean todas contemplativas, con el fin de poder cumplir eficazmente su misión evangelizadora en la Iglesia, pida ahora resignación a la voluntad de Dios, si no les concede el carisma. De todas formas deja bien claro que lo que importa son las virtudes, que si se consiguen a secas, son más meritorias y seguras.

No todas las almas reciben el don de la contemplación, y algunas lo reciben, pero tarde. El hombre verdadera-mente humilde ha de ir contento por el camino por el que lo lleve el Señor.

1. Parece que voy entrando en el estudio de la oración, y aún me queda algo muy importante que decir porque se refiere a la humildad, y es muy necesario en esta casa. Porque en ella la tarea principal es la oración y, como después diré[xviii], es muy necesario que practiquéis mucho la humildad, una parte muy importante de la cual, y muy necesaria para todas las personas que hacen oración, es que el verdaderamente humilde no puede pensar que él es tan bueno como los que llegan a ser contemplati-vos[98].

Es verdad que Dios, por su bondad y misericordia, y por los méritos de Cristo[99], le puede hacer contemplativo; mas mi consejo es que siempre se siente en el último lugar, que así nos lo enseñó el Señor que lo hiciéramos, y nos lo enseñó con su ejemplo[100]. Prepárese el alma por si Dios la quiere llevar por ese camino; y si no, para eso es la humildad, para considerarse dichosa de servir a las siervas del Señor y alabarle porque, mereciendo ser sierva de los demonios en el infierno, la trajo Su Majestad a vivir entre ellas.

2. No lo digo esto sin gran causa[101], porque, como he dicho[102], es muy importante comprender que Dios no lleva a todos por el mismo camino, y a lo mejor, el que cree que va por inferior camino, está más alto a los ojos de Dios.

Así que, no porque en esta casa todas hagan oración han de ser todas contemplativas. Es imposible. Y será motivo de gran desconsuelo para la que no es contemplativa, no entender esta verdad, ya que esto es don de Dios; y como no es necesario ser contemplativas para salvarse, ni el Señor nos lo pide apremiante-mente, no vaya a creer que se lo exigirá a nadie; que no por no ser contemplativa dejará de ser muy perfecta, si hace lo que queda dicho. Al contrario, puede ser que tenga mucho más mérito, porque le cuesta más trabajo propio la oración, y la lleva el Señor como a fuerte y le tiene reservado todo junto, todo lo que aquí no goza. No desmaye por eso, ni deje la oración, ni deje de cumplir lo que hacen todas, que a veces viene el Señor muy tarde y paga tan bien y todo a la vez, tanto como lo que ha ido dando a otros durante muchos años de oración.

3. Yo estuve más de catorce años sin poder hacer ni siquiera meditación, si no la hacía apoyándome en la lectura. Habrá muchas personas que les ocurrirá lo mismo, y otras que, aunque hagan lectura, no podrán meditar, sino sólo rezar vocalmente, y en esto ocupan más tiempo[103].

Hay pensamientos tan inestables que no pueden detenerse en una idea, sino que están siempre desasosegados y hasta tal punto que, si los quieren forzar para que piensen en Dios, se escapan a mil disparates y escrúpulos y dudas.

Yo conozco a una monja muy mayor, que yo quisiera que mi vida hubiera sido como la suya, muy santa y penitente, y en todo gran monja y de mucha y larga oración vocal, y nunca ha podido hacer oración mental; todo lo más que puede

hacer es detenerse poco a poco en la recitación de las avemarías y padrenuestros, y es muy santa oración[104].

Y hay otras muchas personas a quienes les sucede lo mismo; y, si tienen humildad, no creo que al final salgan perdiendo, sino que estarán muy igualadas con las que tienen muchos gustos en la oración, y con garantía mayor; porque los que tienen gustos no sabemos si proceden de Dios, o los causa el demonio. Y, si no son de Dios, tienen mucho peligro, porque el demonio pone mucho empeño en infundirles soberbia; pero si son de Dios, no hay que temer, pues traen humildad consigo, como escribí muy largamente en el otro libro[105].

4. Los que no tienen gustos en la oración andan con humildad, sospechando que es por su culpa, pero siempre siguiendo pacientemente su camino. Apenas ven que los otros lloran una lágrima, si ellos no las tienen, les parece que van muy retrasados en el servicio de Dios, y a lo mejor, están más adelantados; porque las lágrimas, aunque son buenas, no todas son perfectas; en cambio, en la humildad y mortificación y en otras virtudes, siempre hay más seguridad.

No hay que temer, ni tengáis miedo de no llegar a la santidad, como los que son muy contemplativos[106].

5. Santa era santa Marta, aunque no dicen que fuera contemplativa; pues ¿qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada, que mereció tener a Cristo Nuestro Señor tantas veces en su casa, y darle de comer y servirle y comer en su mesa?[107].

Si hubiera estado como la Magdalena, embebidas las dos, no habría habido quien hubiera dado de comer a este divino huésped.

Pues pensad que esta Congregación es la casa de santa Marta y que ha de haber de todo; y las que sean llevadas por Dios por la vida activa, no murmuren de las que se absorben mucho en la contemplación, pues, aunque ellas callen, porque la contemplación las hace despreocuparse de sí mismas y de todo, saben que el Señor las ha de defender[108].

6. Recuerden que es necesario que haya quien le guise la comida, y ténganse por dichosas de andar sirviendo como Marta. Miren que la verdadera humildad consiste en estar muy dispuestos a contentarse con lo que el Señor quiera hacer de nosotros, y en hallarse siempre indignos de llamarse sus siervos.

Pues si tanto contemplar, como hacer oración mental y vocal, y cuidar enfermos y servir en las faenas de la casa, aunque sea en los servicios más humildes, todo es servir al huésped que se viene con nosotras a vivir y a comer y a recrear, ¿qué más da hacer una cosa que otra?

7. No digo yo que no hagáis lo que podáis, sino que lo estiméis todo, porque no os corresponde a vosotras escoger, sino al Señor.

Mas, si después de muchos años de vida de oración, quiere a cada una en su oficio de Marta o de María, gentil humildad sería la vuestra querer escoger vosotras. Dejad hacer al Señor de la casa; sabio es; poderoso es; entiende lo que os conviene y lo que le conviene a Él también.

Estad seguras de que, si haciendo lo que está en vuestra mano, y preparándoos con el primor de la humildad, y el desasi-miento que he dicho, Él no os da la contemplación, que sí que os la dará si son verdaderas estas virtudes, es porque os tiene guardado este regalo para dároslo junto en el cielo, y porque, como antes he dicho[109], os quiere llevar como a fuertes, dándoos cruz aquí, como siempre Su Majestad la tuvo.

¿Y qué mayor muestra de amistad os da que querer para vos lo que quiso para Él? Y pudiera suceder que, llevándoos por la contemplación, no recibierais tanto premio.

Juicios suyos son, no hay que meternos en ellos; es un gran bien que no nos lo deje escoger, pues seguro que, como nos parece mayor descanso, todos escogeríamos ser grandes contempla-tivos.

¡Oh gran ganancia, no querer ganar por lo que a nosotros nos parece para no temer salir perdiendo, pues Dios nunca permite que pierda el muy mortificado, si no es para ganar más.

Prospección actual del capítulo 18

Y aunque no sea persona que tiene obligación de obedecer, si quiere o pretende llegar a contem-plación, debe poner su voluntad, con toda deter-minación, en un confesor competen-te.

Siguiendo en el tema del capítulo anterior puntualiza, para que nadie se de a engaño deseando las dulzuras de la contempla-ción, que los contemplativos llevan cruz muy pesada. El cardenal Urs Von Balthasar estudia con mucha profundidad en Misteriun salutis la participación de las almas místicas en la Kenosis de Cristo, como medio revelador del amor del Padre. Son sobrecogedo-ras las palabras de Jacques Maritain, sobre su esposa Raïsa: «Durante todo ese tiempo fue implacablemente destruida, como a hachazos, por ese Dios que la amaba a su manera terrible y cuyo amor sólo es 'dulce' a los ojos de los santos o de los que no saben lo que dicen»[xix]

Camino seguro de santidad, la práctica de las virtudes, sobre todo de la humildad. Y en este capítulo destaca la obediencia, sin la cual es imposible llegar a ser alma contempla-tiva. Se puede vivir de ilusión creyendo que se está obedeciendo, cuando uno ha movido todos los resortes para que le impongan la obediencia que él mismo se ha ido preparando durante un año entero quizá, o tal vez durante toda su vida. Puede ocurrir que uno consiga que el superior termine mandándole, concediéndole, dispensándole, destinándole un cargo, una empresa, un oficio, un permiso, un privilegio. Lo ha concedido el superior para que el demandante le deje tranquilo. Aunque uno quede tranquilo, y hasta satisfecho, de que se lo han mandado y, consiguientemente, crea que está obedeciendo, ¿qué seguridad puede tener de que está haciendo la voluntad de Dios? ¿Voluntad de Dios presionada? ¿Voluntad propia camuflada y disfrazada de ángel de luz? No se necesita gran don de discernimiento para detectar la trampa. Que, además, por los frutos se conocerá lo que verdaderamente se buscaba y se intentaba, y al fin se ha conseguido. Dios bendice la obediencia y la sencillez, no el truco y la hipocresía. Y aquí entramos en el misterio de las permisiones divinas, con un respeto sumiso y amoroso a la libertad humana.

Señala también para los laicos la obediencia, como medio de mortificar e inmolar la voluntad propia, la enemiga número uno de la santidad, y el holocausto más grato a Dios, por ser la libertad el atributo espiritual más noble del hombre. No quita valor a la obediencia que el superior sea elegido por uno mismo. Lo sustancial de la obediencia y lo que la califica es que, mediante el Superior, se nos manifiesta la voluntad de Dios, ya que es la identificación con ésta, la que nos santifica.

Capítulo 18

Los sufrimientos de los contemplativos son mayores que los de los activos. El conocimiento de este principio es motivo de mucho consuelo para los activos.

1. Pues yo os digo a vosotras hijas, a quienes Dios no lleva por el camino de la contemplación, que, por lo que he visto y sabido de los contemplativos, no llevan la cruz más ligera, y vosotras os espantaríais si conocierais los caminos por donde los lleva Dios, y los resortes que emplea Dios para que vivan en la cruz.

Yo conozco los sufrimientos de contemplativos y de no contemplativos, y sé con mucha certeza que los que da a los contemplativos son tan intolerables, que

si Dios no les diera aquel manjar de gustos contemplativos, no los podrían sufrir.

Y no les da estos sufrimientos porque tiene aborrecidos a los contemplativos, pues por su boca los alaba[xx], y los tiene por amigos[110].

2. Y es un disparate creer que admite en su amistad íntima a gente regalada y sin sufrimientos. Tengo por cierto que a ellos se los da Dios mucho mayores; por eso, como los lleva por camino barrancoso y áspero, y a veces hasta les parece que se han perdido y tienen que comenzar de nuevo a volver a caminar, necesitan que Su Majestad les de sustento, y no de agua, sino de vino, para que, emborrachados, no se den cuenta de lo que pasan, y lo puedan sufrir.

Y así veo pocos contemplativos verdaderos, que no sean animosos y estén decididos a padecer; pues lo primero que hace el Señor si son débiles, es infundirles ánimo y hacerlos tales, que no teman los trabajos.

3. Creo que los de vida activa, por un poquito que ven regalados por Dios a los de vida contemplativa, piensan que no tienen más que regalos. Pues yo os digo que los activos no podrían sufrir lo que tal vez sufren los contemplativos en un día[111]. Así que, como el Señor conoce para lo que sirven todos, da a cada uno su oficio, que es el que más conviene a su alma, y al mismo Señor y al bien de los hermanos; y como no quede por no haberos dispuesto, no tengáis miedo de que se pierda vuestro trabajo.

Mirad que digo que todas procuremos disponernos a ser buenas orantes, pues no estamos aquí para otra cosa; y no sólo lo hemos de procurar durante un año, ni dos, ni siquiera sólo diez, sino toda la vida, para que no parezca que hemos dejado la oración por cobardía, y porque está bien que vea el Señor que no queda por nosotras; hemos de ser como los soldados que, por mucho que hayan servido, siempre han de estar preparados para que el capitán les mande cualquier oficio que él disponga, pues les ha de dar su sueldo. ¡Y cuán mejor pagado lo paga nuestro Rey que los de la tierra, pues a veces van los tristes soldados muriendo, y después sabe Dios cómo se paga![112]

4. Como el Señor los ve al pie del cañón y con ganas de servir, y sabe para lo que sirve cada uno, reparte los oficios de acuerdo con las fuerzas que ve que tienen, y si no estuvieran presentes, no les daría nada, ni les encargaría ningún servicio.

Por eso, hermanas, oración mental, y la que no pueda mental, oración vocal y lectura y diálogo con Dios, como después diré. No deje de hacer la oración como todas; no sabe cuándo llamará el Esposo, no os suceda como a las vírgenes necias[113]; y no sabe cuándo le querrá el Señor dar más trabajo, disfrazado con gusto[114]. Si no se lo da, comprendan que no es esa su vocación y que les conviene lo que les da, y en esto merecen con el ejercicio de la humildad creyendo que aún no sirven para lo que hacen[115].

5. Caminen alegres sirviendo en lo que les mandan, como he dicho[116]; y si tienen humildad verdadera, dichosa esta sierva de vida activa, que no murmurará de nadie, sino de sí[117]. Mejor quisiera yo ser ella que algunas contemplativas[118].

Deje a las contemplativas con su guerra, que no es pequeña; porque aunque en las batallas el alférez no pelea[119], no por eso deja de estar en gran peligro, e interiormente debe de trabajar más que todos; porque, como lleva la bandera, no se puede defender, y aunque le hagan pedazos, no la ha de soltar.

De la misma manera los contemplativos han de llevar enarbolada la bandera de la humildad, y han de sufrir todos los golpes que les den, sin poder devolver ninguno; porque su oficio es padecer por Cristo, llevar en alto la cruz, sin dejarla de las manos, aunque se vean en muchos peligros, y procurar que no vean en ellos debilidad en el padecer; para eso les han dado oficio tan honroso.

Mire bien el contemplativo lo que hace, porque si él deja la bandera, se perderá la batalla; y así creo que si los considerados capitanes y amigos de Dios no son coherentes en sus obras con el oficio que tienen, hacen gran daño a los que no tienen oficio tan preeminente.

6. Si los demás soldados caminan como pueden, y a veces se alejan del sitio de mayor peligro, nadie se da cuenta, ni pierden el honor; en cambio, todos tienen sus ojos puestos en los contemplativos, no se pueden ni mover. Así que bueno es el oficio y grande honor y merced hace el rey a quien lo da, mas no se obliga poco el que lo recibe. Por eso, hermanas, no sabemos lo que pedimos[120]; dejemos hacer al Señor; que hay personas que parece que quieren pedir a Dios regalos por justicia. ¡Donosa manera de humildad! Por eso hace bien el conoedor de todos, que creo que pocas veces da regalos a éstos; ve claro que no son para beber el cáliz[121].

7. Conoceréis, hijas, que habéis adelantado, en que cada una crea que es la más ruin de todas y manifieste en sus obras que lo reconoce así, para provecho y bien de las otras; y no en que tiene más gustos en la oración y arrobamientos o visiones o mercedes extraordinarias que hace el Señor, que hemos de aguardar a estar en el otro mundo para conocer su valor y autenticidad.

En cambio la humildad y las otras virtudes son moneda corriente[122], pensión perpetua y no contribución redimible que se impone y se quita; las visiones y los demás carismas místicos, nos los dan y nos los quitan; conoceréis vuestra madurez, en que tenéis una virtud grande de humildad y mortificación, y de gran obediencia, en no hacer ni un punto contra lo que manda el superior, porque sabéis que verdaderamente os lo manda Dios, en cuyo lugar está[123].

En el tema de la obediencia es en el que más debería insistir. Pero, como me parece que si no hay obediencia no son monjas, no digo nada sobre ella, porque estoy hablando con monjas, y de las buenas, según me parece; o al menos quieren ser buenas[124]. Sólo una palabra voy a decir sobre cosa tan sabida e importante, para que no la olvidéis.

8. Digo que quien tenga voto de obediencia y falte contra él, en vez de tener todo el cuidado necesario para cumplirlo con la mayor perfección, no sé para qué está en el monasterio; yo le aseguro que mientras falte en esto, nunca llegará a ser contem-
plativa[125], ni siquiera buena activa; y esto lo tengo por muy cierto.

Por eso, aunque no sea persona que tenga voto de obediencia, si quiere o pretende llegar a contemplación, debe someter su voluntad con toda determinación a un confesor competente. Porque es cosa muy sabida que aprovechará más así en un año, que en muchos años que viva sin esta determinación.

Pero como a vosotras esto no os hace falta, no hay que hablar de ello.

9. Termino diciendo que estas virtudes son las que yo deseo que tengáis, hijas mías, y las que busquéis, y las que santamente envidiéis. Aquellos fenómenos místicos, en cambio, no os cause pena no tenerlos, porque son cosa incierta. Porque puede ocurrir que en otras personas sean de Dios, y que en vosotras permitirá Su Majestad que sean ilusión del demonio para engañaros, como ha hecho con otras personas, pues en mujeres es cosa peligrosa[126]. ¿Para qué queréis servir al Señor en cosa dudosa, teniendo tantas cosas seguras en qué servirle?; ¿quién os mete en esos peligros?

10. Me he extendido tanto en esto, porque sé que conviene, que esta naturaleza nuestra es frágil, y a quien Dios quiera dar contemplación, Su Majestad le hará fuerte; y a los que no se la conceda, estoy satisfecha de haberles dado estos avisos, por los que también se humillarán los contemplativos. Si decís, hijas, que vosotras no los necesitáis, alguna vendrá que tal vez se alegre con ellos[127]. El Señor, por ser quien es, nos de luz para seguir en todo su voluntad, y no habrá de qué temer.

Prospección actual del capítulo 19

¿Para que pensáis, hijas, que he pretendido comenzar por el final y enseñaros el premio antes de la bata-lla, diciéndoos el bien que trae consigo llegar a beber de esta fuente celestial de esta agua viva?

Por fin, después de tantos rodeos, nos está acercando a la fuente. Nos decía cómo habíamos de caminar, qué vestidos nos debíamos vestir, qué virtudes eran necesarias, y más necesarias aún. Ahora que ya está cerca la fuente, nos pondera las cualidades del agua: El agua viva, como el agua natural, enfría. Enfría los apetitos, y el mundo nunca ha estado tan lleno de ellos, como ahora. ¡Cómo no vamos a necesitar el agua! ¡Y cuánta agua estamos necesitando! Enfría, desprende, libera. Corramos pues hacia la fuente!...

El agua de la fuente viva, como el agua natural, limpia. Dos elementos contrarios no caben simultáneamente en un sujeto. Belleza y fealdad no pueden coexistir, ni pecado y gracia, ni suciedad y limpieza. El agua limpia: «Rociáame, Señor, con el hisopo, y quedaré limpio, lávame, y quedaré más blanco que la nieve». Limpia tanto esta agua viva, esta agua celestial, esta agua clara, que con una sola vez que se beba, deja al alma clara y limpia de todas las culpas.

La contemplación no es importante e interesante porque produce consuelos, paz y satisfacción. Eso es totalmente accidental. La grandeza de la contemplación es del orden del ser, del crear. ¡Crea en mí un espíritu puro! ¡Crea en mí un corazón de carne! Crea en nosotros hombres nuevos según la imagen del hombre nuevo, Jesucristo. Eso es lo grande de la contemplación. Eso es lo maravilloso de la mística sobre la ascética. Lo que no había podido Teresa en su vida durante largos años de trabajo ascético, ¡y es necesario!, lo consiguió la oración de unión mística en un instante. De ese momento de gracia salió una mujer nueva. Había muerto el gusano y había nacido la mariposita graciosa y blanca. Había intervenido Dios.

El agua natural quita la sed. El agua viva quita la sed de las cosas creadas; después de haber bebido esta agua, el alma no se satisface ya con nada, más que con Dios.

La estrategia está servida. Teresa nos canta las excelencias de la contemplación para que la deseemos y para que no nos dejemos vencer por los enemigos de la primera línea, ni por los de la segunda, ni por los de la tercera. Nos lo dice bonito para que no nos cansemos y perseveremos, pase lo que pase.

He indagado entre los diversos comentaristas la identidad de estos enemigos, y no he encontrado ninguna alusión ni menos definición, y consiguientemente tendré que aventurar mi hallazgo. Estos enemigos son los enemigos de la oración: preocupaciones, trabajo, el sueño descontrolado y no mortificado, las largas conversaciones que trillan siempre el mismo tema u otros con superficialidad, las dilatadas sesiones de televisión no seleccionada, el relegar la oración al tiempo menos oportuno, la pesadez de la misma oración no gratificante, la dificultad de algunas psicologías ante el discurso, que hacen difícil y torturante la oración, y toda la estrategia del demonio de que habla Teresa en Moradas Segundas 1,3.

Una de las firmas más célebres de la ciencia actual, miembro de la N.A.S.A., y uno de los principales artífices del programa espacial norteamericano, ha escrito: «La oración es con frecuencia el más duro de los trabajos, si en el trabajo incluimos las ideas de disciplina, de regularidad, esfuerzo, sacrificio. Me pregunto: ¿estamos dispuestos a hacerlo? Yo me esforzaré por ello. La oración puede ser el más duro de todos los trabajos... pero ciertamente es el más importante entre todos los que podemos realizar» (Von Braun, ingeniero alemán). El trabajo más importante. Agudamente habían escogido en aquella casa bávara el lema de la eficacia: «Afilarse la guadaña no retrasa la

siega, la oración no retrasa el trabajo». Por eso Teresa, con clarividencia de mística, quiere servir con la eficacia de la oración a la Iglesia y al mundo.

Y no le falta comprensión para aceptar cualquier estilo de oración, sea el de seguir la guía de un libro, de los que en su tiempo presentaban ordenada la meditación de cada día, como el del padre Granada, de quien se profesaba devota, sea la lectura meditada, o la oración vocal espaciada y reflexionada, como resorte para los entendimientos inestables. Pero, por caridad, no os canséis de seguir caminando hasta llegar a la fuente, aunque estéis tentados una y otra vez de abandonar por el fastidio y cansancio y por la falta de ver unos resultados, que no se ven, porque lo fundamental de la oración es dar a fondo perdido, dar desinteresadamente, con gratuidad.

Capítulo 19

Comienza a tratar de la oración. Se dirige a las almas que no pueden discurrir con el entendimiento.

1. Hace tantos días que escribí las páginas anteriores sin haber tenido tiempo para revisarlas, que, si no las vuelvo a leer, no sé lo que decía; para no perder tiempo escribiré sin orden lo que me salga.

Para entendimientos ordenados y personas que tienen mucha experiencia, y que pueden hacer la oración con propia responsabilidad, hay tantos libros escritos y tan buenos, de autores autorizados, que hacer caso de lo que yo diga sobre la oración, sería un error.

Tenéis libros con meditaciones para cada día de la semana sobre los misterios de la vida del Señor y de su pasión y sobre el juicio e infierno y nuestra nada, y sobre lo mucho que debemos a Dios, con excelente doctrina y orden para el principio y el fin de la oración[xxi].

Quien pueda y tenga ya costumbre de seguir este método de oración, seguro que por tan buen camino el Señor le sacará a puerto de luz, y con tan buenos principios, el fin lo será también, y todos los que puedan ir por este camino, tendrán descanso y seguridad; porque conducido el entendimiento, se camina con descanso. Mas, si el Señor me deja acertar, yo quisiera hablar y poder ofrecer algún remedio para lo siguiente. Si el Señor no quiere que acierte, sabed, al menos, que hay muchas almas que pasan este trabajo, para que las que también lo tengáis, no os deprimáis por ello.

2. Hay almas y entendimientos tan desbaratados como unos caballos desbocados, que no hay quien los detenga; ya van aquí, ya van allí, siempre con desasosiego: la causa es su propio temperamento, o Dios que lo permite. A mí me dan mucha lástima, porque me parece que son como unas personas que tienen mucha sed y ven que el agua está muy lejos y, cuando quieren ir a beber, ven que alguien les interrumpe el paso, unas veces cuando comienzan, otras cuando están a mitad del camino, y otras al fin.

Suele acaecer que, cuando con su trabajo, y con harto trabajo, han vencido a los primeros enemigos, algunos se dejan vencer por los segundos y prefieren morir de sed antes que beber el agua que tanto les ha de costar. Se les acabó el esfuerzo, les faltó ánimo. A algunos aún les alcanza para vencer también a los segundos enemigos, pero cuando tienen que vencer a los terceros se les acaba la fuerza, cuando tal vez estaban a dos pasos de la fuente del agua viva, que anunció el Señor a la Samaritana, de la que quien bebiere no tendrá ya más sed[128]. ¡Y con cuánta razón y con cuánta verdad dijo la boca de la Verdad que no tendrá ya sed de las cosas de esta vida! ¡Pero crece una sed mayor que la natural de las cosas del cielo, mayor de lo que podemos imaginar!

Y ¡con qué sed se desea tener esta sed! Porque el alma comprende su gran valor, y aunque es sed penosísima que fatiga, trae consigo una gran satisfacción con la cual se apaga la sed de las cosas terrenas.

Es pues una sed que sólo ahoga la sed de las cosas mundanas, mas produce tal hartura que, cuando Dios la satisface, la mayor merced que puede hacer al alma es dejarla con la misma sed, con lo cual queda siempre el alma con mayor necesidad de volver a beber esta agua[129].

3. El agua tiene tres propiedades, que ahora recuerdo y vienen al caso, aunque muchas más tendrá:

a) La primera es que enfría, de tal manera, que por mucho calor que tengamos, si nos sumergimos en el agua, se nos quita; y si hay un gran fuego, se apaga con agua, a no ser que sea fuego de alquitrán, que se enciende más si se le echa agua.

¡Oh, válgame Dios, qué maravilloso es este encenderse más el fuego con el agua, cuando el fuego es fuerte, poderoso y no sujeto a las leyes que rigen los elementos naturales, pues siendo el agua contraria al fuego, si éste es de alquitrán no lo apaga, sino que lo hace crecer!

Sería muy interesante poder hablar ahora con quien supiera filosofía, para que nos enseñara a conocer las propiedades de los elementos, a fin de que yo me pudiera explicar mejor, pues con lo que he dicho, aunque no lo sé decir, ni quizá entender, ya estoy gozando.

4. Cuando Dios, hermanas, os traiga a beber de esta agua, o si tal vez la estáis bebiendo ya, gozaréis con esta explica-ción, y comprenderéis cómo el verdadero amor de Dios, cuando está en su madurez, libre ya de todo y volando sobre las cosas de la tierra, es señor de todos los elementos y del mundo; y como el agua procede de la tierra, no tengáis miedo de que mate este fuego de

amor de Dios; no tiene poder sobre él. Aunque el fuego y el agua de la tierra son contrarios, el fuego del amor de Dios es ya señor absoluto; no está sometido al poder del agua[130].

Por eso no os espantaréis, hermanas, del mucho empeño que he puesto en este libro para que busquéis la libertad de todas las cosas de la tierra. ¿No es linda cosa que una pobre monja de san José pueda llegar a señorear toda la tierra y sus elementos? Y ¿qué extraño es que los santos los dominaran como ellos querían?

A san Martín le obedecían el fuego y las aguas; a san Francisco, hasta las aves y los peces, y así a otros muchos santos[131]. Bien claro se veía que eran tan señores de las cosas del mundo, porque habían luchado mucho para estimarlo poco, y porque se habían sometido de veras y con todas sus fuerzas, a su Señor.

Así que, como digo, el agua que nace en la tierra no tiene poder para apagar el fuego divino; las llamas de este fuego son muy altas y su nacimiento no comienza en cosa tan frágil.

Es verdad que hay algunos fuegos de amor de Dios, que pueden ser apagados por cualquier circunstancia; mas al fuego vivo no podrán apagarlo[132]: aunque asalten todo un mar de tentaciones, no conseguirán que este fuego deje de arder, o que sea vencido por ellas.

5. Y si es agua que llueve del cielo[133] menos aún apagará este fuego; no son elementos contrarios fuego de amor y lágrimas del cielo, pues tienen el mismo origen; no tengáis miedo de que perjudique el uno al otro, al contrario, se ayudan el uno al otro a encender más el amor; porque el agua de las lágrimas verdaderas, que son las que proceden de verdadera oración y son regalo del Rey del cielo, ayuda a encender más el fuego y hace que dure más, y el fuego ayuda a enfriar el agua.

¡Oh, válgame Dios, que cosa tan hermosa y maravillosa, ver que el fuego enfría! Sí, y no sólo enfría, sino que el fuego hiela todos los afectos mundanos cuando se une con el agua viva del cielo, que es la fuente de donde brotan estas lágrimas, que son infusas y no adquiridas por esfuerzo nuestro.

Es pues, bien seguro, que este fuego enfría el amor a las cosas del mundo, hace que el alma no se detenga en ellas, si no es para ver si puede prender con ellas este fuego, pues es propio de él no contentarse con poco, sino que, si pudiera, abrasaría a todo el mundo[134].

6. b) La segunda propiedad que tiene el agua es que limpia lo que está sucio. ¿Qué sería del mundo si no hubiera agua para lavar? ¿Sabéis cuánto limpia esta agua viva, esta agua celestial, esta agua clara, cuando no está turbia, cuando no tiene lodo, sino que cae limpia del cielo? Pues, de todas las culpas, con sólo beberla una vez deja el alma clara y limpia; porque Dios no deja que beban de esta agua, como he escrito[135], que no depende de nuestro querer, pues esta divina unión es gracia muy sobrenatural, sino es para limpiar el alma y para dejarla limpia del lodo, en el que estaba metida por sus pecados.

Hay otros gustos que vienen mediante la reflexión del entendimiento, y éstos, por mucho que hagan, traen el agua corriendo por la tierra[136]; aquí el

alma no bebe el agua en la misma fuente; y nunca faltan en este camino cosas fangosas en las que se entretiene, y por eso no discurre el agua tan pura y tan limpia.

A esta oración discursiva, yo, a mi entender, no la llamo «agua viva»; porque en ella, por mucho que nos esforcemos, siempre se adhiere a nuestra alma, con la complicidad de este cuerpo nuestro y naturaleza inferior, algo del camino, que no quisiéramos.

7. Quiero decirlo más claro: estamos pensando sobre lo que es el mundo, y en cómo se acaba, para menospreciarlo. Y casi sin darnos cuenta, nos vemos metidos en algunas cosas que amamos del mundo; y aun queriéndolas rechazar, se nos adhiere el recuerdo de cómo pasó, y el pensamiento de cómo será, y qué hice, y qué haré; y pensando en lo que haremos para librarnos, al mismo tiempo nos metemos otra vez en el peligro. No por esto se ha de omitir la meditación de estas realidades; mas hay que temer. Es necesario estar alerta.

En cambio en el agua viva, u oración mística, es el mismo Señor quien se cuida de que no nos metamos en el peligro, pues no se fía de nosotros. Ama tanto nuestra alma, que no la deja meterse en cosas que la puedan dañar, justo en el tiempo en que quiere favorecerla; por eso la pone instantáneamente junto a Él mismo, y le enseña en un momento más verdades, y le da más claro conocimiento de lo que es todo, que con mucho estudio pudiéramos alcanzar en muchos años. Al no estar aún limpios nuestros ojos, durante la meditación, les ciega el polvo del camino. En cambio en la contemplación divina nos lleva el Señor al fin de la jornada sin que nos demos cuenta.

8. c) La tercera propiedad del agua es que harta y quita la sed; a mí me parece que la sed es el deseo de una cosa que nos hace mucha falta, tanta, que si nos falta del todo nos mata. Es cosa extraña que si nos falta nos mata, y si nos sobra también, como mueren los ahogados. ¡Oh Señor mío, y quién se viese tan engolfada en esta agua viva, que se le acabase la vida! Mas, ¿no puede suceder esto? Sí, que puede crecer tanto el amor y el deseo de Dios, que la humana naturaleza no lo pueda soportar, y así ha habido personas que han muerto de amor[137].

Yo conozco a una[138], que tenía tan gran sed y crecía tanto su deseo de Dios,[139] que si Dios no la hubiera socorrido pronto con esta agua viva en tan grande abundancia, con arrobamientos que casi la sacaban de sí, comprendía que podía morir de sed. Digo que casi la sacaban de sí, porque entonces y así es como descansa el alma. Parece que estando ahogada de tener que sufrir vivir en este mundo, resucita en Dios, y entrando en éxtasis, Su Majestad la capacita para que pueda gozar lo que, estando en sí, no hubiera podido gozar sin morir[140]. ¡Bendito sea el que nos convida en su evangelio a que vayamos a beber![141]

9. De todo esto se deduce que, como en nuestro Sumo Bien no puede haber nada que no sea perfecto, todo lo que Él da es para nuestro bien, y por mucha abundancia de esta agua que de, no puede haber exceso en cosa suya; porque si da mucho, capacita al alma para que pueda beber mucho; igual que hace un vidriero, que fabrica la vasija con la capacidad necesaria para que quepa lo que quiere

depositar en ella. Desear esta inundación de agua, con deseo que nazca de nuestra naturaleza es imperfección; lo que hay de bueno en este deseo es lo que obra Dios.

Mas nosotros somos tan indiscretos que, como esto produce pena suave y gustosa, nunca nos pensamos hartar de esta pena. Comemos sin medida, fomentamos todo lo que podemos este deseo, y así algunas veces el deseo llega a matar. ¡Dichosa tal muerte! Mas, quizá viviendo podría ayudar a otros a morir de esta muerte[142]. Por eso el demonio, que sabe el daño que le ha de hacer esta alma si vive, la tienta con penitencias exageradas e indiscretas que le lleguen a quitar la salud, pues no es poco lo que se juega[143].

10. Digo que quien llega a tener esta sed de Dios tan impetuosa, tenga mucho cuidado, porque es seguro que tendrá esta tentación de morir; y, aunque no llegue a morir por la sed de Dios, arruinará su salud, y sin querer hará manifestaciones exteriores, cosa que hay que evitar por todos los medios.

Algunas veces nuestra diligencia servirá de poco y no podremos disimular el ímpetu de amor de Dios visible por mucho que lo que queramos encubrir[144]; por eso estemos prevenidos y atentos cuando nos vienen estos ímpetus tan grandes y deseos crecientes de amar a Dios y de morir de amor, para no avivarlos más, sino cortemos el hilo con suavidad, pensando en otra cosa; porque puede ocurrir que sea nuestra propia naturaleza, más que el amor, la causa del ímpetu, pues hay algunas personas que desean las cosas, aunque sean malas, con gran vehemencia. Estas suelen ser las menos mortificadas, porque la mortificación es útil para todo.

Parece desatino que haya que atajar este ímpetu de amor, siendo algo tan bueno; pues no lo es, que yo no digo que se quite el deseo, sino que se frene con otro deseo, que tal vez sea tan meritorio como aquél.

11. Quiero explicarme mejor. Nos viene un gran deseo de ver ya a Dios, libres de esta cárcel, como el que tenía san Pablo[145]; se sufre por esta causa, sufrimiento que debe de ser en sí muy gustoso; y será menester no poca mortificación para frenarlo, y no lograremos conseguirlo del todo.

Cuando nos damos cuenta de que nos angustia tanto el deseo, que casi nos va a hacer perder la razón, yo digo que considero que es humildad tener miedo en un caso tan extremo, aunque sea espíritu de Dios; porque hemos de pensar que no tenemos tanta caridad como para ponernos en tanto aprieto.

Yo vi, no hace mucho, a una persona no impetuosa y acostumbrada a contrariar su voluntad, desatinada durante un rato, por la gran pena y por la fuerza con que quiso disimular el deseo de morir. Creo que ya ha perdido el juicio, por lo que se manifiesta en otras cosas.

12. Será bueno que, si puede, porque muchas veces no podrá, desvíe el deseo pensando que si vive servirá más a Dios, y que es posible que pueda llevar la luz a algún alma que se había de perder, y que sirviendo más a Dios, merecerá gozar más de Dios, y tema por lo poco que le ha servido.

Estos son buenos consuelos para tan gran sufrimiento, y con ellos se le calmará la pena y ganará mucho; pues está dispuesta a vivir en este mundo con su pena, por servir al mismo Señor. Es como consolar a alguien que está pasando una gran tribulación diciéndole que «tenga paciencia» y que «se abandone en las manos de Dios», que «es lo más seguro, para que cumpla en él su voluntad».

13. Es posible que el demonio le haya fomentado tan gran deseo, como cuenta Casiano que hizo con un ermitaño de asperísima vida, a quien persuadió a precipitarse en un pozo, para ver más pronto a Dios.

Creo que no había servido a Dios bien y con humildad; porque el Señor es fiel, y no hubiera permitido Su Majestad que se cegara en tentación tan manifiesta[146]. Mas está claro que si el deseo hubiera sido de Dios, no le hubiera causado el mal: porque Dios trae consigo la luz y la discreción y la medida. Esto es evidente, lo que ocurre es que este adversario enemigo nuestro, procura dañar por donde puede[147]; y ya que él no anda descuidado, no lo estemos nosotros. Este dato es importante para muchas cosas, por ejemplo, para acortar el tiempo de la oración, aunque sea muy sabrosa, cuando se siente que se acaban las fuerzas físicas, o que perjudica a la cabeza. Para todo es muy necesaria la discreción.

14. ¿Para qué pensáis, hijas, que he pretendido comenzar por el final y manifestaros el premio, antes de librar la batalla, diciéndoos el bien que trae consigo llegar a beber de esta fuente celestial, de esta agua viva?

Para que no os acongojéis por el trabajo y por la contradicción del camino y vayáis con ánimo y no os canséis de caminar; porque os puede ocurrir que cuando ya hayáis llegado, y sólo os falte bajar a beber en la fuente, lo dejéis todo y perdáis este bien, pensando que no tendréis fuerza para llegar a él, y que no servís para ello.

15. Mirad que convida el Señor a todos[148]. Pues es la misma Verdad, no hay que dudar. Si este convite no fuera general, no nos llamaría el Señor a todos, y aunque nos llamara, no hubiera dicho: «Yo os daré de beber»[149].

Podría haber dicho: «Venid a mí todos, que no perderéis nada; y a quienes a mí me parezca, yo les daré de beber». Mas como dijo «a todos» sin condición, estoy segura de que a todos los que no se queden en el camino, no les faltará esta agua viva.

Que el Señor que la promete, nos de gracia para buscarla como se ha de buscar, por su gran bondad.

Prospección actual del capítulo 20

No tengáis miedo de morir de sed en este camino; nunca falta en él agua de consolación que alivie la aridez, para que no se haga intolerable el camino.

Para entrar a dialogar con Dios y seguir por el camino del amor hay muchos caminos. Uno es el atajo de la contemplación. A todos llama el Señor por éste, pero como es atajo, es arduo, pues no hay atajo sin trabajo. Por tanto, aunque muchos son los llamados, pocos son los escogidos. Exige mucha abnegación, y renuncia y sufrimiento. No todos lo seguirán. Pero hay otros caminos menos difíciles y que son de amor, y que son de diálogo con el Señor, hasta llegar a la fuente de agua viva a beber. Si el Señor soportó a Teresa en su medianía como orante, ella está convencida de que a todos aceptará el Señor, siempre que quieran comenzar camino tan lleno de bienes, aunque su determinación no sea tan decidida y absoluta, como después, en el capítulo siguiente, va a exigir. Si al principio la determinación es fluctuante, ya se irá perfeccionando; sólo dar un paso por este camino es un gran bien, que no se perderá; que será muy bien pagado.

Por ser tan gran bien procurad que lo gocen todos. Sin respeto humano. A cuantos se os acerquen, insinudadles el camino, habladles maravillas de él. Si amáis de verdad, procurad que comiencen el camino de la oración todos aquellos a quienes amáis, especialmente, vuestros familiares. Es lo mejor que podéis desearles. Así lo hizo Teresa con su padre, y con otros.

No aprendáis vosotras la lengua de los que vengan hablando de cosas mundanas. Que aprendan ellos la vuestra, que es la lengua de Dios, del diálogo con Él. Sin miedo. Con audacia. «Para que al extenderse la gracia a más y más gente, multiplique la acción de gracias para gloria de Dios» (2Cor 4,15).

Capítulo 20

En el camino de la oración nunca falta consolación. Aconseja a las hermanas que hablen siempre de la oración.

1. Parece que lo que he escrito en el capítulo anterior está en contradicción con lo que había escrito en el capítulo diecisiete, dos, cuando intentaba consolar a los que no llegaban a la contemplación, diciéndoles que el Señor tiene diferentes caminos para que lleguen hasta Él, de la misma manera que hay muchas moradas[xxii].

Y así, ahora lo vuelvo a repetir; porque conociendo Su Majestad nuestra fragilidad, proveyó como quien es. Mas no dijo: «por este camino vengan unos y por éste otros»; sino que fue tan grande su misericordia, que no prohibió a nadie venir a beber a esta fuente de vida. ¡Bendito sea por siempre, pues con cuánta razón me lo hubiera podido prohibir a mí!

2. Pues si a mí no me mandó dejar el camino cuando lo comencé, y no me arrojó al abismo profundo, es bien cierto que no lo mandará dejar a nadie, antes al contrario, públicamente nos llama a voces[150].

Mas, como es tan bueno, no nos fuerza, sino que de muchas maneras da de beber a los que le quieren seguir, para que nadie se vaya desconsolado, ni se muera de sed. Porque de esta fuente caudalosa nacen arroyos, unos grandes y otros pequeños, y algunas veces charquitos para niños, que son los principiantes, a quienes aquello les basta, y si les diera más, se espantarían de ver tanta agua.

Por tanto, hermanas, no tengáis miedo de morir de sed yendo por este camino; nunca falta en él agua de consolación que alivie la aridez, para que no se haga intolerable el camino.

Y siendo esto así, aceptad mi consejo y no os quedéis en el camino, sino pelead como fuertes hasta morir en la empresa, pues no habéis venido a otra cosa que a pelear.

Y caminando siempre con esta determinación de antes morir que dejar de llegar al fin del camino, si el Señor os conduce con alguna sed en esta vida, os dará con toda abundancia de beber en la vida que dura siempre, y sin miedo de que os falte. Quiera el Señor que no le faltemos nosotras, amén.

3. Ahora, para comenzar este camino bien, sin errar desde el principio, tratemos un poco de cómo hay que comenzar esta jornada, porque esto es lo más importante; repito que importa el todo para todo. No digo que quien no tenga la determinación que voy a decir lo deje de comenzar, porque el Señor le irá perfeccionando; y aunque sólo diera un paso en este camino, es ya tan valioso, que no tenga miedo que no lo perderá, ni dejará de recibir muy buena paga.

Viene a ser como quien tiene un rosario indulgenciado, que si lo reza una vez gana las indulgencias, y cuantas más veces lo reza, más indulgencias gana; mas si lo tiene en el arca en vez de tenerlo en las manos, sería mejor no tenerlo.

Así que, aunque no siga después por el camino de la oración, lo poco que haya caminado en esa dirección, le dará luz para que le aproveche en sus

trabajos, y cuanta más oración, le irá mejor en todo. En fin, esté seguro de que no le hará ningún daño para nada el haber comenzado a recorrer el camino de la oración, aunque después lo deje, porque el bien nunca hace mal.

Por eso, a todas las personas que os traten, hijas, si tienen buena disposición y tenéis alguna amistad con ellas, procurad quitarles el miedo de comenzar camino de tan gran bien; y os pido por amor de Dios, que vuestra conversación vaya siempre orientada a conseguir algún bien de aquel con quien habláis, pues vuestra oración ha de ser para provecho de las almas. Y como habéis de pedir esto siempre al Señor, no sería bueno, hermanas, no procurarlo de todas las maneras que podáis.

4. Si queréis ser buen familiar, ésta es la verdadera amistad; si queréis ser buena amiga, sabed que sólo lo podéis ser por este camino. Viva la verdad en vuestros corazones, como ha de vivir por la meditación, y veréis con claridad cuál es el amor que debemos tener a nuestros prójimos.

No es ya tiempo, hermanas, de juego de niños, que eso es lo que parecen las amistades del mundo, aunque sean buenas; ni vuestra conversación se reduzca a «si me queréis», o «no me queréis», ni con familiares ni con nadie, de no ser que os mueva un gran fin y provecho de aquella alma.

También puede ocurrir que para que vuestro pariente o hermano, o cualquier persona, escuche y acepte la verdad, tengáis que prepararle con estas conversaciones y muestras de amor, que siempre son halagadoras y agradables; y seguramente será mejor recibida una palabra de afecto, que muchas palabras de Dios, y les dispondrá para que acepten éstas. En este caso, teniendo el propósito de hacerles bien, no suprimo las palabras afectuosas. Mas si no van con este fin, no harán ningún provecho y podrán hacer daño, sin que vosotras os deis cuenta. Ya saben que sois religiosas y que vuestra conversación y trato es de oración. Y no vayáis a decir: «yo no quiero que me tengan por buena», porque el provecho o el daño que sacan de vuestra conversación, afecta a la comunidad. Y es un gran mal, que las que tienen tanta obligación de hablar solamente de Dios, como las monjas, traten de disimular en este caso, de no ser alguna vez, por algún bien mayor. Esta ha de ser vuestra conversación y vuestro estilo; el que quiera hablar con vosotras, que lo aprenda, y si no, cuidado con aprender vosotras el suyo: sería un infierno[151].

5. Si os consideran poco corteses, no importa; si os tienen por hipócritas, menos. Con esto conseguiréis que no os visite sino quien entienda vuestra lengua; porque no es frecuente que quien no sabe hablar en árabe, desee hablar mucho con quien sólo habla esta lengua. Con lo cual ni os cansarán, ni os dañarán, pues no sería pequeño daño que vosotras comencerais a hablar una lengua nueva, y que pasarais todo el tiempo en eso. Y no podéis saber como yo, que lo he experimentado, el gran mal que es para el alma, porque por conocer una lengua distinta, se olvida la otra, lo cual es un perpetuo desasosiego, del que por todos los medios habéis de huir; porque para seguir el camino que hemos emprendido, es muy necesario tener paz y sosiego en el alma[152].

6. Si las personas que se relacionan con vosotras quieren aprender vuestra lengua, aunque vuestro oficio no es enseñar, podéis decirles las riquezas que se

ganan con aprenderla. Y de esto no os canséis, sino con piedad y amor y oración, a fin de que les aproveche, vayan entendiendo la gran ganancia de la oración y se decidan a buscar maestro que les enseñe. No sería merced pequeña que el Señor os concediera poder despertar algún alma para este bien[153].

Mas, ¡cuántas cosas se me ocurren cuando apenas he comenzado a hablar de este camino, incluso a quien lo ha caminado tan mal como yo! Quiera el Señor que os lo sepa decir, hermanas, mejor que lo he practicado, amen. Y ¡ojalá pudiera yo escribir con muchas manos, para que no se me olvidara todo cuanto se me va ocurriendo![154].

Prospección actual del capítulo 21

"Es muy importante y el fundamento de todo tener una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar al agua, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se tenga que trabajar, murmure quien quiera murmurar, se llegue a la fuente o no se llegue, aunque se muera en el camino o no se tenga corazón para sufrir las pruebas que hay en él, aunque se hunda el mundo...".

Casi era tan peligroso hacer oración como ser hereje, sobre todo, si eran mujeres. La oración vocal y el oficio divino en los monasterios eran pura rutina. En algún lugar de este libro he escrito lo que pensaban de la oración los teólogos de Salamanca. Lamentable. Llevamos veinte siglos de cristianismo, pero pocos de evangelio. El ventarrón del secularismo y del materialismo, más que el del ateísmo, han sacudido la casa horrorosamente, y estaba edificada sobre arena (Mt 7, 26). ¿Qué podíamos esperar?

La única solución nos la da Teresa: Orar. Orar. Orar. Superar las pruebas. Nos va la vida personal en ello y la de la Iglesia. El árbol de la fe en Europa está bastante seco. Si queremos, y hemos de querer, que reverdezca, reguemos el árbol, reguemos el campo, no nos cansemos de regar, no nos cansemos de sacar agua del pozo. Vendrán las pruebas. Al demonio le preocupan poco las homilias racionalizadas y reduccionistas, los capítulos de los libros muy rebuscados, pero ininteligibles. ¿Nos hemos cuestionado el por qué del triunfo de las sectas? ¿No será porque en ellas tienen la posibilidad de orar a Dios los que se aburren ante los rollos, frases copiadas, capítulos de libro que nada dicen, aunque lleven el marchamo extranjero, y que apenas comienza a leer el lector parece que se da la orden de la distracción o del sueño? Al pueblo, que pide pan, se le pueden dar piedras. Los niños pedían pan y no había quien se lo repartiera (Jer 4,4). Pero lo que de veras le preocupa al demonio es que un

hombre comience el camino del amor, el camino de la oración. Sabe el ladino que ese hombre no va solo, y que a su alrededor germinará la vida. Y por eso, a ese hombre le lloverán las pruebas de todas clases, también de falsos hermanos.

Teresa conocía bien el paño. Había pasado per ignem et aquam (Sal 65,12). Pero llegó a la fuente, y bebió a caño abierto, hasta saciarse de Dios. Desde su humildad profunda, y lo dice convencida, razona: Si a mí me ha aguantado Dios, ¿a quién no aguantará? Si yo, que he respondido tan mal, he recibido tanto caudal, los que son mejores que yo, ¿qué han de temer?

Capítulo 21

Es muy importante comenzar a hacer oración con gran determinación sin hacer caso de los obstáculos que pone el demonio.

1. No os asustéis, hijas, de las muchas cosas que hay que tener en cuenta para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Como por él se gana un gran tesoro, no es mucho que os parezca que cuesta mucho. Tiempo vendrá en que os daréis cuenta de que todo es nada para conseguir algo de tan gran precio.

2. Volviendo ahora a los que quieren ir por este camino y no parar hasta el fin, que es llegar a beber de esta agua de vida, qué deben hacer para comenzar, digo que es muy importante y el fundamento de todo, tener una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar al agua, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se tenga que trabajar, murmure quien quiera murmurar, llegue a la fuente o no llegue, o se muera en el camino, o no tenga corazón para sufrir las pruebas que hay en él, aunque se hunda el mundo, como muchas veces acaece que nos dicen: «hay peligros», «fulana por aquí se perdió», «el otro se engañó», «el otro, que rezaba mucho, cayó», «se hace daño a la virtud», «este camino no es para mujeres, pues les podrán venir ilusiones», «mejor será que hilen», «no son necesarias esas finuras», «basta el Padrenuestro y el Avemaría».

3. También yo digo esto, hermanas; ¡y tanto que bastan! Y siempre es bueno fundamentar vuestra oración sobre las oraciones pronunciadas por la boca del Señor. En esto tienen razón, que si no estuviera ya nuestra flaqueza tan flaca y

nuestra devoción tan tibia, no sería necesaria otra clase de oraciones, ni serían necesarios otros libros.

Y así me ha parecido ahora oportuno, ya que, como digo, me dirijo a personas que no pueden recogerse a meditar otros misterios, porque les parece que han de hacer silogismos, y hay algunos espíritus tan deseosos de novedad, que no se satisfacen con nada, fundamentar todo el camino, el principio, el medio y el término de la oración, en el Padrenuestro[xxiii], sin detenerme en la oración mística, que, como digo, ya he escrito sobre ella[155], y con esto no os podrán quitar libros, si os queda tan buen libro[156]; que si sois estudiosas, y tenéis humildad, no necesi-táis otra cosa[157].

4. Siempre he sido yo aficionada a las palabras del evangelio, y me han recogido más que los libros muy concertados; que no tenía ganas de leerlos, de no ser que el autor fuera muy autorizado[158]. Adherida, pues, a este Maestro de la Sabiduría, quizá me enseñe alguna consideración que os satisfaga.

No quiero decir que voy a hacer una explicación de estas oraciones divinas, (a lo cual no me atrevería, aparte de que hay ya muchas escritas; y, aunque no las hubiera, sería un disparate que las explicara yo), sino que haré alguna reflexión sobre las palabras del Padrenuestro. Porque algunas veces con muchos libros parece que perdemos la devoción, que tanto nos importa tener[159].

Como es lógico que, cuando un maestro enseña alguna ciencia a un discípulo, le coge afecto y gusta de que le agrade lo que le enseña, y le ayuda mucho a que lo aprenda, así hará este Maestro celestial con nosotras, enseñándonos el Padrenuestro[160].

5. Por eso no hagáis ningún caso del miedo que os hagan, ni de los peligros que os pinten. ¡Tiene gracia que quiera ir yo a conseguir un gran tesoro por un camino poblado de ladrones, sin sufrir ningún peligro! Pues ¡bueno está el mundo para que os dejen ganar el tesoro en paz!, si por ganar unas pesetas se exponen a pasar muchas noches en vela, y a quitaros la paz del cuerpo y del alma.

Pues cuando van a ganar el Reino de los cielos, o a robar, como dice el Señor que lo ganan los que se esfuerzan[161], por camino real, y por camino seguro, que es por el que fue nuestro Rey, y por el que fueron todos sus escogidos y santos[162], os dicen que hay tantos peligros, y os ponen tantos temores, los que piensan que pueden conseguir este bien sin ir por este camino de oración, ¿qué peligros no tendrán?

6. ¡Oh hijas mías!, tienen muchos más peligros, sin comparación, lo que ocurre es que no los ven, hasta que se hunden hasta los ojos en el verdadero peligro, cuando ya no tienen quien les de la mano, y pierden del todo el agua, sin haber llegado a beber ni poca ni mucha, ni de charco ni de arroyo. Pues ya me diréis cómo podrán pasar este camino, donde hay que pelear con tantos enemigos, sin gota de esta agua.

Está claro que cuando menos lo piensen morirán de sed; porque, queramos o no, hijas mías, todos caminamos hacia esta fuente, aunque de diferente manera.

Pues creedme vosotras, y que nadie os engañe, enseñándoos otro camino que no sea el de la oración.

7. Yo no digo ahora que haya de ser mental o vocal para todos; a vosotras os digo que una y otra vais a necesitar: este es el oficio de los religiosos. A quien os diga que en la oración hay peligro, tenedle a él por el mismo peligro y huid de él; y no olvidéis este consejo, que tal vez lo vais a necesitar[163].

Peligro será no tener humildad y las otras virtudes; pero que el camino de oración sea camino peligroso, nunca permita Dios que lo sea[164]. El demonio parece que ha inventado meter estos miedos, y ha sido muy ladino haciendo caer a algunos, que parecía que hacían oración.

8. Y mirad en qué ceguedad vive el mundo, que no miran los muchos millares que han caído en herejías sin tener oración, sino distracción, y, si el demonio, para hacer mejor su negocio, entre la multitud de los herejes, ha hecho caer a algunos, bien contados[165], que hacían oración, ha utilizado esto para infundir en algunos un miedo enorme hacia la práctica de la virtud.

Los que dejan la oración para librarse de los peligros, tengan cuidado; porque huyen del bien para librarse del mal. Nunca he visto tan mala invención; claramente se ve que es del demonio. ¡Oh Señor mío!, defendeos[166]; mirad que entienden vuestras palabras al revés; no permitáis tal ceguedad en vuestros siervos.

9. Hay un gran bien: que siempre veréis que algunos os ayuden; porque esto es propio del verdadero siervo de Dios, a quien Su Majestad ha dado luz sobre el verdadero camino, que en medio de estos temores se le acrecienta el deseo de no pararse en el camino. Entiende claramente por dónde va a dar el golpe el demonio, y le esconde el cuerpo, y le rompe a él la cabeza. Y al demonio le duele más este golpe que todos los placeres que otros le causan, le contentan.

En un momento de alboroto, cuando la cizaña que ha sembrado parece arrastrar a todos medio ciegos, porque lo hace bajo la capa de buen celo, levanta Dios a una persona para que les abra los ojos y les diga que se den cuenta de que los ha cubierto de niebla para que no vean el camino. ¡Y qué grandeza de Dios se manifiesta, cuando puede a veces más un hombre solo o dos que digan la verdad, que muchos juntos!; y poco a poco vuelven a descubrir el camino, y Dios les da ánimo[167].

Si dicen que hay peligro en la oración, Dios hace que se vea cuán buena es la oración, si no por palabras, por obras; si dicen que no es bueno comulgar con frecuencia, entonces comulga más a menudo. Y con que haya uno o dos que sin temor sigan el camino mejor, pronto poco a poco vuelve el Señor a ganar lo perdido.

10. Por eso, hermanas, dejad esos miedos; nunca en casos semejantes hagáis caso de la opinión del vulgo. Mirad que no son éstos, tiempos de fiaros de todos, sino de los que veáis que viven conforme a la vida de Cristo.

Procurad tener la conciencia limpia y humildad, menosprecio de las cosas del mundo y creer firmemente lo que enseña la santa Madre Iglesia, y con esto, tened seguridad de que vais por buen camino. Dejaos, como he dicho, de temores donde no hay que temer; si alguien os los infunde, enseñadle con humildad el camino. Decid que vuestra Regla os manda orar sin cesar, que así nos lo manda, y que la habéis de observar. Si os dicen que recéis sólo vocalmente, insistid preguntando, si en esa oración vocal el entendimiento y el corazón han de estar en lo que decís. Si os dicen que sí, que no podrán decir que no, ya veis cómo confiesan que necesariamente habéis de hacer oración mental, e incluso contemplación, si Dios os la da cuando rezáis.

Prospección actual del capítulo 22

Si habéis de hablar con tan gran Señor, es justo que os deis cuenta de que estáis hablando con él, y de que sois criaturas.

Afirma la *Gaudium et spes* del concilio Vaticano II que: «Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios» (19). El libro del Génesis, en efecto, presenta el pecado de nuestros primeros padres como la interrupción de su diálogo con Dios, su Creador y Padre. Este diálogo con Dios es lo que constituye esencialmente la oración. Y a este diálogo incesante nos invita san Pablo, «orad sin interrupción» (1Tes 5,17), y Cristo nos enseña en sus parábolas, de sobra conocidas, la necesidad de orar siempre sin desfallecer jamás (Lc 18,1ss), y con su ejemplo de oración constante, especialmente en los momentos más trascendentales de su vida. La carta a los Hebreos ya nos lo presenta orando en el momento de su encarnación al entrar en este mundo (Heb 10,5). Jesús ora al ser bautizado por Juan, y se prepara con oración y ayuno para iniciar la predicación del Reino, y ora antes de elegir a los Apóstoles, y antes de ofrecer el primado a Pedro. Ora en la transfiguración. Ora en la última cena, ora en Getsemaní al comienzo de la pasión, culminación de la redención, en la que exhorta a sus discípulos: «a orar para no caer en la tentación» (Lc 22,46). Y ora en el momento supremo de la cruz. Creo que se puede afirmar que el corazón del Nuevo Testamento es la oración, con el amor. Por eso, acertadamente, Teresa designa la oración como el camino del amor, y los Hechos de los Apóstoles no se habrían escrito sin la oración de la Iglesia, que comenzaba a caminar, acunada por la oración de María con los discípulos, quienes expresaron su razón de ser y de ejercer su ministerio, dedicándose a la oración y a la Palabra, que ni se puede entender, ni se puede administrar, sin el calor de la oración. Lo contrario sería como servir la Palabra en frío.

La Iglesia, fiel al mandato de su fundador, y animada por el Espíritu Santo, ha orado y orará siempre al Padre con gemidos inefables (Rom 8,26), en su liturgia y en la oración eucarística. Estas son formas vocales y oficiales de oración. El problema de la oración no está en lo accidental de la forma, vocal, mental, sino en el diálogo. Si cuando se ora vocalmente, la mente y el corazón van unidos al sonido de las palabras, estamos orando, dialogando con Dios, ejercitando la vocación esencial del hombre. Esencial y honrosa, porque, ¿puede el hombre aspirar a acción más noble que a la de poder dialogar nada menos que con Dios?

Es pues, clarísimo, que, para que la oración vocal sea verdadera oración, debe intervenir el corazón y la mente, de lo contrario, ni siquiera sería acción humana. Es necesario que el orante tome conciencia de con quien va a hablar y con quien está hablando, al menos para agradecer a Dios «el mal olor que tolera» aceptándonos como interlocutores suyos. Con esto la oración no es solamente vocal, es también mental. «Yo siempre escribiré juntas oración mental y vocal».

Pero el problema principal está en que la oración es vida, toda la oración es vida, y toda la vida ha de ser oración, pero ¿cómo puede conseguir la oración vocal-mental ser oración verdadera si no se dedican en la vida de cada día momentos fuertes a la oración mental personal, individual, por distinguir-la de la litúrgica y social? Gráficamente, para que la calefacción funcione, es necesario que la caldera, el motor, o el horno, en sus tiempos fuertes, ardan y carburen. Digamos que ese es el oficio de la oración mental personal. Sólo asegurando ésta, tendremos la garantía de que la vocal, eucarística, litúrgica, sean oración verdadera.

Capítulo 22

Qué es oración mental.

1. Sabed, hijas, que la oración mental no consiste en tener la boca cerrada. Si mientras estoy hablando, me estoy perfectamente dando cuenta y viendo que hablo con Dios con mayor atención que pongo en las palabras que digo, eso es, a la vez, oración vocal y mental. A menos que os digan que mientras rezáis el "Padrenuestro", estáis hablando con Dios y pensando en el mundo; porque, si es así, yo me callo.

Mas, si habéis de hablar con tan gran Señor, es justo que advertáis que estáis hablando con Él, y que sois criaturas para, al menos, hablar con educación.

Porque ¿cómo podéis llamar al Rey Majestad, ni conocer las ceremonias que se tienen que hacer cuando se tiene que hablar con un personaje, si no tenéis presente su categoría y la vuestra?

Porque el tratamiento ha de corresponder a estas condiciones, y ha de estar reglamentado por la costumbre, y esto lo habéis de saber; de lo contrario os despedirán por torpe, y no podréis negociar los asuntos.

A mí, que no tenía costumbre de hablar con señores, me acaeció una vez, que tuve necesidad de tratar con uno a quien había de llamar «señoría», y me lo enseñaron deletreado. Yo, como soy torpe, y no lo había hecho nunca, no acertaba a decirlo bien. Decidí decirle lo que me pasaba, y se echó a reír, y me dijo que le llamase «merced»; y así lo hice[xxiv].

Pues, ¿qué es esto, Señor mío? ¿Qué es esto, mi emperador? ¿Cómo se puede tolerar? Rey sois, Dios mío, sin fin, que no es Reino prestado el que tenéis. Cuando en el Credo decimos: vuestro Reino no tiene fin, casi siempre me causa un consuelo especial. Os alabo, Señor, y os bendigo por siempre; en fin, vuestro Reino durará siempre. Pues nunca permitáis, Señor, que se acepte como cosa normal hablar con Vos sólo con la boca.

2. ¿Qué es esto, cristianos? ¿Los que decís que no es necesaria la oración mental, os entendéis? Yo quisiera gritar y disputar, siendo la que soy, con los que dicen que no es necesaria la oración mental[168]. Ciertamente creo que no os entendéis, y por eso queréis que desatinemos todos: ni sabéis lo que es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni lo que es contemplación, porque, si lo supierais, no condenaríais por un lado lo que alabáis por otro.

3. Yo, siempre que me de cuenta, escribiré juntas oración mental y vocal, para que no os espanten, hijas; que yo sé en qué paran estas cosas, pues he tenido que sufrir no poco por esta causa, y por eso, no quisiera que nadie os desasosegara, porque es muy perjudicial ir con miedo por este camino.

Es muy importante que sepáis que vais bien, porque cuando a un caminante le dicen que va errado y que ha perdido el camino, le hacen ir de un cabo a otro, y todo lo que anda buscando por donde ha de ir, se cansa y pierde el tiempo y llega más tarde.

¿Quién puede decir que es malo que cuando comenzamos a rezar la liturgia de las horas o el rosario se piense con quien vamos a hablar y quienes somos los que hablamos para acertar en el modo de tratar a Dios o a la Virgen o a los santos?

Pues yo os digo, hermanas, que si hiciéramos bien lo que hay que hacer, que es tomar conciencia de estos dos datos, dedicaríais mucho tiempo a la oración mental, antes de comenzar a rezar la oración vocal.

Esto es así, porque no hemos de ir a hablar a un príncipe con el descuido con que hablamos con un labrador, o con una pobre como nosotras, que de cualquier manera que nos hablen está bien.

4. Justo es que, ya que por la humildad de este Rey, si por ordinaria no sé hablar con Él, no por eso deja de escuchar-me, ni me prohíbe acercarme, ni me echan fuera sus guardias; porque saben bien los ángeles que están allí el estilo de su Rey, a quien le gusta más la grosería de un pastorcito humilde, del que ve que si más supiera más dijera, que los elegantes discursos de los muy sabios y letrados, si no van dirigidos con humildad. Así que, no porque Él sea bueno hemos de ser nosotros descomedidos.

Aunque no sea más que para agradecerle el mal olor que soporta consintiendo que esté junto a Él una como yo, conviene que tratemos de conocer su limpieza y quién es.

Es verdad que esto se comprende apenas llegamos a su presencia, como cuando nos dicen de los señores de este mundo quiénes fueron sus padres, y la relación de la renta que tienen y su tratamiento, ya no hay más que saber; porque en este mundo no se consideran los méritos de las personas para honrarlas, sino sus posesiones y su poder.

5. ¡Oh, miserable mundo! Alabad mucho a Dios, hijas, que habéis dejado cosa tan ruin, donde no se hace caso de los valores que tienen las personas, sino de lo que administran sus renteros y servidores, y si no los tienen, ya no les honran. Cosa donosa es ésta para que os divirtáis cuando estéis en el recreo, pues es una buena distracción conocer cuán ciegamente pierden su tiempo los del mundo.

6. ¡Oh Emperador nuestro, sumo Poder, suma Bondad, la misma Sabiduría, sin principio, sin fin, y sin límite en sus obras! ¡Son infinitas e incomprensibles, un abismo sin fondo de maravillas, una Hermosura que tiene en sí todas las hermosuras, la misma Fortaleza!

¡Oh, válgame Dios! ¡Quién tuviera ahora toda la elocuencia de los mortales, y la sabiduría para saber bien como aquí se puede saber —que todo es no saber nada en este caso— alguno de los muchos atributos que podemos considerar para conocer un poco quién es este Señor y Bien nuestro![169]

7. Sí, cuando vayáis a la oración, deteneos a pensar y a comprender con quién vais a hablar o con quién estáis hablando. Ni en mil vidas de las nuestras llegaríamos a entender cómo merece ser tratado este Señor, ante quien tiemblan los ángeles.

Todo lo dispone, todo lo puede; su querer es obrar. Pues justo será, hijas, que procuremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro Esposo y que sepamos con quién estamos desposadas y qué vida hemos de vivir.

¡Oh, válgame Dios!, si en este mundo, cuando uno se casa, se informa antes de con quién, de quién es, y de lo que tiene; ¿por qué a nosotras, ya desposadas, y a todas las almas por el bautismo[170], antes de que nos lleve a su casa en las bodas, nos han de prohibir que pensemos quién es este hombre, y quién es su Padre, y cuál es la patria adonde me ha de llevar, y cuáles son los bienes que quiere darme, cuáles son sus cualidades, cómo podré agradecerle más, en

qué podré darle gusto, y estudiar cómo reformaré mi carácter para que sea conforme con el suyo? ¿Acaso en este mundo prohíben estos pensamientos a las que están desposadas con los hombres? Al contrario, a una mujer, para que sea buena esposa, le advierten que proceda así, aunque su marido sea de humilde condición.

8. Pues, esposo mío, ¿en todo han de hacer menos caso de Vos que de los hombres? Si a ellos no les parece bien esto, que dejen tranquilas a vuestras esposas, que han de hacer vida con Vos. Y en verdad, que es buena vida.

Si un esposo es tan celoso que no quiere que su esposa trate con nadie[171], ¿estaría bonito que no pensara cómo le dará este gusto, y la razón que tiene de aguantarse y de que él no quiera que trate con otro, pues en él tiene todo lo que puede querer!

Entender estas verdades, hijas mías, es oración mental. Si queréis ir entendiendo esto mientras rezáis vocalmente, muy enhorabuena. No me estéis hablando con Dios y pensando en otras cosas, que esto es no entender lo que es oración mental. Creo que me he explicado; quiera el Señor que lo sepamos obrar, amén.

Prospección actual del capítulo 23

"No es nada delicado mi Dios, no se fija en menudencias... En fin, que todo lo toma en cuenta este señor nuestro... Para pagarnos es tan mirado, que no tengáis miedo de que un alzar los ojos acordándonos de Él, deje sin premio".

En este capítulo santa Teresa exhorta a la perseverancia, porque comenzar el camino es relativamente fácil, lo difícil es perseverar. Cualquier empresa, cualquier tarea, oficio, carrera, etc., que se emprende, exige perseverancia, si ha de ser coronada por el éxito. Pero esto es doblemente cierto en la tarea de la oración. ¿Por qué? Escojo una carrera y, curso a curso, voy avanzando. Escribo una carta y, tras la espera, mayor o menor, llegan los resultados. Comienzo a aprender el manejo de un ordenador y, sensiblemente, aunque tenga tropiezos, voy viendo el progreso, y eso me anima. Pero ¿qué me ocurre con la oración? La oración es el inicio y el proceso de una amistad. Siempre resulta costoso entablar y hacer crecer y profundizar una amistad entre personas humanas, y tanto más costoso, cuanto más distancia exista entre los que intentan ser amigos, sobre todo por parte del aspirante a amigo de inferior categoría. La

oración, amistad con Dios, sobrepasa las categorías humanas, es comunión entre Creador y criatura, entre fuente de santidad y de gracia y naturaleza arraigada en el pecado. Permanecer firmes en el deseo y propósito de orar, en todas las circunstancias, en los momentos de euforia y en la lentitud y oscuridad de la aridez, en la monotonía y en el desgaste de energía, cada día, todos los días, sin ver resultados, es de personas esforzadas y tenaces. Quizá al comenzar Dios prodigó los consuelos, pero, necesariamente, si el alma ha de crecer, ha de estar dispuesta a que la bajen de los brazos de la madre y a que le den de comer pan con corteza. Por eso, la perseverancia es la llave maestra del crecimiento de la amistad. Tener paciencia con Dios, le es necesario a todo aquel que emprenda el viaje de la oración. Tener paciencia con Dios. Caminamos en dos áreas diferentísimas, vivimos en dos mundos distintos, navegamos en órbitas disímiles: la de Dios, invisible, la nuestra, mundana y sensitiva. Las reacciones de Dios para con el orante, no son sensibles ni del orden afectivo, tienen otra dimensión. Y hace falta fe. Pero, el que empieza, comienza también a vivir la fe. La fe no es perfecta desde el primer momento. Como el crecimiento de una planta, la fe, y la oración, y las otras virtudes, exigen tiempo, aguante, paciencia, que es aceptar con paz y con ciencia, es decir, con sabiduría, que se vaya realizando la simbiosis, que el gusano vaya metamorfoseándose-se en la mariposa. Que el hombre, por la comunión con Dios en la oración, se vaya dejando moldear y modelar según la imagen de

Cristo.

Para estimular y solidificar la paciencia, el no volver la vista atrás, una vez que se ha puesto la mano en el arado y se ha comenzado el viaje divino, escribe la Maestra este capítulo, y nos insiste: por delicadeza con Dios, para que el demonio no os tiente con tanta fiereza, y por tener la seguridad de que llegaréis a beber a chorro en la fuente viva, perseverad, con la certeza de que ni un alzar de ojos quedará sin recompensa. ¡Qué bueno que nos de testimonio de ello la que lo ha visto y oído!

Capítulo 23

Es muy necesario que quien ha comenzado el camino de la oración no se vuelva atrás. Insiste en lo muy necesario que es que se comience con determinación.

1. Pues digo que importa muy mucho comenzar este camino con gran determinación, por tantas razones, que me alargaría mucho si las dijera todas. Sólo dos o tres os quiero, hermanas, decir.

La primera es que no hay razón para que, a quien tanto nos ha dado y sigue dándonos, cuando nos queremos determinar a darle este cuidadito de orar —no ciertamente sin interés, sino con tan grandes ganancias— no se lo demos con determinación sino como quien presta una cosa para volverla a tomar.

Esto a mí no me parece dar, pues quien ha recibido prestada alguna cosa, cuando se la vuelven a tomar, siempre se queda con algún disgusto, especialmente si la necesita y la tenía ya como suya, o si son amigos, y el que la presta y reclama le debe muchos favores recibidos sin ningún interés, con razón le parecerá mezquindad y muy poco amor, pues ni una cosita suya quiere dejar en su poder, aunque sea como señal de amor.

2. ¿Hay alguna esposa que, habiendo recibido muchas joyas de valor de su esposo, no le de siquiera una sortija, no por lo que vale, pues ya todo es suyo, sino como prenda de que será suya hasta que muera?

Pues ¿qué menos merece este Señor, para que nos atrevamos a burlarnos de Él, dándole y reclamándole una nonada que le damos? Obremos al contrario, este poquito de tiempo que nos determinamos a darle del que gastamos en nosotros mismos y en quien no nos lo agradecerá, ya que le queremos dar ese rato, dejémosle libre el pensamiento y vacío de otras cosas, y con toda determinación de nunca jamás volvérselo a quitar, por muchos sacrificios que esto nos exija, o contradicciones o sequedades; consideremos como cosa no nuestra aquel tiempo y pensemos que nos lo pueden exigir con toda justicia, cuando no lo quisiéremos dar del todo.

3. Digo del todo para que no se entienda que se lo quitamos cuando, por ocupaciones justas o por alguna indisposición, dejamos la oración algún día, o algunos días. Que la intención se mantenga firme, que no es nada delicado mi Dios, no se fija en menudencias. Así es como tendrá algo que agradeceros; eso es dar algo. Lo demás, bueno es para quien no es generoso, sino tan mezquino, que no tiene corazón para dar, al menos que de prestado.

En fin, haga algo, que todo lo toma en cuenta este Señor nuestro; acepta lo que le queremos dar. No es nada minucioso para tomarnos cuentas, sino generoso; por grande que sea la deuda, no le cuesta perdonarla. Para pagarnos es tan mirado, que no tengáis miedo de que un alzar los ojos acordándonos de Él, deje sin premio.

4. La segunda razón por la que tiene tanta importancia comenzar el camino de la oración con firme propósito, es porque así, el demonio no tiene tanta mano para tentar; tiene gran miedo a las almas resueltas, pues tiene experiencia de que le hacen gran daño, y de que lo que él trama para dañarlas, redunde en provecho del alma y de los hermanos y de que él sale perdiendo.

Aunque nosotros no nos hemos de descuidar confiándonos en esto, porque tratamos con gente traidora, y porque los demonios no osan acometer tanto a los que están prevenidos, pues son muy cobardes; mas si ve algún descuido, hará gran daño.

Y si conoce que alguien es inconstante y que no está firme en el bien, y que no tiene gran determinación de perseverar, no le dejará ni a sol ni a sombra; le infundirá miedos e inconvenientes interminables.

Yo lo sé esto muy bien por experiencia, y por eso lo he sabido decir, y afirmo que nadie sabe lo mucho que importa tener una firme decisión.

5. La tercera razón para ser decididos en la oración, es que el alma pelea con más ánimo. Pues ya sabe que, venga lo que viniere, no ha de volver atrás. Si, por ejemplo, uno que está en una batalla y sabe que si le vencen no le perdonarán la vida y que si no muere en la batalla le matarán después, pelea con más firmeza y quiere vender bien su vida y no teme tanto los golpes, porque tiene presente lo que le importa la victoria y que le va la vida en vencer.

Es también necesario comenzar con seguridad de que, si no nos dejamos vencer, saldremos con la empresa; esto sin ninguna duda, pues por poco que ganen, saldrán muy ricos. No tengáis miedo de que os deje morir de sed el Señor, que nos llama a que bebamos de esta fuente. Esto ya lo he dicho, y lo quisiera decir muchas veces, porque este temor de morir de sed acobarda mucho a las personas que aún no conocen la bondad del Señor por experiencia, aunque la conozcan por la fe; mas es gran cosa haber experimentado con qué amistad y regalo trata el Señor a los que van por este camino, y cómo casi les paga todos los gastos[xxv].

6. Yo no me extraño de que los que no han probado esto, quieran tener la seguridad de conseguir algún fruto. Pues ya sabéis que el interés es el ciento por uno, aún en esta vida, y que el señor dice: «Pedid y se os dará»[172]. Si no creéis a Su Majestad que promete esto en el evangelio, de poco servirá, hermanas, que yo me rompa la cabeza diciéndolo. Todavía digo a quien tenga alguna duda, que poco se pierde en probarlo; que lo que tiene de bueno este viaje de la oración, es que se da más de lo que se nos pide, y más de lo que acertaremos a desear. Esto es infalible; yo lo sé; y a quienes de vosotras lo sabéis por experiencia, por la bondad de Dios, puedo presentar por testigos.

Prospección actual del capítulo 24

Lo que podemos hacer nosotros es procurar estar solos... Para que nos demos cuenta de con quién estamos y de lo que responde el Señor a nuestras peticiones. ¿Pensáis que está callado? Aunque no lo oímos, bien que habla al corazón cuando le pedimos de corazón.

Ya sabemos que oración vocal y mental han de ir juntas. En este capítulo vamos a aprender a rezar vocalmente, que será un modo de aprender a unir la oración vocal con la mental. Y es lo que ya nos ha dicho. La oración mental va a actuar de lubricante destilado en el engranaje de la oración vocal, o recitado, o rezo. Siempre recuerdo que mi madre nos decía: cuando rezo, y después de rezar el rosario, me siento llena de paz. Sería esta una comprobación de que Dios puede dar contemplación, con sus frutos, rezando vocalmente. Y también de que la oración vocal es verdadera oración. Pero nos van a venir bien unas normas para rezar vocalmente, porque, como cristianos, hemos de rezar con frecuencia el Padrenuestro, que es la oración que nos enseñó Cristo, y «el resumen de todo el evangelio», como dice Tertulia-no. Y porque hay almas que no pueden hacer oración mental, ni saben. Aunque también hay otras personas que son poco amigas de hacer el más mínimo esfuerzo en la oración para reflexionar o meditar, aunque sea poco a poco, y como bebiendo a sorbos. Para éstas, y para todos los cristianos, el consejo para rezar bien es poner atención a Dios. No basta con recitar las palabras, hay que poner la mirada del corazón en Dios, a quien van dirigidas las palabras, sobre todo las del Padrenuestro, y unirse al Maestro que nos enseñó esta oración, especialmente en la celebración eucarística, cuando Él está allí sacramentalmente. «Jesús no nos ha dejado una fórmula para repetirla de modo mecánico» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2766). Y hay que buscar la soledad, al menos la interior, para rezar. Jesús buscaba la soledad para orar, y los santos han hecho lo mismo, pero esto no excluye que uno pueda y consiga recogerse en los lugares más dispares, como el autobús en que viaja, o el asiento de un parque, donde procura abstraerse del ajetreo o del bullicio. Buscar el silencio ambiental como medio de conseguir el silencio mental y el afectivo y como clima receptivo de las palabras que Dios nos responde. Porque Dios no es un convidado de piedra en la oración. Ni tampoco el eterno espectador, ni el Dios de los filósofos, que nos mira, nos ve y se calla. Dios es padre que escucha y responde. Dios es presencia vital y cercana y responde a su modo, curando, sosteniendo y creando, y sabe y puede sin agua sostener las flores. A nosotros nos toca evitar las distracciones voluntarias, no estar allí divagando, pero sin intranquilizarnos porque la imaginación revolotee, mientras no lo queramos, y prueba de que no lo queremos es que nos causa pena esa situación. Desde nuestra pobreza hacer lo que podamos. A medida que vaya creciendo la fe, crecerá también la atención al Dios amigo. Oración vocal. Santa oración. Verdadera oración. No recuerdo donde leí hace muchísimos años, que el gran teólogo Suárez, a la hora de la muerte, dijo que cambiaría toda su ciencia por el rezo de un Avemaría.

Modo de rezar con perfección la oración vocal que va unida a la mental.

1. Ahora, pues, volvamos a hablar con las almas que no se pueden recoger a hacer oración mental y tienen dificultad para reflexionar. No voy a hablar aquí de estas dos incapacidades de orar, pues no son para vosotras, pero es un hecho que hay muchas personas a quienes atemoriza sólo oír el nombre de oración mental o contemplación.

2. Y por si alguna de éstas viene a esta casa, ya que, como he dicho, no todos van por el mismo camino, os quiero aconsejar y enseñar, con el derecho que me da ser vuestra madre y priora, cómo habéis de rezar vocalmente, porque es lógico que cuando recéis entendáis lo que decís.

Y, porque a quien no puede pensar en Dios, tal vez le cansen las oraciones largas, tampoco quiero tratar de ellas, sino de las que tenemos obligación de rezar, como cristianos, que son el Padrenuestro y el Avemaría, para que no puedan decir de nosotras que hablamos sin entender lo que decimos, pues la rutina hace que se crea que con pronunciar las palabras basta.

Si basta o no, los letrados lo dirán, que en eso no me meto. Lo que yo quisiera, hijas, es que nosotras no nos contentemos con eso sólo; porque cuando digo «creo», es lógico que entienda y sepa lo que creo; y cuando digo «Padre nuestro», amor será entender quién es este Padre nuestro y quién es el Maestro que nos enseñó esta oración.

3. Si queréis decir que ya basta con que sepáis quién es el Maestro, sin acordarnos ya más de Él, también podéis decir que basta con rezar una vez en la vida la oración[xxvi]; y no tenéis razón, que hay mucha diferencia de Maestro a maestro, y aun de los que en esta vida nos enseñan es gran desgracia no acordar-nos; especialmente si son santos y son maestros del alma, si somos buenos discípulos, es imposible que no nos acordemos de ellos, pues les debemos amar mucho y honrarnos de ser sus discípulos y hablar con ellos muchas veces[173].

Pues no quiera Dios que cuando decimos esta oración, no nos acordemos muchas veces del gran Maestro que nos la enseñó, pues nos la enseñó con tanto amor y deseo de que nos aprovechara; aunque, por ser frágiles, no siempre nos acordemos.

4. Pues, para rezar vocalmente como es debido, ya sabéis que enseña Su Majestad que sea a solas[174]; pues así lo hacía Él siempre que oraba[175], y no porque Él tuviera necesidad, sino para enseñarnos a nosotros.

Esto bien sabido es, pues no es compatible hablar con Dios y con el mundo a la vez, que eso es lo que se pretende cuando se reza mientras se está escuchando lo que están hablando, o cuando se reza dejando que el pensamiento divague en lo

que se les va ocurriendo, sin cortar los pensamientos. Esto ya se sabe que no es bueno[176].

Bien es verdad que hay temporadas de mal humor, cuando se está deprimido o se tiene debilidad cerebral en las que, queriendo pensar no se puede; y hay días en los que Dios permite grandes tempestades para mayor bien de sus siervos; entonces, aunque se afligen y quieren relajarse, no pueden, ni están en lo que dicen, por mucho que se esfuercen, ni pueden fijar la atención, y están alborotados y nerviosos como si tuvieran frenesí.

5. Y en la pena que les producen estas situaciones, comprenderán que no es culpa de ellos, no se fatiguen pues, que es peor, ni se cansen queriendo que discorra el entendimiento cuando no puede razonar, sino rece entonces como pueda, o incluso no rece, sino como una persona enferma, procure dar alivio a su alma, y dedíquese a otra obra de virtud. Esto va dedicado a las personas de conciencia delicada, que ya saben que no han de hablar con Dios y con el mundo a la vez.

Lo que podemos hacer nosotros es procurar estar solos, y Dios quiera que eso baste, a fin de que nos demos cuenta de con quién estamos y de lo que responde el Señor a nuestras peticiones. ¿Pensáis que está callado? Aunque no lo oímos, bien que habla al corazón cuando le pedimos de corazón.

Y bueno será que consideremos que esta oración nos la enseñó a cada una de nosotras, y que nos la está enseñando, pues nunca está el maestro tan lejos del discípulo, que sea necesario gritar, sino que está muy cerca.

Esto quiero yo que entendáis vosotras, que es lo que os conviene para rezar bien el Padrenuestro; que no os separéis de junto al Maestro que os lo enseñó.

6. Diréis que esto ya es meditación, y que vosotras no podéis, ni siquiera queréis más que rezar vocalmente; porque también hay personas poco pacientes y amigas de no sufrir, que, como no tienen costumbre, les cuesta al principio recoger el pensamiento; y por no cansarse un poco, dicen que no pueden más, y que no lo saben hacer, y sólo quieren rezar vocalmente.

Tenéis razón cuando decís que eso ya es oración mental; mas yo os digo con seguridad, que yo no sé separar la oración mental de la vocal, si la oración vocal se ha de rezar bien, dándonos cuenta de con quien estamos hablando. Y tenemos obligación de rezar atentamente; y Dios quiera que, aun con estas precauciones, recemos bien el Padrenuestro y no terminemos pensando alguna impertinencia.

Yo lo he probado algunas veces, y no encuentro medio mejor que poner el pensamiento en aquel a quien dirijo las palabras. Por eso tened paciencia y procurad coger la costumbre de cosa tan necesaria. Porque esto es menester para ser monjas, y aun para rezar como buenos cristianos[177].

Y para que no penséis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfección, os digo que es muy posible que rezando el padrenuestro, o rezando otra oración vocal, os ponga el Señor en contemplación perfecta.

En este capítulo menciona las tres clases de oración: vocal, contemplación sobrenatural, llamada hoy oración infusa, y meditación. Bien es verdad que el pueblo sencillo conoce sólo la vocal, y quiera Dios que conozcamos las otras dos los consagra-dos. Han sido años difíciles, los pasados, para el tema de la oración. En los años cuarenta salían del seminario los nuevos sacerdotes con la conciencia y el hábito de la meditación. Digo el hábito de la meditación por cuanto en el seminario formaba parte del horario de cada día, que no propiciaba mucho el hábito, al menos interior y de profunda convicción. En realidad no sé había hecho una pastoral pedagógica y eficaz de la oración, en todos los niveles. Fuera de una plática dedicada al tema de la oración en los ejercicios espirituales anuales, ya no se trataba más. Se consideraba tema sabido. Ocurría como en la ficha de la mili: Valor: se le supone. Era asunto supuesto. Los jueves y los domingos, el Director Espiritual hacía sus pláticas en las que iba vertiendo sus ideas. Pero nada de ejercicio personal de oración. Hablo en general; siempre, en todos los campos, hay alguna excepción que confirma la regla. De todos modos opino que se salía del seminario con la conciencia de que había que hacer meditación. Quizá en los años cincuenta se mantiene, pero a la baja, esta conciencia. Y ya en los sesenta se invierten los términos: en vez de ir al sagrario, hay que ir al hermano, es mejor tomarse unas cervezas en el bar con unos muchachos, que estar un rato de rodillas ante el Señor. Y entonces comienza el rumor y la sospecha sobre la oración: es una evasión, urge el compromiso, hay que actuar ya. Se retrasaron un poco. En España siempre se retrasan los movimientos, sean del orden que sean. Ese movimiento del «activismo» hacía ya años que se había iniciado y desarrollado en los Estados Unidos de América, a finales del siglo XIX. Lo descalificó León XIII en una carta al Arzobispo de Baltimore, *Testem benevolentiae* del 22 de enero de 1899. El Papa en esa carta condena el «activismo» y acuña un nombre para designarlo: el «americanismo», y que posteriormente Pío XII convertiría en la «herejía de la acción». Aún en el año 1945 publica un libro el cardenal Spellman, con el significativo título de «Acción ahora mismo». Vemos que por aquellas fechas España aún andaba bastante regular. En el año sesenta y dos comenzó el Concilio y, lo que se esperaba una bocanada de aire fresco en la Iglesia que vivía con las ventanas cerradas, se convirtió en un huracán, que se llevó tras de sí aquellas conciencias, ya poco sólidas, de los años cuarenta. Se ridiculizó el rezo de oraciones tan venerables y arraigadas como el Rosario, se desmantelaron trisagios, adoraciones eucarísticas, triduos de cuarenta horas, novenas,

ejercicios del mes del rosario, de las almas y de mayo, todo en nombre del Concilio, que no había dicho eso, sino todo lo contrario. Había rutinas y polvo de siglos que sacudir y poner al día, pero, de ninguna manera, extinguir. Al pueblo se le quitó lo que tenía sin darle ninguna sustitución. Comenzaron a cerrarse los templos por la mañana y abrirlos sólo por la noche para la misa vespertina, y se condenó a muerte la piedad popular. Ya Pablo VI se lamentaba y decía: «Un célebre escritor de nuestro tiempo hace decir a uno de sus personajes, un cultísimo e infeliz sacerdote: "Yo había creído con demasiada facilidad que podemos dispensarnos de esta vigilancia del alma, en una palabra, de esta inspección fuerte y sutil, a la que nuestros antiguos maestros dan el bello nombre de oración"» (Bernanos, L'impost).

El Espíritu Santo que vela por la Iglesia va a intervenir. Ha escrito Oscar Cullman, teólogo protestante, que cuando la Iglesia deja la oración el Espíritu Santo la deja a ella. Quizá la expresión no es muy acertada, pero es gráfica e indica una situación psicológica, más que teológica, porque en realidad lo que hace el Espíritu Santo es corregir la dirección y curar el desvío. Y lo hará allí mismo donde comenzó el error. El americana-nismo, herejía de la acción y escape de la oración, comenzó en Estados Unidos, aún recuerdo la película Siguiendo mi camino, protagonizada por Bing Crosby, que encarna a un sacerdote joven que llega a una parroquia americana, y que responde con una sonrisa irónica a la pregunta del sacerdote mayor sobre si hace oración. Pues allí, en Estados Unidos, entre los universitarios, nacerá la Renovación Carismática, que es la revalorización de la oración. Entre los laicos. Es tan vital la oración que, cuando las vocaciones de consagrados están pasando su invierno, el Espíritu Santo hace germinar la primavera en el pueblo llano, para que vengan a ser como los primeros cristianos, de quienes los paganos decían que eran «hombres que oran, y hombres que aman».

En la oración mental alimentamos las ideas, que son necesarias para vivir con coherencia el evangelio. Hemos de esforzarnos por razonar, juzgar actitudes, discernir y decidir. Es verdad que las ideas, siendo motores como son, mens agitat molem, a fuer de humanas, no tienen capacidad de hacer mucha hacienda, en frase de san Juan de la Cruz. Por eso viene el Espíritu en nuestro auxilio a orar al Padre con gemidos inefables, por medio de la oración contemplativa infusa, por pura gracia cuando Él quiere. Y no sólo puede infundir esta gracia a quienes hacen meditación, sino también a los que rezan vocalmente. Y santa Teresa dice que el Maestro divino les está enseñando, sin ruido de palabras, suspendiendo las potencias mientras rezan. Pero sabemos también que el soplo de Dios puede llegar mientras se están realizando los trabajos dispuestos por la obediencia. Basta recordar al beato Rafael, saltando de júbilo de Dios en la cocina mientras está pelando nabos, a la misma santa Teresa en éxtasis con la sartén en la mano y, más cerca de nosotros, a Carlo Carretto, que le gustaba vestirse con ropas viejas para ir a la oración en el desierto para, cuando llegara el gozo de Dios, poder revolcarse en la arena.

Una persona que reza con perfección vocalmente gana mucho y, algunas veces, mientras reza vocalmente, Dios la eleva a oración sobrenatural.

1. Y para que no creáis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfección, os digo que es muy posible que, mientras rezáis el Padrenuestro u otra oración vocal, os ponga el Señor en contemplación perfecta; que así es como demuestra Su Majestad que oye al que habla, y le habla su grandeza, suspen-diéndole el entendimiento y frenándole la imaginación y, quitándole la palabra de la boca, de modo que le cuesta mucho trabajo hablar[xxvii].

2. Entonces comprende que, sin ruido de palabras, le está enseñando este Maestro divino, suspendiendo la actividad de las potencias que, si actuaran, más que ayudar, dañarían; entonces gozan sin entender cómo gozan; está el alma abrasándose en amor, y no sabe cómo ama; conoce que goza porque está amando, y no sabe cómo goza; bien que se da cuenta de que es un gozo que el entendimiento no puede desearlo; mas lo goza la voluntad sin entender cómo; y cuando puede comprender un poco, ve que este bien no se puede merecer con todos los trabajos de la tierra juntos. Es don gratuito del Señor de cielos y tierra que, en fin, da como quien es. Esta, hijas, es contemplación perfecta.

3. Ahora entenderéis la diferencia que hay de la contempla-ción a la oración mental que, como ya he dicho[178], consiste en pensar y entender lo que decimos y con quién hablamos, y quiénes somos los que osamos hablar con tan gran Señor.

Pensar esto y otras cosas semejantes sobre lo poco que hemos hecho por Él y lo mucho que le debemos, es oración mental; no penséis que es otra algarabía, ni os espante el nombre de oración mental.

Rezar el Padrenuestro y el Avemaría u otras oraciones, es oración vocal. Pues mirad qué mala música hará la oración vocal sin la mental; ni siquiera se dirán siempre las palabras correctamente.

La oración vocal y la mental, o meditación, podemos, con el favor de Dios, hacerlas nosotros; en la contemplación no podemos nada: es Su Majestad el que lo hace todo, pues es obra suya sobrenatural.

4. Como sobre la contemplación ya escribí muy largamente lo mejor que yo supe en la «Relación de mi vida»[179], que escribí para que la leyeran mis confesores, no lo repito y sólo lo apunto.

Las que hayáis tenido la dicha de que el Señor os haya regalado contemplación, lo podéis leer; allí veréis capítulos[180] y avisos, que quiso el Señor que haya acertado a explicar, que creo que os consolarán mucho y os

ayudarán, y así lo han juzgado algunas personas que lo han leído, que lo consideran como guía para este camino; ¡vergüenza me da decirlo que hagáis caso de mi criterio! Y el Señor sabe la confusión con que escribo muchas de las cosas que escribo. ¡Bendito sea que así me soporta!

Las que tengan oración sobrenatural, lean el libro después de que yo haya muerto; las que no la tengan, no necesitan leer aquél, sino esfuércense por practicar lo que he escrito en éste, y dejen al Señor, que es quien lo ha de dar, y no os lo negará si no os quedáis en el camino, sino que os esforzáis hasta llegar al fin.

Prospección actual del capítulo 26

No os pido ahora que penséis en Él ni que elaboréis muchos conceptos ni que hagáis grandes y delicadas reflexiones con vuestro entendimiento; sólo os pido que le miréis.

Desde el capítulo 24 viene preparando un tratadito sobre el Padrenuestro, que en este capítulo comienza y se extiende hasta el 31. Es un enriquecimiento contemplativo de la tradición patrística hecho al modo propio de Teresa. Mientras reflexiona sobre esta oración analiza los distintos grados de oración. Como los Padres dirigían la mayor parte de sus comentarios sobre el Padrenuestro a los catecúmenos y a los neófitos, santa Teresa comienza por avezar a los principiantes para que se encuentren con el Maestro que les va a enseñar esta oración, que es la que el principiante va a comenzar a rezar, ya que aún no está decidido a entrar en el primer grado de la oración meditativa, mental o reflexiva que, tradicionalmente conocemos por el nombre de meditación. Se trata pues, de oración vocal, y en concreto del rezo del Padrenuestro, que es la oración que enseñó Jesús a los Apóstoles, y en ellos a todos los cristianos. Sugiere, en primer lugar, que el orante procure no estar solo, sino que busque compañía, y ¿qué compañía mejor que la del mismo Maestro que nos enseñó y enseña esta oración? Teniendo además en cuenta que el éxito del rato de oración depende en gran parte de su comienzo, hay que dar principal importancia desde el principio, a la toma de conciencia de la presencia de Dios. Da lo mismo que sea atención a lo más íntimo del alma donde mora el Rey, que la mirada puesta en el sagrario donde vive sacramentalmente, si se hace la oración, tan recomendable, delante de la sagrada eucaristía. En uno y en otro caso, téngase libertad para atender a una sola Divina Persona, o a cada una de las tres; si la atención es al interior, de acuerdo con el dogma de la inhabita-ción

de la santa Trinidad; si se atiende a la eucaristía, conforme al de la circuninsesión de las Personas divinas. Y no hay que seguir adelante hasta haber conseguido centrar la atención en el interlocutor. Es condición del trato de amistad. Para que haya conversación es necesaria la presencia: «mira que la dolencia de amor que no se cura, sino con la presencia y la figura». Difícilmente desnudaremos el alma ante un ausente. Para abrir el corazón es imprescindible saberse mirado, y no digo sentirse comprendido, para no dar la impresión de escapismo de la fe, cuya vida es inasible e incontrolable. Sólo desde la gracia puede el orante paladear, saborear, *sapere*, la amistad. Propone santa Teresa para el comienzo un esquemático acto penitencial consistente en examinar la conciencia, rezar la confesión general y santiguarse. No puede haber oración sin conversión; o, dicho de otra manera, la oración conduce a la conversión. Hay personas que pueden convivir con el pecado; son las que no hacen oración. Para las personas que oran el pecado es como una espina en la garganta, por eso necesitan imperiosamente la contrición. Cuanto más interior sea la persona, mayor malestar y desasosiego le producirán sus limitaciones, pequeñeces y debilidades, y no podrá dar un paso en la oración sin pedir perdón al Señor. Este acto puede ser demorado y ya es él mismo verdadera oración. La forma que ofrece santa Teresa es la que se usaba en su tiempo, y es muy teológica y psicológica. Hoy la hemos sustituido por la invocación al Espíritu Santo, con el rezo del *Veni, Creator*. De todas formas, la fórmula es convencional, y puede consistir en un acto de profunda e interior humillación. Pero lo sustancial es la atención a la presencia. Esta no puede fallar, si ha de haber oración verdadera. Es conversación. Y es fácil conversar si el trato es asiduo y frecuente. Por eso, esa relación, esa mirada incesante durante las restantes horas del día, facilita la mirada en la oración, a la vez que la mirada de la oración prepara y facilita el poder mirarle durante el día, y durante las horas de vigilia de la noche. La amistad hay que cultivarla, como una planta delicada que necesita sus cuidados, pues amistad y parentesco se marchitan si no hay comunicación. Y a eso vamos a la oración, a entregarnos en amistad al que se entrega antes, porque nos ama antes. Eso es llegar a lo vivo de la oración. Alcanzar a la Persona desde la persona. Quizá de momento cueste esfuerzo, porque la amistad se ha enfriado, o, mayor desgracia, porque «hace muchos años que el alma vive separada de su Esposo». Pero ese esfuerzo no es inútil, ni es trabajo perdido el que dediquemos a conseguir esa atención. Eso es ayudarle a llevar la cruz de la oración difícil al Señor. Y ello no tratando de reflexionar, ni de hacer silogismos, sino sólo de fijar la mirada. «Sólo os pido que le miréis». Tened una estampa a la vista. Miradle en las situaciones más diversas, misterios de dolor, o de gozo, o de gloria. Pero miradle. Lo está esperando. Si nos acostumbramos a hacerlo con cariño, no abandonará el Amigo nuestra compañía, pues la desea tanto... Atención especialísima merecen los números 4 y 5, especialmente el 5. Constituyen una enseñanza perfecta de oración, de gran ternura y delicadeza, como formulados por una mujer de tan fina sensibilidad y de tan gran corazón.

Enseña los medios para recoger la atención. Este capítulo es utilísimo para quienes comienzan a hacer oración.

1. Volvamos pues ahora a nuestra oración vocal para que recemos de manera que, sin darnos cuenta, nos de Dios, con la vocal, la mental, y para rezar como es debido.

Primero hay que santiguarse, examinar la conciencia y rezar la confesión general. Después, hija, ya que estás sola, procura tener compañía. Y ¿qué mejor compañía que la del mismo Maestro que enseñó la oración que vais a rezar?

Representaos al mismo Señor junto a vos y mirad con cuánto amor y humildad os está enseñando; y, hacedme caso, mientras podáis, no estéis sin tan buen amigo.

Si os acostumbráis a traerlo junto a vos, y Él ve que lo hacéis con amor y que andáis procurando contentarle, no podréis separarlo de vos; no os faltará nunca; os ayudará en todos vuestros trabajos; lo tendréis con vos en todas partes: ¿pensáis que es gracia pequeña tener tal amigo al lado?

2. ¡Oh hermanas, las que no podéis discurrir con el entendi-miento, ni podéis pensar sin distraeros!; ¡acostumbraos, acostumbraos! Mirad que yo sé que esto lo podéis hacer, porque yo he pasado durante muchos años este trabajo de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y sé que es muy duro; mas sé que no nos deja el Señor tan desiertos sin acompañarnos, si se lo pedimos con humildad; y si no podemos adquirir esta costumbre en un año, que nos cueste más: no nos duela gastar el tiempo en una tarea en que tan bien se emplea. ¿Quién nos acosa? Yo os aseguro que se puede conseguir esta costumbre y que se puede trabajar a fin de caminar al lado de este Maestro verdadero.

3. No os pido ahora que penséis en Él, ni que elaboréis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas reflexiones con vuestro entendimiento; sólo os pido que le miréis[xxviii]. Pues ¿quién os impide volver los ojos del alma, aunque sea rápidamente si no podéis deteneros más, a este gran Señor? Podéis mirar cosas muy feas, ¿y no podéis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Pues nunca, hijas, aparta vuestro Esposo sus ojos de vosotras; os ha tolerado mil cosas feas y mil pecados contra Él sin dejaros de mirar, ¿y es mucho pedir os que, apartando los ojos de las cosas exteriores, le miréis algunas veces a Él? Mirad que no está esperando otra cosa, como dice a la esposa en los Cantares, más que le miremos[181]. Cuando queráis lo encontraréis. Desea tanto que le miremos, que no quedará por Él.

4. Lo que hace una buena esposa con su marido, que si está triste, ella también está triste, y si está alegre, ella también está alegre, aunque nunca lo esté, (mirad de qué esclavitud os habéis librado, hermanas), es lo que de verdad

y sin fingirlo, hace el Señor con nosotros: pues Él se hace esclavo[182] y quiere que seáis vos la señora, para que vayáis a Él cuando queráis.

Si estáis alegre, miradle resucitado; que sólo imaginar cómo salió del sepulcro, os alegrará. ¡Con qué claridad y con qué hermosura salió!; ¡con qué majestad, qué victorioso, qué alegre! Como el que venció en la batalla en la que ganó un Reino tan grande, que todo lo quiere para vos, junto a Él. Pues ¿es mucho pedirnos que volváis los ojos para mirarle a quien tanto os da-?

5. Si estáis con sufrimientos o triste, miradle camino del huerto; ¡qué aflicción tan grande llevaba en su alma!; pues siendo la misma paciencia, la manifiesta y se queja de ella[183].

O miradlo atado a la columna, lleno de dolores, con todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama, con tanto sufrimiento, perseguido por unos, escupido por otros, negado por sus amigos, desamparado por ellos, sin nadie que le defienda, helado de frío y en tanta soledad; y el uno con el otro os podéis consolar. O miradle cargado con la cruz, que ni siquiera le dejaban respirar.

Y os mirará Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores para consolar los vuestros, solamente porque vais a consolaros con Él y porque volvéis la cabeza para mirarle.

6. Y si se os ha enternecido el corazón de verle así, y no sólo queréis mirarle, sino gozar hablando con Él, no con oraciones de formulario, sino nacidas de la pena de vuestro corazón, que Él aprecia mucho, le podéis decir: ¿tan necesitado estáis, Señor mío y bien mío, que os dignáis aceptar una pobre compañía como la mía, pues veo en vuestro rostro que os habéis consolado conmigo? Pues, ¿cómo es posible, Señor, que os dejen solo los ángeles y que ni siquiera os consuele vuestro Padre?

Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo? Vergüenza siento, Señor, desde que os he visto así, y quiero pasar todos los trabajos que me vinieren, y considerarlos como un gran tesoro para imitaros en algo. Juntos andemos, Señor; por donde Vos vayáis, quiero yo ir; por donde Vos paséis, quiero yo pasar[184].

7. Coged, hijas, aquella cruz; no os importe que os atropellen los judíos, para que Él no camine con tanto trabajo; no hagáis caso de lo que os digan; haceos sorda a las murmuraciones; aunque vayáis tropezando y cayendo con vuestro Esposo, no os apartéis de la cruz, ni la dejéis.

Mirad detenidamente el cansancio con que camina y la distancia que hay de su sufrimiento a los que vos padecéis, por grandes que los queráis pintar; y por mucho que los sintáis, saldréis consolada de ellos, porque veréis que son una broma comparados con los del Señor.

8. Diréis, hermanas, que «cómo se puede hacer esto», que «si le hubierais visto con los ojos del cuerpo, cuando Su Majestad iba por el mundo, que lo hubierais hecho de buena gana y le hubierais mirado siempre».

No lo creáis, que quien ahora no se quiere esforzar un poco para al menos recoger la vista para mirar dentro de sí a este Señor —cosa que se puede hacer sin peligro, sólo con un poquito de atención—, mucho menos hubiera estado al pie de la cruz con la Magdalena[185], que veía venir la muerte.

Y ¡qué es lo que debió de pasar la gloriosa Virgen y esta bendita santa! ¡Cuántas amenazas, cuántas malas palabras y cuántos empujones y groserías! Pues ¡con qué gente tan cortesana trataban! ¡Sí lo eran! Cortesanos del infierno y ministros del demonio!

Cosa terrible debió de ser lo que pasaron; sólo que, con el dolor de Cristo, no sentirían el suyo.

Así que, hermanas, no creáis que hubierais sido capaces de sufrir tan grandes trabajos, si no podéis practicar estas cosas pequeñas; pero si os ejercitáis en ellas, podéis llegar a cosas mayores. Y creed que digo la verdad cuando digo que podéis recogeros, porque he pasado por ello[186].

9. Para que os sirva de ayuda en esta práctica, procurad llevar una imagen o una estampa del Señor que os infunda devoción; no para llevarlo en el pecho y no mirarlo nunca, sino para hablar muchas veces con Él, que Él os dirá lo que quiere que le digáis. Si habláis con las otras personas, ¿por qué os han de faltar palabras para hablar con Él? No lo creáis; al menos yo no os creeré que no tenéis palabras que decirle si lo practicáis; si no lo practicáis sí que lo creeré, porque la falta de trato con una persona la aleja hasta no saber cómo hablar con ella, pues parece que no la conocemos, aunque sea de la familia, porque pariente y amigo se pierden por falta de comunicación.

10. También es un gran remedio para recoger el pensamiento y poder conseguir rezar bien vocalmente, leer un libro que hable de Dios. Así, poco a poco, se va acostumbrando al alma con suavidad y tino, para no atemorizarla.

Imaginad que hace muchos años que estáis separada de vuestro Esposo, y que hay que hacer muchos trámites para poder volver a su casa, que esto es lo que hacemos los pecadores[187]. Nuestra alma y nuestro pensamiento están tan acostumbrados a divagar a su placer, o a su pesar[188], mejor dicho, que la triste alma no se entiende, y para que vuelva a encariñarse de nuevo con su Esposo y acostumbrarse a estar en su casa[189], hace falta mucho cuidado, y si no es así y poco a poco, nunca haremos nada.

Y yo os vuelvo a certificar que, si con cuidado os acostumbráis a hablar con el Señor muchas veces, sacaréis gran ganancia, que si yo la quisiera ponderar, no sabría.

Pues id al lado de vuestro Maestro, muy determinadas a aprender lo que os enseña, y Su Majestad hará que salgáis buenas discípulas y no os dejará, si no le dejáis.

Escuchad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis en seguida el amor que os tiene, y no es pequeño bien y regalo para el discípulo, ver que su Maestro le ama.

Prospección actual del capítulo 27

Oh hijo de Dios y Señor mío!... ¿Cómo nos dais en nombre de vuestro Padre, todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos, ya que vuestra palabra no puede fallar? Obligáis a vuestro Padre a que cumpla la palabra, lo cual no es pequeña carga, pues siendo Padre, nos ha de soportar, por grandes que sean nuestras ofensas; y si retornamos a Él, como al hijo pródigo nos ha de perdonar.

Continúa comentando la oración del Señor, el Padrenuestro, que se extenderá durante los restantes capítulos hasta el fin del libro. Es una oración revelada, enseñada por el Señor y transmitida en su forma más desarrollada con siete peticiones, por san Mateo 6,9-13. «La oración dominical es, en verdad, el resumen de todo el evangelio, por tanto cada uno puede dirigir al cielo diversas oraciones según sus necesidades, pero comenzando siempre por la oración del Señor que sigue siendo la oración fundamental», dice Tertuliano; y santo Tomás de Aquino dice que «es la más perfecta de las oraciones». Prácticamente con este capítulo comienza el primer nivel de oración, correspondiente a la primera manera de regar el huerto, sacando a cubos el agua, es decir, reflexionando. Se abre con la invocación al Padre, pero, consecuente con su afirmación bien meditada y rotunda, de que no debe haber oración vocal sin mental, esto es, sin advertencia a las palabras que se rezan, acompaña a la recitación vocal de la invocación del Padrenuestro, la reflexión sobre quién es el Padre, quiénes somos nosotros, cómo somos sus hijos y como a tales nos ha de soportar, y cómo Jesús obliga al Padre, al inventar Él la oración, a que sea Padre nuestro. Todo ello la ha conducido a tener una conversación con Jesús, llena de afecto y cariño, cuajadísima de ternura, con lo que nos ejemplariza magistralmente para que procedamos así en nuestra conversación-oración con Dios.

Terminará diciendo que la reflexión ha de acompañar a las palabras «para que se haga pedazos nuestro corazón», con lo que nos enseña que la mente y el corazón caminan unidos y, si queremos, por tanto, que nuestra oración no resulte mecánica recitación ni racionalismo cerebral, habremos de tener en cuenta las leyes del funcionamiento vital de la persona humana. Dice san Carlos Borromeo: «Nada es tan necesario para los sacerdotes como la oración mental; ella debe

preceder, acompañar y seguir nuestras acciones: "Salmodiaré —dice el salmista— y entenderé". Si administras los sacramentos, medita lo que haces; si celebras la misa, medita lo que ofreces; si salmodias en el coro, medita a quien hablas; si diriges las almas, medita con qué sangre han sido lavadas, así todo lo que hagáis, que sea con amor». Con ello llegaremos a los frutos prácticos traducidos en obras, que para esto es la oración.

«Orar a nuestro Padre nos abre a dimensiones de su amor manifestado en Cristo: orar con todos los hombres y por todos los que no le conocen aún para que "estén reunidos en la unidad" (Jn 11,52): Esta solicitud divina por todos los hombres y por toda la creación ha inspirado a todos los grandes orantes: tal solicitud debe ensanchar nuestra oración en un amor sin límites cuando nos atrevemos a decir Padre "nuestro"» (Catecismo 2793).

Capítulo 27

Trata del gran amor que nos manifestó el Señor en las primeras palabras del padrenuestro, y de lo importante que es que, los que de verdad quieren ser hijos de Dios, no hagan ningún caso de linaje humano.

1. Padre nuestro que estás en el cielo[xxix]. ¡Oh Señor mío, cómo se os nota que sois Padre de tal Hijo, y cómo a vuestro Hijo se le nota que es Hijo de tal Padre! ¡Bendito seáis por siempre!

No esperáis a que terminemos la oración para hacernos una merced tan grande, sino que ya al comenzar, nos colmáis las manos y nos hacéis tan gran merced, y qué hermosos sería también que nos llenarais la inteligencia y la voluntad de tal manera que, absortas, no pudieran pronunciar ni una sola palabra[190].

¡Oh, qué bien nos vendría ahora, hijas, quedarnos en contemplación perfecta! ¡Oh, con cuánta razón se recogería el alma en sí misma para que este santo Hijo le hiciera saborear lo que es el cielo, donde dice que está su Padre! Salgamos de la tierra, hijas mías, que una merced como ésta, no se merece ser tan poco estimada, que una vez saboreada, nos quedemos en la tierra.

2. ¡Oh Hijo de Dios y Señor mío! ¿cómo, a la primera palabra, dais con tal plenitud? Después de humillaros tan extraordinariamente uniéndoos a nosotros, haciéndoos hermano de algo tan humilde y miserable, ¿cómo nos dais, en nombre de

vuestro Padre, todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos, ya que vuestra palabra no puede fallar?[191] Le obligáis a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues, siendo Padre, nos ha de soportar, por grandes que sean nuestras ofensas; si retornamos a Él, como al hijo pródigo nos ha de perdonar[192]. y nos ha de consolar en nuestros trabajos, y nos ha de alimentar, como debe hacerlo tal Padre, que necesariamente ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque Él es el bien en plenitud; y además de todo esto nos ha de hacer partícipes y herederos con Vos de su Reino[193].

3. Mirad, Señor mío, que si a Vos, no hay nada que os detenga, por el amor que nos tenéis y por vuestra humildad, ya que estáis en la tierra y vestido de ella, pues tenéis nuestra misma naturaleza, y por eso es justo que busquéis nuestro bien; mas mirad que vuestro Padre está en el cielo; Vos lo decís; debéis pues mirar por su honor. Si Vos os habéis ofrecido a ser humillado por nosotros, dejad libre a vuestro Padre; no le obliguéis a tanto por gente tan ruin como yo, que tan mal he de darle las gracias, y hay otros también que no se las dan buenas[194].

4. ¡Oh buen Jesús! ¡Con cuánta claridad habéis manifestado que sois uno con Él[195], y que vuestra voluntad es la suya y la suya vuestra![196]

¡Qué confesión tan clara, Señor mío! ¡Cuán grande es el amor que nos tenéis! Habéis ido disimulando y ocultando al demonio que sois Hijo de Dios y, con el gran deseo que tenéis de nuestro bien, nos lo reveláis a nosotros. ¿Quién podía concedernos esta gracia, sino Vos, Señor? Yo no sé cómo, por estas palabras «Padre Nuestro», no entendió el demonio quién erais, sin quedarle ninguna duda[197].

Por lo menos bien veo, mi Jesús, que habéis hablado como Hijo amado, en nombre propio y en el nuestro, y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que decís en la tierra. Bendito seáis por siempre, Señor, que sois tan amigo de dar, que vencéis todas las dificultades para ello.

5. ¿Os dais cuenta, hijas, de qué buen Maestro es éste, que, para que nos aficionemos a aprender lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced?[198] ¿Os parece que sería razonable que rezando vocalmente estas palabras, no las entendiéramos con el entendimiento a fin de que se nos haga pedazos el corazón viendo tal amor? ¿Hay en el mundo algún hijo que no quiera saber quién es su padre, cuando lo tiene tan bueno y de tanta majestad y señorío? Si no tuviera tanta majestad no me extrañaría que no nos quisiéramos reconocer por hijos suyos, porque está el mundo tan perdido que, si el padre es de inferior clase social que el hijo, éste se siente humillado al tenerlo que reconocer por padre[199].

6. Esto no ocurre aquí, porque en esta casa no quiera Dios que se tengan estos criterios: pues sería un infierno; al contrario, la que proceda de más alta categoría social, sea la que menos nombre a su padre; aquí todas han de ser iguales.

¡Oh, colegio de Cristo, donde tenía más autoridad san Pedro, que era un pescador, y así lo quiso el Señor, que san Bartolomé, que era hijo de rey![200] Sabía Su Majestad lo que había de ocurrir en el mundo investigando sobre quién era de mejor tierra, que es como discutir si será buena para ladrillos o para tapias[201]. ¡Válgame Dios, qué gran trabajo tenemos! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sean en broma; yo espero que Su Majestad así lo hará. Cuando alguna tuviera algo de este mal, póngase en seguida remedio y ella tema no ser un Judas entre los Apóstoles; pónganle penitencias hasta que entienda que no merece ser ni siquiera tierra muy ruin.

Buen Padre tenéis, que os lo da el buen Jesús; no se reconozca aquí otro padre para hablar de él más que el que os da vuestro Esposo[202]; y procurad, hijas mías, ser tales, que merezcáis regalaros con Él, y echaros en sus brazos. Ya sabéis que no os apartará de sí, si sois buenas hijas; pues ¿quién no procurará no perder tal Padre?

7. ¡Oh, válgame Dios!, cuánto hay aquí encerrado para que nos podamos consolar, aunque, para no extenderme más, lo quiero dejar a vuestra reflexión; que por muy disparatada que esté la imaginación, entre tal Padre y tal Hijo, necesariamente ha de estar el Espíritu Santo que enamorará vuestra voluntad y os la atará a Él con su grandísimo amor, si es que no es suficiente para ello tan gran interés.

Prospección actual del capítulo 28

Con este modo de rezar, aunque sea vocalmente, se recoge la mente más pronto y es oración que trae muchos bienes. Se llama recogimiento, porque el alma recoge todas sus potencias y entra dentro de sí con su Dios, y su divino maestro viene a enseñarla y a darle oración de quietud más pronto que por otros métodos.

El segundo grado de oración de Camino es el recogimiento. Teresa lo había aprendido en el Tercer Abecedario de Osuna. Hasta que leyó este libro no sabía lo que era rezar con regalo. Fue un gran descubrimiento, y lo constituye también hoy para nosotros. Recogerse interiormente en ese mundo fascinante que llevamos dentro, y que resulta tan desconocido e inexplorado. Primero el recogimiento exterior, necesario e indispensable para el interior. Amonesta san Carlos Borromeo, en el sínodo último que convocó. «Se queja alguno de que cuando va a salmodiar o a celebrar la misa, le acuden a la mente mil cosas que lo distraen

de Dios; pero antes, ¿qué ha hecho en la sacristía, cómo se ha preparado, qué medios ha puesto en práctica para mantener la atención?... Si ya arde en ti el fuego del amor de Dios, no lo expongas al viento, mantén el fogón protegido para que no se enfríe y pierda el calor; esto es, aparta cuanto puedas las distracciones, conserva el recogimiento, evita las conversaciones inútiles... Sabedlo, hermanos, nada es tan necesario para los sacerdotes como la oración mental».

Queremos servir a la Iglesia, queremos que haya muchos evangelizadores y agentes de pastoral, exigimos a la gente que trabaje por el Reino, pero creo que no hemos sabido aún acertar en qué la serviremos mejor y cómo trabajarán con mayor eficacia. Damos muchas veces la impresión de que estamos tratando de estirar las plantas para que crezcan de prisa y de que queremos abrir los capullos forzosamente sin discernir cuán suavemente trabaja el que los abre. ¿No será que no se trabaja para hacer el bien, sino para quedar bien? Que se trabaja con afán al estilo de la competitividad del mundo para afirmar la propia personalidad, soberbia, y ponerla de relieve, vanidad. Buscándose, más que buscando el Reino, que está dentro de nosotros, cuando la manera mejor de encontrarlo es recogerse, orar, rezar mucho, no por el mero prurito de rezar, sino porque se está profundamente convencido de que no se puede hacer nada más útil y eficaz, aunque no se debe buscar la eficacia, al estilo de la sociedad de la lucha por el éxito. El evangelizador que ha llegado a esta convicción y la ejercita, haciendo menos, hará más, aparte del ejemplo y testimonio vivo que ofrecerá en torno suyo. Si no se hace esto, las palabras huelen a vacío, los hombres se quedan con hambre y con el gusto estragado y aburridos de oír y de ver tanto deslabazamiento, consecuencia del desmedulamiento interior, cuyo fruto son obras exteriores, que semejan los pámpanos estériles de la higuera maldecida por Jesús.

En este capítulo 28 y en el siguiente enseña la oración de recogimiento tal como el alma lo puede conseguir y corresponde aún al primer nivel, o primera agua de las cuatro. Es pues un recogimiento activo, actuante todavía en el campo de la ascética, y específicamente diferente del recogimiento pasivo, ya místico, que prepara la oración de quietud, las dos oraciones infusas, que son tratadas en las Moradas Cuartas.

Este recogimiento activo lo ejerce el alma mediante el entendimiento y la voluntad, informadas por las virtudes teologales. El recogimiento infuso y la oración de quietud, por los dones frutivos del Espíritu Santo, como pura gracia, pero santificadora. El recogimiento activo tiene por objeto atender a la presencia de inmensidad de Dios en el alma, cognoscible por la razón, o a la presencia de la Trinidad inhabitante por la gracia, que viene al alma para que la conozcamos y amemos, conocida por la fe, y que, cuando Él quiere, la podemos gozar experiencial y frutivamente.

Conectada la persona con esa presencia, comienza una comunicación afectiva en la que es la persona quien lleva la iniciativa, y que no se pierde en el vacío, aunque no se perciba respuesta sensible. A la afectividad del alma corresponde Dios con luz y con fuerza, no siempre mensurables, y por eso difíciles y meritorias. En el esfuerzo por conseguir situar la presencia de Dios en el alma, es bueno reflexionar o imaginar que todos los moradores del cielo están misteriosamente con Él, sin que se pierda nuestra privacidad comunicativa y nuestra soledad que demanda el amor, pues ni siquiera en la bienaventuranza será comunicable lo que cada persona reciba de Dios, sin menoscabo de la convivencia con la comunidad celeste.

Ya al final describe el palacio interior, «no estamos huecas por dentro». Como si descubriera por primera vez esa morada pequeñita donde vive Dios, contagia al lector la emoción de su descubrimiento, a la vez que se lamenta de no haber sido más solícita de su limpieza, y lo hubiera sido, de haber conocido esa misteriosa realidad de un Dios que se achica tanto para encerrar-se en una cosa tan pequeña como es el alma, el que no cabe en mil mundos y muchos más. Sólo se comprende que pueda caber por su potencia de poderla ensanchar.

Capítulo 28

En qué consiste la oración de recogimiento. Medios para conseguir acostumbrarse a hacerla.

1. Ahora mirad lo que dice vuestro Maestro: que estás en el cielo. ¿Creéis que tiene poca importancia saber qué es el cielo, y dónde hay que buscar a vuestro sacratísimo Padre?

Pues yo os digo que es muy importante para mentes dispersas no sólo creerlo, sino procurar saberlo por experiencia; porque esto ata mucho el entendimiento y hace recoger al alma.

2. Ya sabéis que Dios está en todas partes. Y como donde está el rey debe estar su corte, donde Dios está, está el cielo. Podéis creer sin ningún género de duda que donde está Su Majestad está toda la gloria. Dice san Agustín que le buscaba en muchas partes y que lo encontró dentro de sí mismo[xxx].

¿Creéis que para un alma disipada es poco importante entender esta verdad y saber que para hablar con su Padre eterno y regalarse con Él no es necesario ir al cielo, ni es menester gritarle? Aunque le hable muy bajito, está tan cerca que os oirá; no se necesitan alas para ir a buscarlo[203], sólo basta ponerse en soledad y mirarlo dentro de sí y no separarse de tan buen huésped; sino con gran humildad hablarle como a Padre, pedirle como a Padre, contarle sus penas, pedirle remedio para ellas, reconociendo que no es digna de ser su hija.

3. Déjense de unas timideces que tienen algunas personas que creen que es humildad. No, la humildad no consiste en que si el rey os hace un regalo no lo

aceptéis, sino en aceptarlo sabiendo que no lo merecéis, y en alegraros porque os lo hace.

¡Donosa humildad, que tenga yo en mi casa al Emperador del cielo y de la tierra que ha venido para colmarme de gracias y para gozar conmigo[204], y que yo, por humildad, ni le quiera corresponder ni estarle con Él, ni recibir lo que me da, sino que lo deje solo; y, cuando Él me está diciendo y rogando que le pida favores, yo, por humildad, me quede pobre, e incluso le deje marcharse, porque Él ve que no acabo de decidirme a estar con Él!

No os dejéis llevar, hijas, de estas humildades, sino tratad con Él como con padre, y como con hermano, y como con señor, y como con esposo; unas veces de una manera, otras veces de otra, que Él os enseñará lo que habéis de hacer para agradarle. No seáis bobas; pedidle que cumpla la palabra que os ha dado; pues es vuestro Esposo, que os trate como esposa[205].

Mirad que es muy importante que tengáis asimilada esta verdad de que el Señor vive dentro de nosotras, y que allí permanezcamos con Él[206].

4. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, recoge la mente más pronto y es oración que trae muchos bienes. Se llama oración de recogimiento, porque el alma recoge todas sus potencias y entra dentro de sí con su Dios, y su divino Maestro viene a enseñarla y a darle oración de quietud más pronto que por otros métodos. Porque metida allí consigo misma, puede pensar en la pasión, e imaginar allí al Hijo, y ofrecerlo al Padre, sin necesidad de cansar el entendimiento buscándole en el monte Calvario, y en el huerto y atado a la columna.

5. Las que se puedan encerrar de esta manera en este pequeño cielo de nuestra alma, donde vive el que hizo el cielo y la tierra, y se puedan acostumbrar a no mirar y a ausentarse de los lugares donde los sentidos exteriores se pueden distraer, tengan la seguridad de que van por excelente camino, y de que llegarán a beber el agua de la fuente, porque avanzarán mucho en poco tiempo. Así como el que va en barco, que con poco que sople el viento favorable, llega al puerto en pocos días, mientras los que van por tierra tardan más.

6. Los que saben recogerse navegan ya por el mar y, aunque no han dejado del todo la tierra, con este rato en que han recogido los sentidos, hacen lo que está en su mano para librarse del mundo.

Si el recogimiento es auténtico, se nota muy claramente, porque hace operación en el alma, y aún en el cuerpo[207]; no se cómo explicarlo, pero quien lo haya vivido o lo está viviendo, seguramente que me entiende[208]; parece que el alma recoge lo que ha ganado en el juego[209], pues ya comprende que las cosas del mundo son un juego[210].

Señora el alma de sus sentidos y pasiones[211], entra en su castillo fortificado para no tener que temer que la estorben sus enemigos: los sentidos dejan de ocuparse en las cosas exteriores, de tal manera que, sin darse cuenta, se le cierran los ojos[212] para no verlas y para estar más despierta para mirar las del alma[213].

Por eso, quien va por este camino, casi siempre que reza tiene los ojos cerrados, lo cual es una admirable costumbre con muy buenos efectos[214], porque mortifica los ojos para que no le distraigan mirando las cosas de este mundo.

7. Cuesta esfuerzo al principio, pero cuando la persona se ha acostumbrado, se suaviza el esfuerzo. Más bien después ocurre lo contrario, pues entonces lo que le cuesta es tener que abrir los ojos. Parece que se nota cómo el alma se fortalece y crece a costa de la carne[215] y la deja sola y debilitada, y en el mismo recogimiento percibe la persona que el espíritu se robustece para luchar contra la carne[216].

Y aunque estos efectos al principio no se noten, porque son muy sutiles, y además porque hay diferentes grados de recogimiento, si se practica con asiduidad, con claridad se verán frutos copiosos.

Verdad es que al principio cuesta trabajo, porque el cuerpo lucha por no perder su libertad, sin comprender que él mismo se corta la cabeza al no darse por vencido.

Con este ejercicio pacientemente practicado, comprobarán que, apenas comienzan a rezar, van llegando las abejas a la colmena para elaborar la miel, sin esfuerzo nuestro; porque quiere el Señor que, por la atención y el cuidado que el alma y la voluntad han tenido, hayan merecido tener este señorío y que sólo con hacer el gesto de que se quiere recoger, la obedezcan los sentidos y se recojan. Y aunque se distraigan después, ya les ha ocurrido algo muy importante habiéndose rendido, con lo que salen como cautivos y dóciles y no hacen el mal que podrían hacer sin el recogimiento. Y cuando la voluntad los vuelve a llamar, acuden con más presteza, hasta que después de muchas entradas de éstas, quiere el Señor que se queden ya en contemplación perfecta[217].

8. Entended bien lo que he dicho porque, aunque parece oscuro, quien lo quiera practicar lo entenderá.

Los que así se recogen, en vez de caminar con dificultad, avanzan navegando por el mar; y ya que nos interesa caminar de prisa[218], hablemos un poco del modo de acostumbrarse a practicar la oración de recogimiento. Los que la tienen, están más libres de muchas ocasiones de pecar; en ellos se inflama pronto el fuego del amor divino, porque con poco que soplen con el entendimiento, como están cerca del fuego, con una sola chispa que brote se abrasará toda el alma. Como no están disipados en lo exterior, permanece el alma sola con su Dios; está muy preparada para ser encendida. Yo querría que entendierais muy bien este modo de orar, que, como he dicho, se llama recogimiento[219].

9. Imaginemos pues que dentro de nosotros hay un palacio de grandísima riqueza, construido con oro y piedras preciosas, como el Señor se merece[220]; y que depende de vosotras que este edificio sea tan rico, pues no puede haber un palacio tan hermoso, como un alma limpia y llena de virtudes, que cuanto mayores son más resplandecen las piedras; imaginemos también que en este palacio vive este gran Rey, que ha querido ser nuestro Padre, y que está situado en un trono preciosísimo, que es vuestro corazón[221].

10. Parecerá ridículo que emplee esta imagen para hacer entender la inhabitación de Dios en el alma, pero puede ser muy útil, especialmente para vosotras; porque como las mujeres no tenemos estudios, todo esto nos es necesario para que entendamos con certeza que dentro de nosotras hay algo incomparablemente más precioso que lo que vemos por fuera. No nos imaginemos que estamos huecas por dentro.

Y quiera Dios que sean sólo las mujeres las que vivan con esa desatención; pues si estuviéramos atentos al huésped que nos inhabita, sería imposible que viviéramos tan disipados y entregados a las cosas del mundo, porque veríamos cuán delezna-bles son, en comparación de lo que poseemos dentro de nosotros. Pues, ¿qué otra cosa hace un animal cuando ve algo que le apetece y satisface su hambre en la presa?. Pero tiene que haber diferen-cia entre los animales y nosotros.

11. Tal vez se reirán de mí y me dirán que esto es clarísi-mo, y tendrán razón, pues, para mí, durante algún tiempo fue oscuro. Yo sabía muy bien que tenía alma; mas, como yo me tapaba los ojos con las vanidades de la vida, que me impedían ver el respeto que esta alma merecía y quién vivía dentro de ella, no lo entendía.

Si yo hubiera sabido que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, como ahora lo sé, no le hubiera dejado solo tantas veces; alguna vez me hubiera estado con Él, y hubiera procurado que no estuviera tan sucio.

Mas ¡qué cosa tan admirable que quiera estar encerrado en un sitio tan pequeño el que puede llenar mil mundos y muchísimos más, con su grandeza! Como verdaderamente es Señor, trae consigo la libertad y, como nos ama, se hace a nuestra medida. Así es como quiso caber en el vientre de su sacratísima madre[222].

12. El Señor no se da a conocer al alma que comienza este camino, para no acobardarla al verse tan pequeña para tener dentro cosa tan grande, hasta que la va ensanchando poco a poco todo lo que es menester, para que quepa lo que quiere depositar en ella[223]. Por eso digo que el Señor trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio[224]. El secreto estriba en que se lo entreguemos como suyo decididamente y lo dejemos libre, para que pueda poner y quitar como en cosa suya propia. No sé lo neguemos a Su Majestad, ya que Él tiene derecho de poseer esta morada. Incluso a nosotros nos molestan los huéspedes cuando no los podemos despedir[225]. Pero como Él no quiere forzar nuestra voluntad, recibe lo que le damos, mas no

se nos da del todo, hasta que no nos damos nosotros del todo[226].

Esto es certísimo y, porque es tan importante, os lo recuerdo tantas veces: Hasta que el alma no es totalmente de Dios, ni actúa en ella como cuando está libre, ni sé cómo puede actuar, porque es amigo del orden total[227]. Y si tenemos el palacio lleno de gente ordinaria y de chucherías, ¿cómo ha de caber el Señor con su corte?[228]. Demasiado hace estando un poquito en medio de tanto desorden[229].

13. ¿Pensáis, hijas, que viene solo? ¿No veis que dice su Hijo: «que estás en el cielo»? Pues a tan gran Rey no le van a dejar solo los cortesanos, sino que están con Él, todos rogando en favor nuestro, porque están llenos de caridad.

No vayáis a creer que en el cielo sucede como aquí en la tierra, que si un señor o un superior favorece a alguien por algún motivo, o simplemente porque quiere, los demás tienen envidia y aquel pobre es mal mirado, sin que les haya hecho nada; y le cuestan caros los favores[230].

Prospección actual del capítulo 29

De mí os confieso que nunca supe lo que era rezar con satisfacción hasta que el Señor me enseñó este modo; y siempre he hallado mucho provecho de tener la costumbre de orar de esta manera de recogimiento interior, por eso me he extendido tanto en su tratamiento.

Primero una digresión para elevar el tono de su comunidad, exhortando al desprendimiento del aprecio de los superiores, en que primero acentúa la mutabilidad del corazón humano, pero le parece imperfecto el remedio y pone en seguida más alto el listón, diciéndoles que deseen el desprecio y abatimiento y en él pongan los ojos en el Maestro, que es muy piadoso y socorre a los desfavorecidos. Y vuelve en el número 4 a seguir tratando de la oración de recogimiento, a la que ya dedicó el capítulo anterior, y de la que es una enamorada y adicta, y está dispuesta a contagiar la adicción en sus lectores. Esta no es aún oración sobrenatural. Es trabajo nuestro, costumbre, hábito adquirible.

Esencialmente la oración de recogimiento consiste en poner atención activa a la inhabitación de Dios uno y trino en el alma, mediante la acción de la inteligencia, de la voluntad y la mirada de fe, que es el móvil de las dos facultades espirituales. Dios vive siempre en nosotros, pero no es percibido de forma habitual, y sólo se hace sentir cuando quiere. Esta atención creadora es obra nuestra y difiere de la obra sobrenatural, o recogimiento pasivo o quietud, o sueño de potencias, que ya es oración mística, propia de la segunda agua y de las Cuartas Moradas.

Aunque Teresa dice que el Señor le enseñó este modo de orar, la verdad es que el Señor se sirvió principalmente de Francisco de Osuna en su Tercer Abecedario y de Bernardino de Laredo en Subida del Monte Sión.

Es importante para progresar en esta oración, aparte de esa mirada de fe durante la misma oración, ejercitarse en la vida activa y social por prestar en lo posible, la atención a Quien interiormente le habla, y buscar e intentar no estar mucho tiempo sin comunicarse con el Amigo.

Tal como hoy vivimos resulta muy difícil este diálogo trascendente. Lo dificultan el ritmo frenético de las actividades de cada día y la intromisión ruidosa, y muchas veces frívola, de los medios de comunicación en lo social, y en lo eclesial el error de que la oración se materializa en la apertura hacia los hermanos, que, después no resultan tan hermanos, sino trampolines, por fallar la caridad auténtica. Y se ven pronto las envidias, los celos, las rivalidades, la elección de los grupos con los que se simpatiza más, o que gratifican más, y todas las obras de la carne. Es decir, la oración «funcional», de que habla Juan Pablo II, no funciona, ni el compromiso incondicional de caridad hacia los demás, tiene consistencia.

Pero contra viento y marea, el que quiera construir sólidamente en sí y en la Iglesia, tiene que comenzar por aquí, si no quiere que se le rían los que contemplan que, queriendo edificar, no pudo terminar la torre, por no haber calculado qué era lo principal y qué precio había de pagar (Lc 14,30).

Capítulo 29

Prosigue ofreciendo medios eficaces para conseguir la oración de recogimiento. Aconseja estar desprendida del favor de los superiores.

1. Huid, por amor de Dios, hijas, de buscar la predilección de los superiores; procure cada una hacer lo que debe, que si el superior no se lo agradece, puede estar segura de que se lo pagará y agradecerá el Señor.

Obrad así, pues no hemos venido aquí a buscar premio en esta vida; tened siempre el pensamiento en lo que no se acaba, y no hagáis ningún caso de la paga de este mundo, que no dura, ni siquiera mientras vivimos; pues el superior hoy está bien con una, y mañana, si ve más virtud en ti, estará mejor contigo, y si no, poca importa.

No consintáis estos pensamientos, que a veces comienzan por poco y os pueden desasosegar mucho; apartadlos pensando que vuestro Reino no está aquí[xxxi] y que todo se acaba pronto[231].

2. Mas este remedio es poco fino e imperfecto. Lo mejor es que dure tu situación de verte sin apoyo y abatida, y que tú quieras estar así por el Señor que está contigo.

Pon los ojos en ti y mira dentro de ti, como he dicho[232]; encontrarás ahí a tu Maestro que no te faltará, y que cuanto más desconsolada estés en lo exterior, más te regalará.

Es muy piadoso, y nunca abandona a las personas afligidas y despreciadas, si confían solamente en Él. Así lo dice el salmista, que el Señor está con los afligidos[233]. O creéis esto, o no; si lo creéis, ¿por qué os torturáis?

3. ¡Oh Señor mío, si os conociéramos de veras, no se nos daría nada de nada, porque dais mucho a los que quieren fiarse de Vos del todo!

Creed, amigas, que es muy importante entender que esto es verdad, para ver que los favores de este mundo todos son mentira, si desvían un poco al alma de vivir su vida interior. ¡Oh, válgame Dios, quién os pudiera hacer entender esto! No yo, por cierto; pues sé que, debiendo entenderlo yo más que nadie, no acabo de entenderlo como lo debo entender.

4. Pues volviendo otra vez a lo que decía[234], quisiera yo saber explicar cómo está esta compañía santa de los santos con nuestro acompañante, Santo de los santos, sin impedir la soledad que el alma y su Esposo tienen[235], cuando ella quiere entrar en este paraíso con su Dios, cerrando la puerta a todo lo del mundo[236].

Digo que el alma quiere, porque habéis de entender que esto no es oración sobrenatural[237], y por eso está a nuestro alcance, y puede nuestra alma conseguir este recogimiento, con el favor de Dios, que sin éste no podemos hacer nada[238], ni siquiera tener un buen pensamiento[239]. Porque esto no es silencio de las potencias[240]; sino recogerse el alma en sí misma.

5. Esto se consigue de muchas maneras, como está escrito en algunos libros[241] que enseñan que para acercarnos interiormente a Dios, nos hemos de vaciar de todo, y procurar recogernos en nuestro interior, incluso en las mismas ocupaciones. Aunque este recogimiento y atención lo tengamos sólo un momento, este recuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es de gran provecho.

En fin, nos hemos de ir acostumbrando a gustar que no es necesario gritar para hablar a Su Majestad, porque Él se dará a sentir que está allí.

6. Así rezaremos vocalmente con mucho sosiego y con menos esfuerzo, porque, al poco tiempo de esforzarnos para estar con este Señor, nos entenderá por señas, de manera que, si habíamos de rezar muchas veces el Padrenuestro, con una sola vez nos entenderá.

Es muy amigo de aliviarnos el trabajo: aunque durante una hora solo recemos el Padrenuestro una vez, si entendemos que estamos con Él, y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos, y cuán de buena gana está con nosotros, no es amigo de que nos rompamos la cabeza hablándole mucho.

Por eso, hermanas, por amor del Señor, acostumbraos a rezar con este recogimiento el "Padrenuestro" y pronto veréis la ganancia. Porque este es un modo de orar cuyo hábito pronto se consigue... Sólo os ruego que lo probéis, aunque os cueste un poco de trabajo, que la falta de costumbre, lo da más. Mas yo os aseguro que antes de mucho tiempo, os causará consuelo ver que sin cansaros buscando a este santo Padre a quien pedís, lo encontraréis dentro de vos[242].

7. El Señor lo enseñe a las que no lo sabéis, que de mí os confieso que nunca supe rezar con satisfacción hasta que el Señor me enseñó este método; y siempre he encontrado mucho provecho con esta costumbre de orar con esta manera de recogimiento, por eso me he extendido tanto explicándolo.

Termino diciendo que quien lo quiera adquirir, pues como digo está en nuestra mano, no se canse de ejercitarse tal como lo he escrito[243], hasta conseguir incorporarlo como hábito, con lo cual se irá convirtiendo poco a poco en señor de sí mismo, no perdiendo en balde la vida de los sentidos, porque ganará la vida del espíritu[244] concentrando los sentidos en lo interior.

Si tiene que hablar con la gente, procure acordarse de que dentro de sí misma hay alguien con quien hablar; si tiene que oír, acuérdesese de escuchar a quien le habla más cerca que nadie. En fin, tenga cuidado de que puede, si quiere, no separarse de tan buena compañía, y sienta pena cuando durante mucho tiempo haya dejado a su Padre, pues está necesitada de Él. Acuérdesese de Él, si puede, muchas veces al día; si no puede, no lo deje, aunque sean pocas. Si se acostumbra a hablarle, saldrá ganando mucho, más pronto o más tarde. Cuando el Señor le de este recogimiento, no lo cambiaría por ningún tesoro.

8. Y como nada se aprende sin un poco de esfuerzo, por amor de Dios, hermanas, dad por bien empleado el cuidado que gastéis en esto; y yo sé que si os lo proponéis, en un año lo conseguireis, con el favor de Dios. Ya veis qué poco tiempo para tan gran ganancia como es poner buenos cimientos por si el Señor quiere elevaros a grandes mercedes, si os encuentra preparadas y cerca de Él. No consienta Su Majestad que nos apartemos de su presencia, amén.

Como vio su majestad que no podíamos santificar, ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar, como es justo, este santo nombre del Padre eterno, dado lo poquito que podemos nosotros, si no nos ayudaba su majestad dándonos acá su reino, por eso puso el buen Jesús una petición junto a la otra.

Me imagino a santa Teresa escribiendo este capítulo de Camino, acomplejada. No os extrañe la afirmación. Le han pedido que escriba sobre oración vocal. Ella misma quiere escribir sólo sobre oración vocal. Y lo está haciendo porque, además ya tiene escrito otro libro, su Vida, en que estudia la oración infusa y en él relata minuciosamente la evolución de su exuberante vida mística. No quiere escribir otro libro sobre este tema, que tiene ya tratado en el segundo nivel de oración, escrito cinco años antes. (Véase mi libro Cuatro Niveles de oración..., 55). Diez años más tarde escribirá sobre la oración de quietud en Cuartas Moradas. (En mi libro Las Moradas de santa Teresa leídas hoy, Comentarios, sitúo los tres tratados de la oración de quietud en los tres lugares paralelos de Vida, Camino y Moradas, págs. 89ss. A éstos deben añadirse Fundaciones, 6,1, que comenzó a escribir en 1573, y la primera relación al padre Rodrigo Álvarez, en 1575. En este libro, en que enseña sólo el camino ordinario de la perfección y a orar vocalmente, se ha propuesto no tocar el tema. Pero, a medida que va avanzando en la labor, se encuentra con que ha tenido que aconsejar y recomendar la oración de recogimiento. Si toca el tema, pues, es porque juzga que está aún en los límites del camino ordinario. Pero ella sabe que, si se avanza en el recogimiento voluntario, insensible y gradualmente éste conduce al pasivo, que ya es oración mística incipiente. Y sabe también que esta evolución, si va como ha de ir, es imparabile y, consiguientemente, al recogimiento infuso le va a seguir la oración de quietud. Y se ve cogida. Porque está faltando a su palabra de no hablar más que de oración vocal, para que no digan que trata de contemplación. Léase detenidamente el número 7 y se verá cómo razona el que en éste y en el capítulo siguiente, va a tratar de la oración de quietud, porque a muchas personas, rezando vocalmente, Dios les ha concedido subida contemplación. Es la táctica de esta mujer inteligente y razonadora, que no puede esquivar el estudio de la vida de oración en su proceso evolutivo. Pero es que lo pide también el Padrenuestro que está meditando. En este capítulo medita «Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino». No podemos santificar debidamente el nombre de Dios si no viene a nosotros su Reino. Sólo desde su Reino y en su Reino podemos hacerlo. Porque su Reino nos trae olvido del mundo, sosiego, gloria y paz perpetua, alegría propia y alegría de que se alegren todos, es decir, amor, gran satisfacción de todos y de que todos santifican, alaban y bendicen a Dios. La misma alma y todas, ya no saben más que amar, porque le conocen, y no pueden dejarlo de amar por eso. «Descansaremos libres y veremos; veremos y amaremos; amaremos y gozaremos», dice san Agustín. Para santificar a Dios como debemos, necesitamos que nos envíe su Reino. Y esto es la contemplación, la quietud, el ocio santo. Realmente la máxima promoción humana es la consecución del Reino. Si hablar de mística y de oración de quietud, suena a los oídos estragados de un mundo hedonista y pansexualizado a mojigatería, o a infantilismo, es debido a la falta de sensibilidad y a la rudeza que impera en esta sociedad decadente y corrompida a la que, a pesar de todo, Dios ama, y a la que hay que predicarle el evangelio y las bienaventuranzas. Y este es el mejor regalo que le podemos hacer. El mayor bien del descubrimiento de América, ha dicho Juan Pablo II en su viaje a Santo Domingo, es que os ha traído el evangelio. Una sociedad sin guerras y en paz, un mundo de hermanos, que no ha podido conseguir la locura-utopía del marxismo, la lograrán los santos que nos vayamos dejando santificar en este mundo. «Pedimos a

Dios santificar su nombre porque Él salva y santifica a toda la creación por medio de la santidad... Se trata del nombre que da la salvación al mundo perdido, pero nosotros pedimos que este nombre de Dios sea santificado en nosotros por nuestra vida. Porque si nosotros vivimos bien, el nombre divino es bendecido; pero si vivimos mal, es blasfemado, según las palabras del apóstol. Por tanto rogamos para merecer tener en nuestras almas tanta santidad como santo es el nombre de nuestro Dios» (san Pedro Crisólogo).

Capítulo 30

Es muy importante entender lo que se pide en la oración. Reflexión sobre las palabras: "Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino". Aplica estas peticiones a la oración de quietud y comienza a explicarla.

1. ¿Quién, por desequilibrado que sea, cuando pide algo a una persona importante, no tiene pensado cómo lo pedirá para agradarle y para no pedir con aspereza, y no piensa lo que le va a pedir, y para lo que le hace falta lo que le ha de dar, especialmente si pide algo importante, como lo que nos enseña que pidamos nuestro buen Jesús? Es cosa que hace pensar. ¿No hubierais podido, Señor mío, concluir con una palabra, diciendo: «dadnos, Padre, lo que nos conviene», pues a quien tan bien lo entiende todo, parece que no era menester más?

2. ¡Oh Sabiduría eterna! Para hablar Vos con vuestro Padre esto bastaba, pues así lo pedisteis en el huerto; le manifestas-teis vuestra voluntad y temor, y os abandonasteis a la suya[xxxii].

Mas a nosotros nos conocéis, Señor mío, y sabéis que no estamos tan rendidos como los estabais Vos a la voluntad de vuestro Padre y que era necesario que pidiéramos cosas importan-tes para que reflexionáramos si nos conviene lo que le vamos a pedir y, si no, que no lo pidamos.

Porque somos de tal manera que si no nos dan lo que queremos, haciendo uso de nuestra libertad, no aceptaremos lo que el Señor nos de; porque, aunque sea lo mejor, si no vemos el dinero en la mano, pensamos que nunca seremos ricos.

3. ¡Oh, válgame Dios!; cuánto hace tener dormida la fe para pedir y recibir, pues no acabamos de entender cuán cierto es el castigo y el premio también.

Por eso es bueno, hijas, que entendáis lo que pedís en el Padrenuestro, para que, si el Padre eterno os lo da, no se lo rehuséis; y por eso debéis pensar muy bien si os conviene, y si no, no lo pidáis. Por eso pedidle a Su Majestad que os de luz; porque estamos ciegos y con hastío que nos impide comer los manjares que nos han de dar vida, y con apetito de los que nos han de llevar a la muerte. ¡Y qué muerte tan peligrosa y tan para siempre!

4. Pues, dice el buen Jesús que digamos estas palabras en las que pedimos que venga a nosotros un Reino tal: «Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino»[245].

Ahora mirad, hijas, qué sabiduría tan grande la de nuestro Maestro. Considero yo aquí, y conviene que entendamos, lo que pedimos en este Reino. Pues como Su Majestad vio que no podíamos santificar, ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar este santo nombre del Padre, como es justo, dado lo poquito que podemos nosotros, si no nos ayudaba Su Majestad dándonos acá su Reino, puso el buen Jesús una petición junto a otra[246].

Para que entendamos, hijas, lo que pedimos, y lo que nos importa importunar y hacer lo que podamos por agradar al que nos lo tiene que dar, os quiero decir aquí lo que yo entiendo. Si no es de vuestro gusto, reflexionad vosotras por vuestra cuenta, que nuestro Maestro nos dará licencia para ello, con tal de que en todo nos sometamos a la fe de la Iglesia, y así lo hago yo aquí.

5. El gran bien que a mí me parece que hay en el reino del cielo, con otros muchos, es no hacer ya caso de nada de la tierra, estar todos penetrados de sosiego y de gloria, con un gran gozo y alegría de ver que todos están alegres, con una paz perenne, nadando en una gran satisfacción, proveniente de ver que todos santifican y alaban al Señor y bendicen su nombre, y de que nadie le ofende.

En el cielo todos le aman, y la misma alma no hace otra cosa más que amarle, y no puede dejar de amarle porque le conoce. Y, si le conociéramos, así le amaríamos en este mundo, aunque no con tanta perfección ni de manera permanente; ¡ah, si le conociéramos, le amaríamos de muy distinta manera de como le amamos!

6. Parece que voy a decir que hemos de ser ángeles para hacer esta petición y para rezar bien vocalmente. Bien lo quisiera nuestro divino Maestro, pues nos manda hacerle tan alta petición, y a buen seguro que no nos dice que pidamos cosas imposibles; pues es posible, con el favor de Dios, que el reino de Dios venga a un alma viviendo en este destierro, aunque no con la perfección con que lo gozan las que han sido libradas de esta cárcel, porque estamos navegando aún en el mar del mundo y caminamos por los caminos de la tierra; mas, hay algunos ratos, en los que el Señor, porque los ve que están cansados de caminar, los pone en sosiego de las potencias y en quietud del alma, con lo cual les hace vislumbrar por signos qué sabor tiene lo que el Señor da a los que Él lleva a su

Reino; y a quienes, como le pedimos, les da aquí el Reino, les da prendas para que por ellas tengan gran esperanza de que irán a gozar perpetuamente[247] lo que aquí les da a sorbos.

7. Si no me dijerais que hablando como estoy de oración vocal, entremezclo la contemplación, sería oportuno hablar un poco de inicio de pura contemplación, llamada oración de quietud por los que la gozan; mas como digo que trato de oración vocal, parece que no tiene nada que ver una clase de oración con la otra, y yo sé que sí que tiene. A pesar de eso, perdonadme que lo voy a decir, porque sé que muchas personas, rezando vocalmente, como he dicho[248], han sido elevadas por Dios, sin ellas saber cómo, a subida contemplación.

Conozco a una persona que nunca pudo hacer más que oración vocal, y asida a ésta lo tenía todo; y si no rezaba, se le iba el pensamiento tan perdido que no lo podía sufrir. Mas ¡ojalá nuestra oración mental fuera de la calidad de la de esta oración vocal! Rezando algunos Padrenuestros en honor de la Sangre que derramó el Señor y algún rezo más, permanecía algunas horas. Vino una vez a mí a decirme muy acongojada que no sabía hacer oración mental y que no podía tener contemplación, y que sólo rezaba vocalmente. Le pregunté qué rezaba; y vi que, asida al Padrenuestro, tenía pura contemplación y la elevaba el Señor uniéndola a Él en oración de unión; y bien se veía en su vida que recibía tan grandes mercedes, porque vivía muy entregada. Así que alabé al Señor y tuve envidia de su «oración vocal». Si esto es verdad —como lo es— no creáis los que sois enemigos de la contempla-ción que estáis libres de ser contemplativos, si rezáis las oraciones vocales como se deben rezar, teniendo limpieza de conciencia.

Prospección actual del capítulo 31

Está el alma como un niño que aún mama cuando está a los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, le echa la leche en la boca para regalarle.

Roto ya el fuego, se lanza a decirnos sus experiencias y las de tantas almas que le han confiado las suyas, de su oración de quietud. Caldeada divinamente el alma por ella, puede debidamente alabar, dar gracias, y santificar el nombre de Dios, y procurar que todos lo hagan. Pero, ¿qué es la oración de quietud? Es el gozo producido por un conocimiento de Dios y de lo sobrenatural que no proviene ni de la contemplación intramundana, ni de la experiencia psíquica, sino de

Dios. Sin razón aparente el contemplador comienza a recibir oleadas de amor y, por tanto, de gozo y de alegría, que él no puede decir ni por dónde le llegan, ni qué las causan. Es Dios actuando gratuitamente, misericordiosamente. Es su Santo Espíritu, alborozador y alborozante, exultante y quieto el que pacifica y fortalece al alma. El Espíritu ora en nosotros con gemidos inefables. Estos gemidos, aunque pueden ser penosos, ahora no lo son, sino gloriosos. Pero siempre, inefables. El hombre se siente muy cerca de Dios. No necesita hablar. Además no puede, o con mucha dificultad. Siempre dependiendo de la intensidad de la quietud. En este camino divino, como en toda vida, las cosas ocurren con lentitud y gradualmente. Del recogimiento activo al pasivo hay pasos insensibles e indiscernibles, por eso llega a pensar el contemplador que pierde el tiempo, porque no ve ni palpa sensible y visiblemente el fruto. No es controlable. Del recogimiento pasivo, donde comienza la vida mística, en la que Dios tiene la iniciativa, a la quietud, sólo Dios sabe lo que media, sólo Él tiene la palabra. «De este recogimiento procede algunas veces una quietud y paz interior muy regalada, en la que el alma está que le parece que no le falta nada, que aún el hablar le cansa, digo el rezar y el meditar; no querría más que amar. Dura rato y aún ratos». Así escribía Teresa al padre Rodrigo Álvarez.

En el recogimiento pasivo la unión con Dios se hace en el entendimiento. En la quietud Dios se une a la voluntad, quedando las otras potencias libres. Esta quietud produce una gran libertad de espíritu, engendra temor filial, sacando fuera el servil, y una gran confianza en la misericordia del Padre, inmensos deseos de extender su Reino, sin temor a los trabajos y a los sufrimientos inherentes a su crecimiento, una gran disponibilidad a la Voluntad de Dios, manifestada en las criaturas, los acontecimientos y sucesos y, sobre todo, a través de los enviados. Todo en un clima de verdadera y profunda humildad, nada fingida, de superación de los goces mundanos, y, brotando y creciendo por todo el jardín del alma, todas las flores de todas las virtudes. Es inconfundible el aroma de Cristo que despide a su alrededor y a distancia, la persona enriquecida con esta oración de quietud. Y la premonición es clarísima: si persevera verá grandes cosas, no irá sola al cielo. Por eso el enemigo ataca muy fuerte, previendo el daño que le va a causar. Si decae y retrocede, no sabe lo que pierde; aunque siempre el Señor guarda para ella, como que fue tan íntimamente suya, un delicado recuerdo y una gracia de conversión. Desde esta oración, a sus 24 años, convirtió Teresa al sacerdote de Becedas. El instrumento había sido el Tercer Abecedario de Osuna. Y multitud de conversiones y de santidad en muchas personas, en su tiempo y aún ahora, y hasta el día último, fueron fruto de esta oración de la Santa siempre en progreso.

Capítulo 31

Qué es oración de quietud[1]. Avisos para quienes la tienen.

1. Aún os quiero explicar la oración de quietud, como yo la he oído predicar, o como el Señor me la ha enseñado, quizá para que yo os la pueda enseñar a vosotras. En ella me parece que el Señor comienza a hacer notar que oye nuestra petición, pues ya comienza a «darnos su Reino" aquí, para que le alabemos y santifiquemos su nombre de veras y procuremos que todos lo hagan.

2. Esta oración ya es sobrenatural y no la podemos conseguir con nuestras fuerzas, por muchos esfuerzos que hagamos[xxxiiii]. Avisos para quienes la tienen.

1. Aún os quiero explicar la oración de quietud, como yo la he oído predicar, o como el Señor me la ha enseñado, quizá para que yo os la pueda enseñar a vosotras. En ella me parece que el Señor comienza a hacer notar que oye nuestra petición, pues ya comienza a «darnos su Reino" aquí, para que le alabemos y santifiquemos su nombre de veras y procuremos que todos lo hagan.

2. Esta oración ya es sobrenatural y no la podemos conseguir con nuestras fuerzas, por muchos esfuerzos que hagamos[249]; es un ponerse el alma en paz o, mejor dicho, ponerla en paz el Señor con su presencia, sosegando todas las potencias, como lo hizo con el justo Simeón[250].

Entiende el alma, con un conocimiento muy superior al de los sentidos corporales, que está ya tan junto a su Dios que, con un poquito más, llegará a estar hecha una misma cosa con Él por unión. Pero esto no lo ve con los ojos del cuerpo, ni con los del alma[251].

El justo Simeón tampoco veía en el niño pobrecito, más de lo que veían sus sentidos; por el modo como iba vestido, y la poca gente que iba en la procesión, más pronto podía juzgar que era hijo de gente pobre, que Hijo del Padre celestial; pero así se lo hizo el mismo Niño entender[252]. Y así lo entiende el alma en esta oración, aunque no con tanta claridad; porque ni ella entiende cómo lo entiende, sólo sabe que se siente en su Reino o, al menos, junto al rey que se lo ha de dar, y está con tanta humildad, que ni siquiera se atreve a pedir nada.

Viene a ser esta oración como un desmayo interior y exterior, en el que el cuerpo no quisiera moverse, pues está como quien casi ha llegado al fin del camino, y descansa para poder volver a caminar mejor, pues allí se le doblan las fuerzas para ello.

3. Se experimenta grandísimo deleite en el cuerpo y grande satisfacción en el alma. Está tan contenta sólo de verse junto a la fuente que, aún sin beber, ya está satisfecha; le parece que ya no hay más que desear; las potencias tan sosegadas, que no querrían bullirse; todo parece que le estorba a amar, aunque no tiene tan perdidas las potencias que no puedan pensar junto a quien están, pues las dos permanecen libres[253].

La que está cautiva en esta oración es la voluntad, y si alguna pena puede tener, es pensar que ha de volver a tener libertad. El entendimiento y la memoria sólo quisieran entender que están con Dios, porque ven que ahora sola esta noticia es necesaria y todo lo demás les estorba.

Querrían que el cuerpo no se moviera, porque les parece que si se mueve, perderán la paz que están gozando, y así no se atreven a moverse; les da pena hablar; y pasarán una hora diciendo una sola vez Padrenuestro.

Están tan cerca del Señor que ven que se entienden con Él por señas. Están en el palacio junto a su Rey y ven que ya les comienza a dar aquí «su Reino»; parece que no viven en el mundo, y no quisieran ver ni oír nada de él, sino sólo a su Dios; nada les da pena, ni parece se la ha de dar. En fin, mientras dura la oración de quietud, están tan embebidas y absortas por la satisfacción y deleite de que gozan, que no piensan desear nada más, y de buena gana dirían con san Pedro: «Señor, hagamos aquí tres moradas»[254].

4. Algunas veces en esta oración de quietud hace Dios otra merced muy difícil de entender, si no se tiene gran experiencia; pero si se tiene alguna experiencia, bien pronto advierte el que la recibe, que la está recibiendo, y le produce mucho consuelo saber qué es, y creo que muchas veces hace Dios esta merced junto con la oración de quietud.

Cuando es grande esta quietud y dura mucho tiempo, me parece que si la voluntad no estuviera asida a algo[255], no podría permanecer tanto en aquella paz. Porque acaece estar un día o dos sumergidos en esta satisfacción, sin que entendamos lo que nos ocurre, porque comprobamos que no estamos enteramente en lo que hacemos, como si nos faltara lo mejor de nosotros, que es la voluntad que, según creo, está unida con su Dios, mientras deja libres a las otras potencias para que puedan dedicarse a su servicio, para lo cual se encuentran con gran capacidad; en cambio se sienten torpes y a veces como embobadas para tratar asuntos temporales[256].

5. Esta es una gran merced que hace el Señor que unifica la vida activa y la contemplativa. En todo lo que hacen sirven al Señor a la vez contemplando y trabajando; porque la voluntad está en lo que hace sin saber cómo lo hace, y en su contempla-ción; la memoria y el entendimiento trabajan como Marta; y así Marta y María andan juntas[257].

Yo conozco a una persona a quien el Señor le daba esta oración muchas veces y, como no sabía lo que le pasaba, lo preguntó a un gran contemplativo, y le dijo que era muy posible y que a él también le acaecía[258]. Así que pienso que la razón de que el alma esté tan satisfecha en esta oración de quietud es que la voluntad está unida con quien sólo puede satisfacerla.

6. Me parece oportuno dar algunos avisos a las hermanas a quienes el Señor, por su bondad, ha concedido esta oración, que sé que son algunas:

El primero es que, como se ven con tanta alegría sin saber cómo les vino, aunque sí que comprenden que no lo han podido conseguir por sí mismas, sienten la tentación de creer que podrán retenerla, y para eso ni respirar quisieran.

Esto es una bobería, pues así como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos hacer que no anochezca; esto no es obra nuestra, sino sobrenatural, que nosotros no podemos adquirir. Lo que podemos hacer para que perdure esta merced es entender con claridad que no podemos ni ponerla ni quitarla, sino recibirla como indignísimos de merecerla, dando gracias con pocas palabras, alzando los ojos como el publicano[259].

7. Es bueno buscar mayor soledad para darle oportunidad al Señor y dejar a Su Majestad que obre como le plazca; y todo lo más, decir una palabra suave, de tiempo en tiempo, como quien da un soplo en una vela mortecina, para volverla a encender; mas, si está encendida, el soplo sólo sirve para apagarla. Digo que el soplo sea suave, para que no se distraiga la voluntad con las muchas razones que ordene el entendimiento.

8. Y anotad con mucho interés, amigas, este aviso que os voy a dar, porque muchas veces os veréis acobardadas sin saber qué hacer con las otras dos potencias[260]. Porque acaece estar el alma en grandísima quietud y la imaginación tan lejos, como si lo que está ocurriendo no fuera en su casa, en la que parece que está como huésped en casa ajena y por eso va buscando otras posadas para vivir, ya que no se siente a gusto en la suya, porque no sabe estar quieta.

Tal vez esto sólo a mí me ocurre, y no a los demás. Hablo por mí, que algunas veces deseo morirme, viendo que no puedo remediar esta inestabilidad de la imaginación. En cambio otras veces la misma imaginación se queda quieta en su casa y acompaña a la voluntad, y es una gloria cuando las tres potencias sintonizan; como dos casados que, si se aman, quiere uno lo que el otro quiere; mas si uno está mal casado, ya se sabe el desasosiego que hace pasar a su mujer. Por eso cuando está en esta oración de quietud, considere la voluntad a la imaginación como un loco[261]; porque si se la quiere atraer, forzosamente tendrá que trabajar y se inquietará[262]. Sólo logrará agitarse y nada ganará, al contrario, perderá lo que le da el Señor sin trabajo suyo.

9. Poned mucha atención a la comparación siguiente, que es muy apropiada: está el alma como un niño que aún mama cuando está a los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, para regalarle, le echa la leche en la boca. Así sucede en esta oración, en la que, sin que trabaje el entendimiento, está amando la voluntad, y quiere el Señor que, sin saber cómo, entienda el alma que está con Él, y que sólo tiene que tragar la leche que Su Majestad le pone en la boca, y se goce de gozarla; mas no quiera comprender cómo la goza y qué es lo que goza, sino despreocúpese de sí misma, que quien está junto a ella no se descuidará de ver lo que le conviene. Porque si la voluntad lucha con la imaginación para atraérsela[263], a fin de que participe de lo que ella recibe, no podrá con todo; necesariamente dejará caer la leche de la boca y perderá aquel sustento divino.

10. En esto se diferencia la oración de quietud de la de unión de toda el alma con Dios, en que en ésta ni siquiera se da a tragar el alimento, porque sin saber cómo, lo pone el Señor dentro del alma.

En la oración de quietud, en cambio, quiere que el alma trabaje un poquito, aunque es un trabajo con tanto descanso, que casi no se siente. Únicamente tiene que soportar el tormento de la imaginación; lo que no ocurre en la oración de unión de las tres potencias, porque las suspende el que las crió; con el gozo que les da, las llena, sin que ellas sepan cómo, y sin que lo puedan entender.

Cuando el alma sienta que tiene esta oración de quietud, que produce un contento quieto y grande en la voluntad, sin que se pueda definir su causa determinante, aunque se percibe un bien diferentísimo de los contenidos de este mundo, pues, aunque fuera el amo del mundo y de todos sus deleites no sentiría la persona aquella satisfacción en su interior, pues los contenidos de la vida me parece que los goza la parte exterior de la voluntad, como si los experimentara en la corteza; pues cuando se vea la persona en este tan excelente grado de oración, que claramente es oración sobrenatural, si la imaginación se le va a los desatinos del mundo, ríase de ella, y déjela por loca, y permanezca en su quietud, que ella irá y volverá[264]; porque en esta oración la voluntad es señora poderosa, y ella se atraerá la imaginación, sin que vosotras os preocupéis. Y si quiere traerla a la fuerza, perderá la fortaleza para luchar contra la imaginación, que recibe por comer y por acoger el divino sustento que le trae la quietud, y ni la voluntad ni la imaginación ganarán, sino que las dos saldrán perdiendo. Porque dicen que quien mucho quiere apretar, lo pierde todo; así me parece que ocurrirá aquí.

Como quien enseña esto es la experiencia, no me extraña que a quien no tenga experiencia de quietud todo esto le parezca muy oscuro e innecesario; mas ya he dicho que, por poca experiencia que se tenga, se entenderá y se podrá aprovechar de esta doctrina, y alabará al Señor que ha querido que se haya acertado a escribir aquí.

11. Ahora pues, terminemos diciendo que cuando el alma ha recibido esta oración, ya parece que el Padre eterno le ha concedido su petición de darle su Reino en esta vida. ¡Oh, dichoso ruego con el que, sin darnos cuenta, pedimos tanto bien! ¡Dichosa manera de pedir!

Por eso quiero yo, hermanas, que examinemos cómo rezamos esta oración del Padrenuestro y todas las oraciones vocales; porque habiéndonos hecho Dios esta merced de la oración de quietud, debemos despreocuparnos de las cosas del mundo, porque cuando llega el Señor del mundo, todo lo echa fuera.

No digo que todos los que tengan esta oración necesariamente estén totalmente desprendidos del mundo; por eso quisiera que al menos se dieran cuenta de lo que les falta, para que se humillen y procuren ir desprendiéndose del todo del mundo, porque si no, se quedarán aquí[265]. Pues cuando Dios da tales prendas a un alma es señal de que la quiere para mucho: si no es por su culpa, irá muy adelante[266].

Mas si ve que después de ponerle el reino del cielo en su casa vuelve otra vez a la tierra, no sólo no le manifestará el Reino, sino que le dará esta oración de quietud pocas veces y por poco tiempo.

12. Ya puede ser que yo me engañe en esto, mas así lo veo y así se que pasa, y creo que por esta razón no hay muchos más espirituales; porque como no

corresponden en su entrega conforme a tan gran merced, disponiéndose para recibirla de nuevo, sino que le quitan de las manos al Señor la voluntad que ya le habían entregado, poniéndola en cosas bajas, se va el Señor a buscar a quien le quiera dar más, aunque no quita del todo lo que ya ha dado cuando se vive con limpia conciencia.

Mas hay personas, y yo he sido una de ellas, a quienes el Señor les entenece y les da inspiraciones santas y luz para que vean lo que es todo, y en fin, que el Señor les da este Reino y les regala esta oración de quietud, y ellas se hacen las sordas.

Porque son tan amigas de hablar y de rezar muchas oraciones vocales que tienen que rezar muy de prisa para acabar pronto, porque las tienen que rezar cada día, y, que aunque el Señor les ponga su Reino en las manos, no lo aceptan; porque creen que lo que ellas rezan es mejor, con lo cual distraen de la oración de quietud.

13. No hagáis esto, hermanas, sino estad alerta cuando el Señor os haga esta merced. Mirad que podéis perder un gran tesoro, y que hacéis mucho más diciendo una palabra del Padre nuestro de cuando en cuando, que rezándolo muchas veces de prisa.

Está muy cerca a quien pedís, no os dejará de oír; y creed que en esta oración está el verdadero alabar y santificar su nombre, porque glorificáis al Señor y le alabáis con más amor y deseo, y ya parece que no podáis dejar de servirle, como personas de su casa.

Prospección actual del capítulo 32

Todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al creador y a poner nuestra voluntad en la suya.

Estamos llegando a la cumbre de Camino. Venimos caminando con Teresa por un sendero estrecho y largo, recorrido por ella y enseñado por ella a sus hermanas, hijas. Sabía dónde las llevaba, sabe adónde nos conduce. Este podría ser el punto final de su camino, el más central e importante, pero le queda algo que decir. Sigamos que será todo provechoso. Dicen por ahí que el órgano más sensible del hombre es la cartera. Y no es verdad. Más difícil que dar es darse. Dar la persona. La cartera se puede entregar por compromiso, o a la brava. La persona, no. Sólo con voluntad se da la voluntad. Y sólo la voluntad entregada, capacita para que Dios se entregue en plenitud al alma. Teresa lo sabe y por

eso, fundamenta en ello su teología y su espiritua-lidad. Ella sabe que nos amamos mucho, que no perdemos con facilidad nuestros derechos, que siempre nos reservamos algún rincón para nuestros gustos y veleidades, que hacemos sisa en los dos o en los cinco talentos: tres para ti, dos para mí. Y así no nos salen las cuentas. Si quieres venir al Todo, has de darte del todo en todo.

Sin embargo el progreso en el camino hacia la fuente está condicionado a nuestra entrega. La fuente de agua viva es la contemplación. Y la contemplación está ya incluida en la oración de quietud. Pero ésta tiene sus grados, y su mayor intensidad va vinculada, necesariamente, a la mayor entrega de la persona. A donación mayor de la persona corresponde mayor entrega de Dios. Habrá tanta unión cuanto despojo. Se menosprecia a Dios cuando no se opta por Él sólo, sino que se pretende acumular. Y los ídolos no pueden cohabitar con Dios. Mejor dicho, Dios no puede cohabitar con los ídolos, porque la ley de los contrarios impide la coexistencia. Santa Teresa en su libro tiene la intención totalitaria de convencernos y decidirnos a entregar nuestra persona. Y nos presenta delante a Cristo. Cristo se entregó totalmente al Padre. Sin poner condiciones. Cuando puso una, la sometió de inmediato a la voluntad del Padre. Y lo que el Padre le estaba pidiendo era muy fuerte. «En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: "He aquí que yo vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad». Sólo Jesús puede decir: "Yo hago siempre lo que le agrada a Él". En la oración de su agonía, acoge totalmente esta Voluntad: "No se haga mi voluntad sino la tuya". He aquí por qué Jesús "se entregó a sí mismo por nuestros pecados según la voluntad de Dios"» (Catecismo de la Iglesia Católica 2824). Pero el amor de Cristo al Padre y a sus hermanos era más fuerte. Y por eso cumplió la voluntad del Padre y salvó a los hermanos, y el Padre lo resucitó y lo exaltó dándole un nombre sobre todo nombre. Y eso queda eternamente. El dolor, la infamia, el desconsuelo, la traición, la aniquilación, han pasado.

«Si alguno cumple la voluntad de Dios, a ese le escucha» (Jn 9,31). Tal es el poder de la oración de la Iglesia en el nombre de su Señor, sobre todo en la eucaristía; es comunión de intercesión con la Santísima Madre de Dios y con todos los santos que han sido agradables al Señor por no haber querido más que su voluntad: Incluso podemos, sin herir la verdad, cambiar estas palabras: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo», por estas otras: en la Iglesia como en nuestro Señor Jesucristo; en la esposa que le ha sido desposada, como en el Esposo que ha cumplido la voluntad del Padre (San Agustín) (o.c. 2827).

Es preciso dilatar el horizonte, dejar que el Espíritu haga estallar la losa del sepulcro de nuestro corazón donde tenemos enterrado a Lázaro, para que salga vivo y luchador el Cristo resucitado, la persona transfigurada.

Cristo nos ha enseñado a pedir «venga a nosotros tu Reino», para que podamos pedir y cumplir que «se haga su voluntad», la del Padre, que es que lleguemos a beber en la fuente de agua viva.

Analiza las siguientes palabras del padrenuestro: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Mucho hace quien dice estas palabras con toda determinación. El Señor se lo paga muy bien.

1. Ahora que nuestro buen Maestro nos ha pedido y nos ha enseñado a pedir cosa de tanto valor como el Reino, que encierra en sí todo lo que en este mundo podemos desear, y nos ha recordado el gran regalo que nos ha hecho de ser hermanos suyos, veamos qué es lo que quiere que le demos a su Padre, y qué es lo que Él le ofrece en nombre nuestro y qué es lo que nos pide, pues es de razón que le paguemos de alguna manera tan grandes mercedes.

¡Oh buen Jesús! tampoco es poco lo que le dais al Padre de parte nuestra, pues, aunque es tan poca cosa en comparación de lo que le debemos y de lo que merece tan gran Señor, en verdad que nos dejáis sin nada, pues si damos nuestra voluntad, ya no podemos darle más, si lo damos como le decimos que lo damos.

2. «Que se cumpla tu voluntad en la tierra, como se cumple en el cielo»[xxxiv].

Hicisteis bien, buen Maestro nuestro, haciendo la petición anterior, «venga a nosotros tu Reino», para que podamos entregar lo que dais al Padre en nuestro nombre, que es nuestra voluntad; porque si no hubiéramos recibido el Reino, sería imposible darle la voluntad[267].

Mas, al habernos dado el Padre el Reino acá, como Vos le habéis pedido, estoy segura de que conseguiremos que hayáis dicho la verdad al ofrecerle en nuestro nombre nuestra voluntad; porque convertida la tierra en cielo, será posible que se cumpla en mí vuestra voluntad.

Mas sin esta conversión, Señor, no sé cómo sería posible cumplir vuestra voluntad en tierra tan ruin y tan estéril como la mía. Es gran cosa lo que ofrecéis, cuando ofrecéis al Padre nuestra voluntad para cumplir la suya.

3. Cuando yo pienso esto, me río de las personas que no se atreven a pedir trabajos al Señor, porque creen que en seguida les van a llover las cruces.

No hablo de los que no se atreven a pedirlos por humildad, porque se ven incapaces de sufrirlos; aunque estoy segura de que quien les da amor para pedir sufrimientos para manifestar con tanta aspereza el amor, les dará amor para sufrirlos.

Quisiera preguntar a los que no piden sufrimientos por temor de que se los den, qué es lo que dicen cuando suplican al Señor que cumpla en ellos su

voluntad. Quizá lo dicen por decir lo que dicen todos, mas no para cumplirlo. Esto, hermanas, no está bien.

Mirad que en este asunto se presenta el buen Jesús como embajador nuestro, pues ha querido intervenir entre nosotros y su Padre, muy a costa suya; y no sería justo que no cumpliéramos lo que Él ha ofrecido en nuestro nombre. Será mejor que no lo digamos.

4. Quiero ahora seguir otro camino. Mirad, hijas, la voluntad de Dios se ha de cumplir en el cielo y en la tierra, queramos o no queramos; pues, creedme y seguid mi parecer, y haced de la necesidad virtud.

¡Oh Señor mío, qué gran regalo es éste para mí, que no hayáis dejado en un querer tan ruin como el mío que se cumpla vuestra voluntad! Bendito seáis por siempre y que os alaben todas las criaturas. Sea glorificado vuestro nombre por siempre.

¡Buena estaría yo, Señor, si estuviera en mis manos cumplir vuestra voluntad o no! Ahora os doy libremente la mía, aunque no os la entrego con desinterés, pues ya tengo experiencia de la ganancia que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra.

¡Oh amigas, qué gran ganancia hay en esto, y qué gran pérdida en no cumplir lo que le decimos al Señor en el Padrenuestro cuando le ofrecemos nuestra voluntad!

5. Antes de deciros lo que se gana, os quiero declarar lo mucho que ofrecéis, para que no vayáis engañadas y digáis después que no lo habíais entendido.

No seamos como algunas religiosas que sólo sabemos prometer y, como no lo cumplimos, damos la excusa de que no sabíamos lo que prometíamos. Y ya puede ser, porque parece muy fácil decir que abandonamos nuestra voluntad en manos de otra, hasta que llega la prueba, pues entonces se palpa que es lo más difícil que se puede hacer, si se cumple la palabra como se debe cumplir[268]. Aunque los superiores, cuando ven nuestra debilidad, no siempre nos llevan con rigor; pero a veces, a fuertes y a débiles exigen lo mismo. El Señor no procede así, porque sabe lo que cada uno puede sufrir, y al que ve que tiene fuerza, no se detiene en cumplir en él su voluntad.

6. Os quiero avisar y recordar cuál es su voluntad. No tengáis miedo que sea de daros riquezas, ni placeres, ni honores, ni todas estas cosas de este mundo; no os quiere tan poco y aprecia mucho lo que le dais y os lo quiere pagar bien, pues os da su Reino, aún en esta vida. ¿Queréis ver cómo trata a los que le dicen de veras «hágase tu voluntad»?

Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo en la oración del huerto[269]. Como se lo dijo con decisión y con toda su voluntad, mirad qué bien la cumplió en Él con los trabajos y dolores e injurias y persecuciones que le dio; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz.

7. Pues ahí podéis ver, hijas, lo que dio a quien más amaba, de donde se deduce cuál es su voluntad. Así que estos son sus dones en este mundo. Da conforme al amor que nos tiene: a quienes ama más, da más de estos dones; a quienes ama menos, da menos, y de acuerdo con el ánimo que ve en cada uno y el amor que tiene a Su Majestad. Al que le ama mucho ve que puede padecer mucho por Él; al que le ama poco, ve que puede padecer poco: Tengo para mí que la medida del poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor. Así que, hermanas, si tenéis amor, procurad que no sean palabras de cumplimiento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que Su Majestad quiera. Porque si dais la voluntad de otra manera, es como si enseñarais la joya y la fuerais a dar, y pidierais que os la reciban; pero cuando extienden la mano para cogerla, volvierais vos a guardarla muy bien.

8. No son éstas burlas para quien le hicieron tantas por nosotros[270]; aunque no hubiera más razones, no tenemos derecho de burlarnos tantas veces ya, pues no son pocas las que le decimos en el Padrenuestro: «Hágase tu voluntad». Démosle ya del todo de una vez la joya, pues tantas veces hemos comenzado a dársela; pues, ¿no es verdad que Él nos la da primero para que se la podamos dar? ¡Oh, válgame Dios! ¡Cómo se le nota a mi buen Jesús que nos conoce! Pues no dijo al principio, cuando aún no nos había pagado este pequeño servicio, ni entendíamos la gran ganancia que quiere el Señor que ganemos, pues aún en esta vida nos comienza a pagar, que le diéramos la voluntad al Señor, sino cuando ya nos lo había pagado bien[271].

Harto harán los del mundo con tener de verdad intención de cumplirla. Pero vosotras, hijas, diciendo y haciendo, palabras y obras, como en realidad parece que hacemos los religiosos; pero a veces, no sólo prometemos darle la joya, sino que se la ponemos en la mano y se la volvemos a quitar. Somos generosos de momento, y después tan tacaños, que valdría más que no la hubiéramos dado con tanta rapidez.

9. Porque todo lo que he escrito en este libro va dirigido a entregarnos del todo al Creador, y a dejar nuestra voluntad en la suya y a desprendernos de las criaturas, y ya sabéis lo importante que es esto, no insisto más en ello; tan sólo diré por qué razón dice nuestro buen Maestro estas palabras, como quien sabe lo mucho que ganaremos si hacemos este servicio a su eterno Padre. Para que nos dispongamos con mucha rapidez a llegar a la meta de este camino a beber del agua viva de la fuente dicha[272]. Porque el Señor nunca deja beber el agua hasta que no le hemos entregado del todo nuestra voluntad, para que cumpla en nosotros la suya. Y esto es contemplación perfecta, que es lo que me pedisteis que os escribiera.

10. Y en la contemplación perfecta, como ya he escrito[273], no podemos hacer nada nosotros, ni podemos conseguirla trabajando, ni negociando, ni haciendo nada más; más bien todo estorba e impide decir «hágase tu voluntad»: cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, queráis; si queréis con trabajos, dadme fuerza y vengan; si con persecuciones y enfermedades y deshonras y pobrezas, aquí estoy, no volveré el rostro, Padre mío, ni es justo que vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo os dio

en nombre de todos nuestra voluntad, no os falte la mía; pero hacedme merced de darme vuestro Reino para que yo la pueda cumplir, pues Él me lo pidió, y disponed de mí como de cosa vuestra conforme a vuestra voluntad[274].

11. ¡Oh hermanas mías, qué fuerza tiene esta entrega! Si se hace con la determinación debida, se une el Todopoderoso con nuestra pequeñez y nos transforma en Él, y consigue la unión del Creador con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas y si tenéis buen Maestro, que, como sabe cómo ha de ganar la voluntad de su Padre, nos enseña cómo le hemos de servir.

12. Y a medida que las obras van demostrando mejor, que lo que le hemos ofrecido no son palabras de cumplimiento, más y más se nos une el Señor y nos levanta sobre todo lo del mundo, y sobre nosotros mismos para disponernos a recibir grandes mercedes, pues no acaba de pagar en esta vida este servicio. Tanto lo aprecia, que ni nosotros sabemos ya qué pedir, ni Su Majestad se cansa nunca de dar.

Porque no contento con haberse unido al alma, comienza a regalarse con ella, a descubrirle secretos, a regocijarse de que ella se de cuenta de lo que ha crecido, y de que conozca algo de lo que Él le tiene que dar.

Le va amorteciendo los sentidos exteriores para que se quede vacía, lo cual ya es arrobamiento. Y comienza a tratarla con tanta intimidad, que no sólo le devuelve la voluntad, que ella le había entregado, sino que le da la suya con ella; porque se goza el Señor de que a veces mande el alma cumpliendo Él lo que ella le pide, como ella cumple lo que Él le manda, y mucho mejor de lo que ella le pide, porque es poderoso y puede todo lo que quiere y siempre quiere.

13. La pobre alma, aunque quiera, no puede hacer lo que quisiera, ni puede hacer nada si no se lo dan hecho; y ésta es su mayor riqueza: quedar más empeñada con Dios cuanto más le sirve, y muchas veces siente la fatiga de estar condicionada por tantos inconvenientes y dificultades y ataduras propias del vivir en la cárcel de su cuerpo, porque quisiera pagarle a Dios algo de lo mucho que le debe. Y es bien boba de sufrir por esto; porque, aunque haga todo lo que puede, ¿qué podemos pagar los que no tenemos nada que ofrecer, más que reconocer nuestra pequeñez, y hacer cumplidamente lo que está en nuestra mano, que es entregar nuestra voluntad? Al alma que ha llegado a este estado, todo lo que no sea humildad, la detiene y le hace daño, más que provecho, porque sola la humildad es la que puede algo; y ésta, no adquirida por el entendimiento, sino con una clara verdad infusa que le hace comprender en un momento lo que en mucho tiempo no hubiera podido alcanzar imaginando lo muy nada que somos nosotros, y lo muy mucho que es Dios.

14. Una advertencia os hago: que no creáis que podréis llegar aquí por vuestras fuerzas y por vuestras diligencias, pues os supera la gracia; muy al contrario, porque si teníais devoción, por el esfuerzo que hacéis os quedaréis frías; sólo con simplicidad y humildad, que ellas son las que lo arreglan todo, decir «hágase tu voluntad».

Prospección actual del capítulo 33

Habiendo visto el buen Jesús nuestra necesidad, buscó un medio admirable en el que nos manifestó el amor extremado que nos tiene.

No es fácil cumplir siempre y cabalmente la voluntad de Dios. Por eso muchas veces la queremos ignorar. Es difícil, porque nos está exigiendo una conversión y renovación constante: en lo personal y en lo comunitario, en lo social y en lo eclesial. Caridad y justicia, pobreza y disponibilidad, grandes defectos o pequeñas faltas, todo lo escruta y lo exige limpio la voluntad de Dios. Difícil para nosotros, caídos y dañados; pero no estamos caminando solos, tenemos compañía, tenemos alimento, tenemos médico, tenemos medicina. Todo está previsto por el amor de Cristo que, como amoroso hermano, lo ha negociado con el Padre. Vivió, predicó, se compadeció, curó, enseñó, padeció, murió y, antes de morir, inventó un sacramento que sólo podía inventar Dios: la eucaristía, el memorial vivo de su pasión, muerte y resurrección. «Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico, de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura» (LG 47) No hay mayor prueba de amor que morir por el amado. ¿Qué pensar de la prueba de amor de repetir su muerte todos los días, todas las horas, en todos los lugares del planeta hasta que el mundo se acabe? Es para volverse locos, si meditáramos a fondo y, sobre todo, si el Espíritu viniera en nuestro socorro e iluminara nuestras torpes inteligencias, nuestros fríos y duros corazones.

No podríamos recorrer el camino con perseverancia, no tendríamos coraje para luchar contra nuestros enemigos, no nos levantaríamos de nuestras depresiones y caídas, no podríamos permanecer fieles al amor de Cristo... si nouviéramos a nuestro alcance el pan de la eucaristía que «contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo» (PO 5). Él nos nutre, nos alegra, nos consuela, nos fortalece y nos mantiene en la amistad del Amigo, al que queremos seguir hasta la cumbre del Calvario, siempre con la vida de Dios renovada cada día con la comunión del cuerpo y de la sangre de Jesús.

La contemplación nos conduce a una reforma de vida y a una conversión permanente. Seríamos incapaces de seguir en la brecha sin la comida y sin la

compañía de Dios, y sin su medicina. Por eso Jesús consiguió del amor de su Padre que le consintiera quedarse con nosotros. ¿Pudo hacer más por nosotros? ¿Cómo no le hemos de amar? «La eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos...» (San Agustín).

La Revelación de Dios sólo se completa con la de su debilidad, humillación y muerte en la eucaristía y en la cruz. Es la revelación del Amor. Dios es amor. Cae y se hunde con nosotros para buscarnos. No sólo es médico, se hace también enfermo, ciego, leproso, sordo y mudo. Baja hasta nuestro nivel.

Capítulo 33

Tenemos gran necesidad de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del padrenuestro: «Danos hoy nuestro pan de cada día».

1. Pues entendiendo el buen Jesús lo difícil que es entregar nuestra propia voluntad a Dios como Él ha ofrecido al Padre en nuestro nombre en la petición anterior, y que muchas veces damos a entender que no comprendemos cual es la voluntad del Señor porque somos débiles y Él tan piadoso, vio que hacía falta un medio que nos fortaleciera para cumplir la voluntad de Dios, ya que nos conviene cumplirla porque en ello está toda nuestra ganancia.

Vio que era difícil cumplir lo ofrecido, porque si se le dice a un rico sibarita que es voluntad de Dios que tenga cuenta de moderar su plato, para que otros que mueren de hambre puedan comer pan al menos, dará mil razones para demostrar que no lo entiende, y poder seguir haciendo su capricho. Y si se le dice a un murmurador que es voluntad de Dios que quiera para su prójimo lo mismo que para sí, no tiene paciencia para soportarlo, ni habrá razones suficientes que se lo hagan entender. Y si se le dice a un religioso que está acostumbrado a vivir libremente y a su gusto, que ha de dar ejemplo y ha de vivir lo que ha jurado y prometido, y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y que si da escándalo, aunque no los quebrante del todo, peca contra ellos, y, que pues ha prometido pobreza, que la guarde sin rodeos, que eso es lo que el Señor quiere, y no hay manera de que lo quieran oír algunos, ¿qué ocurriría si el Señor no hubiera hecho lo más dándonos el pan de la eucaristía? Serían muy poquitos los que cumplirían esa petición que en nuestro nombre dirigió el Padre de «hágase tu voluntad»[xxxv].

Pues habiendo visto el buen Jesús la necesidad de los hombres, buscó un medio admirable en el que nos manifestó el extremado amor que nos tiene[275], y en su nombre y en el de sus hermanos, hizo esta petición: «Danos hoy nuestro pan de cada día, Señor».

Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello, y tened en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir.

2. Paréceme ahora a mí, salvo otro mejor parecer, que habiendo visto el buen Jesús que había dado al Padre nuestra voluntad en nombre nuestro, y que nos interesa mucho dársela, y que es muy difícil mantener lo ofrecido, por ser nosotros tales y tan inclinados a cosas bajas, y con tan poco amor y ánimo, por que necesitábamos ver el suyo para despertarnos, y no sólo una vez, sino cada día, por eso se decidió a quedarse con nosotros.

Y como el asunto era tan grave y de tanta importancia, quiso que viniese la decisión de la mano del eterno Padre[276]. Porque, aunque son una misma naturaleza y Jesús sabía que lo que Él hiciera en la tierra lo haría Dios en el cielo y lo tendría por bueno, pues su voluntad y la de su Padre son una, es tanta la humildad del buen Jesús, que quiso pedir licencia, porque ya sabía que era amado por el Padre y que se deleitaba en Él[277]. Había entendido bien que era mayor sacrificio pedir quedarse con nosotros que pedir la muerte que le habían de dar, y las deshonras que había de padecer, pues ya las conocía.

3. Pues ¿habrá algún padre, Señor, que habiéndonos dado a su hijo, y habiéndolo tratado tan mal quisiera consentir que se quedara con nosotros cada día a padecer? Seguramente ninguno,

Señor, más que el vuestro: bien sabéis a quien pedís[278].

¡Oh, válgame Dios, qué gran amor del Hijo, y qué gran amor del Padre! Aún no me espanto tanto del amor del buen Jesús, porque, como ya había dicho «hágase tu voluntad», la había de cumplir como quien es. ¡Sí, que no es como nosotros! Pues como sabe que cumple la voluntad del Padre amándonos como a Sí mismo, iba buscando el modo de cumplir con mayor plenitud el mandamiento del amor, aunque fuera a costa suya[279].

Mas Vos, Padre eterno, ¿cómo lo consentisteis? ¿Por qué queréis ver cada día en tan ruines manos a vuestro Hijo? Una vez que quisisteis y consentisteis que estuviese en tales manos, ya veis cómo lo dejaron. ¿Cómo puede vuestra piedad ver que cada día le hagan injurias? ¡Y cuántas se deben de hacer hoy a este Santísimo Sacramento! ¡En cuántas manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Cuántos desacatos causados por estos herejes!

4. ¡Oh Señor eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición? ¿Cómo la consentís? No miréis el amor de vuestro Hijo, que a cambio de hacer cumplidamente vuestra voluntad y de servirnos a nosotros, se dejará hacer pedazos cada día. Vos lo habéis de mirar, Señor mío, ya que a vuestro Hijo no se le pone ninguna dificultad por delante que no pase por ella, y ¿por qué todo nuestro bien ha de venirnos a costa suya? ¿Porque calla a todo y no sabe hablar en su favor sino en

el nuestro? Pues ¿no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero? Dadme licencia, Señor, para que hable yo, ya que Vos quisisteis dejar a vuestro Hijo en nuestras manos, y permitidme que os suplique en su favor, ya que tan de veras os obedeció y con tanto amor se nos dio[280].

He observado que sólo en esta petición duplica las palabras, porque primero dice y pide que nos deis nuestro pan de cada día, y después repite «dánosle hoy, Señor». Pone también delante a su Padre, como diciéndole que, ya que una vez nos lo dio para que muriera por nosotros, pues que ya es nuestro, que no nos lo quite hasta que se acabe el mundo, y que deje que nos sirva aquí cada día. Que esto os enternezca el corazón, hijas mías, para amar a vuestro Esposo, pues no hay esclavo que de buena gana diga que lo es, y el buen Jesús parece que se honra en ello.

5. ¡Oh Padre eterno! ¡Cuánto merece esta humildad de vuestro Hijo! ¿Con qué tesoro podemos comprar a vuestro Hijo? Venderle ya sabemos que por treinta dineros[281]; mas para comprarlo ningún precio es suficiente. Como se hace uno con nosotros por nuestra naturaleza humana y como es señor de su voluntad, le recuerda al Padre que, como es suya, nos la puede dar; y por eso dice «el pan nuestro». No hace diferencia entre Él y nosotros, somos nosotros quienes la hacemos de Él para no entregarnos cada día a Su Majestad. No nos separemos de Él, pues, porque uniendo nuestra oración a la suya tendría mérito ante Dios para alcanzar lo que pedimos[282].

Prospección actual del capítulo 34

Mas si no hacemos caso de Él, sino que apenas lo hemos recibido nos separamos de Él y nos vamos a buscar otras cosas inferiores, ¿qué ha de hacer?

Con la agudeza con que ven los místicos las realidades, se detiene Teresa en el misterio de la eucaristía y le dedica otros dos capítulos, el siguiente y el 35, que, con el 33, forman un opúsculo-tratado de la eucaristía. Porque ella es el corazón de la Iglesia, el centro y culminación de la santificación, cuya recepción nos hace participar realmente del Cuerpo del Señor y nos eleva a la comunión con Él y con los hermanos: «Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos del mismo pan» (1Cor 10,17) (LG 17). Insiste, como veremos leyendo atentamente el capítulo, en la acción de gracias

eucarística, para la que recomienda el ejercicio de las virtudes teologales, y exhorta a no desaprovechar el tiempo en que sacramentalmente está en nosotros el Señor. Los autores espirituales señalan este momento como el más santificante de nuestra jornada, la práctica de piedad más importante y, por consiguiente, hay que consagrarle los mejores cuidados. Garrigou Lagrange aporta el caso de una persona a quien le parece muy corto el tiempo dedicado por la comunidad a la acción de gracias.

Contrasta hoy la frecuencia de comuniones con la poca entrega de los cristianos, puesta en evidencia en la escasez de vocaciones y en la poca coherencia en la práctica de las virtudes evangélicas. Pero también es visible el tiempo tan escaso que se dedica a la acción de gracias después de la comunión. «Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles en la fe, y mueren muchos» (1Cor 11,30). Así como el manjar físico no produce su incorporación sólo por su masticación, sino que es necesaria su absorción y asimilación, la eucaristía no produce sus efectos divinos de cristificación, deificación y trinitación, sino por su atento y cristiano detenimiento en la sobremesa eucarística. En la comida con que alimentamos la vida biológica el corte de digestión es muy peligroso. En la comida eucarística el corte de digestión ocurre cuando se interrumpe la acción de gracias sin haber aprovechado aquel momento precioso de la visita y presencia de Cristo. ¿Quién recibirá a un personaje en su casa y lo dejará solo en la sala de visitas, con una revista a mano para que se entretenga? No se concibe esta incorrección. Sin embargo hoy se dice, ¿dar gracias de dar gracias? Pues sí, es necesario dar gracias porque hemos podido dar gracias, es decir, porque el Señor ha venido a visitarnos y a enriquecernos en la eucaristía. «Muchas almas de vida interior nos han manifestado el dolor que sentían al ver salir en tropel a la mayoría de los fieles inmediatamente después de la misa en que habían comulgado. Si esto continúa así, habrá muchas comuniones, pero pocos verdaderos comulgantes», ha escrito el padre Garrigou-Lagrange.

«El decaimiento se debe también al descrédito doctrinario de que ha sido objeto la poscomunión personal por liturgistas aberrantes, secundados por comportamientos pastorales de rechazo y hasta de prohibición», ha escrito Llamera. Pero esto viene de lejos. En la *Mediator dei*, ya Pío XII, amonestaba: «Se alejan del recto camino de la verdad, los que ateniéndose más a la palabra que al sentido, afirman y enseñan que, acabado el Sacrificio, no se ha de continuar la acción de gracias, no sólo porque el mismo sacrificio del altar es de por sí una acción de gracias, sino también porque pertenece a la piedad privada y particular de cada uno y no al bien de la comunidad. La misma naturaleza del sacramento reclama la acción de gracias para que su percepción produzca en los cristianos abundancia de frutos de santidad y todos gocemos más abundantemente los supremos tesoros de que tan rica es la eucaristía. Ha terminado la reunión pública de la comunidad, pero conviene que cada uno, unido con Cristo, no interrumpa el cántico de alabanza... Tan lejos está la sagrada liturgia de reprimir los íntimos sentimientos, que más bien los reanima y estimula». Comenta Llamera: «Los epígonos pastora-listas del liturgismo llevan las consecuencias al plano ejecutivo y, no sólo desaconsejan a los fieles la prolongación personal de la poscomunión, sino que la impiden con frecuencia impositivamente, apremiándoles a salir del templo, finalizada la misa». Sentencia Von Balthasar: «Con dos minutos de silencio después de la comunión, ¿cómo se puede satisfacer la necesidad elemental del alma de la paz de Dios, del diálogo de corazón con Él? Y ¿quién, después de recibida la comunión, puede realizar de tal manera los significados de la sagrada comunión?». «Desde ya hace muchos años la acción de gracias después de la misa se hace y no se hace, se hace poco...; debéis dar tiempo al sacramento eucarístico, especialmente en este momento de después de la misa», ha dicho el padre Vicente de Couesnongle,

general de los Dominicos. En la Mediator dei, Pío XII afirma: «Jesucristo, después de recibido en la comunión, permanece sacramentado con acción 'presentísima' en el comulgante», no se puede dejar solo al Señor vivo y resucitado, que viene con los manos repletas de sus dones a cristificar-nos, a con-crucificarnos y a divinizarnos con Él, por Él y en Él, y este es el momento de disponernos para no bloquear la acción de su gracia, y para posibilitar su aumento y el de las virtudes teologales, de las morales infusas y de los dones del Espíritu Santo, que son los que dan la medida de nuestra vida cristiana. Es el momento cumbre, purificativo y acrisolador en que Cristo nos moldea en su corazón. Santa Teresa, con la experiencia que le da el haber recibido en la comunión las mercedes más excelsas, como la visión de la humanidad de Cristo (Vida 28,8), la de la Trinidad, (Cuentas de conciencia 14 y 36 y su desposorio con Cristo, Ib 25), nos exhorta a apreciar más y mejor el banquete eucarístico y su acción de gracias, porque «hay grandes secretos en lo interior cuando se comulga» (Ib 43). Hay que aprovechar, pues, al máximo, los frutos del sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, en el cual se como a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura» (SC 47). No debe influir para abreviar la acción de gracias ni la aridez y la sequedad, ni la falta sensible de devoción, pues en el campo de la fe no es esencial el sentimiento y es un craso error querer medir la inmensidad de la acción de Dios con la intensidad de nuestro sentimiento. Difícilmente se revelará Cristo amigo a los apresurados en salir, que le dejan por sus ocupaciones o recreos. Si comiéramos con discernimiento también se robustecería nuestra fraternidad, como miembros felices de la familia divina.

Capítulo 34

Prosigue hablando de la eucaristía. Doctrina muy buena para después de haber recibido el Santísimo Sacramen-to.

1. Pues en esta petición «de cada día» nos manda Jesús que pidamos el pan de la eucaristía para siempre, para hoy aquí en la tierra, y para mañana en el cielo. Estando yo pensando por qué el Señor, después de haber dicho «el pan de cada día», volvió a decir: «Dánoslo hoy, Señor», me pareció que era porque le poseemos en la tierra y le poseeremos también en el cielo, si aquí nos aprovechamos bien de su compañía, pues para eso se queda con nosotros, para ayudarnos y animarnos y sustentarnos para cumplir esta voluntad que hemos dicho que se cumpla en noso-tros[xxxvi].

2. Cuando decimos «danos hoy», me parece que pedimos este pan para un día, que es para mientras dure el mundo, no más. ¡Y qué bien dicho está decir un día!

Y los desventurados que se condenan y no le gozarán en la otra vida si se dejan vencer en el combate, no es por culpa del Señor, pues Él no deja de animarlos hasta el fin de la batalla; no tendrán razones para disculparse, ni podrán quejarse porque les quitó el «pan» cuando más lo necesitaban. Y así le dice su Hijo al Padre, que ya que este mundo no dura más que un «día», que le deje pasarlo a nuestro servicio; pues ya que Su Majestad nos lo dio y lo envió al mundo por su sola voluntad, Él quiere ahora por la suya propia no desampararnos, sino quedarse aquí con nosotros para mayor gloria de sus amigos y pena de sus enemigos; le pide al Padre que se lo conceda, pues esta vez sólo le pide que le conceda quedarse «hoy»; que al darnos este pan sacratísimo para siempre, Su Majestad nos lo dio como sustento y maná de la humanidad, donde hallamos lo que queremos, y si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre, pues el alma encontrará en el Santísimo Sacramento todas las formas de sabor y de consolación que quisiere comer[283]. No hay carencia ni trabajo ni persecución que no sea fácil de pasar si comenzamos a gustar de sus consue-los.

3. Pedid vosotras, hijas, con este Señor al Padre que os deje «hoy» a vuestro Esposo[284], para que no os veáis en este mundo sin Él; que baste para templar tan gran contento de tenerlo entre nosotros, haberse quedado tan disfrazado en los accidentes de pan y vino, que ya es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar ni otro consuelo; mas suplicadle que no os falte y que os prepare para recibirle dignamente.

4. De otro pan no tengáis cuidado las que muy de veras os habéis abandonado en la voluntad de Dios; quiero decir que no os preocupéis de otro pan durante la oración, en la que os ocupáis de cosas más importantes, que ya tendréis tiempo para trabajar y ganáros la comida[285]. Mas tened cuidado de que nunca gastéis el cerebro con la preocupación del trabajo y de la comida[286]; sino procurad que trabaje el cuerpo, pues es justo que procuréis sustentáros, y descanse el alma. Dejad ese cuidado, como extensamente he dicho, a vuestro Esposo, que Él lo tendrá siempre[287].

5. Si un criado se pone al servicio de un señor, debe tener cuidado de contentar a su señor en todo; mas el señor está obligado a dar de comer al servidor mientras esté en su casa, a menos que el señor sea tan pobre, que no tenga para sí ni para el criado. No es ese nuestro caso, pues el Señor siempre es y será rico y poderoso. Y no estaría bien que el criado fuese pidiendo por ahí de comer, sabiendo que su amo tiene cuidado de darle de comer y lo ha de tener. Con razón le dirá el amo al criado que se ocupe él en servirle y en cómo le complacerá, que por estar preocupado por lo que no lo ha estar, no hace cosa a derechas.

Así que, hermanas, tenga quien quisiere cuidado de pedir el pan material; nosotras pidamos al Padre eterno que merezcamos recibir nuestro pan celestial de tal manera que, ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle por estar tan escondido, se descubra a los del alma y se les de a conocer, que éste es otro alimento de contentos y regalos que sustenta la vida.

6. ¿Pensáis que no es alimento incluso para los cuerpos este santísimo manjar, y gran medicina aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco a una persona con grandes enfermedades[288], que estando muchas veces con graves dolores, se le quitaban como con la mano cuando comulgaba y quedaba buena del todo[289]. Esto muy a menudo, y en enfermedades muy conocidas que no podían ser fingidas, a mi parecer.

Y porque las maravillas que hace este santísimo pan en los que dignamente lo reciben son muy notorias, no digo muchas que podría decir, que le han sucedido a esta persona de la que estoy hablando, pues yo lo podía saber y sé que no miento. Mas a esta persona le había dado el Señor tan viva fe, que cuando oía decir a algunas personas que quisieran haber vivido cuando Cristo nuestro bien estaba en el mundo, se reía por dentro, pareciéndole que, teniéndolo tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más les daba?

7. Mas sé de esta persona que, aunque no era muy perfecta durante muchos años, procuraba avivar la fe para desocuparse todo lo que podía de todas las cosas exteriores cuando comulgaba, y entraba con el Señor, pues creía que verdaderamente entraba Él en su pobre posada. Procuraba recoger los sentidos para que todos entendiesen tan gran bien y no impidieran al alma que profundizara en su conocimiento. Se imaginaba que estaba a sus pies como la Magdalena, como si con sus ojos corporales la viera en casa del fariseo[290]; y aunque no sintiera devoción, la fe le decía que estaba bien allí.

8. Porque si no queremos hacernos los bobos y cegar el entendimiento, esto es lo que sucede, sin lugar a dudas; no es una representación de la imaginación, como la que hacemos cuando imaginamos al Señor en la cruz, o en otros misterios de la pasión, y reconstruimos dentro de nosotros lo que pasó. En la eucaristía se realiza ahora la pasión verdaderamente[291], y no hay necesidad de ir a buscar al Señor en otro lugar más lejano; por eso, ya que sabemos que mientras permanecen los accidentes del pan está con nosotros el buen Jesús, acerquémonos a Él. Pues si cuando iba por el mundo sólo con tocar sus ropas sanaba[292] a los enfermos, ¿por qué hemos de dudar que hará milagros estando tan dentro de nosotros, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidamos, pues está en nuestra casa? Pues no suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje.

9. Si os da pena no verle con los ojos corporales, pensad que es que no nos conviene, porque verle glorificado, o como cuando andaba por el mundo pertenece a un nivel de vida diferente; ninguna persona lo podría soportar con las flacas fuerzas humanas, ni habría mundo, ni quien quisiera vivir en él; porque viendo esta Verdad eterna, se vería que todas las cosas de las que en este mundo hacemos caso, son mentira y engaño. Además, si viéramos tan gran majestad, ¿cómo se atrevería una pecadorcilla como yo, que tanto le he ofendido, a estar tan cerca de Él? Debajo de aquel pan está tratable; porque si el rey se disfrazara no nos intimidaría conversar con él sin tantos miramientos y respeto; parece que viene obligado a soportar nuestra llaneza, pues se ha disfrazado. ¿Quién se atrevería, si le viéramos con tan gran majestad, a acercarse a Él con tanta tibieza, tan indignamente, con tantas imperfecciones!

10. ¡Oh, cómo no sabemos lo que pedimos, y cómo lo miró mejor su sabiduría! Porque a los que Él ve que se han de aprovechar de su presencia, Él se les descubre; que aunque no le vean con los ojos corporales, tiene muchos modos de manifestarse al alma por grandes sentimientos interiores y por diferentes caminos. Permaneced con Él de buena gana; no perdáis tan buen momento de negociar con Él, como es el tiempo después de haber comulgado[293].

Si la obediencia os manda, hermanas, otra cosa, procurad dejar el alma con el Señor; pues si enseguida pensáis en otra cosa y no hacéis caso y no tenéis en cuenta que está dentro de vosotras, ¿cómo se os ha de dar a conocer? Este, pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, y para que le escuchemos y le besemos los pies porque nos ha querido enseñar, y para que le supliquéis que no se vaya de vuestra compañía[294].

11. Si habéis de pedir esto cuando estáis mirando una imagen de Cristo, me parece una bobería dejar a la misma persona para mirar su retrato. ¿No sería una necedad que viniera una persona muy querida a vernos, y, en vez de hablar con ella, estuviéramos conversando todo el rato con el retrato?

¿Sabéis para cuando es muy provechosa la imagen? Para cuando está ausente la misma persona, o quiere hacernos ver que está lejos con muchas sequedades, es gran regalo ver una imagen de quien con tanta razón amamos[295]. Yo quisiera verla en cada sitio que volviera los ojos. ¿En qué mejor cosa, ni más gustosa a la vista, la podemos emplear que mirando a quien tanto nos ama y a quien tiene en sí todos los bienes?[296] Desventurados de estos herejes que han perdido por su culpa esta consolación, con otras muchas.

12. Cuando acabéis de recibir al Señor, como tenéis a la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma y mirad al corazón; que yo os digo, y otra vez lo digo, y muchas más veces lo quisiera decir, que, si os acostumbráis a hacer esto siempre que comulguéis y procuráis tener conciencia de que es bueno gozar a menudo de este bien, aunque viene disfrazado, no lo vendrá tanto que no se os de a conocer de muchas maneras, según el deseo que tengáis de verle; y tanto lo podéis desear que se os descubra del todo[297].

13. Mas si no hacemos caso de Él, sino que en cuanto lo hemos recibido nos apartamos de Él a buscar otras cosas más inferiores, ¿qué ha de hacer? ¿Nos ha de traer a la fuerza a que le veamos porque se nos quiere dar a conocer? No, que no le trataron tan bien cuando dejó que le vieran todos manifiestamente y les decía claro quién era, y fueron muy pocos los que le creyeron. Por eso harta misericordia nos hace a todos cuando quiere Su Majestad que entendamos que es Él el que está en el Santísimo Sacramento. Mas sólo quiere que le vean manifiestamente, y sólo quiere comunicar sus grandezas y dar sus tesoros a los que ve que le desean mucho, porque éstos son sus verdaderos amigos. Que yo os digo que quien no lo sea, y no lo llegue a recibir como amigo, haciendo todo lo que está de su parte y nunca le importune, a ese tal no se le manifestará. No ve la hora de haber cumplido lo que manda la Iglesia, cuando ya se va de su casa y procura echarle fuera. Este tal, ocupado en otros negocios y ocupaciones y

preocupaciones del mundo, parece que lo más rápidamente que puede, se da prisa para que no le ocupe la casa su Señor.

Prospección actual del capítulo 35

Cuando no comulguéis, hijas, ni oigáis misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho.

Lo más importante de la comunión eucarística, con serlo tanto, no es la presencia física de la humanidad de Cristo, sino el aumento de gracia que produce, según la disposición del comulgante, que es el elemento que aumenta en nosotros la unión con Jesús. Y que obra en nosotros la transformación de nuestra vida haciéndola semejante a Cristo, que en la eucaristía sustancial y sacramentalmente, está inmolado y, por consiguiente, de sus llagas dimana a los cristianos comulgantes, gracia configurativa victimal, por la que Cristo continúa en nosotros su vida redentora por el dolor, la humillación y la muerte en su debilidad de hombre y potencia resucitada y resucitadora de Dios. Y como dice Pablo VI, «en la eucaristía se ofrece a los cristianos la posibilidad de dar al calvario cotidiano de sufrimientos, incomprendimientos, enfermedades y muerte, la dimensión de una oblación redentora que asocia el dolor de las personas a la pasión de Cristo, encaminando la existencia de cada uno a la inmolación en la fe que, en su última plenitud, se abre a la mañana pascual de la resurrección».

Pero estos efectos pueden conseguirse también por el influjo de su potencia operativa en la comunión espiritual, es decir, en el deseo de recibir la comunión que tengamos y alimentemos.

La comunión espiritual se puede recibir, además de en la participación en la misa, cuando no se puede comulgar, en la hora del día que el alma lo desee y, si al principio cuesta por falta de costumbre, adquirida la costumbre, se reciben tantos frutos cuanta intensidad tiene el amor que desea la unión con el Señor.

A partir del número 3 refleja la situación de su tiempo en el que los sagrarios eran profanados por los herejes, de donde dimana tanto dolor para su alma. La respuesta suya fue la inauguración de nuevos sagrarios, lo que le ocasionaba gran alegría. La presencia de Cristo sacramentado en el mundo es una fuente inagotable de bienes para la humanidad y para toda la creación.

Termina el tema de «danos hoy nuestro pan de cada día» con una exclamación al Padre eterno.

1. Me he extendido tanto en este tema, aunque había hablado ya, al tratar la oración de recogimiento, de cuán necesario es entrar en nuestro interior para estar a solas con Dios, porque es una condición muy importante[xxxvii]; y cuando oigáis misa, hijas, y no comulguéis sacramentalmente, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho, y recogeos también después interiormente, porque con esto se imprime mucho el amor de este Señor; porque, a quien se prepara para recibir, jamás deja de dar, de muchas maneras que no entendemos.

Si nos acercamos al fuego, por muy grande que sea, pero nos desviamos y escondemos las manos, mal nos podemos calentar, aunque recibimos más calor que si estamos donde no hay fuego; en cambio si nos queremos acercar a Él y el alma está dispuesta, es decir, con deseo de perder el frío, y está allí un rato, queda con calor para muchas horas[298].

2. Pues mirad, hermanas, que si cuando comenzáis a practicar la comunión espiritual y el recogimiento posterior no os encontráis a gusto —que puede ser porque el demonio os encoja el corazón y os cause congoja, porque sabe que esto produce mucho daño—, el mismo demonio os hará pensar que en otras cosas encontráis más devoción que en la eucaristía. Pero vosotras no la dejéis; aquí comprobará el Señor lo que le queréis.

Acordaos de que hay pocas almas que le acompañen y le sigan en los trabajos; pasemos algo por Él, que Su Majestad os lo pagará. Y acordaos también de tantas personas que no sólo no quieren estar con Él, sino que le faltan al respeto echándoselo de encima. Suframos algo por Él para que vea que tenemos deseo de verle.

Y ya que todo lo sufre y sufrirá por encontrar al menos un alma que le reciba y lo tenga en sí con amor, sea ésta la vuestra; porque si no hubiera ninguna, con razón el Padre eterno no le hubiera consentido quedarse con nosotros; pero es tan amigo de amigos y tan señor de sus siervos, que, como ve la voluntad de su buen Hijo, no le quiere impedir obra tan excelente, en la que tan cumplidamente demuestra el amor que tiene a su Padre[299].

3. Pues, Padre Santo que estás en el cielo, ya que queréis y aceptáis el sacrificio de vuestro Hijo, y está claro que no habíais de negar algo que tanto nos conviene a nosotros, alguien ha de haber, como dije al principio[300], que hable a favor de vuestro Hijo, pues Él nunca se defendió.

Seamos nosotras, hijas, aunque es atrevimiento siendo las que somos; mas confiadas en que nos manda el Señor que pidamos, en cumplimiento de esta obediencia y en nombre del buen Jesús, supliquemos a Su Majestad que, ya que no le ha quedado nada por hacer concediendo a los pecadores tan gran beneficio como éste, quiera Su Majestad y se sirva poner remedio para que no sea tan maltratado; y ya que su santo Hijo nos dio un medio tan bueno para que le podamos ofrecer muchas veces en sacrificio, que valga tan precioso don para que se detenga tan grandísimo mal y tantas profanaciones como se hacen entre los luteranos en los lugares sagrados donde moraba este Santísimo Sacramento, dejando deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes y suprimidos los sacramentos[301].

4. Pues ¡qué es esto mi Señor y mi Dios! O dad fin al mundo, o poned remedio a tan gravísimos males; que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines. Os suplico, Padre eterno, que no lo sufráis ya Vos; atajad este fuego, Señor, que si queréis, podéis. Mirad que aún está en el mundo vuestro Hijo; por respeto a Él cesen cosas tan feas y abominables y sucias; pues su hermosura y limpieza no merece vivir en casa donde hay cosas semejantes[302].

No lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo. Pues no nos atrevemos a suplicar que no se quede con nosotros. ¿Qué sería de nosotros? Que si hay algo que aplaca vuestra Justicia, es tener en el mundo tal prenda[303]. Pues algún medio ha de haber, Señor mío, póngalo Vuestra Majestad.

5. ¡Oh mi Dios, quién pudiera importunaros mucho, y haberos servido mucho, para poderos pedir tan gran merced en pago de mis servicios, pues no dejáis ninguno sin paga! Mas yo no os he servido, Señor; antes, quizá soy yo la que os he enojado de manera que por mis pecados vengan tantos males.

Pues ¿qué he de hacer, Creador mío, sino presentaros este pan sacratísimo, y aunque nos lo disteis, volvéroslo a entregar y suplicaros, por los méritos de vuestro Hijo, que tan merecido lo tiene, me hagáis esta merced? Ya, Señor, haced ya que se sosiegue este mar; no navegue siempre entre tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y sálvanos, Señor mío, que perecemos[304].

Hubiera podido el buen Jesús decirle al Padre: perdonadnos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, o porque rezamos mucho y ayunamos, y porque lo hemos dejado todo por vos, y porque os amamos mucho, y porque perderíamos la vida por vos..., Y sólo dijo «porque perdonamos».

El cristiano tiene el mandato de Jesús de ser perfecto como el Padre celestial es perfecto. Y la perfección del Padre consiste en su bondad con sus criaturas, pues hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre los campos de los justos y sobre los de los injustos (Mt 5,45). El cristiano, pues, debe imitar al Padre en la bondad y en la misericordia. Jesús enseñó en la parábola del siervo inicuo cómo hay que practicar la misericordia, perdonando. «¿No debías tú también haberte apiadado de tu compañero, como yo me apiadé de tí?» (Mt 18,33). A los fariseos les increpaba, con palabras del Antiguo Testamento: «misericordia quiero y no sacrificios». Quiere Jesús que sus discípulos sean la imagen del Padre misericordioso, prolongación de su bondad y compasión, como Él lo ha sido y lo es del Padre. «Tengo compasión de esta gente, porque están como ovejas sin pastor». En 1944 dijo Jesús a Gabrielle Bossis: «Aprende de mí misericordia». Y el 9 de marzo de 1939: «Sé toda suavidad con el prójimo». Y escribe Gabrielle: «Yo meditaba sobre lo que sería la suavidad con el prójimo. Es la bondad de la sonrisa, de tu ademán, con una gran sencillez».

Santa Teresa había vivido la diferencia de clases en su monasterio de la Encarnación durante veintisiete años. Vio allí dos modos diferentes de vivir: había monjas ricas y monjas pobres, celdas pequeñas y celdas grandes con capacidad para tener servicio y familiares, diferencias de vestidos y hasta compraventa de las celdas. En su reforma suprime toda diferencia, origen de disensiones y envidias y escalafones. Y propone la humildad, que llega, como en este capítulo nos dice, a perdonar las injurias, imitando a Cristo, que perdió su honra, siendo humillado hasta la muerte. Y se fija, más que en injurias graves que perdonar, en pequeñeces ordinarias, que no merecen el nombre de injurias. En los tiempos modernos hemos visto a santa Teresa del Niño Jesús, perdonar a su madre priora que la había hecho sufrir mucho en su enfermedad, y tener delicadezas con ella en sus momentos críticos.

El perdón de las injurias, la misericordia, el ser reflejo del Padre en medio de la comunidad, es la piedra de toque para discernir la contemplación genuina. No os fiéis de vuestros pretendidos carismas en la oración si no perdonáis de corazón y en la realidad. Perdonar es comprender la fragilidad y pobreza de la naturaleza humana, tan despistada, que tantas veces no dice lo que piensa, o no piensa lo que dice y, después, por falta de educación y, tal vez por timidez, o por poca delicadeza consecuencia de su falta de cultivo y de su rudeza, no ve la necesidad o la oportunidad de humillarse pidiendo perdón u ofreciendo disculpas. El Padre quiere ver en nosotros el rostro de su Hijo

amado, su compasión y su bondad...Como también nosotros perdona-mos a los que nos ofenden. Este «como» no es el único en la enseñanza de Jesús: Sed perfectos «como» vuestro Padre celes-tial. Sed misericordiosos «como» vuestro Padre celestial. Amaos «como» yo os he amado. «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer... Cuando lo hicisteis a uno de estos pequeñuelos, a mí me lo hicisteis...» Jesús nos confía a unos a las manos de los otros y es Él quien garantiza el socorro de nuestra pobreza en la comunidad. Pero observar el mandamiento del Señor es imposible si se trata de imitar desde fuera el modelo divino. Se trata de una partici-pa-ción vital y nacida del fondo del corazón, en la santidad, en la misericordia y en el amor de nuestro Dios. Sólo el Espíritu, que es nuestra vida, puede hacer nuestros los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Así, la unidad del perdón se hace posible, «perdonándonos mutuamente como nos perdonó Dios en Cristo... El perdón es cumbre de la oración cristiana; el don de la oración no puede recibirse más que en un corazón acorde con la compasión divina» (Catecismo de la Iglesia Católica 2842, 2844).

También se lamenta Teresa de los honores en los monasterios, como origen de rebeldías y de agravios. No hace mucho tiempo existía en la Iglesia la posibilidad de optar a ciertos cargos y prebendas, mediante oposiciones y concursos, como en la sociedad secular. Esto, que ya no se da, tenía un lado positivo: propicia-ba el estudio. Puede que lo mejor sea enemigo de lo bueno. Ahora, todo en manos de los superiores, exige una rectitud e independen-cia de éstos, que no es fácil mantener, dada la fragilidad humana ante las influencias y grupos de presión, dispuestos a aprovechar cualquier fallo de personalidad.

Capítulo 36

Sobre las palabras del padrenuestro: perdona nuestras ofensas.

1. Pues viendo nuestro buen Maestro que con el manjar celestial de la eucaristía todo nos es fácil, si no lo hacemos difícil por nuestra culpa, y que podemos cumplir muy bien lo que le hemos dicho al Padre de que se cumpla en nosotros su voluntad, le dice ahora que nos perdone nuestras ofensas, pues nosotros también perdonamos. Y así, prosiguiendo la oración que nos enseña, dice estas palabras: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»[xxxviii].

2. Miremos, hermanas, que no dice: «como también nosotros perdonaremos»; para que entendamos que, quien pide un don tan grande como el de la petición anterior, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, ya debe haber perdonado; y por eso dice: «como también nosotros perdonamos». Así que, quien de veras haya dicho al Señor: «hágase tu voluntad», debe haber perdonado a los que le han ofendido, al menos con la determinación.

Así comprenderéis cómo los santos se alegraban de las injurias y persecuciones, porque tenían algo que ofrecer al Señor cuando le pedían perdón. ¿Qué hará una pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar y tanto tiene que se le perdone? Muy de admirar es esto hermanas; que una cosa tan grave y de tanta importancia como que nos perdone nuestro Señor nuestras culpas, que merecían fuego eterno, se nos perdona con tan poca cosa como es que perdonemos; y aun de esta pequeñez tengo tan pocas que ofrecer, que de balde me habéis, Señor, de perdonar; aquí cabe bien vuestra misericordia[305]. Bendito seáis Vos, que tan pobre me sufrís, que lo que vuestro Hijo dice en nombre de todos, por ser yo tal y tan sin caudal, me he de quedar con deuda.

3. Mas, Señor mío, ¿habrá algunas personas de mi compañía que no hayan entendido esto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo que recuerden esto y no hagan caso de unas cositas que llaman agravios, que parece que hacemos casas de pajitas, como los niños, con estos puntos de amor propio. ¡Oh, válgame Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra y en qué consiste perder la honra! Ahora no hablo con vosotras, que harto mal sería no haber entendido ya esto, sino conmigo el tiempo que estimé la honra sin entender lo que era; pensaba como la gente. ¡Oh, de qué cosas me agraviaba, de las que ahora me avergüenzo! Y, sin embargo, no era de las que más se fijaban en estos puntos de pundonor. Mas erraba como todas en lo más esencial, porque no miraba yo ni hacía caso del honor que tiene algún provecho, porque éste es el que aprovecha al alma. Y qué bien dijo quien dijo, «que honra y provecho no pueden estar juntos»; aunque no sé si lo dijo para esta oportunidad. Pero es así al pie de la letra, porque, provecho del alma y esto que el mundo llama honor, nunca pueden estar juntos. ¡Qué cosa tan espantosa es cuán al revés anda el mundo! Bendito sea el Señor que nos sacó de él[306].

4. Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio; también inventa sus honores en los monasterios e impone sus leyes, por las que suben y bajan en honores como los del mundo. Los intelectuales ponen su vanidad en sus grados, aunque esto no lo sé, y así quien ha conseguido enseñar teología, no ha de ser removido a enseñar filosofía, pues el honor consiste en ascender y no descender. Y si se lo manda la obediencia, se consideraría ofendido y habría partidarios que se pondrían de su parte, porque lo considerarían como afrenta; y en seguida el demonio encuentra razones para sostener que tiene razón para sublevarse invocando la ley de Dios.

Y entre nosotras, la que ha sido priora ha de quedar inhabilitada para otro oficio inferior; y hay que distinguir a la que es más antigua, y esto no se olvida, y nos parece que merecemos con ello, porque lo manda la Orden.

5. Es cosa para reír, o mejor para llorar. Sí, que no manda la Orden que no tengamos humildad; manda que haya orden; mas yo no he de estar tan preocupada en

cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto del reglamento como en otros puntos del mismo más importantes, que quizá observamos con menos perfección; no pongamos nuestra fidelidad en estas nimiedades; que otras lo mirarán por mí, si yo me descuido.

El caso es que, como estamos inclinadas a subir, aunque por aquí no subiremos al cielo, nunca hemos de bajar. ¡Oh Señor, Señor!, ¿Sois Vos nuestro dechado y maestro? Sí, por cierto. ¿Pues en qué consistió vuestra honra, honrador nuestro? No la perdisteis acaso siendo humillado hasta la muerte? No, Señor, sino que la ganasteis para todos.

6. ¡Oh, por amor de Dios, hermanas!, que hemos perdido el camino[307], va errado desde el principio[308]; y quiera Dios que no se pierda algún alma por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué consiste la honra. Y después llegaremos a creer que hemos hecho mucho perdonando una cosita de éstas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada; y muy convencidas de que hemos hecho algo, vendremos a que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado.

Dadnos, mi Dios, a entender que no nos conocemos y que venimos con las manos vacías, y perdonadnos Vos por vuestra misericordia. Que en verdad, Señor, que no veo ninguna cosa, pues todas se acaban y el castigo es sin fin, que merezca ser presentada a Vos, para que nos hagáis tan gran merced de perdonarnos. Sólo por los méritos de vuestro Hijo, que es quien os lo pide, que es siempre el agraviado y el ofendido.

7. Mas ¡qué apreciado por el Señor debe de ser este amarnos unos a otros! Pues hubiera podido el buen Jesús presentarle al Padre otras cosas y decirle: «perdonadnos, Señor, porque hacemos mucha penitencia», o «porque rezamos mucho y ayunamos, y lo hemos dejado todo por Vos, y os amamos mucho». Tampoco dijo «porque perderíamos la vida por Vos, y, como digo, por otras cosas que podría haber dicho, sino sólo "porque perdonamos». Quizá porque sabe que somos tan amigos de esta negra honra, y conoce que es lo que más nos cuesta y lo más agradable a su Padre, lo pidió así, y así se lo ofrece en nombre nuestro.

8. Pues tened mucho en cuenta, hermanas, que dice el Señor «como nosotros perdonamos»; dando por hecho, como he dicho, que hemos perdonado[309]. Y poned mucha atención en esto, pues cuando Dios hace merced a un alma de darle oración de contemplación infusa, y no sale ella muy decidida a perdonar cualquier injuria, por grave que sea, y lo practica —no de estas naderías que llaman injurias sin serlo—, no se fíe mucho de su oración[310]; pues al alma que Dios une consigo en tan alto nivel de oración, no le afectan las injurias, ni le importa más ser estimada que no.

No dije bien que no le importa, pues sí le importa, y le da mucha más pena la honra que la deshonra, y el mucho disfrutar de descanso, que los trabajos. Porque cuando de veras el Señor le ha dado aquí su Reino, ya no lo quiere tener en este mundo; y entiende que éste es el camino para más subidamente reinar, y ha visto ya por experiencia la gran ganancia que le viene y lo que progresa un alma padeciendo por Dios. Porque Su Majestad sólo concede tan grandes regalos a las personas que han sufrido de buena gana muchos trabajos por Él; a los demás por excepción; por eso dije en otra parte de este libro[311], que los trabajos

de los contemplativos son grandes, y así busca el Señor para hacerlos contemplativos, a gente experimentada en sufrimientos.

9. Pues entendido, hermanas, que como éstos tienen ya entendido lo que es todo, no se detienen mucho en las cosas que pasan. Si cuando se recibe una injuria o un trabajo, la primera impresión es de pena, cuando apenas lo ha sentido la persona, acude la razón, como si levantara la bandera[312], y deja casi aniquilada aquella pena con el gozo que le da ver que el Señor le ha puesto en las manos algo con lo que podrá ganar más mercedes y favores perpetuos ante Su Majestad en un día, que ganaría en diez años de trabajos escogidos por su voluntad.

Esto es muy normal, a mi entender, pues lo he tratado con muchos contemplativos y sé cierto que pasa así. Por eso, así como otros aprecian el oro y las joyas, estiman ellos los trabajos y los desean, porque han entendido que éstos les han de hacer ricos.

10. Estas personas están muy lejos de su propia estima en ningún aspecto; les gusta que sean conocidos sus pecados y decirlos cuando ven que tienen estima de ellos[313]. Lo mismo les ocurre con su linaje, porque saben que en el Reino que no se acaba no han de ganar por este camino[314]. Sólo les gustaría ser de buena casta, si fuera necesario para servir más a Dios; si no lo es, les apena que los tengan en mejor opinión que se merecen, y sin pena, sino con gusto, desengañan del falso concepto que tienen de ellas a quienes les aprecian más de lo justo. Esta humildad y amor grande de Dios es regalo suyo, pues por su mayor servicio está tan olvidada de sí, que le cuesta creer que otros pueden sentir algunas cosas, que ella no considera como injuria.

11. Estos efectos que he dicho a la postre se dan en las personas más santas, a las que el Señor regala de manera habitual contemplación perfecta. Mas lo que dije antes[315], que es estar determinados a sufrir injurias y aceptarlas, aunque les duelan, muy pronto lo tienen quienes reciben del Señor merced de oración de unión; y si no se tienen estos efectos y salen de la oración muy fuertes en ellos, piensen que no han recibido la merced de Dios, sino que ha sido alguna ilusión y regalo del demonio, para que nos creamos más santos.

12. Puede ser que al principio, cuando el Señor hace estas mercedes, no vea el alma en sí esta fortaleza; pero si el Señor continúa regalándola, pronto se hace fuerte, si no en las demás virtudes, sí en la de perdonar. No puedo yo creer que quien ha estado tan cerca de la misma misericordia, donde ha conocido lo que es y lo mucho que le ha perdonado Dios, no perdone luego con toda facilidad, y esté preparada para hacer las paces con quien la injurió[316]; porque, como tiene presente el regalo y merced que le ha hecho el Señor, en el que ha visto señales de grande amor, se alegra de que se le ofrezca la ocasión de corresponder en algo al amor.

13. Vuelvo a decir que conozco a muchas personas, a quienes el Señor ha hecho la merced de elevarlas a cosas sobrenaturales, dándoles esta oración o contemplación que queda dicha; y aunque las veo con otras faltas e imperfecciones, con esta de no perdonar no he visto a ninguna, ni creo que la puede haber, si las mercedes son de Dios, como he dicho[317]. Quien recibiere mayores mercedes, observe si van creciendo en él estos efectos; y si no ve ninguno, tema mucho y no crea que esos son regalos de Dios, como he dicho[318], que siempre enriquece al alma a quien se une. Esto es cierto, y aunque la merced y el regalo pasen pronto, se nota en las ganancias permanentes que deja en el alma; y como el buen Jesús sabe bien esto, decididamente dice a su Padre santo «que perdonamos a nuestros deudores».

Prospección actual del capítulo 37

Mas miren que estas dos cosas, que son darle nuestra voluntad y perdonar, son para todos.

En su reflexión sobre el Padrenuestro queda asombrada del gran contenido de esta oración. En efecto, ella ha podido trazar un camino de oración desde ella. Camino de oración en el que caben todos, principiantes, proficientes y perfectos. Porque le ha dado pie para tratar la oración vocal, la mental, la de recogimiento y quietud, con las virtudes en crecimiento.

Ella ha enseñado a sus hijas, que ya tienen el mundo bajo los pies, a pedir el pan de la eucaristía pero, comprende que quienes viven en el mundo con sus obligaciones de sostener una casa y crear una familia, pueden pedir el pan material que necesitan; y no se opone pedir cosas materiales, razonables, necesarias y convenientes para mejor cumplir la misión y la vocación de cada hombre, al espíritu del evangelio. En este sentido encontramos el criterio de la Santa sobre lo material en el siguiente párrafo de una carta a su hermano Lorenzo que quería deshacerse de la plata y tapicería, por mayor pobreza: «Eso no hace ni deshace, si vuestra merced procura ver lo poco que importa y no está asido a ello; que es justo, pues ha de casar a sus hijos, tener la casa como conviene».

Pero es deber de todos dar nuestra voluntad a Dios, que será aceptar todo lo que Él dispone y todo cuanto permite, con espíritu de fe y de entrega incondicional. Y lo es también perdonar, de lo cual ha tratado ya en el capítulo anterior. «El desbordamiento de la misericordia de Dios no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido. El Amor, como el cuerpo de Cristo, es indivisible; no podemos amar a Dios a quien

no vemos, si no amamos al hermano y a la hermana a quienes vemos (1Jn 4,20). Al negarse a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2840).

Capítulo 37

Dice la excelencia de la oración del padrenuestro y explica cómo encontraremos en ella diferentes modos de consolación.

1. Es motivo para alabar mucho al Señor cuán subida en perfección es esta oración evangelical, como compuesta por tan buen Maestro; y así podemos, hijas, aplicárnosla a nuestra vida. Espántame ver que en tan pocas palabras está encerrada toda la contemplación y perfección, de tal manera que parece que no necesitamos estudiar otro libro más que este. Porque hasta aquí nos ha enseñado el Señor todo el modo de oración y de alta contemplación, desde la de los principiantes hasta la oración mental y de quietud y de unión; que si yo lo pudiera decir, podría escribir un gran libro de oración sobre tan verdadero fundamento. Por las mercedes recibidas observadas, como hemos visto, comienza ya el Señor, cuando son tuyas, a manifestarnos los efectos que dejan en el alma.

2. He pensado yo por qué Su Majestad no nos había dicho más claro estas cosas tan subidas y oscuras para que todos le entendiésemos, y me ha parecido que, como esta oración iba dirigida a todos en general, para que cada uno pudiera pedir según su necesidad y su consuelo, la dejó así un poco oscura, para que nos pareciera que la entendíamos; para que los contem-plativos y las personas ya muy entregadas a Dios, que no quieren ya cosas de la tierra, pidan las mercedes del cielo, que, por la bondad de Dios se pueden recibir ya en la tierra; y los que aún viven en ella, y tienen que vivir conforme a su estado, pidan también su pan con el que se han de sustentar y con el que sostienen sus casas, y todo lo que necesitan, lo cual es muy justo y santo.

3. Mas tengan presente que estas dos cosas, darle a Dios nuestra voluntad y perdonar, lo deben hacer todos. Es verdad que en esto hay grados, como he dicho: los perfectos darán la voluntad como perfectos, y perdonarán con la perfección

que queda dicha; nosotras, hermanas, hagamos lo que podamos, que todo lo recibe el Señor.

Es como si el buen Jesús hubiera hecho por parte nuestra una alianza con su eterno Padre, como si le hubiera dicho: «haced vos esto, Señor, y mis hermanos harán lo otro»[xxxix]. Pues, es bien seguro que no será Dios quien falte a su palabra. ¡Oh, oh, que es muy buen pagador y paga muy sin tasa!

4. Podemos decir con tanta verdad esta oración, que si ve que no la decimos con doblez, sino con sinceridad, y ve que haremos lo que decimos, con una vez que la digamos nos dejará ricas.

No habléis con Él con doblez, que no la soporta, y además, no le podéis engañar, pues todo lo sabe; mas hablando con Él con llaneza y claridad, sin decirle una cosa y sentir otra, siempre da más de lo que le pedimos[319].

Sabiendo esto nuestro buen Maestro, y que los que consiguen pedir con perfección han de alcanzar tanta santidad con las mercedes que les hace el Padre, y que no temen ni deben temer al mundo, al cual tienen bajo los pies, está contento el Señor de él.

Y las almas, por los efectos que brotan en ellas, pueden tener grandísima confianza de que el Señor está contento; por eso, absortas en tantos regalos, no quisieran acordarse de que hay otro mundo, ni de que tienen enemigos.

5. ¡Oh Sabiduría eterna! ¡Oh buen enseñador! Y qué gran cosa es, hijas, tener un maestro sabio, precavido, que previene los peligros. Es todo el bien que en este mundo puede un alma espiritual desear, porque ofrece gran seguridad.

No podría encarecer con palabras lo que importa esto. Por eso, viendo el Señor que era menester despertar a las almas y recordarles que tienen enemigos, y que es mucho más peligroso no estar prevenidos, y que necesitan mucha más ayuda del Padre eterno, para no caer de muy alto[320], y para que no caminen engañados, sin saber por dónde van, pide estas peticiones tan necesarias para todos, mientras vivimos en este destierro: «Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal».

A los que temen son a unos enemigos que hay traidores, a unos demonios que se transfiguran en ángel de luz, que vienen disfrazados. Y no se les descubre hasta que han hecho mucho daño en el alma.

«Dios ni es tentado por el mal ni tienta nadie» (Sant 1,13).

«No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea proporcionada. Fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados más de lo que pueden vuestras fuerzas; mas con la tentación os dará fuerza para superarla» (1Cor 10,13). Hay que distinguir entre pruebas, (trabajos, persecuciones y peleas las llama Teresa) y tentaciones. Las pruebas proceden de Dios. Las tentaciones, del maligno. «El Espíritu Santo nos hace discernir entre la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior (Lc 8,13; He 14,22; 2Tim 3,12), y la tentación que conduce al pecado y a la muerte. También hemos de distinguir entre "ser tentado" y "consentir" en la tentación. Por último, el discernimiento desenmascara la mentira de la tentación: aparentemente su objeto es "bueno, seductor a la vista, deseable" (Gén 3,6), mientras que en realidad, su fruto es la muerte» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2847). Los cristianos que han llegado a la contemplación, no piden al Señor que los libre de las pruebas, sino que las desean y las aman, como medio arduo de manifestar su amor al Señor. Las pruebas maduran, agrandan la personalidad, hacen crecer al hombre cristiano. Foch, el célebre mariscal francés, decía que a los que amaba les deseaba pruebas más que éxitos. Las pruebas curten. Los éxitos pueden envanecer. El hombre que no ha sido probado queda inmaduro, aparece infantil, se derrumba ante la menor contrariedad, carece de tenacidad. Recuerdo haber leído de niño un chiste con dibujo, y pido perdón por la familiaridad con que me permito reproducirlo: Están matando un cerdo en la calle, y el animalito gruñe con desesperación. Pasa un niño que va al colegio y le dice al cerdo: «Y ¿por eso gruñes, delicado? ¿Si te hicieran ir al colegio como a mí!». Podemos quedarnos en formación cristiana en traje de primera comunión, o en sotana de seminarista; y en lo humano quedarnos infantiles, adolescentes o jovencitos, siendo hombres hechos y derechos. El secreto del crecimiento es el dolor y la prueba. Dice san Juan de la Cruz: «¿Qué sabe el que no ha padecido!». «Quien no sabe de penas, - no sabe de amores, - porque penas es traje de amadores».

Pero de la tentación sí que hemos de pedir a Dios que no nos deje entrar en ella. Es peligroso. «Este combate y esta victoria sólo son posibles con la oración» (Catecismo 2849). Adán y el pueblo de Israel sucumbieron en la tentación. Jesús también fue tentado, pero salió victorioso. «En esta petición a nuestro Padre, Cristo nos une a su combate y a su agonía... y adquiere todo su sentido dramático referida a la tentación final de nuestro combate en la tierra; pide la perseverancia final. «Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela» (Ap 16,15).- Que el Señor nos de sabiduría y fuerza para no caer en la tentación, es lo que pedimos en esta petición del Padrenuestro. Y, sobre todo en unas tentaciones muy sutiles que planea el demonio, transfigurado en ángel de luz, a saber, creer que nuestra oración y contemplación, que él puede falsear, son genuinas sin serlo; hacernos creer que somos virtuosos, cuando no lo somos. El resorte que utiliza el Señor es dejar caer a estas personas presuntamente virtuosas. No hay como experimentar una y otra vez la caída, para verse forzados a practicar la humildad, que es el unguento de nuestras heridas. Pero cuando es Dios quien ha infundido y hecho crecer una virtud verdadera y firme en una persona, con ella han venido todas, como las abejas a un enjambre, de modo que no se es humilde y avaro, o manso y derrochador, sino que hay una trabazón y una

tal unidad, que pone de manifiesto el desarrollo y evolución de la auténtica vida de Dios en el hombre.

Capítulo 38

Trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre eterno que nos conceda lo que pedimos en las palabras: "No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal". Señala algunas tentaciones. Capítulo muy importante.

1. Grandes cosas tenemos aquí, hermanas, que pensar y que entender, pues lo pedimos. Mirad que tengo por muy cierto que los que llegan a la perfección, no piden al Señor que los libre de los trabajos, ni de las tentaciones, ni persecuciones y luchas, porque éste es otro efecto muy cierto y grande de que su espíritu es del Señor, y de que la contemplación y las mercedes que el Señor les hace no son ilusión; y no sólo no rehuyen los trabajos, sino que los desean y los piden y los aman. Son como los soldados que están más contentos cuando hay más guerra, porque esperan salir con mayor ganancia; si no la hay, sirven por el sueldo, mas ven que no pueden ascender mucho.

2. Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplación y hacen oración, están deseando que llegue la hora de luchar; nunca temen mucho a los enemigos descubiertos; ya los conocen y saben que, con la fuerza que les da el Señor, no tienen fuerza, y que siempre salen vencedores y con gran ganancia; nunca huyen.

A los que temen, y es justo que teman, y que pidan siempre al Señor que los libre de ellos, son a unos enemigos que hay traidores, a unos demonios que se transfiguran en ángeles de luz^[xl]; vienen disfrazados. Hasta que no han hecho mucho daño en el alma, no se dejan conocer sino que nos están bebiendo la sangre y matando las virtudes, y estamos metidos en la misma tentación y no la conocemos. De éstos pidamos, hijas, y suplique-mos muchas veces en el Padrenuestro que nos libre el Señor, y que no consienta que caigamos en la tentación, y que nos traigan engañadas, que se descubra el veneno, que no os escondan la luz y la verdad. ¡Oh, con cuánta razón nos enseña nuestro buen Maestro a pedir esto y lo pide por nosotros!

3. Mirad, hijas, que estos demonios dañan de muchas maneras; no sólo haciéndonos creer que los gustos y los regalos que pueden simular en nosotros son de Dios; que este puede ser el daño menor que pueden hacer, y que se puede volver contra ellos, pues estimuladas las almas con aquel gusto, dedican más horas a la oración, con lo que caminan más de prisa; y como ignoran que los gustos provienen del demonio, y además se ven indignos de aquellos regalos, dan gracias a Dios incesantemente, se ven con mayor obligación de servirle, y se esfuerzan por disponerse a recibir más mercedes del Señor, pensando que vienen de su mano.

4. Procurad siempre, hermanas, ser humildes, y persuadíos de que no sois dignas de estas mercedes, y no las vayáis buscando. Si se hace esto, estoy segura de que el demonio pierde muchas almas que siguen esta táctica, pensando él que consigue que se pierdan para Dios; y que saca el Señor, del mal que él pretende hacer, nuestro bien; porque Su Majestad ve nuestra intención de tenerle contento y de servirle permaneciendo con Él en la oración, y el Señor es fiel[321]. Pero hay que ir con cuidado para que no sufra descalabro la humildad, ni se engendre alguna vanagloria. Si suplicáis al Señor que os libre de esto, no tengáis miedo, hijas, de que Su Majestad permita que os regale mucho alguien, más que Él.

5. En lo que el demonio puede hacer gran daño sin que nos demos cuenta, es en hacernos creer que tenemos virtudes, sin tenerlas, porque esto es pestilencia. Pues, sin que lo notemos, creyendo que vamos seguros, caemos en un precipicio, del que no podemos salir, pues aunque no sea en materia de pecado mortal que nos lleve al infierno, nos encadena las piernas para que no podamos andar este Camino, del que estoy hablando, que no lo he olvidado. Ya podéis pensar cómo puede una caminar si está metida en el precipicio; allí termina su vida, y bastante hará si no cae más abajo, hasta ir a parar en el infierno.

Allí metido nunca progresa, pues creer que se tienen virtudes sin tenerlas, no sólo no aprovecha a sí mismo ni a los otros, sino que daña; pues al estar el precipicio abierto, muchos que van por el camino pueden caer en él. La solución sería que el alma caída saliera del pozo y lo tapara con tierra; así es como no haría daño ni a sí ni a los otros; por eso os digo que es muy peligrosa esta tentación. Yo sé mucho de esto por experiencia, y por eso os lo sé decir, aunque no tan bien como quisiera.

Os hace creer el demonio a vosotras o a otras personas que hacen oración, que sois pobre, y alguna razón tiene, pues habéis prometido pobreza, aunque sólo con la boca. Digo «con la boca» porque, si lo hubiéramos prometido con el corazón y entendiéramos lo que hemos prometido, ya podría tentarnos el demonio durante veinte años y toda nuestra vida con esta tentación, que no nos impresionaría, porque más bien veríamos que estamos engañando al mundo y a nosotros mismos.

Hecho el voto de pobreza, o diciendo el que se cree que es pobre: «yo no quiero nada», «tengo esto porque lo necesito», o «esto lo tengo para poder mejor servir a Dios», pues «Él quiere que cuidemos nuestros cuerpos», y con estas, otras mil excusas que enseña el demonio como ángel, como todo esto es bueno, y

le hace creer que ya es pobre y que tiene esta virtud.

Ahora miremos las obras: Esta persona tiene demasiada renta para lo que necesita, o puede pasar con un criado y tiene tres; o le ponen un pleito reclamándole algo, o le deja de pagar el pobre labrador y se desasosiega tanto, da al asunto tanta importancia, como si no pudiera vivir sin ello. Para justificarse dirá que lo hace en aras de la buena administración, porque siempre encuentra una disculpa.

No digo yo que lo abandone, sino que lo administre, tanto si marcha bien su hacienda como si marcha mal. Porque el pobre verdadero da tan poca importancia a estas cosas, que si con razón las administra, jamás se inquieta; porque piensa que nunca le va a faltar qué comer, y si le falta, poco le importa. Lo considera como cosa accidental y no principal; como tiene pensamientos más elevados, le cuesta ocuparse de éstos.

A veces un religioso o una religiosa no posee nada porque nada tiene, pero si encuentra quien se lo regale, nunca cree que le sobra. Le gusta tener siempre algo guardado, y si puede tener un hábito de buena tela, no lo pide de la mala. Y gusta de guardar por si cae enferma y necesita cuidados extraordinarios. ¡Pecadora de mí! ¿es eso lo que prometiste? Olvídате de ti, y deja obrar a Dios, venga lo que venga; porque si vais proveyén-doos para el futuro, mejor hubiera sido tener renta cierta y sin preocupaciones.

Aunque esto se pueda hacer sin pecar, es bueno que nos vayamos viendo estas imperfecciones, para ver que nos falta mucho para tener la virtud de la pobreza, y para que la pidamos a Dios y luchemos por adquirirla; porque si pensamos que ya la tenemos, nos descuidamos y vivimos engañados, que es lo peor.

Lo mismo nos ocurre con la humildad: nos parece que no queremos honores, y que nada se nos da nada; y cuando os pisan un poco se nota enseguida en vuestra reacción que no sois humildes. Y si os otorgan algún honor no lo rehusáis para crecer en la virtud. ¡Y Dios quiera que no lo busques tú! Y eso que siempre decían «que no querían; y que nada les importa nada». En realidad así lo piensan y, a fuerza de decirlo, aún se lo creen más.

Si llevamos control, pronto veremos lo que es tentación, tanto en esto como en las otras virtudes; y cuando se tiene una sólida virtud de éstas, las lleva todas consigo[322]; y se echan mucho de ver[323].

En los gustos y regalos, en cambio, parece que sólo recibimos y, por eso, quedamos más obligados a servir; mas pensando que tenemos virtudes, nos parece que damos y servimos, y, por la tanto, que el Señor está obligado a pagarnos, y esto, poco a poco, causa mucho daño. Por una parte debilita la humildad y, por otra, nos descuidamos en adquirir aquella virtud, que creemos que ya tenemos ganada.

Y ¿qué remedio hay para esto, hermanas? El que a mí me parece mejor es el que nos enseña nuestro Maestro: orar y suplicar al Padre eterno que no permita que caigamos en la tentación.

6. También os quiero dar algún otro: que, si nos parece que el Señor ya nos ha concedido alguna virtud, sepamos que es un regalo que nos puede volver a quitar, como en realidad acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca lo habéis visto en vosotras, hermanas? Pues yo sí; a veces me parece que estoy muy desprendida, y, cuando llega la prueba, lo estoy; y otras veces me encuentro tan asida en cosas de las que el día anterior yo me hubiera reído, que

casi no me conozco. Otras veces me parece que tengo mucho ánimo, y que no rehuiría hacer cualquier cosa por Dios; y tengo pruebas de que así lo he hecho algunas veces; al día siguiente no me encuentro con ánimo para matar una hormiga por Dios, si encuentro en ello contradicción. Así, unas veces creo que no se me da nada de cualquier cosa que digan o murmuren de mí, y he experimentado que así es, y que esto me causa alegría. Pero otros días una sola palabra me aflige y querría salir de este mundo, porque me parece que en todo me cansa. Y esto no me ocurre a mí sola, pues lo he examinado en muchas personas mejores que yo, y también les ocurre lo mismo.

7. Pues, si esto es así, ¿quién podrá decir que tiene virtud, ni que es rica, si cuando más la necesite se va a encontrar pobre? Que no, hermanas, sino pensemos que siempre somos pobres, y no nos endeudemos si no podemos pagar; porque de otra parte ha de venir el tesoro, y no sabemos cuánto tiempo querrá el Señor dejarnos en la cárcel de nuestra miseria sin darnos nada. Y si nos consideran buenas y por ello nos regalan y honran, este es el préstamo que digo que nos hacen, quedarán decepcionados ellos y nosotras, al no encontrar la virtud que esperaban.

Aunque es verdad que si servimos al Señor con humildad, al final nos socorre en las necesidades; mas si no tenemos muy de veras esta virtud, a cada paso os dejará el Señor. Lo cual es grandísima merced suya para que practiquéis la humildad y entendáis por experiencia que no tenemos nada que no lo hayamos recibido[324].

8. Anotad ahora otro aviso. Nos hace creer el demonio que tenemos una virtud, por ejemplo, la paciencia, porque estamos muy decididas a sufrir mucho por Dios; y de verdad nos parece que lo soportaríamos todo y por eso estamos muy contentas, porque el demonio nos ayuda a que nos lo creamos.

Yo os aviso que no hagáis caso de estas virtudes, ni pensemos que las conocemos más que de nombre, ni creamos que nos las ha dado el Señor, hasta que las veamos probadas en la práctica; porque os puede ocurrir que, a la menor palabra que os digan que os disguste, vaya la paciencia por el suelo. Cuando sufráis muchas veces, alabad a Dios porque comienza a enseñaros esta virtud, haceos fuerza para padecer, que en eso quiere que se la paguéis, que para eso os la da, y no la tengáis en propiedad sino como prestada, como os he dicho[325].

9. También nos tienta el demonio haciéndonos creer que somos muy pobres de espíritu, y así adquirimos la costumbre de decirlo, y que no queremos nada, y que no se nos da nada de nada; y apenas nos han dado algo, aunque no lo necesitemos, ya ha quedado perdida toda la pobreza de espíritu. La costumbre de decir que se tiene la virtud ayuda a creer que se tiene. Para vencer esta tentación es muy útil saber que es tentación, tanto en las virtudes señaladas como en otras muchas; cuando el Señor da de veras una virtud sólida, vienen con ella todas; y se ven bien a las claras.

Pero aún os repito el mismo aviso, para que, aunque os parezca que tenéis alguna virtud, tengáis miedo de engañaros; porque el verdaderamente humilde siempre está dudoso de sus propias virtudes, y siempre le parecen más ciertas y de mayor valor las que ve en sus hermanos.

Prospección actual del capítulo 39

Humildades que pone el demonio con gran inquietud de la gravedad de nuestros pecados... Que le hacen dejar de comulgar y de hacer oración.

Esta sí que es verdadera tentación, y no pocas veces comprobada. Puede también ser efecto de enfermedad nerviosa o de escrúpulos, pero atenta contra la misericordia de Dios. Si se trata de enfermedad bien diagnosticada, debe ser tratada por el médico. Si es tentación, las señales son bastante claras, porque tal humildad, con la experiencia de su miseria y pecado, viene acompañada de inquietud y desasosiego. La verdadera humildad, conociendo toda su indignidad, está anclada en una gran paz, sosiego y confianza.

Tentación también de hacer muchas y grandes penitencias, sobre todo notorias, como una manera de atraer la atención. A punto estuvo de hacer rodar por tierra la Reforma de santa Teresa, el afán de las penitencias extraordinarias y brutales, que san Juan llama «penitencia de bestias», acarreado por los ermitaños del Tardón, Ambrosio Mariano y Juan Narduch, llegados a Pastrana influenciados por Catalina de Cardona, mujer extravagante, y bajo la dirección de fray Ángel de san Gabriel, obtuso y falto de seso.

Otra tentación de la que hay que pedir verse libres: confianza en las propias virtudes que llevan a la temeridad de exponerse a las ocasiones, por creerse fuertes y seguros. Es tentación clara, y de ella saca el demonio mucho provecho, con mal para el alma. Lo peor de todas estas tentaciones es que no se detecten pronto, sino cuando ya han causado estragos y han creado hábitos, que después cuesta mucho combatir y extirpar.

Remedio necesario: abrir el alma al confesor con toda claridad. El Señor le iluminará para que de luz. No tener un confesor para cada clase de pecados, sino, humildemente, guardar esta fidelidad de un sólo confesor, excepto en casos extraordinarios. Hoy, desarraigada casi por completo la dirección espiritual, también la vida de perfección está sufriendo con ello. Pero, ¿dónde encontrar hoy un verdadero director espiritual? Ese es otro problema de grandísima actualidad. Entre mil uno, decía santa Teresa. Y san Francisco de Sales: uno entre diez mil. Rogad al Dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies. Por otra parte, no será necesario que el director espiritual tenga carácter sacerdotal. «El Espíritu Santo da a ciertos fieles dones de sabiduría, de fe y de discernimiento dirigidos al bien común» (dirección espiritual)... el alma que quiere avanzar en la perfección, según el consejo de san Juan de la Cruz, debe

"considerar bien entre qué manos se pone porque tal sea el maestro, tal será el discípulo; tal sea el padre, tal será el hijo. Y no sólo el director debe ser sabio y prudente, sino también experimentado... Si el guía espiritual no tiene experiencia de la vida espiritual, es incapaz de conducir por ella a las almas que Dios en todo caso llama, e incluso no las comprenderá" (Llama, estrofa 3)» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2690).

Capítulo 39

Continúa el tema sobre la petición: «No nos dejes caer en la tentación». Da avisos para librarse de diferentes tentaciones.

1. Tened, pues cuidado, hijas, de cierta humildad que inspira el demonio, que causa gran inquietud por la gravedad de nuestros pecados, con lo que, de diferentes maneras, consigue que las almas se aparten de la Comunión y que no hagan oración personal, porque creen que no lo merecen, y cuando reciben el Santísimo Sacramento, se les pasa el tiempo en que habían de recibir mercedes, pensando si se han preparado bien, o en que no merece vivir entre gente buena. Cosas son éstas apreciables si vienen con sosiego y regalo y gusto, como el que procede del propio conocimiento. Mas si vienen con alboroto e inquietud y ahogo del alma, y no puede ésta sosegar el pensamiento, creed que es tentación, y no os creáis humildes por eso, que la humildad no procede de esta inquietud[xli].

Llega a tal extremo la tentación que hace creer al alma que Dios la tiene abandonada porque ha sido tan pecadora, y casi duda de su misericordia. En todo lo que hace ve peligro, y lo que trabaja por Dios, aunque sea muy bueno, le parece que no produce fruto. Se hunde en tanta desconfianza, que no tiene ánimos para hacer nada bueno, porque le parece que lo que es bueno en los otros, en ella es malo.

2. Tened muy presente, hijas, esto que os voy a decir, porque algunas veces será virtud de humildad consideraros tan ruin, pero otras, gran tentación. La conozco bien, porque yo la he sufrido.

La humildad, aunque sea muy grande, no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma; al contrario, viene con paz y regalo y sosiego[326]. Aunque uno, al verse ruin, ve claramente que merece estar en el infierno, y se entristece, y le parece que todos con justicia le habían de aborrecer, y casi no se atreve a pedir misericordia, si es buena su humildad, esta pena viene con una suavidad y contento, que quisiera tenerla siempre. No alborota ni angustia al alma, sino que la ensancha y la hace más capaz de servir más a Dios. La pena

producida por la tentación diabólica, todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa. Creo que el demonio pretende que pensemos que tenemos humildad, y, si pudiera, conseguir que desconfiáramos de Dios[327].

3. Cuando os encontréis en esta situación, frenad todo lo que podáis el pensamiento de vuestra miseria, y pensad en la misericordia de Dios y en lo que os ama y en lo que padeció por nosotros. Y si es tentación, ni aún esto podréis hacer, pues no os dejará sosegar el pensamiento ni lo podréis desviar, para mayor fatiga vuestra; ya será mucho que conozcáis que es tentación.

También nos tentará con penitencias exageradas, para hacernos creer que somos más penitentes que las otras, y que hacemos mucho. Y si se lo ocultáis al confesor o a la superiora, o si diciéndoos que no lo hagáis, lo hacéis, es clara tentación. Procurad obedecer, aunque os cueste, pues en eso está la mayor perfección. Y obedecer en todo; no lo olvidéis[328].

4. Pone otra tentación muy peligrosa: seguridad de que no volveríamos a los pecados pasados ni a los placeres del mundo; porque ya lo conocemos, y porque sabemos que todo se acaba, y porque las cosas de Dios me dan más gusto. Si esta tentación ataca al comienzo de la vida espiritual, es muy peligrosa, porque con esta seguridad no les importa meterse en las ocasiones, y les hace caer de bruces, y Dios quiera que la recaída no sea peor[329]. Porque cuando el demonio ve que se trata de un alma que le puede dañar y servir de provecho a otras, pone en juego todo su poder para que no se levante[330]. Por eso, aunque el Señor os de muchos gustos y prendas de amor, nunca estéis tan seguras, que dejéis de temer que podéis volver a caer, y apartaos de las ocasiones de pecar.

5. Tened mucho interés en comunicar estas mercedes y regalos con quien os pueda dar luz, sin guardar ningún secreto porque aquí es donde el demonio suele dar sus asaltos de distintas maneras; y tened cuidado de que siempre, tanto al principio como al final de la oración, penséis en el conocimiento propio, aunque hayáis tenido muy subida contemplación[331]. Y si la contemplación es de Dios, aunque no queráis ni tengáis presente este aviso, pensaréis más veces en vuestra pequeñez, porque trae consigo humildad, y siempre nos deja con más luz para que entendamos lo poco que somos. No me quiero entretener más, porque estos avisos los encontraréis en muchos libros. Lo que he dicho es porque lo he vivido, y me he visto en apuros algunas veces. Pero, ni los libros, ni lo que he escrito, nos pueden dar seguridad total porque no sabemos discernirnos bien[332].

6. Pues, Padre eterno, ¿qué hemos de hacer más que acudir a Vos y suplicaros que estos enemigos nuestros no nos hagan caer en la tentación? Ya pueden venir contradicciones exteriores, que nos libremos de ellas mejor, con vuestro favor; mas estas traiciones, ¿quién las entenderá, Dios mío? Siempre tendremos necesidad de pedirnos remedio. Decidnos, Señor, algunas palabras para que nos podamos entender y nos den seguridad; ya sabéis que por este camino no va la mayor parte de la gente, y si se ha de ir con tantos miedos, irán muchos menos.

7. Cosa extraña es ésta, ¡como si el demonio no tentara a los que no van por el camino de la oración!; que se asusten todos más de uno que lleva camino de perfección y engaña, que de cien mil que ven metidos en engaños y en pecados públicos, que no es necesario examinar si es bueno o malo el camino que llevan, porque de mil kilómetros se ve que es camino de Satanás.

En verdad tienen razón, porque son tan poquísimos los que engaña el demonio de los que rezan el Padrenuestro, como os he enseñado, que, si hay alguno, causa admiración, por no ser cosa corriente; que es muy propio de los mortales pasar de largo fácilmente de lo que están viendo continuamente, y escandalizarse mucho de lo que sucede pocas veces o casi ninguna; y los mismos demonios les hacen escandalizarse, porque a ellos les conviene, ya que pierden muchas almas por una que lleva camino de santidad[333].

No tengáis, pues, miedo, hermanas, de ir por estos caminos, que muchos hay en la oración. Es camino seguro; pues mejor os libraréis de la tentación estando cerca del Señor, que estando lejos. Suplicadle y pedidle que os libre de ella, como lo hacéis tantas veces al día rezando el Padrenuestro[334].

Prospección actual del capítulo 40

Los que de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, alaban todo lo bueno, siempre se unen a los buenos y los favorecen y los defienden.

Buena experiencia tenía Teresa de esa singular y múltiple afirmación. Ya sabía ella discernir quiénes apoyaban sus fundaciones, y quiénes eran los que se le oponían. No eran éstos, ciertamente, los más llenos de amor y los más buscadores de la gloria de Dios, y los más entregados a introducir, extender y profundizar su Reino en las almas. Aquéllos siempre son más bien pocos y, cosa curiosa, los mayores amigos, casi siempre eran los que menos la podían ayudar. Pero es muy cierto que, unas veces porque escasea el amor de Dios y otras porque menudea la rivalidad, los celos y la envidia, las obras de Dios se ven apoyadas por pocas personas. Pero es una señal clara de andar crecidos en amor de Dios, apoyar, estimular, alabar, defender, cubrir las espaldas y arropar todo lo bueno y, esto sin tapujos, sino a las claras. El amor de Dios, como el de las criaturas, no puede estar oculto. Pablo y Magdalena, heridos de amor, no escondían su amor, porque estaban enfermos de amor. Y si se tiene este amor y se pone toda la vida al servicio del amor, este es el mejor remedio para salir vencedores de las tentaciones y de las emboscadas del enemigo, que tiene muchos aliados. Suelen ser los que miran con ojeriza y con resentimiento el sinvivir de los que aman. Porque si se ama a Dios y sus almas y su vida, se tendrá también la garantía de

que Dios nos corresponde. Pero ¿no es Él quien ama primero? Y se quejaba Jesús, el amor, a Gabrielle Bossis: «Qué pocos son los que viven en mí viviente, los que aman mi amor como su único fin». Salvo que se haya recibido una revelación particular, nadie puede saber con certeza absoluta, que vive en gracia, lo cual es poseer el amor, pero se puede tener certeza moral, y esa es la que tienen las personas que tienen ese fuego grande de amor de Dios, que resplandece y chisporrotea en obras por su gloria. Sabemos, porque Dios nos lo ha revelado, que la encarnación, la Iglesia, la gracia, los sacramentos, los santos, son signos evidentes del amor de Dios. Sigo escuchando palabras de Jesús a Gabrielle: «¿Recuerdas en el Sinaí? Moisés era el único que podía acercarse a Dios. Y ahora que el Hijo de Dios ha venido a morir por vosotros, os ha dicho: Acercaos. Venid y amadme sin miedo, porque yo os amo».

¿Qué dulce y consoladora será la muerte de los que saben que van a ser juzgados por aquel a quien han amado tanto, a quien han consagrado la vida entera! Pensar esto y mirar que esta vida no es más que «una noche en una mala posada», da coraje y energía para seguir trabajando sin descanso para hacer amar al Amor. En una íntima dulzura de confianza dice Jesús a Gabrielle Bossis: ¿No crees que, en el momento de la muerte de mis amigos, vendré a llevarlos dulcemente, con las delicadezas que tú sabes, para introducir su alma en mi Reino? ¿No harías tú lo mismo para gozar de su sorpresa y de su alegría, al entrar en una de tus bellas mansiones? Entonces, yo, Dios, que amo más, que poseo mejor, ¿cómo me iba a desinteresar de su salida del tiempo? (19 de enero de 1948).

Capítulo 40

Caminando siempre con amor y temor de Dios iremos seguros entre tantas tentaciones.

1. Pues, buen Maestro nuestro, dadnos algún remedio para vivir sin tanto sobresalto en guerra tan peligrosa. El remedio que tenemos, hijas, y nos dio Su Majestad, es amor y temor: el amor nos hará apresurar los pasos; el temor nos hará ir mirando dónde ponemos los pies para no caer en el camino que caminamos todos los que vivimos, donde hay tantos peligros en qué tropezar; y con estas dos precauciones seguro que no seremos engañadas.

2. Me diréis que en qué veréis que tenéis estas dos virtudes tan grandes, tan grandes. Porque no podéis tener certeza de ello, porque si estuviéramos ciertos de que tenemos amor, igualmente lo estaríamos de que estamos en gracia. Mas mirad, hermanas, hay unas señales que hasta los ciegos las ven, no están ocultas; aunque no las queráis ver, ellas dan voces que hacen mucho ruido, porque son pocos los que las tienen, y por eso se notan más. ¡Cómo quien no dice nada: amor y temor de Dios! Son dos castillos fuertes, desde donde se da guerra al mundo y a los demonios.

3. Los que de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno alaban, se unen siempre a los buenos y los favorecen y defienden; sólo aman verdades y cosas dignas de ser amadas. ¿Creéis que es posible, que quien muy de veras ama a Dios, pueda amar vanidades y riquezas y deleites del mundo, y honores? ¿Creéis que se mete en pleitos, y se enzarza en envidias? No, porque no pretende otra cosa más que contentar al Amado. Andan muriendo por su amor, y así ponen toda su vida en conocer cómo le agradarán más.

¿Esconderán que le aman? ¡Es imposible esconder el amor de Dios, si de veras es amor! Si no, mirad a san Pablo, mirad a la Magdalena; de san Pablo, a los tres días se comenzó a saber que estaba enfermo de amor[xlii]. De la Magdalena, desde el primer día[335], ¡y cuán elocuentemente! Que esto tiene el amor, que hay más o menos; y así es su manifestación equivalente a la fuerza que tiene el amor; si es poco, se demuestra poco, y si es mucho, mucho; mas poco o mucho, si hay amor de Dios, siempre se nota.

4. Mas de lo que ahora estamos tratando, de los engaños e ilusiones que causa el demonio en los contemplativos, en éstos el amor no es poco; siempre tienen mucho amor, si no, no serían contemplativos, y así se manifiesta mucho y de muchas maneras. Es fuego grande, por eso da gran resplandor. Y si no lo da, vayan con gran recelo, crean que tienen mucho que temer; procuren entender la razón, hagan oración, sean muy humildes, y supliquen al Señor, que no les deje caer en la tentación; pues en verdad, si no se ven las señales del amor, me temo que sea tentación. Mas andando con humildad, procurando saber la verdad, obedientes al confesor y comunicando con él con verdad y sencillez, como he dicho[336], con lo que el demonio os pensaba dar muerte, os dará la vida, aunque os haga muchos halagos e ilusiones[337].

5. Mas si sentís este amor de Dios que he dicho, y el temor que ahora voy a decir, estad alegres y tranquilas, que para turbaros el alma para que no goce tan grandes bienes, os pondrá el demonio mil temores falsos y hará que otros os los pongan[338]. Porque ya que no os puede ganar, intenta hacernos perder algo, y que pierdan los que podrían ganar mucho, si creyeran que son de Dios las mercedes tan grandes que hace a una criatura tan ruin, y que Dios puede hacerlas, pues parece que algunas veces nos olvidamos de sus misericordias antiguas.

6. ¿Creéis que le importa poco al demonio poner os estos temores? No, sino mucho, porque hace dos daños: uno, que, a los que le oyen, les entra miedo de

emprender el camino de la oración, pensando que pueden ser engañados; el otro, que muchos que se acercarían a Dios viendo que es tan bueno que quiere comunicarse tan íntimamente con los pecadores, no se acercarán por miedo. En cambio, a las personas que reciben mercedes en la oración, les entra codicia de ella, y con razón; yo conozco a algunas de ellas que esto las animó a comenzar a hacer oración, y en poco tiempo salieron orantes verdaderos, haciéndoles el Señor grandes mercedes.

7. Así que, hermanas, cuando veáis entre vosotras a alguna a quien el Señor le concede mercedes, alabad mucho al Señor por ello; pero no por eso creáis que está segura, sino al contrario, ayudadla con más oración; porque nadie puede estar seguro mientras vive, y anda engolfado en los peligros de este mar tempestuoso.

Así que no dejaréis de conocer dónde está este amor, ni sé cómo se puede ocultar; pues no se puede ocultar si un hombrecillo y una mujercilla se aman, y cuanto más intentan ocultarlo, más se descubre, aunque este amor se centra en un gusano, y ni merece el nombre de amor, porque se funda en nonada, y da asco poner esta comparación[339], ¿y se podría encubrir un amor tan fuerte, tan justo, que siempre va creciendo, porque todo lo que ve en Dios es digno de amor, y fundamentado sobre tal cimiento como es ser pagado con otro amor, del que no puede dudar por haber sido demostrado tan a las claras, con tan grandes dolores y trabajos y derramamiento de sangre, hasta dar la vida, para que no nos quedase ninguna duda de este amor? ¡Oh, válgame Dios, qué diferente debe de ser un amor del otro, para quien lo ha experimentado!

8. Quiera Su Majestad dárnoslo antes de que nos saque de esta vida, porque será muy hermoso a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgados por quien hemos amado sobre todas las cosas. Seguros podremos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extranjera sino propia, pues es la patria de quien tanto amamos y nos ama[340].

Acordaos, hijas mías, aquí de la ganancia que trae este amor consigo, y de la pérdida que es no tenerlo, pues nos pone en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien y tan amigas de todo mal.

9. ¿Qué será de la pobre alma que, cuando acaba de salir de los dolores y sufrimientos de la muerte, cae en ellas? ¡Qué mal descanso le viene!; ¡qué despedazada irá al infierno!; ¡qué multitud de serpientes de diferentes maneras!; ¡qué temeroso lugar!; ¡qué desventurado hospedaje![341] Pues para una noche una mala posada se sufre mal si es persona comodona, que son los que más deben de ir allá, siendo posada para siempre[342], para sin fin, ¿qué pensáis que sentirá aquella triste alma?

Que no queramos comodidades, hijas; bien estamos aquí; sólo es una noche la mala posada. Alabemos a Dios; esforcémonos a hacer penitencia en esta vida. Mas, ¡qué dulce será la muerte de quien ha hecho penitencia de todos sus pecados y no ha de ir al purgatorio! Como puede ser que aún en este mundo comience a gozar de la gloria, no tendrá temor, sino toda paz.

10. Si no llegamos a esto, hermanas, supliquemos a Dios, que si vamos a recibir penas, sea donde, con esperanza de salir de ellas, las llevemos de buena gana, y donde no perdamos su amistad y gracia, y que nos la de en esta vida para no caer en la tentación sin darnos cuenta.

Prospección actual del capítulo 41

El temor de Dios pronto se manifiesta, porque enseguida se apartan de los pecados y de las ocasiones de pecar y de malas compañías.

«Cuando Dios se revela y llama al hombre, éste no puede responder plenamente al amor divino por sus propias fuerzas. Debe esperar que Dios le de la capacidad de devolverle el amor y de obrar conforme a los mandamientos de la caridad. La esperanza es aguardar confiadamente la bendición divina y la bienaventurada visión de Dios; es también el temor de ofender el temor de Dios y de provocar su castigo» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2090).

Ha escrito Newman: «Los sentimientos de temor y de "lo sagrado" ¿son sentimientos cristianos o no? Nadie puede dudar razonablemente de ello. Son los sentimientos que tendríamos, y en un grado intenso, si tuviésemos la visión del Dios soberano. Son los sentimientos que tendríamos si verificásemos su presencia. En la medida en que creemos que está presente, debemos tenerlos. No tenerlos es no verificar, no creer que está presente».

«Hay un temor servil, que teme el castigo, como el dolor de atrición que también es don de Dios, e impulso del Espíritu Santo. Nace de la fealdad del pecado o del temor de la condena-ción eterna y de las demás penas con que es amenazado el pecador» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1453). Hay otro temor, el filial, que no quiere dar ni un pequeño disgusto a Dios. Corresponde al dolor de contrición que brota del amor a Dios amado sobre todas las cosas.

El cristiano que ha llegado a contemplación aborrece el pecado mortal y, también el venial. Y por eso le pide al Padre que le libre de la tentación de cometer lo que más teme, porque sabe que es lo que más disgusta a Dios, no porque a Él le haga ningún daño, sino porque nos perjudica a nosotros y nos impide ser felices, como Dios quiere que lo seamos, que para esto nos ha creado.

Hay que alimentar el santo temor de Dios meditando en la naturaleza, maldad y sinsentido de los pecados, que nos echan fuera de la órbita de Dios y nos alejan de su presencia. «Al descubrir la grandeza del amor de Dios, nuestro corazón se estremece ante el horror y el peso del pecado y comienza a temer ofender a Dios por el pecado y verse separado de Él. El corazón humano se

convierte "mirando al que nuestros pecados traspasaron" (Jn 19,37; Zac 12,10)» (Ib 1432). «El mensaje del juicio final llama a la conversión mientras Dios da a los hombres todavía el "tiempo favorable, el tiempo de salvación" (2Cor 6,2). Inspira el santo temor de Dios» (Ib 1041), que es un don del Espíritu Santo.

Pero, si pecamos, tenemos un abogado que intercede por nosotros, y el Padre del pródigo está siempre esperando a que vayamos a sus brazos, pues aunque el pecado destruya en el pecador su filiación divina, deja intacta su dignidad de hombre, en la cual el perdón del Padre puede recrear al hombre nuevo. «Un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre» (Juan Pablo II, Dives in misericordia, 30 de noviembre de 1980). Amonesta santa Teresa a huir de pecados deliberados, aunque sean veniales y, sobre todo, calculados, como los que dicen, lo haré y después me confesaré. Es como si dijeran: «Señor, aunque os disguste, voy a hacer esto; ya veo que vos lo veis, y sé que no lo queréis, y me doy cuenta; mas prefiero seguir mi antojo y capricho, que vuestra voluntad».

Este es el temor que debe pedir el cristiano para no caer en la tentación. Y esta es la tentación de la que pedimos en el Padrenuestro que no nos deje caer en ella. Cuando un cristiano ha conseguido el temor santo de Dios, le nace una libertad de espíritu para tratar a las personas y los asuntos sin encogimientos ni timideces, y puede ser conversable con todos, especialmente con los hermanos en la fe, a quienes debe transmitir el amor y la suavidad del Señor, para que, con su compañía y conversación se despierten a la alegría y al deseo ferviente de la vida que él vive.

Capítulo 41

Trata del temor de Dios y enseña a evitar los pecados veniales.

1. ¡Cómo me he alargado! Pues no tanto como quisiera, porque es cosa sabrosa hablar del amor, ¿qué será tenerlo? ¡Oh Señor mío, dádmelo Vos! No me vaya yo de esta vida hasta que no quiera nada de ella, ni sepa amar nada más que a Vos, ni ponga mi amor en nadie, pues todo es falso, porque lo es el cimiento, y por eso no dura el edificio[xliiii]. No sé por qué nos extrañamos. Cuando oigo decir: «aquél me pagó mal», «el otro no me quiere», yo me río entre mí; ¿qué os ha de pagar, ni quién os ha de querer? En esto veréis lo que es el mundo que castiga vuestro mismo amor; y eso es lo que os deshace porque siente mucho la voluntad que la hayáis tenido entretenida en juego de niños.

Hablemos ahora del temor, aunque me cuesta no hablar un rato del amor del mundo, porque lo conozco bien, por mis pecados, y os lo quisiera dar a conocer

para que os librarais de él para siempre. Mas lo habré de dejar para no salir del tema[343]. El temor de Dios es también muy visible en quien lo tiene y reconocido por quienes están alrededor. Aunque quiero que sepáis que al principio no está tan crecido, excepto en algunas personas, a quienes, como he dicho[344], el Señor hace grandes mercedes, y las sube a tan altos niveles de oración, que en una invasión de gracia, en poco tiempo las deja ricas en virtudes. Se les va aumentando el valor, y van creciendo más cada día; y se va notando que crece el temor y el amor de Dios[345], porque no cometen pecados y se apartan de las ocasiones y de las malas compañías y se les ven otros detalles.

Mas cuando el alma llega a contemplación, que es lo que aquí nos interesa más, se manifiesta más el temor de Dios, y el amor, sin que exteriormente se disimulen. Si se observa minuciosamente a estas personas, se comprobará que son siempre cuidadosas y delicadas, y por nada del mundo cometerán un pecado venial con advertencia; y los mortales los temen como al fuego.

Y éstas son, hermanas, las ilusiones que yo quisiera que temiéramos mucho, y también quiero que supliquemos siempre a Dios, que no sea tan recia la tentación que nos haga ofenderle; sino que la permita conforme a la fortaleza que nos ha de dar para vencerla. Esto es lo que nos interesa; este temor es el que yo deseo que tengamos siempre nosotras, que esto es lo que nos va a servir.

2. ¡Oh, que es gran cosa no tener al Señor ofendido, para que sus siervos y esclavos infernales estén atados!; que, en fin, todos le han de servir, sólo que ellos lo hacen a la fuerza, y nosotros libremente. Así que, si tenemos a Dios contento, tendrá a raya a los demonios, y no harán nada que pueda dañarnos, por mucho que nos tienten y nos tiendan redes secretas.

3. Tened en cuenta esta advertencia, que es muy importante: Mientras no veáis en vosotras tan gran determinación de no ofender al Señor, que perderíais mil vidas antes que hacer un pecado mortal, y vayáis con mucho cuidado de no hacer pecados veniales, no os dejarán libres los demonios. Quiero decir con plena advertencia, pues, ¿quién está libre de cometer muchos sin darse cuenta? Mas hay una advertencia muy deliberada; otra tan fugaz, que es casi simultánea con el pecado venial, casi no se tuvo tiempo de pensarlo. Mas, de pecado con plena advertencia, por pequeño que sea, Dios nos libre de él. Yo no sé cómo nos atrevemos a enfrentarnos con tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa[346].

¡Tanto más cuando no hay cosa pequeña, siendo contra una tan gran Majestad, y sabiendo que nos está mirando! Esto es lo que yo entiendo por pecado deliberado, y es como si le dijéramos: «Señor, aunque no os guste, haré tal cosa; ya sé que lo veis, y sé que no queréis que la haga, y me doy cuenta; pero quiero más seguir mi capricho y mi gusto, que vuestra voluntad». Y a mí no me parece que en este asunto hay poco, aunque la culpa sea muy leve, sino mucho y muy mucho.

4. Mirad por amor de Dios, hermanas, si queréis conseguir este temor de Dios, es muy importante conocer la gravedad de la ofensa de Dios, y meditarlo con mucha frecuencia, para que se vaya arraigando en vuestros corazones un pleno temor de Dios[347].

Y mientras no lo tengáis, es necesario ir siempre con mucho cuidado, y apartarnos de todas las ocasiones que no nos ayuden a acercarnos más a Dios. Hay que estar muy atentos para contra-riar nuestra voluntad en todo lo que hacemos, y para hablar edificando; debéis huir de las conversaciones que no sean de Dios. Es menester mucho cuidado para que se quede muy impreso este temor; aunque si hay amor verdadero, se consigue pronto.

Cuando vea el alma que tiene una decisión grande de no ofender a Dios, aunque caiga alguna vez, porque somos frágiles y no nos podemos fiar de nosotros, y cuanto más decididos menos confiados en nuestras fuerzas, pues vuestra confianza ha de estar puesta en Dios[348]; ya no es menester ir tan encogidos y preocupados, que el Señor nos favorecerá, y la costumbre nos ayudará a no ofenderle; podemos entonces caminar ya con santa libertad, comunicándonos con quien sea necesario, aunque sea con personas disipadas[349].

Porque las personas que, cuando no teníais este verdadero temor de Dios os servían de veneno y de ayuda para matar el alma, muchas veces después os ayudan para amar más a Dios y para alabarle, porque os ha librado de aquel peligro tan manifiesto; y si antes participabais en sus debilidades, ahora les servís de freno, cuando están en compañía vuestra, que es lo que, sin pretender honraros, acaece.

5. Yo muchas veces alabo al Señor y pienso por qué razón, sin decir ni una palabra, un siervo de Dios corta palabras que se dicen contra Él. Debe de ser que ocurre como en el mundo, que no se atreven a ofender y guardan respeto al amigo delante de su amigo; y como el siervo de Dios está en gracia, la misma gracia debe de hacer que, aunque este sea muy humilde, le tengan respeto, y no quieran apenarlo haciéndole sufrir en algo que saben que ha de sentir tanto, como es ver ofender a Dios. Yo no sé la razón, mas sé que esto es muy frecuente.

Por tanto no os angustiéis, porque si el alma comienza a encogerse, es muy mala cosa para todo lo bueno, y a veces cae en escrúpulos, con lo que se inutiliza para sí y para los otros; y, aunque no llegue a tanto, será buena para sí, mas no conquistará muchas almas para Dios, porque ven tanto encogimiento y estrechez. Es de tal manera la humana naturaleza, que se atemoriza y ahoga y huye de tener que seguir vuestro camino, aunque ven con claridad que es de mayor virtud.

6. Otro peligro que tienen es juzgar a los demás: como no van por su camino porque son más santos, y para ayudar a los hermanos les tratan con mayor libertad, y sin esos encogimientos suyos, les parece camino imperfecto el suyo. Si tienen alegría santa, les parece frivolidad. Esto ocurre más entre las que no tenemos estudios, y desconocemos lo que se puede hacer sin pecado.

Es una situación muy peligrosa y una tentación constante y muy mala de digerir, porque es en perjuicio del prójimo; y es malísimo creer que, si no llevan todos vuestro mismo camino con tanta minuciosidad, van mal.

Aún hay otro peligro, y es que, cuando tenéis obligación de hablar, no decís lo que debéis porque no os atrevéis a hablar para no pecar, o alabáis lo que teníais que condenar.

7. Así que, hermanas, todo lo que podáis sin ofensa de Dios, procurad ser afables y entenderos de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y de tratar, y no se atemoricen y se asusten de la virtud. Esto es muy importante entre las religio-sas: cuanto más santas, más conversables con sus hermanas; y aunque os disguste si las conversaciones no son de vuestro agrado, nunca os escandalicéis de ellas, si queréis aprovechar y ser amada. Y esto es lo que hemos de procurar con interés: ser afables y agradar y dar gusto a las personas con quienes tratamos, especialmente a nuestras hermanas.

8. Así que, hijas mías, procurad conocer a Dios de verdad, que no se fija en tantas menudencias como vosotras pensáis; y no dejéis que se os encoja el alma y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta, la voluntad decidida, como he escrito, de no ofender a Dios[350].

No dejéis arrinconar vuestra alma, que en vez de conseguir santidad, sacará muchas imperfecciones, que el demonio le pondrá por otros caminos, y, como he dicho, ni aprovechará a sí ni a las otras tanto como pudiera.

9. He aquí cómo, con amor y temor de Dios, podemos ir por este camino sosegados y quietos, aunque como el temor ha de ir siempre delante, no vayamos descuidados, que esta seguridad no la podemos tener mientras vivimos, porque sería muy peligroso. Y así lo entendió nuestro enseñador, cuando al final de esta oración dice a su Padre estas palabras del Padrenuestro, «No nos dejes caer en la tentación». Como quien entendió bien que eran necesarias.

Prospección actual del capítulo 42

¡Oh señor y Dios mío, libradme ya de todo mal, y llevadme a donde están todos los bienes.

«La última petición a nuestro Padre está también contenida en la oración de Jesús: "No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno"»

(Jn 17,15). Esta petición concierne a cada uno, pero siempre quien ora es el "nosotros"... En esta petición el mal no es una abstracción, sino una persona, Satanás, el Maligno... Al pedir ser liberados del Maligno, oramos para ser liberados de todos los males, presentes, pasados y futuros, de los que él es el autor o el instigador... En esta última petición, la Iglesia presenta al Padre todas las desdichas del mundo» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2850ss).

En este capítulo santa Teresa, como resumen del libro ofrece un mosaico de ideas: Jesús dice que ha deseado intensamente cenar la última cena con sus apóstoles, cansado de esta vida y deseando llegar pronto a su Reino, lo cual sería librarle el Padre de todos los males. Y se lo aplica a sí Teresa deseando también ella salir de esta vida, para verse libre de todo mal para siempre. Pero matiza: se puede pedir salir de esta vida para salir del mal; se puede pedir para llegar a donde están todos los bienes. Esto es propio de los contemplativos que, no tanto huyen del dolor, como buscan llegar a la Patria, donde no se les ponga el sol de justicia, y donde no tengan que gozar a sorbos a Dios quedando, después de cada sorbo aquí en la oscuridad. ¡Será tan diferente la vida del cielo de la de este mundo! Aquí reina la mentira, allí, la verdad. Dios quiere que queramos la verdad, pero aquí nosotros queremos la mentira. Dios quiere que queramos lo eterno, y nosotros deseamos lo que se acaba. Dios quiere que queramos lo grande y excelso, y aquí en la tierra nosotros, nos inclinamos hacia lo inferior y deleznable. Aquí lo dudoso, allá lo seguro. Por eso brota la petición: «Líbranos del mal». Ese es el sentido que da la Doctora mística a la petición última del Padrenuestro, con la que culmina su reflexión contemplativa y espiritual. Exegéticamente los autores harán otras interpretaciones. Pero ella ha dado la suya, que está de acuerdo con la situación de su alma en el momento de escribir, en el que no ha llegado a la cumbre el matrimonio espiritual. Escribe Camino en 1562, y el matrimonio espiritual lo alcanzará el 18 de noviembre de 1572, diez años después. Aquí ya está estabilizada y conformada con vivir esta vida, aunque también en Camino y en este capítulo pide que se haga en ella la voluntad de Dios.

Comparando otros escritos de santa Teresa, aparece muy visible la evolución de su cristificación. En las Relaciones, dirigidas al doctor Velázquez, obispo de Osma, escribe: «¡Oh, quién pudiera dar a entender la quietud y sosiego de mi alma; porque tiene tanta certeza de que ha de gozar de Dios, que le parece que el alma goza porque le han dado la posesión, aunque no el gozo... Y con el agradecimiento que esto le produce, ni lo querría gozar, sino sólo servir a quien le ha dado esta posesión, aunque sea padeciendo mucho hasta el fin del mundo... Parece que ya no está sujeta a las miserias del mundo como antes... Y si ahora intentara desear morirme, no podría» (6,1). Cuando esto escribe ha alcanzado el matrimonio espiritual y su paz que describe en las Séptimas Moradas, y que aún no goza cuando escribe este último capítulo de Camino.

Trata sobre las últimas palabras del padrenuestro: mas líbranos del mal, amen.

1. Me parece que tiene razón el buen Jesús al pedir esto para Sí, porque ya sabemos cuán cansado estaba de esta vida, cuando dijo en la última cena a sus apóstoles: «¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua!»[xliv], que era la última de su vida. De lo cual se deduce cuán cansado debía de estar ya de vivir, y hoy no se cansan los que tienen cien años, porque siempre tienen deseo de vivir más. En verdad no pasamos la vida tan mal, ni con tantos trabajos, como Su Majestad la pasó, ni tan pobremente. ¿Qué fue su vida más que una continua muerte, teniendo siempre delante de los ojos la que le habían de dar tan cruel?

Y esto era lo de menos; pues aún le dolían más tantas ofensas a su Padre y tanta multitud de almas que se perdían. Pues si en este mundo esto es un gran tormento para un alma que tenga caridad, ¿qué sería para la caridad sin tasa ni medida del Señor? Y ¿qué gran razón tenía para suplicar al Padre que le librase ya de tantos males y trabajos, y que le diese el descanso para siempre en su Reino, pues era verdadero heredero de él!

2. Amén. Entiendo que el amén significa, que, como todas las cosas se acaban con él, así pide el Señor que seamos librados de todo mal para siempre. Pues mientras vivimos, hermanas, no podemos estar libres de muchas tentaciones e imperfecciones y aun pecados, pues quien piense que está sin pecado se engaña[351]. Pues si calculamos los males del cuerpo y los trabajos, ¿quién está sin muy muchos de muchas maneras?; ni es bueno que pidamos estar libres de ellos. Entendamos pues, qué es lo que pediremos en esta petición, porque decir «de todo mal» parece imposible, ya sea del cuerpo, ya de imperfecciones y faltas en el servicio de Dios. No hablo de los santos, porque ellos todo lo pueden con Cristo, como decía san Pablo[352]. Mas los pecadores como yo, que me veo rodeada de fragilidad y tibieza y poca mortificación y otros muchos fallos, veo que necesitamos pedir al Señor remedio. Vosotras, hijas, pedid lo que os parezca; yo no encuentro remedio viviendo, y por eso le pido al Señor que me libre de todo mal para siempre. ¿Qué bien encontramos en esta vida, hermanas, pues carecemos del bien total y estamos ausentes de él? Líbrame, Señor, de esta sombra de muerte[353]; líbrame de tantos trabajos, líbrame de tantos cambios, de tantos cumplimientos que nos vemos obligados a hacer los que vivimos, de tantas, tantas, tantas cosas que me cansan y fatigan, que cansaría a quien esto lea, si las dijera todas. No puedo soportar ya el vivir. Debe de venirme este cansancio de haber vivido tan mal, y de ver que aún ahora, no vivo como debo vivir, pues tanto debo[354].

Por eso suplico yo al Señor que me libre de todo mal para siempre, pues no sólo no reparo lo que debo, sino que quizás cada día me empeño más. Y lo que no puedo sufrir, Señor, es no poder saber con certeza que os amo, ni si mis deseos os agradan.

¡Oh Señor mío y Dios mío, libradme ya de todo mal, y llevadme donde están todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí los que han recibido de Vos algún conocimiento de lo que es el mundo, y los que tienen viva fe en lo que el Padre eterno les tiene preparado?

3. Pedir esto con deseo grande y con toda decisión, es una gran prueba para los contemplativos, de que las mercedes que reciben en la oración son de Dios; por eso ténganlo en mucho aprecio los que lo sean. Si yo lo pido no es porque lo soy, sino porque, como he vivido tan mal, tengo miedo de vivir más, y me cansan tantos trabajos.

Los que participan de los regalos de Dios, no es extraño que deseen estar donde no los gocen a sorbos, y no quieran vivir en esta vida, donde hay tantas dificultades para gozar de tanto bien, y que deseen estar donde no se les ponga el sol de justicia. Después de tanta luz, todo lo que en este mundo ven les parecerá oscuro, y me asombro de cómo pueden vivir. ¡Bonico es el mundo para que pueda gozar de él quien ha comenzado a gozar de Dios y le han dado ya aquí su Reino, y no ha de vivir porque quiere, sino porque lo quiere el Rey![355]

4. ¡Qué diferente es la vida que el Rey le ha revelado, de la que tiene que vivir en este mundo! ¡Cómo no ha de desear la muerte! ¡Cuán diferentemente se inclina nuestra voluntad a lo que es voluntad de Dios! Ella quiere que queramos la verdad, y nosotros queremos la mentira; quiere que queramos lo eterno, y en el mundo nos inclinamos a lo que se acaba; quiere que queramos cosas grandes y elevadas, y aquí queremos las caducas y las de la tierra; querría que quisiéramos lo seguro, y aquí amamos lo engañoso.

Que todo lo que no sea suplicar a Dios que nos libre de estos peligros para siempre y nos saque ya de todo mal es una burla. Y aunque nuestro deseo no sea perfecto, esforcémonos en hacer esta petición. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos a poderoso. Sería vergonzoso pedir a un gran emperador una peseta[356]. Mas, para mejor acertar, dejemos a su voluntad el dar, pues ya le hemos dado la nuestra; y sea santificado por siempre su nombre en los cielos y en la tierra, y cúmplase siempre en mí su voluntad, amén.

Habéis visto, amigas, cómo hay que rezar vocalmente con perfección, mirando y entendiendo a quién se pide, y quién pide, y qué es lo que se pide. Cuando os digan que no está bien que hagáis oración mental, sino sólo vocal, no os desconsoléis; leed esto muy bien, y lo que no entendáis sobre la oración, suplicad a Dios que os lo haga entender; que rezar vocalmente no os lo puede quitar nadie; ni tampoco nadie os puede obligar a rezar el Padrenuestro de corrida y sin entender lo que decís. Si alguna vez alguna persona os lo quita u os aconseja que no lo recéis, no le obedezcáis; creed que es falso profeta y mirad que en estos tiempos no os podéis fiar de todos[357], y, aunque de los que ahora os pueden aconsejar no hay que temer, no sabemos lo que está por venir.

También pensé deciros cómo habéis de rezar el Avemaría; mas me he alargado tanto en esto, que lo voy a dejar; y ya es suficiente haber entendido cómo hay que rezar bien el Padrenuestro, para aplicarlo a todas las oraciones que tenéis que rezar[358].

5. Ahora, mirad, hermanas, cómo el Señor me ha aligerado el trabajo, enseñándonos, a vosotras y a mí, el camino que comencé a escribir para vosotras, haciéndome entender lo mucho que pedimos cuando rezamos esta oración evangelical. Sea bendito por siempre; que es cierto que nunca podía pensar que encerraba secretos tan grandes, pues ya habéis visto que contiene todo el camino

espiritual, desde el principio hasta que Dios engolfa al alma y le da abundantemente a beber de la fuente de agua viva que dije[359] que estaba al fin del camino.

Parece que nos ha querido el Señor dar a entender, hermanas, la gran consolación que hay aquí encerrada, y que, cuando nos quiten los libros[360], éste no nos lo pueden quitar, pues ha salido de la boca de la misma verdad, que no puede errar. Y ya que tantas veces al día rezamos el Padrenuestro, regalémonos con él y procuremos aprender de tan excelente Maestro su modo de orar y todas las demás condiciones indicadas[361], pues es muy provechosa para las personas que no saben leer. Si lo entendieran, podrían sacar de esta oración mucha doctrina, y se consolarían con ella.

6. Pues aprendamos, hermanas, de la humildad con que nos enseña nuestro buen Maestro, y suplicadle que me perdone porque me he atrevido a hablar de cosas tan elevadas. Bien sabe Su Majestad que yo no me hubiera atrevido, ni mi entendimiento habría sido capaz de ello, si Él no me hubiera enseñado lo que he dicho[362]. Agradecédselo vosotras, hermanas, pues debe de haberlo hecho por la humildad con que me lo pedisteis y quisisteis que os enseñara una persona tan miserable.

7. Pues, hermanas, me parece que el Señor quiere que no diga nada más, porque aunque pensé seguir adelante, ya no sé decir nada más; ya que el Señor os ha enseñado el camino, y a mí me enseñó a escribir lo que tenéis que hacer cuando lleguéis a esta fuente de agua viva, y lo que allí siente el alma, y cómo la harta Dios y le quita la sed de las cosas del mundo, y la hace crecer en el servicio de Dios, os será muy provechoso y os dará mucha luz a las que hayan llegado al agua[363].

Si el padre presentado[364] fray Domingo Báñez, que es mi confesor, a quien daré este libro antes de que lo veáis, ve que puede servir para provecho vuestro, y os lo da, también os dará el otro[365], y yo me alegraré con vuestra alegría. Si juzga que no debe ser leído, aceptad mi voluntad, pues he puesto por obra lo que me mandasteis; que yo me doy por bien pagada del trabajo que me ha costado escribir, que no por cierto de pensar lo que había de decir, pues el Señor me ha ido dando a conocer los secretos de esta oración evangelical, con gran consuelo para mí[366].

Bendito sea y alabado el Señor, de donde nos viene todo el bien que hablamos y pensamos y hacemos, amén.

Índice

Presentación del Arzobispo de Sevilla.....

Introducción del autor.....

Entrada.....

Prólogo de santa Teresa.....

Prospección actual del capítulo 1.....

1. El motivo que me movió a hacer este monaste-rio tan auste-ro.....

Prospección actual del capítulo 2.....

2. No hay que preocuparse por las necesidades corpo-rales. Pondera el bien de la pobreza.....

Prospección actual del capítulo 3.....

3. Continúa narrando la causa de la fundación de San José y persuade a las hermanas a que se dediquen siempre a pedir a Dios que ayude a quienes trabajan por la iglesia.....

Prospección actual del capítulo 4.....

4. Persuade a la observancia de la regla y a practicar tres cosas importantes para la vida espiritual. La primera es el amor al prójimo. Daño que causan las amistades particula-res.

Prospección actual del capítulo 5.....

5. Prosigue hablando de los confesores. Es muy necesario que sean letrados.....

Prospección actual del capítulo 6.....

6. Reanuda la doctrina que comenzó a tratar sobre el amor perfecto

Prospección actual del capítulo 7.....

7. Sigue tratando del amor espiritual con algunas advertencias para conseguirlo.....

Prospección actual del capítulo 8.....

8. Explica el gran bien del desasimiento de todo lo creado.

Prospección actual del capítulo 9.....

9. Trata del gran bien que resulta de que los que han dejado el mundo huyan de sus parientes. A cambio de ellos encuentran amigos más verdaderos.....

Prospección actual del capítulo 10.....

10. No basta desasirse de los deudos, si no nos desasimos de nosotras mismas. El desasimiento y la humildad van unidos.....

Prospección actual del capítulo 11.....

11. De la mortificación que se ha de practicar en las enfermedades.....

Prospección actual del capítulo 12.....

12. El amador verdadero de Dios ha de amar poco su vida y su prestigio.....

Prospección actual del capítulo 13.....

13. Sigue hablando de la mortificación y de cómo se han de evitar los criterios del mundo para acercarse a la verdadera razón....

Prospección actual del capítulo 14.....

14. No se debe aceptar la profesión religiosa de nadie que tenga espíritu contrario al proclamado en los capítulos anteriores.....

Prospección actual del capítulo 15.....

15. El gran bien de no disculparse aunque se vean condenar sin culpa.....

Prospección actual del capítulo 16.....

16. Diferencia entre la perfección de la vida de los contemplativos y de los que se conforman con la oración mental. Es posible que Dios suba algunas veces a un alma distraída a contemplación perfecta. Causa de ello.

Prospección actual del capítulo 17.....

17. No todas las almas reciben el don de la contemplación, y algunas lo reciben, pero tarde. El hombre verdaderamente humilde ha de ir contento por el camino por el que lo lleve el Señor.....

Prospección actual del capítulo 18.....

18. Los sufrimientos de los contemplativos son mayores que los de los activos. El conocimiento de este principio es motivo de mucho consuelo para los activos.....

Prospección actual del capítulo 19.....

19. Comienza a tratar de la oración. Se dirige a las almas que no pueden discurrir con el entendimiento.....

Prospección actual del capítulo 20.....

20. En el camino de la oración nunca falta consolación. Aconseja a las hermanas que hablen siempre de la oración.....

Prospección actual del capítulo 21.....

21. Es muy importante comenzar a hacer oración con gran determinación sin hacer caso de los obstáculos que pone el demonio.....

Prospección actual del capítulo 22.....

22. Qué es oración mental.....

Prospección actual del capítulo 23.....

23. Es muy necesario que quien ha comenzado el camino de la oración no se vuelva atrás. Insiste en lo muy necesario que es que se comience con determinación.....

Prospección actual del capítulo 24.....

24. Modo de rezar con perfección la oración vocal que va unida a la mental.....

Prospección actual del capítulo 25.....

25. Una persona que reza con perfección vocalmente gana mucho y, algunas veces, mientras reza vocalmente, Dios la eleva a oración sobrenatural.

Prospección actual del capítulo 26.....

26. Enseña los medios para recoger la atención. Este capítulo es utilísimo para quienes comienzan a hacer oración.....

Prospección actual del capítulo 27.....

27. Trata del gran amor que nos manifestó el Señor en las primeras palabras del padrenuestro, y de lo importante que es que, los que de verdad quieren ser hijos de Dios, no hagan

ningún caso de linaje humano.....

Prospección actual del capítulo 28.....

28. En qué consiste la oración de recogimiento. Medios para conseguir acostumbrarse a hacerla.....

Prospección actual del capítulo 29.....

29. Prosigue ofreciendo medios eficaces para conseguir la oración de recogimiento. Aconseja estar desprendida del favor de los superiores.

Prospección actual del capítulo 30.....

30. Es muy importante entender lo que se pide en la oración. Reflexión sobre las palabras: "Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino". Aplica estas peticiones a la oración de quietud y comienza a explicarla.....

Prospección actual del capítulo 31.....

31. Qué es oración de quietud. Avisos para quienes la tienen.

Prospección actual del capítulo 32.....

32. Analiza las siguientes palabras del padrenuestro: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Mucho hace quien dice estas palabras con toda determinación. El Señor se lo paga muy bien.....

Prospección actual del capítulo 33.....

33. Tenemos gran necesidad de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del padrenuestro: «Danos hoy nuestro pan de cada día».

Prospección actual del capítulo 34.....

34. Prosigue hablando de la eucaristía. Doctrina muy buena para después de haber recibido el Santísimo Sacramen-to.....

Prospección actual del capítulo 35

35. Termina el tema de «danos hoy nuestro pan de cada día» con una exclamación al Padre eterno.....

Prospección actual del capítulo 36.....

36. Sobre las palabras del padrenuestro: «perdona nuestras ofensas»

Prospección actual del capítulo 37.....

37. Dice la excelencia de la oración del padrenuestro y explica cómo encontraremos en ella diferentes modos de consola-ción.....

Prospección actual del capítulo 38.....

38. Trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre eterno que nos conceda lo que pedimos en las palabras: "No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal". Señala algunas tentaciones. Capítu-lo muy impor-tante.....

Prospección actual del capítulo 39.....

39. Continúa el tema sobre la petición: «No nos dejes caer en la tentación». Da avisos para librarse de diferen-tes tentacio-nes.

Prospección actual del capítulo 40.....

40. Caminando siempre con amor y temor de Dios iremos seguros entre tantas tentaciones.....

Prospección actual del capítulo 41.....

41. Trata del temor de Dios y enseña a evitar los pecados venia-les.

Prospección actual del capítulo 42.....

42. Trata sobre las últimas palabras del padrenuestro: «mas líbra-nos del mal, amen».....

[1] En junio de 1562 había terminado de escribir por primera vez el libro de la Vida. Parece que comenzó a escribir Camino el 5 de diciembre del mismo año, aunque hay autores, como el padre Tomás Álvarez, que lo datan en 1566.

[2] Por su carácter íntimo y confidencial.

[3] La herejía de Lutero se había extendido en Francia y, acaudillada por Calvino, más feroz y tenaz que Lutero, dio origen a los hugonotes, que se ensañaron con los católicos franceses, profanaron sus lugares de culto, desvalijaron sagrarios y persiguieron a los sacerdotes...

[4] La marginación y subestima en su tiempo de la mujer es reivindicada subliminalmente en esta frase y en otros pasajes de sus obras por Teresa.

[5] Teresa se sitúa en el corazón del cuerpo místico y comprende en profundidad las palabras de Jesús a Pablo de Tarso: «Yo soy Jesús a quien tú persigues» (He 9,6).

[6] Dato revelado: Lc 21,33.

[7] Aquí aflora la niña Teresa caminando a tierra de moros con su hermano Rodrigo a que los decabezasen por Cristo, porque pensaba que los mártires compraban barato el cielo.

[8] Del códice de El Escorial 2,5.

[9] Este matiz más explícito es de la primera redacción, códice de El Escorial 2,7.

[10] Blasones del escudo que deben bordarse en las banderas teresianas.

[11] Este último inciso que suprimió en la segunda redacción, códice de Valladolid, es del códice de El Escorial 2,8.

[12] «Porque esta miserable naturaleza necesita algo», completa en el códice de El Escorial 2,9.

[13] Y para que puedan edificar con su testimonio de pobreza en un mundo que va loco detrás de los bienes materiales, a los que sacrifican todo; a un mundo que ya no adora al becerro de oro, sino al oro del becerro.

[14] A la castellana de Ávila le brota espontánea del subcons-ciente la comparación de la ciudad amurallada.

[15] «Sino que los tenga Dios de su mano», dice en el códice de El Escorial 3,2.

[16] Ni para guerrear ni para predicar. Ni lo uno ni lo otro se podía ni soñar en su tiempo. Hubo teólogos, como Cayetano, que admitieron la teoría de los Escolásticos de que la mujer es un defecto de la naturaleza. Aristóteles había escrito que la mujer no tiene el juicio de la razón firme y se guía por las pasiones. Un filósofo dijo: «Solamente tres salidas de casa debía de hacer la mujer en toda su vida: la una para bautizarla en la Iglesia, la segunda para ir a casa del esposo que ha tomado, y la tercera para enterrarla» (Espirituales españoles, Juan Flors, Barcelona 1964, 297).

[17] De orar a orar hay mucha diferencia. Es verdad que Dios siempre oye la oración, aun del más grande pecador, pero la oye mejor del alma más unida a Él, de la que más amor tiene, de la más abnegada. Por eso el magisterio de la Iglesia aprecia tanto la vida contemplativa que, por definición, es la más abnegada y con más medios para el desarrollo de la caridad. Así lo reconoció Pío XI: "Quienes se dedican a la oración y a la mortificación continuas contribuyen

al crecimiento de la Iglesia y a la salvación de los hombres mucho más que los que cultivan el campo del Señor con su actividad; si aquellos no suplicaran al cielo la abundancia de las gracias divinas para regar el campo, los trabajadores evangélicos conseguirían menor fruto de su trabajo" (Bula Umbratilem, 1924). Más reciente y cercano a nosotros, incluso en el lenguaje, el texto del Vaticano II: «Los institutos que se ordenan íntegramente a la contemplación, de suerte que sus miembros se dedican solamente a Dios en soledad y silencio, en asidua oración y generosa penitencia, mantienen siempre un puesto eminente en el cuerpo místico de Cristo por mucho que urja la necesidad del apostolado activo. Ofrecen, en efecto, a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad, lo mueven con su ejemplo y lo dilatan con misteriosa fecundidad apostólica. Así son honor de la Iglesia y hontanar de gracias celestes» (PC 7).

[18] Ya en su tiempo no está conforme Teresa con el principio laicista de los siglos posteriores de arrinconar a la Iglesia en la sacristía.

[19] Los peligros hoy son inmensamente mayores que en tiempo de santa Teresa, y la necesidad de estar presentes en el mundo es también mayor y más difícil, y por tanto se impone una más sólida preparación y una vida interior más fuerte y segura.

[20] Cuando el padre Roca fue enviado a Roma a tratar asuntos de la Reforma, se vistió de capitán. La Madre, al verlo así vestido, dijo: «¡Y cómo parece hombre!». Esta exclamación explica el sentido de la frase anterior.

[21] La oración en el Carmelo ha de ser eclesial. El interés por las almas ha de prevalecer al de la propia alma, que no por ello va a perder, sino a ganar, porque ora en plena caridad, eclesialidad y universalidad. Es oración inserta en la comunión del cuerpo místico.

[22] El último inciso pertenece al código de El Escorial 3,6.

[23] Una y otra vez reivindica la dignidad de la mujer, tan discriminada en la sociedad en que vive, y ahora argumenta con el ejemplo de Cristo, que acogió con tanta caballerosidad y delicadeza a las mujeres que le rodearon, o se le acercaron.

[24] Dato revelado: Mc 7,37.

[25] Argumento bíblico: Lc 9,58.

[26] Cita revelada: Is 41,14.

[27] Era obispo de Ávila su gran amigo don Álvaro de Mendoza.

[28] Dato revelado: 1Pe 1,19.

[29] Dato revelado: Jn 13,34.

[30] En Vida 36,25-26 constata que las primeras monjas de San José vivían de esta manera el amor y la discreción.

[31] En el número 13 de este capítulo.

[32] En la primera redacción, la de El Escorial, hace alusión al monasterio de la Encarnación, aunque no lo menciona, y niega que sea el suyo, pero dice «que ha visto gran aflicción por esta causa» (7,4).

[33] San Juan de la Cruz habla de los confesores ciegos que se dejan llevar por los celos en este tema: «Es imposible que sirvas para todas las que no dejas salir de tus manos... Y tú tiranizas a las almas tanto, y abusas de su libertad... Y quizá lo que consultó no era prudente decírtelo a ti. Quizá la condujo Dios a otro para que le enseñase lo que nunca tú le enseñaste. Y entonces la tratas (vergüenza me da decirlo) con la rivalidad de los celos de los casados» (J.M.B., Llama de amor viva leída hoy, 4, 3, 59, Paulinas, Madrid 1980, 124-125).

[34] El último párrafo es de la primera redacción (El Escorial 8,2).

[35] «El pecado venial no debe ser atenuado como si automática-mente se convirtiera en algo secundario o en un "pecado de poca importancia"» (Reconciliatio et paenitentia 17).

[36] Esta afirmación tiene base bíblica en el Salmo 126, y en 1Cor 3,9.

[37] Con mayor libertad en la Encarnación consiguió, durante sus estancias en casa de doña Guiomar, consultar con varios sacerdo-tes, entre ellos, san Francisco de Borja.

[38] A este respecto escribe san Juan de la Cruz: «Porque no todos están capacitados para dar solución a todos los problemas y circunstancias que ocurren en el trayecto espiritual. Ni todos tienen espíritu tan completo para saber dirigir al alma en todos los estadios de la vida espiritual». Los números 53-59 de la Canción 3 de Llama de amor viva, giran en torno al tema.

[39] «Y ¿por qué no añadir que la confusión, creada en la conciencia de numerosos fieles por la divergencia de opiniones y enseñanzas en la teología, en la predicación, en la catequesis, en la dirección espiritual, sobre cuestiones graves y delicadas de la moral cristiana, termina por hacer disminuir, casi hasta borrarlo, el verdadero sentido del pecado? Ni tampoco han de ser silenciados algunos defectos en la praxis de la penitencia sacramental: tal es la tendencia a ofuscar el sentido eclesial del pecado y de la conversión, reduciéndolos a hechos meramente individuales; o por el contrario, a anular la validez personal del bien y del mal, por considerar exclusivamente su dimensión comunitaria; tal es también el peligro, nunca totalmente eliminado, del ritualismo de la costumbre, que quita al sacra-men-to su significado pleno y su eficacia formativa» (Juan Pablo II, o.c. 18).

[40] Se trata de la ciudad de Ávila.

[41] Por conocimiento místico y frutivo.

[42] Las gracias derramadas en las criaturas son migajas caídas de la mesa del Creador. El amor espiritual-teologal se remonta por esas gracias al Creador, y quiere llevar a esas criaturas a Dios. Ama por Dios. Ama para Dios.

[43] Por lo general se utiliza e instrumentaliza a las perso-nas; la tendencia es de aprovecharse de ellas; diríamos buscar el «amigo peldaño».

[44] Amor auténtico, porque el amor, tan cacareado en el mundo, ha usurpado el nombre al «amor».

[45] El amor, como enseñan los filósofos, sigue al conocimiento: "Nihil volitum, quin praecognitum". Primero se conoce, después se ama lo que se conoce. Al conocimiento que proporciona la fe, sigue el amor teológico, la caridad. Estas personas de que está hablando, llenas de conocimiento de fe, agudizan la mirada y llegan al fondo y ven en dimensión de eternidad.

[46] En Teresa encontramos situaciones en que se lo ha jugado todo por algunas almas: el cura de Becedas y el Padre García de Toledo acuden rápidamente a nuestra memoria. Por el primero se jugó muchísimo.

[47] Su disquisición está referida al deseo que tiene el alma, que ama con amor puro y espiritual-teológico, de que la persona amada purifique también su amor, para poder llegar a ser amigos íntimos. Quien no comienza a amar a Dios con ánimo de alcanzar la meta del alma limpia, por mucho que se esfuerce, no conseguirá el grado de intimidad a que éste le quiere conducir, y que ella quiere conseguir.

[48] El párrafo último es de la primera redacción 11,4.

[49] Este inciso es de la primera redacción, 11,4.

[50] Todo este párrafo, más completo, lo he tomado de la primera redacción, 11,4.

[51] Los dos párrafos últimos pertenecen a la primera redacción, 11,6.

[52] Son las personas de amor perfecto teológico de que ha escrito en el número 4 de este mismo capítulo.

[53] La atención a la presencia de Jesús en los hermanos nos hará atentos, delicados, tiernos y compasivos. Si antes de hablar atendemos a la situación de cada alma, podremos sembrar paz y alegría y consuelo, con la fuerza de Dios, con suma facilidad.

[54] Dato revelado: Mt 26,41.

[55] En el Diario de Gabrielle Bossis se lee: «Yo le decía: "Te amo, amable Amor mío". Responde Jesús: "Dame los nombres más cautivadores... Dame las palabras más amorosas de tu corazón"» (Él y yo, Balmes, Barcelona 1983, 286 y 311).

[56] Dice Jesús a Gabrielle Bossis: «Te he dado todo lo que posees. ¿No soy capaz acaso de duplicar mis dones? ¿Es que soy menos rico? ¿Os he perdido amor? Te puedo santificar en un instante (o.c.)»

[57] Tomo el último párrafo de la primera redacción, 11,-11.

[58] Nótese ya de entrada, el paralelismo con san Juan de la Cruz, que hemos apuntado en la Prospección actual: «Porque, para venir del todo al todo, has de negarte del todo en todo». (Subida del Monte Carmelo, 13,12).

[59] «Las manzanas no se riman, se muerden» (Goethe). «Sepamos decirles a qué sabe Dios» (San Juan de Ávila). Quien no ha aspirado el perfume de la rosa no la sabrá definir. Pero Teresa sí que tiene experiencia, aunque ella se la niega, por humildad.

[60] «¡Qué alegría la del Pastor hallando de nuevo a su pobre ovejuela!» (A Gabrielle Bossis).

[61] Estos dos párrafos los tomo de la primera redacción, (El Escorial 12,2).

[62] En la Encarnación vivían 180 monjas.

[63] Inciso propio de la primera redacción, 12,2.

[64] Ultimo párrafo de la primera redacción, 12,3.

[65] Cuán presto se va el placer... (Jorge Manrique).

[66] Ese es el bonus odor Christi, el perfume de Cristo, que embalsama y purifica el ambiente.

[67] Comenzar a practicar virtudes es vivir el Éxodo.

[68] De la Revelación: Éx 16; Sab 16,20.

[69] Es un dato revelado referido al maná. Según san Juan de la Cruz: «Hace tal obra el amor - después que lo conocí - que si hay bien o mal en mí, - todo lo hace de un sabor, - y al alma transforma en sí» (Con arrimo y sin arrimo).

[70] En el Carmelo de Lisieux algunas monjas cultivaban ortigas en el huerto del monasterio para disciplinarse con ellas, y faltaban a la caridad sin escrúpulo. La máxima de santa Teresa del Niño Jesús era: en vez de ortigas, caridad.

[71] Llama así a la oración contemplativa o infusa.

[72] Es la pregunta que hace san Ignacio en los Ejercicios: «Lo que ha hecho Cristo por mí y lo que he hecho yo por Cristo».

[73] San Ignacio, Ejercicios, Meditación del Infierno.

[74] Convince y persuade que está sufriendo injustamente y que no debe callar.

[75] Alusión a Mt 12,45.

[76] ¿Todavía persistes en tu honradez? Maldice a Dios y muérete (Job 2,9ss).

[77] Con la mala costumbre se crea un precedente que siempre se recuerda y se invoca y atraviesa las personas y los tiempos.

[78] En la primera redacción de Camino manifiesta menor peligro en las que falten en penitencias y ayunos, y mayor en el amor propio, mirando las faltas ajenas y no reconociendo nunca las suyas. Estas tales ni sosegarán ni dejarán sosegar (Códice de El Escorial 19,5).

[79] Nuevo dato revelado: 1 Jn 1, 8-10.

[80] Dato revelado: Heb 4,15.

[81] Se refiere al precepto de que callen en la Iglesia las mujeres expresado en 1Cor 16,34.

[82] Son dos pasajes diferentes del Evangelio de Lucas: 7, 36, el primero; 10, 38 el segundo.

[83] Dato revelado: Lc 23,40-42.

[84] Y en un cabello mío entretreídas... (San Juan de la Cruz, Cántico espiritual, Canción 30).

[85] En Vida 8,4.

[86] Es tanto como decirnos que nos quedaremos enanos, principi-piantes toda la vida, repitiendo curso año tras año.

[87] Dios es muy dueño y señor de repartir sus dones a quien quiere, aunque lo ordinario es que conceda el don de la contem-plación a personas muy fieles. Parece que la contemplación habitual requiere vasos muy limpios y purificados.

[88] Rememora el dato evangélico de Mt 4,5.

[89] Este último párrafo es de la primera redacción, 25,3, aun-que está borrado en el autógrafo.

[90] Puede referirse a lo que narra en Vida: «Se me apareció como otras veces y me comenzó a enseñar la llaga de la mano izquierda, mientras con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido. Al sacar el clavo, sacaba también la carne. Se notaba que le producía un gran dolor, que me lastimaba mucho; y me dijo que quien había sufrido aquello por mí, mejor haría lo que le pidiera» (J.M.B., Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios, 39,1, Paulinas, Madrid 1992).

El último párrafo es de la primera redacción, 25,3.

[91] Dice Jesús a Gabrielle Bossis: «Estrecha sobre tu corazón tu cruz del día, tu cruz de la noche. Vienen de Mí. No es una cruz cualquiera: es la tuya , la que he elegido para ti. Besa la mano que te la depara. Y dulcemente prosigue tu camino con ella y conmigo».

[92] Alude a la parábola evangélica de Mt 31,27.

[93] Tendría presente al usar esta imagen lo que cuenta en Relaciones: «Se me representó allí Cristo, y me partía el pan y me lo ponía en la boca, y me decía: "Come, hija, y pasa como puedas..."» (26,2).

[94] De la Palabra revelada: Gén 1,1.

[95] Dato revelado: Jn 15,5.

[96] Loco debo de ser pues no soy santo.

[97] Base revelada: Ef 6,9.

[98] La mística Doctora considera aquí a los contemplativos como personas que han recibido el carisma de la contemplación, u oración infusa o mística, que es gratuita y no se puede merecer, sino sólo recibir y agradecer con humildad. Se presupone para entender este concepto haber seguido la doctrina de la Santa, especialmente detallada en el capítulo 22 de Vida o en el n. 11 de Cuatro Niveles de oración.

[99] El último inciso es de la primera redacción, 27,1.

[100] Datos bíblicos: Lc 14,10; Jn 13,4ss.

[101] En una casa donde vive la Priora enriquecida con tan singulares carismas místicos, donde se vive un ambiente de tanta oración y penitencia, donde abundan tanto los ejemplos de santidad, debió de ser muy ordinario lo extraordinario, hasta por contagio santo o simbiosis. Si alguna de aquellas almas santas no iba por este camino debía de sentirse desolada, como un analfabeto en una universidad. Esta es, seguramente, una de las grandes causas de que la madre Teresa, adoctrine y aliente a sus hijas y les encarezca la humildad ante la gratuidad de la contemplación, entendida en el sentido expuesto.

[102] En el capítulo 16, n. 19.

[103] Nos está dividiendo distintas clases de oración ascética: la lectio divina que respalda la meditación, u oración reflexiva o meditativa; ambas no son propiamente oración; en cambio, sí lo es la vocal, siempre que vaya unida a la mental.

[104] Todo este párrafo, más explícito que el correspondiente a la segunda redacción, es del manuscrito de El Escorial, 27,3.

[105] J.M.B., Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios. Capítulos 15, 17, 19, 20, Paulinas, Madrid 1992.

[106] Lugar paralelo en Camino 4,3: «Sin ser muy contemplativas podrán estar muy aventajadas en el servicio del Señor».

[107] Dato de la revelación: Lc 10,38.

[108] Jesús las defenderá como defendió a María; Lc 10,42.

[109] En el número 2 de este capítulo.

[110] Lugar paralelo: En la segunda manera de regar el huerto escribe que los de esta oración, como amigos fuertes de Dios para sostener a los flacos, ténganse por tales (J.M.B. Cuatro Niveles de oración, 5, 5, Paulinas, Madrid 1991, 67).

[111] Los místicos, introducidos en la pasión y muerte de Cristo, participan del misterio terrible de la humillación de Cristo, en grados diferentes. Así lo entiende la tradición de la Iglesia. Profundiza este tema Urs von Balthasar en *Misterium Salutis III, I, Cristianidad*, Madrid 1971. A los místicos que él enumera, añadiría yo a Raïsa, esposa de Jacques Maritain, o. c., Estela, Barcelona 1966.

[112] El último inciso pertenece a la primera redacción, 29,1.

[113] Es una evocación de la parábola evangélica (Mt 25,1ss).

[114] El gusto de la contemplación es el disfraz del trabajo mayor. Es una gran realidad que el Señor visita al orante siempre inesperadamente. «A la hora que menos penséis llega el Hijo del Hombre». De modo que encuentro apropiadísima y oportunísima la alusión de la llegada del Señor a las bodas que hace la Santa para significar el momento de gracia, la visita del Señor a su viña (Sal 79,15).

[115] Lo que hacen, es decir, la oración ascética sin gustos.

[116] En el capítulo 17,6.

[117] Es una alusión a la queja de Marta, la activa, contra su hermana María, la contemplativa (Lc 10,41).

[118] Expresión personal que se encuentra en la primera redacción, 29,3.

[119] El alférez es el oficial que lleva la bandera, si es de infantería, y el estandarte, si es de caballería.

[120] Evocación de las palabras de Jesús a los hijos del Zebedeo (Mt 20,22).

[121] Nueva alusión a Mt 20,22.

[122] Cotizable ya en este mundo.

[123] Dice san Ignacio que la obediencia perfecta es ciega, y en esa ceguedad consiste la sabiduría. La obediencia imperfecta tiene ojos, pero para su mal. A la obediencia perfecta la llama Casiano sin examen, porque no se ha de disputar, ni preguntar, ni examinar el por qué, ni para qué. San Juan Clímaco afirma: Obediencia es acción sin examen, muerte voluntaria, vida sin curiosidad, resignación del juicio propio y discreción propia, no sin grande discreción. San Basilio enseña que los súbditos deben seguir al superior como las ovejas al pastor, sin inquirir ni escudriñar lo que les mandan. El súbdito en manos de la obediencia, según san Ignacio, ha de ser como el bastón en manos de un viejo. Pero en medio de una sociedad tan mayor ¿qué significan estas doctrinas!...

[124] Pero no sólo pide la obediencia a las monjas, sino también a los laicos. Véase Fundaciones 6,18. Y el número 8, siguiente de este mismo capítulo, y mi prospección actual antes del capítulo 18.

[125] Como se puede comprobar, aunque pone en guardia sobre la ambición de ser contemplativo, ella nunca baja la guardia de los deseos de ser contemplativo.

[126] El último inciso es de la primera redacción, 29,7.

[127] El último inciso, más familiar, pertenece a la primera redacción, 29,7.

[128] Dato revelado: Jn 4,13.

[129] El que bebe tendrá más sed (Si 24,21).

[130] Desde el número 3 viene jugando con el agua y el fuego, tomándolos, ya en sentido sobrenatural de amor y de vida, ya en sentido natural de elementos materiales, invirtiendo en la frase su eficacia.

[131] Es el retorno al estado paradisiaco.

[132] He aquí un dato bíblico de los Cantares: "Aguas inmensas no podrían apagar el amor, ni los ríos ahogarlo" (8,6).

[133] Así designa a las lágrimas.

[134] Otro dato bíblico: Lc 12,49.

[135] En el capítulo 16,6ss.

[136] Reflexionando y meditando y examinando la conciencia, vienen recuerdos y vivencias de experiencias pasadas y, aunque los efectos de estas acciones sean buenos, no dejan de aportar algo de recuerdos de pecados, que pueden llegar a intranquilizar y suscitar algún deseo o complacencia semiinconsciente que puede atenuar la buena reacción espiritual. Esta es el agua que discurre por la tierra.

[137] Véase la doctrina de san Juan de la Cruz: "estas personas, aunque mueran también de enfermedad o de vejez, no es ella la que les arranca el alma, sino algún ímpetu o encuentro de amor más intenso que los anteriores y más poderoso y valeroso. Tal que pudo romper la tela y llevarse la joya del alma" (J.M.B., Llama de amor viva leída hoy, Canción 1,30, Paulinas, Madrid 19803, 53).

[138] Ella misma.

[139] Este inciso es de la primera redacción, 31,5.

[140] Dato revelado: «Dijo Moisés: "Déjame ver, por favor tu gloria..." Yavé contestó: "Mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo"» (Éx 33,18ss).

[141] Exclamación de la primera redacción, 31,5.

[142] Morir esta muerte de amor teologal.

[143] No le va poco en ello.

[144] Sabemos por la biografía de la Santa los sufrimientos que le ocasionaban sus arrobamientos y éxtasis: «De mejor gana me hubiera dejado enterrar viva, que pasar por esto; y así, cuando comencé a tener en público estos grandes recogimientos o arrobamientos sin poderlos resistir, quedaba tan avergonzada que me hubiera escondido donde nadie me viera». (J.M.B., Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios, Paulinas, Madrid 1992, 174). También en carta a su hermano Lorenzo, escribe: «Me han tornado los arrobamientos y hame dado pena; porque son en público, y así me ha acaecido en maitines. No basta resistir ni se puede disimular. Quedo avergonzadísima, que me querría meter no se dónde» (Carta del 17 de enero de 1577, n.8).

[145] Dato revelado: Flp 1,23.

[146] Afirmación revelada: 1Cor 10,13.

[147] Dato de la Revelación: 1Pe 5,8.

[148] Invitación revelada: Mt 11,28.

[149] Dato revelado: "Quien tenga sed que se acerque a Mí y beba" (Jn 7,37).

[150] «Quien tenga sed, que se acerque a mí; quien crea en mí, que beba» (Jn 7,37); «La Sabiduría pregona por las calles, en las plazas levanta la voz; grita en lo más ruidoso de la ciudad, y en las plazas públicas pregona: ...Volveos y os abriré mi corazón comunicándoos mis palabras» (Prov 1,20). Estos dos textos son los fundamentos bíblicos en que apoya su argumento.

[151] «Hermano, una de dos, o no entrar o hablar de Dios, que en la casa de Teresa esta ciencia se profesa». Esta estrofa puede leerse en los locutorios de las Carmelitas descalzas.

[152] Habla desde su propia experiencia escarmentada del daño de las conversaciones y del retraso de su vida cristiana que ocasionaron.

[153] Santa Teresa no se contenta con que sus monjas oren; quiere también que extiendan la práctica del gran bien de la oración.

[154] El último párrafo, tan expresivo, es del códice de El Escorial 34,4.

[155] En el libro de la Vida (J.M.B., Vida de Teresa de Jesús leída hoy, Paulinas, Madrid 1992).

[156] Ella estaba muy satisfecha de su libro. Es una joya, decía, y así lo expresa en este juicio más familiar de la primera redacción 35,4.

[157] Rememora las palabras de Cristo a ella dirigidas, cuando fueron prohibidos por la Inquisición los libros de oración: «No temas que yo te daré libro vivo». Lo que ahora les dice a las hermanas es que tienen bastante con el Padrenuestro meditado.

[158] Santa Teresa del Niño Jesús formula en su autobio-grafía la misma afirmación de la misma experiencia.

[159] Los libros, que son medios para la devoción, pueden torcer su finalidad y secar el espíritu, a veces por curiosidad científica, o literaria, y otras veces por la vanidad de leer la última publicación, o el libro de moda, o best-seller.

[160] Ella pretende reflexionar sobre el Padrenuestro como camino de oración.

[161] Palabra de la revelación: Mt 11,12.

[162] El camino real, por el que caminó Cristo y sus santos, es el camino de la oración.

[163] Nos está situando en el panorama de la oración en su tiempo, mirada con tanta prevención e, incluso perseguida.

[164] Respira por la herida, pues es de todos sabido que la Santa fue víctima de estas excesivas preocupaciones en su camino y que tuvo que sufrir dictámenes falsos.

[165] «bien contados», es de la primera redacción, 36,4.

[166] El Papa Pablo VI llegó a decir que hoy se calumnia la oración. Teresa dice a Dios que se defienda de los que hablan mal de la oración.

[167] Parece una clara alusión al poder de la palabra del Padre Báñez, que se levantó en medio del Consejo de la Ciudad a defender la fundación de la madre Teresa, contra toda la ciudad de Ávila. Se puede también referir a otras situaciones en su propia vida de oración, defendida por san Pedro de Alcántara, o san Francisco de Borja, o el padre Ibáñez.

[168] Esta enérgica exclamación demuestra su honda convicción y rotunda protesta. Es de la primera redacción, 37,2.

[169] Ella conocía por experiencia frutiva algo del Señor, pues escribe desde la Sexta Morada, y por eso se deshace queriendo decir lo que no se puede expresar.

[170] Este párrafo es de la primera redacción, 38,1.

[171] «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con Ángeles», le dijo el Esposo a ella.

[172] Cita verificada: Mt 19,29 y Lc 11,9.

[173] También el final de este párrafo pertenece a la primera redacción, 40,2.

[174] Dato revelado: «Tú, cuando ores, entra en tu habitación y, habiendo cerrado la puerta, ora a tu Padre que está presente en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6,6).

[175] Cf Mt 6,6; Lc 6,12; 22,41.

[176] Inciso de la primera redacción, 40,4.

[177] Inciso final de la primera redacción, 40,5.

[178] En el capítulo 22.

[179] Es el libro de la Vida. (J.M.B., Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios, Paulinas, Madrid 1992).

[180] Capítulos 14 y 18 de la Vida.

[181] Está citando implícitamente los Cantares 2,14.

[182] Dato revelado: Flp 2,7.

[183] Alusión bíblica a Mt 26,37.

[184] Hay una diferencia entre el diario de la mística moderna Gabrielle Bossis y santa Teresa. A la primera es Jesús quien la inicia pidiendo su compañía. Santa Teresa, ella misma se ofrece a acompañar y a sufrir por Cristo.

[185] Dato bíblico: Jn 19,25.

[186] El último inciso es de la primera redacción, 43,1.

[187] En el fondo de esta expresión late la parábola del hijo pródigo: Lc 15,11.

[188] Dice el Señor a Gabrielle Bossis: «Cuida de tus pensamientos. ¿No ves que ocupan la mayor parte de tu existencia, que son un reino interior que hay que saber gobernar, que de ellos dimana el bien o el mal de tus días? Sitúalos en el ambiente habitual de Dios: su gloria, su voluntad, su clemencia y todos sus atributos que le hacen ser Él».

[189] Esta variante diferente y más expresiva es de la primera redacción, 43,3.

[190] Quiere decir que, al llamar a Dios padre y evocar la patria del cielo, sería bueno, maravilloso, saborear en la contemplación frutiva tanto amor y misericordia. Por eso a continuación dice: esto es para contemplarlo en Dios.

[191] Doble dato revelado: «Anda, ve a decirles a mis hermanos: "Subo a mi Padre, que es vuestro Padre"» (Jn 20,17; Mc 13,31).

[192] Dato bíblico: Lc 15,20.

[193] Dato revelado: 2Pe 1,4.

[194] El último inciso es de la primera redacción, 44,3.

[195] Dato implícitamente bíblico: Jn 10,38.

[196] Dato implícitamente bíblico: Jn 8,29.

[197] Aquí hay un dato implícitamente revelado. Alude a la tentación del demonio: «Si eres Hijo de Dios...» (Mt 4,3).

[198] La gran merced es la revelación del Padre que cuida de los pájaros y de los lirios y que perdona al pródigo y que da el Espíritu Santo a quien se lo pide.

[199] Las diferencias sociales en tiempos de santa Teresa eran muy marcadas, en lo social como en lo religioso. En la sociedad actual, rendida a la cultura del «pelotazo», se da la misma reacción pero polarizada en el poder y en el dinero.

[200] Si san Bartolomé corresponde al apóstol Natanael, es evidente la inexactitud de su linaje.

[201] «De Nazaret puede salir algo bueno?» «En Galilea no nacen profetas» (Jn 7,52) se dijo de Cristo.

[202] Este párrafo pertenece a la primera redacción, 45,2.

[203] «¡Quién me diera alas de paloma!» (Sal 54,7).

[204] Dato bíblico: «Encontrando mis delicias con los hijos de los hombres» (Prov 8,31).

[205] Es dato revelado: «La alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo» (Is 62,5). «Ven a mi huerto, hermana mía, esposa mía» (Cant 5,1).

[206] El último párrafo es de la primera redacción, 46,3.

[207] Cuando lo explica en Moradas dice: «Siéntese notablemente un recogimiento suave a lo interior» (J.M.B., Las Moradas de santa Teresa leídas hoy, Paulinas, Madrid 19872, 102).

[208] Apela también a la experiencia igualmente en Moradas y anota como aquí su incapacidad para explicarse mejor (Ib).

[209] En el recogimiento el alma les gana la partida a los sentidos.

[210] Está jugando con el término juego. El espíritu y los sentidos juegan y, cuando llega el recogimiento, el espíritu gana la partida a los sentidos. Las cosas del mundo son un juego, no una realidad.

[211] Así lo ha expresado en Moradas Cuartas: "los sentidos y objetos exteriores van perdiendo su actividad, para que el alma desarrolle la suya, que tenía perdida" (J.M.B., Las Moradas de santa Teresa leídas hoy, 3,1, Paulinas, Madrid 19872,). Será difícil discernir si en Camino está ya hablando de recogimiento infuso. En Moradas, y en este pasaje citado, desde luego que sí.

[212] Así lo expresa en Moradas: «aunque sin quererlo se cierran los ojos y se busca soledad» (cf 1).

[213] En los números 2 y 3 del capítulo 3 de Moradas Cuartas describe las mismas imágenes: «abandonan las cosas exteriores en que estaban dispersos y métense en el castillo».

[214] Con este recurso se debilitan los sentidos interiores y exteriores y las pasiones e inclinaciones desordenadas, y se fortalecen las fuerzas del alma que crecen con más rapidez.

[215] Substrato bíblico en Gálatas: «Los objetivos de los bajos instintos son opuestos al Espíritu y los del Espíritu a los bajos instintos, porque los dos están en conflicto... Los que son de Cristo han crucificado sus bajos instintos con sus pasiones y deseos» (5,17ss).

[216] Teresa escribe «a costa del cuerpo». El sentido de la idea es el transcrito. El Zen y el Yoga siguen este camino de recogimiento y lo provocan cerrando los ojos, concentrando la atención en las sensaciones del cuerpo, o en la respiración, o en la representación imaginativa de alguna imagen (mandala), para que influya en la mente subconsciente o automática. Pero esto es pura estrategia psicológica y no teologal. La Congregación de la Fe ha alertado sobre el «intento, no exento de riesgos y errores, de fundir la meditación cristiana con la no cristiana» en Carta sobre algunos aspectos de la meditación cristiana, 15 de octubre de 1989.

[217] Santa Teresa ha asimilado y hecho suya toda la doctrina sobre el recogimiento que leyó profundamente en el Tercer abecedario espiritual de Francisco de Osuna. Escribe éste: "El recogimiento es victoria que vence al mundo menor, sujetándolo enteramente a Dios... Todos los bienes me vinieron juntamente con él y en sus manos me trajo una riqueza incalculable... El recogimiento recoge la sensualidad que antes andaba algo desmandada y no muy

obediente al mando de la razón, y a esta sensualidad visita el recogimiento, como visitó el ángel a Agar, la esclava, y le aconseja que vuelva bajo la autoridad de Sara, su señora, que es la razón... El recogimiento recoge los sentidos...; los que lo practican cierran las ventanas de su retiro para que no se distraigan sus ojos. El recogimiento recoge los miembros del cuerpo, y es cosa maravillosa ver a uno que ayer estaba todo disipado, todos sus miembros sueltos, sus pies siempre dispuestos a andar, las manos muy dispuestas para coger, la cabeza moviéndose sin reposo a una y otra parte, y todo el cuerpo con tan continuo movimiento que no tiene paz, y ahora se sienta, enseguida se levanta, mira hacia arriba, mira qué hora es, luego mira qué tiempo hace, os lo encontraréis en una parte y al poco tiempo en otra... sin embargo, desde hace unos días que se acostumbró al recogimiento está tan recogido, tan tranquilizado, tan recogido en sí mismo, que es una bendición de Dios"... (Francisco de Osuna, Tercer abecedario espiritual, cap. VI,4, volumen I, Palabra, Madrid 1980, 223ss).

[218] Dice Osuna «...nos acercamos al Señor con un acercarse apresurado» (o.c. n. 3, pág 236).

[219] Con este párrafo termina el capítulo 47,5 de la primera redacción. Como el tema lo considera tan interesante en la segunda redacción añadió estos tres números últimos.

[220] Fundamento bíblico de esta imagen: Nosotros somos templo de Dios vivo; así lo dijo Él: «Habitaré y caminaré con ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (2Cor 6,16).

[221] Es el tema-núcleo de las Moradas, que tiene base bíblica: «Vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23).

[222] Este inciso pertenece a la primera redacción, 48,3.

[223] En Vida habla de lo útil que es para los orantes de oración de recogimiento aprender a considerar al Señor en lo muy interior de su alma (J.M.B., Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comentar-rios, 40,6, Paulinas, Madrid 1992, 267).

[224] Ella considera aquí la libertad en el sentido de liberar de la esclavitud del espacio. El que vive en una cárcel estrecha se ve libre, experimenta la libertad, cuando le dejan a sus anchas en un espacio dilatado y sin muros ni cerrojos.

[225] Este inciso es de la primera redacción 48,4. Tiene el sentido de que dejemos nuestra alma libre de criaturas para que viva el Señor a gusto en ella, sin estorbos.

[226] Es un paralelo del aforismo de san Juan de la Cruz: «Para venir del todo al Todo, has de negarte del todo en todo» (J.M.B., Subida del Monte Carmelo leída hoy, 3, 1,13,12, Paulinas, Madrid 1979).

[227] Completo esta teología con las palabras del Señor a Gabrielle Bossis: «Comprende que para que yo entre en un alma es necesario que me encuentre como en "mi casa" y no en "su casa". Si te invitasen a alojarte en una habitación tan llena de muebles que no pudieras ni entrar en ella, ¿no pensarías: si la vaciasen, qué bien haría yo en ella un lugar de reposo?».

[228] Es la doctrina de san de la Cruz Juan sobre el vacío de las criaturas y de sí mismo. Y consecuencia de la libertad humana, que Dios respeta con suma delicadeza. No quiere entrar donde no le quieren recibir, aunque está deseando entrar con locura de amor, pues tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres (Prov 8,31).

[229] Dios se une y vive en el alma tanto cuanto le dejamos; dicho de otra manera, en nosotros hay tanta resurrección cuanta muerte. Y aún lo diré en otros términos: hay tanta unión con Dios cuanta purificación.

[230] Último inciso de la primera redacción, 48,5.

[231] Nada te turbe... Todo se pasa.

[232] Apela de nuevo a la oración de recogimiento de que ha escrito en el capítulo 28,2 y 4.

[233] Dato revelado: Salmo 90,15.

[234] Al capítulo 28,2; 11-13.

[235] Misteriosamente aunque los santos están presentes con el Rey en el alma, ésta no pierde su soledad, como tampoco la perderá en la bienaventuranza, donde Dios, siendo todo en todos, será incommunicable en cada uno.

[236] Se ha quedado sin explicar la presencia de la compañía santa con el Rey en el alma; ha sido un deseo manifestado que se le ha quedado en alto, aunque diciendo que quisiera saber explicar está como afirmando que no lo sabe explicar.

[237] Este recogimiento no es oración mística o infusa y por tanto podemos conseguirlo nosotros mediante la reflexión sobre las riquezas interiores, o con la atención y la mirada puestas en Jesús, y entregándonos totalmente al Señor.

[238] Base bíblica: "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5).

[239] Base bíblica: 1Cor 12,3.

[240] Hoy se designa como «sueño de las potencias». Es la oración de quietud, carisma místico.

[241] Se refiere a Subida del Monte Sión de Bernardino de Laredo, 1, capítulos 10 y 22 y al Tercer abecedario de Francisco de Osuna, libros leídos por la Santa y citados en diversos lugares de Vida.

[242] Este párrafo de la primera redacción (50,2) es extraordinariamente interesante, práctico y eficaz.

[243] En cap 28,7.

[244] Base bíblica en Lc 17,33.

[245] Dato revelado: Mt 6,9-10.

[246] No podemos santificar y hacer de nuestra vida una alabanza perenne, si no nos da Dios su reino, la oración de quietud.

[247] Perpetuamente y simultáneamente, que es como Boecio define la bienaventuranza, en contraposición a «los sorbos» con que aquí la da.

[248] En capítulo 25,1.

[249] Es oración infusa, pasiva, en el sentido de que es iniciativa de Dios, aunque la persona desarrolla una actividad inmensa superior, producida por los dones del Espíritu Santo.

[250] Dato revelado: Lc 2,29.

[251] Todo conocimiento es fruto de una experiencia: intramunda-na o psíquica, y trascendente o teologal por el amor. La experiencia de realidades físicas engendra ciencia o admiración, o poesía o arte. La experiencia representativa también puede producir arte, o diversos sentimientos. El conocimiento que la persona adquiere en la oración pasiva es fruto de experiencia de amor.

[252] Lo que el alma conoce y siente y de lo que tiene experien-cia no es producto de lo que ve con los sentidos, sino experien-cia de amor. Filosóficamente y humanamente nihil est in intellec-tu, quin prius fuerit in sensu, «Nada se conoce si no pasa antes por los sentidos». Místicamente es primero el amor y el conoci-miento fruto del amor.

[253] La memoria y el entendimiento son las potencias que permanecen libres; la voluntad está cautivada.

[254] Dato bíblico: Mt 17,4.

[255] Como dirá a continuación la voluntad está unida a Dios.

[256] Cuando la quietud es más intensa durante la oración pura, salidos de la oración y entregados a las tareas y deberes de su condición, sigue influyendo la oración, por lo que se sienten como divididos, con el corazón más en Dios, de una manera difusa, que en lo que están haciendo. Y hasta se nota un estado físico especial y característico, detectable por un experto. Quien lo padece o goza conoce esa sensación de semisomnolencia o desfalle-cimiento, como quien trabaja a media máquina.

[257] Intenté decirlo hace años en un poema:

MARTA Y MARÍA

Betania feliz:

Marta hacendosa,

dejadme entrar.

Ideal de Marta,

ajetreo de Marta,

pies doloridos,

manos cargadas, duras del trabajo.

Marta: entra, sale, pasa
dos, tres, más veces,
¡hay tantas cosas que hacer!

¡Oh el ama de casa!
¡Oh la previsión, el ahorro!,
el jornal que no alcanza.
La sopa que se quema,
el mantel, el vino, el pan,
el agua, las manzanas,
los higos dulcísimos,
las uvas turgentes.
Los dátiles, el frescor de la tarde...
¡Oh Marta, oh Marta!

Betania feliz:
María enamorada,
dejadme: ¡Sí!

Ideal de María:
Mirar enamorado,
escuchar silenciosa.
Callar.
Callar, pensar, amar.

María. Dolor de lo pasado,
entrega de lo presente,
olvido de la inquietud

y estarse amando al Amado.

Ideal de Jesús:

No te ahogues, Marta,
cumple tus tareas
con fina pureza.

Trabaja, anda, gobierna,
limpia y, entretanto,
Marta, se María
amando a chorros
cuando llenas de agua fresca
tus jarras de barro.

Marta y María en una pieza.
El corazón ama que ama.
Las manos friega que friega.

Marta, escucha a María,
María, empuja a Marta.
Nunca llenaréis al borde
vuestra doble y única tarea. (Oblación Carmesí, págs 117-119).

[258] Era la misma Santa que lo preguntó a san Francisco de Borja.

[259] Dato bíblico Lc 18,13.

[260] Memoria y entendimiento.

[261] En varios lugares de sus obras califica como «loca» a la imaginación (J.M.B., Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comenta-rios, 30,16, Paulinas, Madrid 1992; Cuatro Niveles de oración, 5,6, en comentario 7 aduzco todos los lugares paralelos, pág 68).

[262] Y perderá la quietud.

[263] Es una repetición de lo que ha dicho en el número 8.

[264] Cuando trata de esta oración de quietud en la segunda agua, escribe en Vida 15,6, que la voluntad no puede dominar la imaginación (el entendimiento o el pensamiento). En el comentario correspondiente cito yo las calificaciones que otorga a la imaginación: caballo desbocado, necio, loco... (J.M.B., Cuatro niveles de oración, 5,6, Comentario 7, Paulinas, Madrid 1991, 68).

[265] Se estacionarán en este grado de oración de unión.

[266] Es obvio que esta oración pide exquisita fidelidad a quien la recibe. Y el Señor la da como señal de que la quiere para cosas grandes en su Reino.

[267] En la petición «venga a nosotros tu reino», pide el cristiano la oración de quietud. Con ella llega el Reino, y en esa paz, muerto ya a todo lo del mundo, puede cumplir la voluntad del Padre y resucitar.

[268] Entre las muchas dificultades que Teresa tuvo que pasar anoto su experiencia del voto de obediencia al padre Jerónimo Gracián que hizo en Écija el 23 de mayo de 1575. Pero, «Aunque se le hizo áspero, lo prometió» (Cuentas de conciencia 31).

[269] Dato revelado: Mt 26,39.

[270] Dato revelado: Jn 19,3; Mt 27,39.

[271] Estos últimos párrafos pertenecen a la primera redacción, 55,2.

[272] Ha tratado en el capítulo 19 de esa fuente.

[273] En el capítulo 31,2 ha escrito: «Esta oración es ya sobrenatural y no la podemos conseguir con nuestras fuerzas, aunque hagamos muchos esfuerzos...» Véase también el comentario 2 a ese número. En el texto que comento ahora repite el mismo concepto. Esta oración sobrenatural corresponde a la designación moderna de oración de quietud, que es un avance sobre la oración de recogimiento, nivel inferior de oración que sí está en nuestro poder, como ha dicho en 29,4: «Esta compañía santa... no impide la soledad que el alma y su Esposo tienen cuando ella quiere entrar en este paraíso con su Dios... Digo que el alma quiere porque entended que esto no es oración sobrenatural, y por eso está a nuestro alcance y puede nuestra voluntad hacerlo, con el favor de Dios». Favor de Dios ordinario, debe entenderse, el extraordinario, o su acción más plena, es necesario para la oración sobrenatural, que por eso lleva este nombre. En resumen: Oración de recogimiento, en manos del esfuerzo del orante; aún no ha comenzado el camino místico, aunque en algún caso lo bordea; oración de quietud, está en manos de Dios, y, consiguiéntenente estaría en el límite de la vida mística, fruto de gracia extraordinaria o mística.

[274] Ha tomado, casi a la letra, el ofrecimiento de san Ignacio en los Ejercicios espirituales, Contemplación para alcanzar amor, 230, punto primero, Calveras, Balmes, Barcelona 1944, 154.155.

[275] «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1).

[276] En la teología teresiana la invención de la eucaristía está sometida a la caridad de Dios Padre por el Espíritu lo que revaloriza mucho la humanidad del Hijo, que, como hombre y hermano de los hombres, supedita una acción tan trascendente a la voluntad de su Padre. Teresa, que tantas veces trata a Jesús de «Su Majestad», acentúa enormemente su humanidad. Es muy característico en ella y da gran relieve a su fraternidad con el Hombre Jesús.

[277] Dato revelado: Mt 3,17.

[278] De nuevo enfatiza el amor de Dios Padre a los hombres, que, después de entregar a su Hijo a la cruz, consiente que la renueve cada día en la eucaristía, expuesto a los sacrilegios, injurias, olvidos y desdenes que reproducen los ultrajes de la pasión.

[279] Hermosa, delicada y profunda manera de ver a Cristo hombre sometido a la ley común del «amarás a tu prójimo como a tí mismo» (Mt 22,37).

[280] Se dirige al Padre abogando por su Hijo con el derecho que le otorga su condición de esposa. Y obedeciendo al mandato de Cristo: «Me dijo nuestro Señor que, pues era su esposa, que le pidiese que todo me lo concedería» (Relaciones 38). «Dióme su mano derecha, y me dijo: "Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy... De aquí en adelante no sólo mirarás mi honra como creador y como rey y tu Dios, sino como verdadera esposa mía"». Acaeció el día 18 de noviembre de 1572 en el monasterio de la Encarnación, el segundo año de su priorato, después de comulgar de manos de san Juan de la Cruz, que había partido la hostia para mortificarla, porque ella le había dicho que le gustaban las formas grandes. (Relaciones 35).

[281] Dato revelado: Mt 26,15.

[282] Final de este párrafo en el Códice de Toledo.

[283] Dato revelado: «Diste a tu pueblo alimento de ángeles, le proveíste desde el cielo pan preparado con trabajo, capaz de dar todo placer y acomodado al gusto de cada uno» (Sab 16,20).

[284] En la eucaristía.

[285] Evidentemente, Teresa quiere que sus monjas se ganen la comida con su trabajo, no quiere parásitos en sus monasterios, ni hoy es ya comprensible que algunas pasen las horas de trabajo pintando estampitas o en otras actividades de nulo o escaso rendimiento.

[286] Incluso en el trabajo se debe procurar evitar la preocupación y el nerviosismo, para poder trabajar atenta y relajadamente, con descanso de la mente, para ocuparla en Dios, mientras se desarrollan actividades que no implican concentración mental, como en el estudio o en la lectura. Se hace aquí necesario recordar las palabras de Jesús a Marta: «Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas; sólo una es necesaria. Sí, María ha escogido la parte mejor, y esa no se le quitará» (Lc 10,41).

[287] Pura doctrina evangélica la de todo este párrafo, pues así dice Jesús: «No andéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. Fijaos en los cuervos: ni siembran ni siegan, no tienen despensa ni granero y, sin embargo, Dios los alimenta. Y ¡cuánto más valéis vosotros que los pájaros!... No estéis con el alma en un hilo buscando qué comer y qué beber. Son los paganos quienes ponen su afán en esas cosas; ya

sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de eso. En cambio, buscad que Él reine y eso se os dará por añadidura». (Lc 12,22ss).

En cuanto a no gastar el tiempo de la oración con preocupaciones materiales también encuentra el estilo de Teresa

su modelo en las palabras de Jesús a Marta: «andas inquieta y nerviosa con tantas cosas...» (Lc 10,41).

[288] Alude a ella misma.

[289] Los efectos de la eucaristía redundan también en el cuerpo. De ello tiene Teresa experiencia.

[290] Dato de la Escritura: Lc 7,36ss.

[291] «Cuántas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención» (LG 3). «El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la eucaristía, son un único sacrificio: Es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí misma entonces sobre la cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer. En este divino sacrificio que se realiza en la misa, este mismo Cristo, que se ofreció a sí mismo una vez de manera cruenta sobre el altar de la cruz, es contenido e inmolado de manera no cruenta» (Concilio de Trento. Catecismo de la Iglesia Católica, 1364,1367).

[292] Del evangelio: Lc 6,19.

[293] «Estaos vos con Él de buena gana; mirad que es ésta hora de gran provecho para el alma en la que le gusta mucho al buen Jesús que le hagáis compañía. Tened gran cuidado, hijas, de no perderla». Texto de la primera redacción, 61,7.

[294] Santa Teresa enseña que en la acción de gracias, si el Señor no regala al alma contemplación, se recite la oración del Padrenuestro, pero pensando que se está con Él que nos lo enseñó. Esto se deduce la primera redacción de Camino, 61,7.

[295] Este resorte se puede utilizar también con la imagen de María o de los santos, enseña Teresa en la primera redacción de Camino, 61,8.

[296] «Pues Dios, la plenitud total, quiso habitar en Él» (Col 1,19).

[297] Véante mis ojos, dulce Jesús bueno...

[298] En el código de El Escorial dice: «Que si el alma está dispuesta, una centellica que salte la abrasará toda. Y nos va tanto, hijas, en disponernos, que no os extrañéis de que lo diga muchas veces» (62,1).

[299] Porque en la eucaristía, antes que alimentarnos y glorificarnos a sus hermanos, Jesús glorifica al Padre. Pero además, dice la Santa en el manuscrito de El Escorial que «el amor le movió a buscar tan admirable invención para demostrar lo que nos ama y para ayudarnos a pasar nuestros trabajos» (62,2).

[300] Al principio de Camino, expresa esta idea en el capítulo 3,8-10.

[301] Es el tiempo en que la furia de la herejía cuestionaba y combatía la presencia real de Cristo en la eucaristía, pero también la verdad de los otros sacramentos, y se cometían desmanes a mansalva. La reacción de santa Teresa era levantar nuevos, aunque pobres lugares sagrados de culto, y era inmensa su alegría ante la instalación de un nuevo sagrario eucarístico.

[302] En 1562 los hugonotes, aprovechándose de la debilidad de Catalina de Médicis que quería mantener su autoridad durante su regencia en Francia, consiguieron el edicto de Saint-Germain, a partir del cual cometieron desmanes y bandidaje contra los católicos y su culto. Y estos desacatos son los que lamenta santa Teresa.

[303] «Pues Él alcanzó de Vos que durante este día de hoy, que es mientras dure el mundo, lo dejaseis con nosotros, porque si no, se acabaría todo». En el código de El Escorial había añadido la idea precedente (62,4).

[304] Alusión al pasaje revelado que refiere Mt 8,25.

[305] Teresa considera que las ofensas que le hacen ni son agravios ni son nada. Porque ¿qué se puede decir, ni qué injuria se puede hacer a una como yo, que merecía que los demonios siempre me maltratasen? Es justo que me traten mal en este mundo. Cualquiera cosa perdonaría yo para que Vos me perdonarais a mí, o para cumplir vuestra voluntad sin condiciones. Mas no sé lo que haría si me condenaran sin culpa; pues ahora me veo tan llena de culpas ante vuestros ojos, que todos se quedan cortos cuando me condenan; aunque los que no saben lo que soy, como Vos lo sabéis, piensan que me ofenden. Esta exposición, más amplia, es del código de El Escorial, 63,2.

[306] Sigue escribiendo en la redacción primera: «Quiera Su Majestad que el amor propio esté tan lejos de esta casa como está ahora; porque ¡Dios nos libre de monasterios donde se fomentan puntos de honra! Nunca en ellos se honra mucho a Dios. ¡Válgame Dios, qué desatino tan grande!; que ponen los religiosos su honra en unas cositas que yo me espanto. Esto no lo sabéis, hermanas, mas os lo quiero decir para que no caigáis en ello. Sabed que en las congregaciones religiosas también existen las leyes del escalafón: van subiendo en dignidades como los del mundo» (63,3-64,1). ¿Qué se podría decir del carrierismo secular?

[307] «No pude subir al monte por llevar camino errado», escribe san Juan de la Cruz en el dibujo del monte, en el camino de espíritu errado. (Subida del monte Carmelo).

[308] «No se interprete que esto sucede en esta casa, pues sería calumniarla, pues aquí la que ha sido priora es la que más se humilla después, pero es tan corriente en otros monasterios, que tengo miedo de que el demonio nos tiente por aquí, lo cual lo considero tan peligroso, que quiera Dios que no se pierda algún alma por estos puntos negros de honra» (Lo dice en la copia de Toledo, al margen).

[309] Así lo ha dicho ya en este mismo capítulo, 2.

[310] Véanse los capítulos 25-30 de este mismo libro.

[311] Lo ha escrito en el capítulo 18.

[312] En lenguaje militar «levantar la bandera» significa rendirse al enemigo. Aquí Teresa le da el significado de aceptar la injuria y trabajo, que de momento ha dolido.

[313] Le ocurre a ella misma, que en sus escritos constantemente se está acusando llamándose «mala monja», «ruin», «gusano de mal olor», y querría que le hubieran dado licencia para decir sus pecados...

[314] Refiere el padre Gracián, que le dijo a la Madre que se había informado en Ávila sobre el linaje de los Ahumadas y de los Cepedas, del que ella descendía, y había sabido que eran los linajes más nobles de la ciudad, y se enojó porque le hablaba de esto, diciendo que le bastaba con ser hija de la Iglesia católica (Marcelle Auclair, Vida de santa Teresa de Jesús, Madrid 1970).

[315] Al comienzo del número 9.

[316] Si la oración de unión tiene la misión de cristificar y encarnar el evangelio, lo primero en que tiene que asemejarse a Cristo y al Padre es en la misericordia, que es mandato de Cristo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto, que hace salir el sol sobre justos e injustos», y «Lo que hicisteis a uno de mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis».

[317] En este mismo capítulo, números 8 y 9.

[318] Lo ha repetido en los números 11 y 12 anteriores.

[319] Para redactar este último párrafo he utilizado los dos códices, el de Valladolid y el de El Escorial.

[320] «El Líbano caerá con su esplendor» (Is 10,34).

[321] Base de texto revelado: 1Cor 10,13.

[322] Porque las virtudes, según santo Tomás, son conexas.

[323] Estos últimos párrafos del número 5 pertenecen a la primera redacción de Camino, según el código de El Escorial, 66, 4-67,4.

[324] Dato de la Revelación: 1Cor 4,7.

[325] Estas ideas las ha formulado en este mismo capítulo en los números 6 y 7.

[326] Y cuanto más grande la humildad, mayor quietud y sosiego.

[327] Santa Teresa dejó la oración durante más de un año, creyendo que era humildad dejarla. Lo refiere ella en Vida 19, 2-4. Y dice en el mismo libro, 25,3, que «la humildad que deja el mal espíritu es falsa y alborotada». También es de Vida el siguiente texto: «Esta es una humildad falsa que inventaba el demonio para desasosegarme... La humildad verdadera no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, al contrario, la regala» (30,17).

[328] El párrafo último es del código de El Escorial, 67,6. El mismo aviso sobre la penitencia caprichosa y la obediencia lo encontramos en Primeras Moradas 2,16.

[329] «Sería gran peligro tener seguridad mientras vivimos», dirá después en el capítulo 41,9. El mismo aviso se encuentra en IV Moradas, 10.

[330] La misma idea la escribe en IV Moradas, 3,10.

[331] «Conocimiento propio es el pan con que se han de comer todos los manjares» (Vida 13,15). «El conocimiento propio es muy necesario, incluso para las almas a quienes tiene el Señor en la morada en que Él vive» (I Moradas 1,8).

[332] Párrafo final de la primera redacción, 68,2.

[333] «Más seguros están de la furia del toro los que lo ven desde la barrera que los que están en la arena poniéndose delante de los cuernos. Esta comparación que he oído me parece al pie de la letra». Así escribe en la primera redacción, código de El Escorial, 68,5.

[334] Este último párrafo es del código de El Escorial, 68,5.

[335] Dato revelado: Lc 7,37ss.

[336] En el capítulo 38,3-4.

[337] «Fiel es el Señor; creed que, si no vais con malicia y no sentís soberbia, obedientes a la doctrina de la Iglesia, pronto se verá la mano del demonio», completa en la primera redacción, 69,4.

[338] Como a ella le ocurrió en tales circunstancias.

[339] Es la primera redacción de este párrafo, 70,2.

[340] «Que en esto aventaja a los amores de esta tierra: que si le amamos, es bien seguro que nos ama». Con este delicado concepto termina este párrafo el código de El Escorial, 70,3.

[341] Refleja en este pasaje su experiencia del infierno que ha relatado en Vida 32,1ss.

[342] El ritornello de cuando niña: para siempre, siempre...

[343] Tomo esta larga invocación de la Santa y sus lecciones del primer código de El Escorial, 71,1, por ser sumamente expresivo.

[344] En el capítulo 40,3.

[345] He incorporado al código de Valladolid varios párrafos interesantes y más amplios del código de El Escorial 71,1.

[346] El último párrafo es del código de El Escorial, 71,3.

[347] Las últimas palabras de este inciso pertenecen al código de El Escorial, 71,4.

[348] Base bíblica: Sal 120,2.

[349] «Y si cae alguna vez no se desanime, que tal vez lo permite Dios para que se conozca mejor, y pida enseguida perdón», dice en el código de Toledo, 41,4.

[350] Lo acaba de decir en este mismo capítulo, número 3.

[351] Afirmación de la Escritura: 1Jn 1,8.

[352] Dato revelado: Flp 4,13.

[353] «¿Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este ser mío, instrumento de muerte?» (Rom 7,24).

[354] Todo el número 2 hasta aquí pertenece al código de El Escorial 72,4, pues santa Teresa suprimió una página entera del de Valladolid.

[355] Este último párrafo es de El Escorial 72,5.

[356] Esta expresión la trae el código de El Escorial, 72,6.

[357] Alusión bíblica a Mt 7,15.

[358] Último párrafo tomado del código de El Escorial, 73,1-3.

[359] Lo escribió en el capítulo 19.

[360] En 1559 la Inquisición, por decreto de Valdés, prohibió todos los libros sobre oración mental, por sospechas de peligro de herejía.

[361] Texto del código de El Escorial 73,4.

[362] Del código de El Escorial 73,4.

[363] Tomo este párrafo, que añade algunos expresivos matices al correspondiente de Valladolid, del código de El Escorial, 73,5.

[364] Presentado: Grado de teología en la Orden de Predicadores.

[365] Ese otro libro es el de la Vida.

[366] También el último matiz es de El Escorial, 73,6.

[i]. El inciso último lo trae el código de El Escorial, Prólogo, 3.

[ii]. En el libro de la Vida, capítulos 32-36.

[iii]. La misma expresión en Primeras Moradas 2,11 y en las Séptimas 4,8.

[iv]. Se estaban movilizandolos ejércitos de España para atajar la Reforma Protestante. Esta medida es la que Teresa no ve eficaz. Su táctica será reunir en una ciudad, su Carmelo, a sus hijas para recabar de lo Alto el auxilio del Señor.

[v]. El testimonio de esta virtud en santa Teresa del Niño Jesús es muy edificante y aleccionador en varios casos, que sus lectores recordarán al vuelo.

Su hermana María llegó a creer que no la quería, porque veía las atenciones que tenía con la que poseía la gracia de caerle antipática.

[vi]. Tiene experiencia dolorosa de su situación cuando estaba en la Encarnación y pidió que fueran a confesarla los padres de la Compañía de Jesús.

[vii]. Se refiere al amor espiritual-teologal, del que comenzó a tratar en el n. 13 del cap. 4.

[viii]. Este párrafo es de la primera redacción: El Escorial 11,1.

[ix]. La eficacia del desprendimiento de todo lo creado que consigue que el Señor cargue su mano contra los demonios..., es la misma que en Vida 8,6 atribuye a la oración: «Por esta fuerza que se hacen de querer estar con tan buena compañía... forzáis Vos, Señor, los demonios para que no les acometan y que cada día tengan menos fuerza contra ellos y se la dais a ellos para vencer» (J.M.B. Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios, Paulinas, Madrid 1992, 82).

[x]. Esta formulación más vigorosa es de la primera redacción, 13,5.

[xi]. El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga (Mt 16,24).

[xii]. El martirio de la vida consagrada, de la vida cristiana, de la práctica de las virtudes evangélicas. La vida consagrada, como ahora decimos, la vida religiosa como antes se llamaba, suplió en la historia de la Iglesia, a la vida martirial de los primeros siglos, los siglos de las persecuciones, cuando ser cristiano se compraba caro. La vida de las penitencias, soledad, silencio vivida en los desiertos por los ermitaños, fue substituida por la inmolación de la voluntad en manos del superior, de los monjes, hasta llegar a las congregaciones religiosas y a los institutos seculares. Siempre exige la renuncia y la inmolación de la voluntad, que es más excelente que las penitencias y la soledad, porque es un don espiritual.

[xiii]. «El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado» (Lc 14,11). «Porque ha mirado la humillación de su esclava» (Lc 1,48). «Ensalzó a los humildes» (Ib 52).

[xiv]. Entonces el despido de algún candidato era mal visto, ahora no se tolera la admisión. Siempre, pues, la contradicción.

[xv]. Cita de un dato revelado en Prov 24, 16.

[xvi]. Juan Pablo II Al pueblo de Alba de Tormes y Salamanca, Juan Pablo II en España. Discursos y homilias, Paulinas, Madrid 19823, 58.

[xvii]. Desde las reglas del juego del ajedrez nos da la lección de la necesidad de las virtudes grandes, entre ellas la humildad, para llegar a la fuente de agua viva, a la contemplación, o a la entrega de Dios al alma humilde que se le entrega.

[xviii]. Lo dirá al final del capítulo, en el número 6.

[xix]. Raïsa Maritain: El diario de Raïsa, Estela, Barcelona 1966,

[xx]. «María ha escogido la mejor parte» (Lc 10,41).

[xxi]. Estaban en boga el Libro de la oración y meditación de fray Luis de Granada, que ella conocía y amaba, y el Tratado de la oración y contemplación, de san Pedro de Alcántara.

[xxii]. Afirmación de la revelación: Jn 14,2.

[xxiii]. Este es el esbozo de la cuarta y última parte de Camino en la que explicará, fundamentada en el Padrenuestro, el camino de la oración.

[xxiv]. Este dato personal suyo lo narra en la primera redacción, 37,1.

[xxv]. El mismo pensamiento puede leerse en Vida: «A los que hacen oración, el mismo Señor corre con el gasto de los trabajos, pues por un poco de trabajo les da gusto para que con él se pasen los trabajos» (J.M.B., Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios, Paulinas, Madrid 1992, 83).

[xxvi]. Sustituyo este párrafo, más expresivo que el de la segunda redacción, por el 40,2 de la primera.

[xxvii]. Esto le ocurría a santa Teresa del Niño Jesús en el rezo del rosario, que le costaba un gran esfuerzo, de lo que ella, humildemente se lamentaba, como si fuera señal de que no amaba a la Virgen.

[xxviii]. La tradición benedictina ejercita lo que designan como «las miradas a Dios». Miro a Dios que me mira y se complace en que le mire. Y el mirar de Dios es amar, es crear, es sanar, es dar felicidad. San Juan de la Cruz en su Cántico espiritual canta la mirada de Dios: «Cuando tú me mirabas - su gracia en mí tus ojos imprimían. - Por eso me adorabas - y en eso merecían - los míos adorar lo que en ti vían... Ya bien puedes mirarme - después que me miraste - que gracia y hermosura en mí dejaste».

[xxix]. Dato bíblico: Mt 24,35.

[xxx]. «Vos estabais dentro de mi alma y yo os buscaba fuera». Intimior intimo meo (Confesiones 10,27). Da la misma referencia en Vida: «Dice el glorioso san Agustín que ni en las plazas, ni en los deleites, ni en ninguna parte que lo buscaba, lo encontraba como dentro de sí». J.M.B. Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios. Paulinas, Madrid 1992, 267.

[xxxi]. Base bíblica en alusión a Jn 18,36.

[xxxii]. Base bíblica en Mt 26,39.

[xxxiii]. la oración de quietud coincide con el segundo nivel de oración, o segundo modo de regar el huerto, y con la Cuarta Morada.

[xxxiv]. Dato revelado: Mt 6,10.

[xxxv]. Es una concepción teresiana, acorde con la patrística, que interpreta el pan de cada día en sentido eucarístico, que a la vez valoriza teológicamente el poder y la fuerza de la eucaristía como alimento para vivir la vida cristiana.

[xxxvi]. Coincide en la designación del cielo con la palabra «día» con san Juan de la Cruz que así también lo define: «El día, que es Dios en la bienaventuranza, donde ya es de día, comunica y pronuncia la Palabra, que es su

Hijo, a los bienaventurados, ángeles y almas, que ya son día, para que le conozcan y le gocen» (J.M.B., Subi-da al monte Carmelo leída hoy, 2,3,5, Paulinas, Madrid 19794, 112). Y si coincide con el santo Doctor es porque lo ha oído de sus labios.

[xxxvii]. Ha tratado en los capítulos 28 y 29 de la oración de recogimiento.

[xxxviii]. Dato revelado: Mt 6,12.

[xxxix]. En el capítulo 33 ha dicho que, ante la dificultad de los hombres de cumplir la voluntad de Dios, como pide el Padrenuestro, le pide al Padre en nuestro nombre «nuestro pan de cada día». Con la fuerza de este pan podemos, los hermanos de Jesús, hacer la voluntad del Padre. Esta es la alianza de Jesús, en nuestro nombre, con el Padre: Dales el pan de la eucaristía y mis hermanos perdonarán. O también otra interpretación: Perdona sus ofensas y ellos perdonarán a quienes les ofenden. Pero ésta parece menos correcta, porque antes ha puesto como condición del perdón de Dios consiguiente al perdón de las ofensas de los que nos ofenden.

[xl]. Alude a un dato de la revelación: 2Cor 11,14.

[xli]. Este fragmento pertenece a la primera redacción, 67,5.

[xlii]. Dato de la Revelación: He 9,20.

[xliii]. Base bíblica: «Y todo aquel que escucha estas palabras mías y no las pone por obra se parece al necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos, embistieron contra la casa y se hundió» (Mt 7,26-27).

[xliv]. Dato del evangelio: Lc 22,15.

as attachmentinline text

Move to folder... AVM Radio Adolfo Carreto H. Agustin saldana Alejandro Ramirez Alicia Beatriz ... Alicia Bombino CONTESTARON NO ... Carlos Gonzalez... Carlos de la Torre DELL SERVIDOR Eulogia Diaz Ga... FTP-PRO Familia catolic... Fray Alejandro ... Gaby Beltran Graciela di Fil... Humor IBM Javier Leoz, sa... Jose Alcazar Go... Jose Luis Carav... Jose Maria Lorenzo Juan Alarcón Cá... Juan Carlos Pisano La palabra binaria Legionarios de ... MARIA ELENA FER... Marcelino de An... Maria Susana Ra... Mariano Blas, P... Martin Añorga Martin Zavala Mary Velazquez ... María del Carme... Miguel Angel Arce Miguel Aranguren Mons. Rómulo Em... Ondana Sonora P.Miguel Rivil... POR PUBLICAR Padre Alfonso L... Padre Diego Jos... Padre Jesus Mar... Padre Jorge Loring Padre Juan Garc... Padre Juan José... Padre Marcelo R... Padre Michael Ryan Padre Miguel An... Pedro Landa Pendiente de Pago Pensamientos RCCUBA.ORG Rackshack Radio Maria, Es... Reina del Cielo Roberth Phoenix Rogelio Zelada Rosa Martha Aba... Susana Camps Tomas Garcia Urchin Victor Corcoba ... Webintellects Yahoo Plus email ZENIT catholic.net [New Folder]

Previous | Next | Back to Messages Save Message Text

Check Mail Compose
Mail Upgrades - Search Mail - Mail Options

Mail - Address Book - Calendar - Notepad

Address Book · Auctions · Autos · Briefcase · Calendar · Chat · Classifieds ·
Finance · Games · Geocities · Greetings · Groups · Health · Horoscopes · HotJobs
· Kids · Mail · Maps · Member Directory · Messenger · Mobile · Movies · Music ·
My Yahoo! · News · PayDirect · Personals · Pets · Photos · Platinum · Shopping ·
Sports · TV · Travel · Weather · Yellow Pages · more...

Copyright © 1994-2003 Yahoo! Inc. All rights reserved. Terms of Service -
Copyright Policy - Guidelines - Ad Feedback
NOTICE: We collect personal information on this site.
To learn more about how we use your information, see our Privacy Policy